DESDE EL JERGÓN



JOSELE SANTIAGO

CONTRA

DESDE EL JERGÓN

JOSELE SANTIAGO

CONTRA

Dirección editorial: Didac Aparicio

Diseño: Carles Murillo
Maquetación: Endoradisseny
Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición: Febrero de 2026
Primera edición digital: Febrero de 2026
© 2026, Contraediciones, S.L.
c/ Elisenda de Pinós, 22
08034 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

© 2026, Josele Santiago
© 2026, Miqui Otero, del prólogo
© Berta Barcons, del retrato de Josele Santiago de la portada

ISBN: 978-84-10045-44-6

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Miguel Barros

PRÓLOGO

MIQUI OTERO

Enemigo en la calle, en la biblioteca y en la atalaya

Entra masticando algo, molando todo, encajando molares y premolares. También incisivos. Y caninos. ¿Masca tabaco? ¿Trasiega chicle? ¿Rumia algo? ¿Masca tabaco o lo masco yo?

En la otra orilla de la barra del Café de la Ópera, frente al Liceu, en la Ramblas de Barcelona, estoy algo nervioso. He quedado por primera vez con Josele Santiago, voz de Los Enemigos e ídolo desde la adolescencia, porque anda planeando un libro en el que quizá yo pueda echarle una mano. Lo que pasa es que Josele, aunque no haya invadido librerías todavía, ya es un gran escritor. En concreto, de las mejores letras de rock de este país. Recuerdo cuando, en pleno bochinche hormonal, escuché por primera vez «Desde el jergón». Primero fui a la nevera (a por un quinto) y luego a mi habitación (a por un diccionario). Hasta entonces, los adultos me decían que la palabra mágica (aunque en realidad fueran dos) era «por favor», pero a partir de entonces sería «jergón». Santo y seña. Conjuro y contraseña. Aún ahora, cuando algo nos gusta mucho, mi colega Carlos y yo nos mandamos por whatsapp un link del diccionario online de la RAE con su significado: «Colchón de paja, esparto o hierba, y sin bastas».

Ya hemos pedido el café y parece que Josele Santiago suaviza su ajetreo maxilar. Está dejando de fumar, me dice. Pero en su boca no se remoja un caramelo. ¿Está manducando la palabra «jergón»?

Todavía no me habla del libro. ¿Lo lleva debajo de la boina de tweed? En la cabeza lo trae, eso seguro.

Aún no es momento ni de preguntas ni de confesiones. De hecho, no voy a decírselo, pero yo firmo Miqui en parte por él. Conocí a un amigo que se llamaba como yo, Miguel Otero, y su primer regalo fue un casete de 90 con *La vida mata* de Los Enemigos en la cara A. Era diez años mayor que yo y también quería ser escritor. La vida mata, y a él lo mató a los 32. Desde entonces, no volví a firmar «Miguel». Y, por ese amigo, escuché cada vez más a Los Enemigos.

Es más: si leí a Lorca fue después de escuchar a Santiago cantar «el pastor bobo guarda las caretas…». Miré de otra forma a Serrat cuando descubrí la versión enemiga de «Señora»: la misma suegra que sin duda aceptaría a Joan Manuel con su medio tiempo bajo el brazo se echaría a temblar con el rabioso cohete de Josele…

Pero si de verdad lo admiro es por las canciones que él ha compuesto y que son el mejor augurio de que si anda escribiendo un libro, ese libro no me va a defraudar. Sus letras prometen aventurillas y entregan sabiduría: son a veces costumbristas; otras, cargadísimas de lirismo; en ocasiones, muy divertidas. Son tristes y misteriosas como cruzarte con un desconocido que llora a moco tendido en la calle; son reconocibles y tronchantes como el chiste favorito de tu mejor colega; son Chuck Berry en *El extraño viaje*. Y recuerdo exactamente cuando Josele Santiago, además de imponerme, me empezó a caer especialmente bien. Cuando, además del mejor enemigo, pensé que sería (en el caso remotísimo de llegar a conocer a un grande del rock and roll) un amigo. En la versión de «Todo a cien» de su disco en directo *Obras escocidas* llega al punto de la canción donde ese narrador que se bebe la vida a cucharás (y que no sabe decir «no», sí sabe decir «más») confiesa: «No puedo parar». Pero Josele, en el concierto, lo pronuncia como Chiquito de la Calzada: «*No puido pararl*». Ya sabemos que el drama, sin un poco de humor, da risa. Y resulta que tiempo después conozco, en el Café de la Ópera, a Josele Santiago gracias a Núria Torreblanca, su señora, una tía tan grande que cuando entrevistó al mismísimo genio de la pradera, la rebautizó. Dijo: «¡Jarl! ¡Pero si es miss Dinamarca!».

Ella me ha conectado con Josele, que, ahora sí, me dice que está escribiendo un libro que repasará su vida a través de sus canciones, y sus canciones a través de sus siete vidas. Y yo me froto las manos. A otros les pedirías su cazadora, sus botines o como mucho fuego. A Santiago le pedirías su voz. Ese timbre grave y guasón. Ese esquivar la solemnidad por el arcén del humor. Esa forma, en definitiva, de escribir y de estar en el mundo: chulo pero no chulillo, listo pero no listillo, gracioso pero no graciosillo, sabio pero no resabiado. Duro y también vulnerable: «Cuanto más intensamente se templa y endurece el acero, más quebradizo se vuelve», nos chivó Richard Cohen.

Todos esos adjetivos elogiosos los merece muy sinceramente este libro. Lo sabré cuando lea la resma de páginas de Word que me confiará otro día y en las que trabajará durante años. Porque este libro no es un capricho de temporada ni un arrebato vanidoso. Este libro, escrito con el cuerpo y con oficio, es más que un cancionero y más que una historia de vida: aborda la inmaculada concepción de los estribillos, documenta cuarenta años de la música en nuestro país, retrata un Madrid (¿y un mundo?) perdido, ajusta las cuentas y las tuercas (y enfoca las fotos) de uno de sus tipos más valiosos.

Lo diré de otro modo: hoy, en el Café de la Ópera, Josele me relata un descacharrante atraco a una farmacia de su barrio durante su adolescencia y luego me recomienda un libro de Coetzee. Porque quien firma *Desde el jergón*, el himno y el libro, encarna como pocos la fórmula para la vida plena, para la buena escritura, del Gato Pérez: calle, biblioteca y atalaya. Vivir, leer y entender. Gastar suela, pasar páginas y alzarte sobre lo que pasa, también sobre lo que hay.

1.- La calle.

En un panel del Museo de la Inmigración de Ellis Island, la puerta de entrada a Nueva York, puede leerse: «Me embarqué a Estados Unidos porque escuché que las calles estaban asfaltadas con oro. Cuando por fin llegué me di cuenta de tres cosas: primero, que las calles no estaban asfaltadas con oro; segundo, que no estaban asfaltadas, y tercero, que era yo quien tenía que asfaltarlas». Lo dijo

algún migrante sobre el sueño americano, pero lo podría soltar también cualquiera que empieza la vida o una carrera musical. Sobre todo si es una carrera (en una carretera con cambios de rasante, socavones y multas) como la de Josele.

Porque en este libro hay curvas, carriles de desaceleración, peajes, atascos, rotondas y regresos. *Desde el jergón* no es el típico *memoir* de *rock hero* que narra con autocomplacencia esa trayectoria manida (ascenso meteórico, auge de excesos, caída estrepitosa) que parece una montaña dibujada por un niño. Es más complejo, más contradictorio. Y, por eso, está más vivo.

Y arranca así. Los Enemigos echaron a andar en el Madrid de 1985, cuando la gente gritaba «OTAN no» (y ellos gritaban «sí» a otras cosas). Antes habían sentado cátedra Leño, pero en ese momento mandaban otros. En este libro, La Movida va con apellido compuesto, como los de las familias de buena cuna: «La Movida Esa de Los Cojones», escribe. De los De los Cojones de toda la vida, vamos.

Desde el jergón, el libro, pinta un Madrid en transición donde abundan los personajes. El Ojolefa, por ejemplo, que controla los billares, donde quinquis y rockeros se disputan la *jukebox* para poner rumba o glam: «Me encanta eso de pelearse por el arte. Al final va a resultar que somos todos modernistas». El marine que regenta el local de ensayo de Chueca, que hierve coles y reparte tarjetas de Matabicho, una sospechosa empresa de fumigación (me recuerda al legendario camello de Barcelona que sacaba sus posturas de una cajita donde se leía: «Comerç Just»). O ese amigo, en fin, que quiere montar un bar, en el fondo del mar.

Josele es uno de esos personajes y también es quien los mira, a veces con perplejidad de entomólogo. Hay rockeros que son solo tipos disfrazados de rockeros. «¿Es un payaso o es un hombre disfrazado de payaso?», me dijo una vez mi hija (luego lo volvió a preguntar, pero señalando a un policía). Rodeado de punkis, mods, heavies y rockers, Santiago debía de ser en los ochenta como ese chaval vestido normal en Halloween, rodeado de Batmans y Supermans: le preguntan de qué va y responde «de mí mismo». Y es tan él mismo en aquellas calles como en estas páginas. Este

párrafo, casi un manifiesto de pasiones, versión cañí del de Ian Dury en «Reasons to Be Cheerful, Part 3», lo demuestra: «El vino peleón y el coñac, el blues rural y el otro, los bichejos y las plantas, los Kinks, Dr. Feelgood, los Flamin' Groovies, la jota aragonesa y la navarra, Robert Crumb y Mortadelo, salir por la noche en la ciudad y respirar el aire fresco del campo, los versos de Quevedo y las novelas de Mendoza, los callos a la madrileña y el gazpacho andaluz».

Esos son el protagonista, el paisaje y los extras. Pero Josele también habla de compinches, de compañeros, de casi hermanos. En este libro caen máscaras de algún que otro farsante, pero se celebra por todo lo alto la existencia de gente genuinamente brillante y necesaria. Para empezar, Los Enemigos. Lalo, el mánager que lanza y lleva su carrera, pero a quien le confiarías más de un secreto: su accidente es uno de los momentos más dolorosos del libro. Y Artemio, con el que empieza casi todo, es un personaje inolvidable: el encargado de los primeros latidos (es decir, de los primeros golpes de bombo) de la banda, entre muchas otras cosas. Cuando se va, aparece Chema, el Animal: el *enemigo* fiel, sincronizado y sanote, que solo bebe batidos, pero que aporrea cajas como un demonio y levanta coches a peso. El bajo primero se lo cuelga Michi, pero luego pasa a las manos de Fino, ese almeriense salvaje con corazón pop. E irrumpe también David Krahe, algo así como el gemelo tranquilo, aliado ya en los años de madurez. Y bueno, también sale, en el libro y de la banda, Manolo: el guitarrista en la esquina del escenario.

Todos estos son Enemigos, y casi todos también amigos, pero de algún modo también lo son otros personajes secundarios (y la vida, como una película, se mide por el carisma de sus secundarios). Así que aquí se brinda por la existencia de un montón de nombres, algunos famosos y otros anónimos. Uno de los primeros es Julián, de Siniestro Total, ese genio con harmónica (la única persona que se parece a los dos Blues Brothers a la vez) que les monta un primer bolo en Vigo y con el que Josele llena de adoquines la zanja de una calle de Madrid.

Porque no existiría ni el grupo ni el libro sin tanto adoquín. Un libro que primero habla ágil para irse espesando con los golpes. En las primeras páginas Josele anda «a pinrel» y «sin un clavel» en el bolsillo. Esos capítulos rezuman el estilo de sus primeras canciones, que no le cantaban a diosas en lencería negra ni a venus de las pieles, sino a la portera de su casa: una mujer obesa en «bata de guata barata», que suena así como el *awopbobalooba* enemigo. Cuenta cómo telonean a los Barracudas y acaban su concierto con unas jotas aragonesas. Tocan en colegios y un niño con síndrome de Down les pide que interpreten la sintonía de *David el gnomo*. Un tipo mea en la paella comunal del pueblo y el médico te dice que tu hígado a los 40 será fuagrás. Dibuja Josele, siete veces más fuerte que tú, viñetas juveniles: la crónica del atraco a la farmacia le da mil vueltas a cualquier cuento callejero de la época. Alta literatura, tío. ¿Lo entiendes, tío? Tío: lo entenderás cuando lo leas. Porque desde que murió el Julito, el Pichis habla como él. Tío.

En la primera época, en un Madrid que por momentos y zonas es como un Xanadú rock, Los Enemigos miden metódicamente la calle, de lado a lado, con su caminar beodo, porque la calle es suya y no de otros. Solo tienen su cuerpo: para financiarse las noches, Josele dona sangre y carga pianos. Y hay rabia y estupefacción, pero también la euforia del descubrimiento. Detrás de cada canción, una historia popular, una anécdota vivida que se cuenta aquí de forma vívida.

Es en la calle, también, donde se estampan dos helados, uno de fresa y otro de pistacho. Las portadas de Los Enemigos son muy elocuentes: del rinoceronte tozudo a la piscina vacía donde no hay nadie ni nada. Pero la tapa de *La vida mata*, esos dos helados despanzurrados, lo cuenta casi todo. Y digo casi, porque el resto, y Josele echa el resto, lo cuenta en este libro. Y cuenta, sí, todo lo que vivió en la calle, pero lo cuenta así de bien gracias a lo que leyó en su biblioteca.

2.- La biblioteca.

Josele atrapa las imágenes y las historias en esos bares de Malasaña, pero también en libros como el que me recomienda en el Café de la Ópera. En *Juventud*, de Coetzee: «¿Qué más hace falta sino una especie de obstinación estúpida e insensata como amante y escritor unida a la buena disposición para fracasar una y otra vez?».

El costumbrismo loco y humorístico, cervantino y brugueriano, se va mezclando con otros tonos (más líricos, más desesperados, más íntimos) a medida que avanza su discografía y también este libro. Porque Josele se pasea por el mundo masticando algo, algo misterioso. Pero también con una Biblia en un bolsillo y un bloc de notas en el otro. Escribe en movimiento, porque los semáforos y los rótulos cuentan historias, así que pasea mucho. «Desde el jergón», la canción, la garabatea de vuelta a su hogar tras una visita a la cárcel: en un banco de la Casa de Campo, en el metro, en el capó de un coche, en el Agapo. ¿Y qué piensa? «No sé qué está pasando, nunca entiendo nada. Estoy fuera y sin embargo tengo más miedo que tú». Ese miedo a estar en la vida, bajo el sol, es escribir desde el jergón. ¿Y qué escribe? «La sangre aún me hierve cuando pienso en mi mala suerte».

Pero en un bolsillo lleva una Biblia, y también por eso Josele escribe así. Porque a veces (dejad que me ponga estupendo, porque hay páginas aquí que lo merecen) le llega el aliento divino: la sal de la tierra, la luz del mundo, la hostia bendita. Y también porque sabe que no hay que darles cosas sagradas a los perros ni arrojar perlas a las pezuñas de los cerdos. Y que hay que entrar, siempre, por la puerta estrecha. Y andar por la sombra.

Ni chinchetas en los zapatos de mamá, ni bares en el fondo del mar, ni frailes salidos de las tumbas y salidos libidinosamente, como de versión porno de *Fray Perico y su borrico*. Nada de eso existiría en el Universo Enemigo sin haber leído así de bien a Lorca, a Burroughs, a García Pavón, a Galdós, a Hamsun. ¿Qué masca Josele? Aún no lo voy a decir, pero sí que bebe tanto de grandes novelas como de un breve de la prensa local gallega donde un crío

deja una nota de suicidio: «Id a por el pan y a por la leche, que yo no voy a ir».

Josele ya había llevado a los estribillos el ojo clínico para el costumbrismo, las alas de la leyenda urbana, la anatomía del morado y del golpe, y las cacofonías psicodélicas de cuando intentas sintonizar la vida. Pero en este libro (a veces *Miau*, a veces *El almuerzo desnudo*, a veces *El día del Watusi*) logra un dos por uno: cuenta de dónde sacó todas esas ideas, pero luego las desarrolla en una prosa solidísima. Porque, como dice la rumba del Gato: «Es un hijo de la calle, de los libros y el humor, que descubre su camino a golpes de contradicción». Y aquí, además, se eleva: no solo mide la calle y subraya los libros, sino que se encarama a la atalaya.

3.- La atalaya.

Porque con las suelas gastadas en la calle y las yemas cuarteadas por las páginas de los libros, Josele Santiago sube aquí a la torre. Ha aprendido qué hay que contar y también cómo hay que contarlo. Pero ahora intenta entender por qué lo ha hecho.

Dijo un listo: «El propósito del arte es recobrar la sensación de vida, para hacerle a uno sentir las cosas, para hacer pétreo lo pétreo. El propósito es, de hecho, recrear las sensaciones tal y como las percibimos, no como las sabemos». Y eso logra Santiago en estas páginas: la emoción sin celofán.

Antes de escribir este libro, Josele ha intentado tomar distancia de otras maneras. Se fue un tiempo a trabajar a una clínica veterinaria en el barrio del Calvario de Vigo, cuando pensó que no podía vivir ni de sus canciones ni tan cerca de ellas. Pero también se sometió a rituales santeros en La Habana, para acabar con sus peores adicciones, las que casi lo dejan sin esos dientes que tan útiles le son cuando masca algo, algo que no sabemos qué es, quizá las partes más correosas de la vida.

Pero es aquí, en este libro, donde observa desde la torre vigía. No quiero decir que lo analice todo desde la soberbia de las alturas, como un dios sabiondo. Al fin y al cabo, es un libro titulado *Desde el jergón*, y escribir en ese colchón fino es hacerlo, con brutal

humanidad, desde el nivel más cercano al suelo. Pero Josele se las apaña para estar arriba sin dejar de estar abajo, para elevarse sin dejar de sonar cercano: quizá ha puesto un jergón en la atalaya para poder mirar así. Y lo que ve es la amistad y la traición. La idiocia y la codicia, el brillo y la complicidad. Y entonces reflexiona sobre lo importante. Y se permite la digresión y despacha lucidez. Habla de nuestro país y de la industria musical: «Desde el puerto a tu nariz, este país se ha convertido en una interminable procesión de intermediarios. Los desproporcionados beneficios que reporta el compact disc se esnifan sobre sus estúpidas carcasas de plástico. (…) El mundo del espectáculo parece una novela de Valle-Inclán». Dice también que «la duda, que no es sino una potencia del bien, tiene la carrera perdida de antemano, porque quien no es capaz de reflexionar pasa directamente a la acción y, en consecuencia, llega antes». O que «el humor del optimista solo es bueno para los niños. Detrás de un adulto optimista se oculta una total ausencia de fe en un mundo mejor». O que las ratas «huyen en zigzag»: si eres paciente, las patearás con una bolea prodigiosa. O que los mejores amigos, y los mejores a secas, a veces se van de los sitios, del grupo o del mundo, porque no soportan «ver tantísimo bicho muerto en el morro de la furgoneta». O que la mejor palabra, la más «linda», es: «ahora».

Y ahora, por fin, leed este libro escrito con el cuerpo, en un estilo magnífico, de calle y biblioteca y atalaya. Y de jergón. Pasad la página y descubriréis más de un secreto. Por ejemplo, el primero: ¿qué masca Josele Santiago cuando no tiene nada en la boca?

Miqui Otero, sábado 10 de enero de 2026

ÍNDICE

PRÓLOGO

PREFACIO

I FERPECTAMENTE (1986)

II UN TÍO CABAL (1988)

III LA VIDA MATA (1990)

IV LA CUENTA ATRÁS (1991)

V TRAS EL ÚLTIMO NO VA NADIE (1994)

VI SURSUM CORDA (1994)

VII HERMANA AMNESIA/ POR LA SOMBRA (1995)

VIII GAS (1996)

IX NADA (1999)

X EPIPRÓLOGO (2002-2012)

XI VIDA INTELIGENTE (2014)

XII MAPA DE LOS CÁRPATOS (2015-2019)

XIII BESTIEZA (2020)

XIV CANCIONES CHULAS (2026)

PREFACIO

Siempre quise estar en una banda de rock. Desde pequeñín. Cuando las cosas se tuercen me obligo a recordármelo una y otra vez: «Es lo que querías, ¿no?». Como suele decirse, nadie dijo que iba a ser fácil. Se supone que eso no importa, pero la verdad es que cuesta llegar, y enseguida caes en la cuenta de que no tiene sentido esperar nada a cambio. Ese es precisamente el significado de «arriesgar». También cuesta mantener la nave a flote, porque el equilibrio depende exclusivamente de la tripulación. Desilusiones, sacrificios, secuelas… Este es uno de esos trabajos en los que te dejas la salud. Disculpa la divagación, pero ya que me pongo a escribir un libro quisiera dejarlo claro. Alegrías muchas, por supuesto. Satisfacción, pues también. Mucha. Pero todo eso se gana a pulso. «Respeto» es la palabra. Eso de que el tiempo pone las cosas en su sitio es una mierda. Las pones tú o vas listo. No digo yo que haya terminado aquí por puro descarte. Pero entonces cómo se explica que sea ahora lo que quería ser de chiquitillo. Pues vete tú a saber, pero el caso es que siempre me las he ingeniado para tener una guitarra a mano.

¿Lo recuerdas? No eras más que otro mocoso perdido en el bullicio de la verbena, extasiado frente a la orquesta y del todo ajeno a las atracciones. Ni siquiera el olor de los churros y el algodón de azúcar conseguían sacarte de tu abstracción. Porque esta fascinación por las guitarras eléctricas y el brillo de los tambores es como la mordedura de un lagarto: nunca te va a soltar. No serás capaz de apartar la mirada del escenario y te preguntarás de dónde salen todas esas canciones. Quién las escribe. Cómo lo hace. Por qué son tan buenas. Y el mero hecho de que un señor se plante ante el micrófono y cante las palabras despierta en ti el hechizo.

Que yo recuerde, siempre me han rondado melodías por la cabeza. Diseño líneas de percusión para ellas con la boca, entrechocando las mandíbulas. Las muelas retumban en el cráneo con un timbre grave y seco, de manera que ellas se encargan del bombo, y con los incisivos marco lo que sería la caja. Los colmillos son perfectos para hacer redobles de timbal, y simulo los platos con golpes de aire. Soltándolo por la nariz el efecto es muy parecido al de un *ride*, y chistando la lengua se obtiene un *crash* bastante convincente.

Los hijos únicos pasamos mucho tiempo solos y acabamos haciendo cosas raras. Yo voy por la calle bufando y desencajando las mandíbulas. Puede que parezca un pelín perturbado. Pero no estoy loco. Todavía no. Al menos no tanto como creen mis compañeros de clase, que me llaman así desde pequeño. El Loco. El Loco esto, el Loco lo otro, el Loco es anarquista… Yo qué sé. Incluso algún profesor me llama así. El Loco. Me importa un cojón. Solo intento llenarme de música. Me gusta sentirla dentro de mí.

Cuando escribes una canción donde sea que estés con tu lápiz y tu guitarrica casi puedes escuchar en tu cabeza cómo va a sonar cuando esté lista para ser grabada. Formas parte de un ente que conoces a la perfección. Cuando la canción comienza a tomar forma en el local de ensayo, tú ya no estás en un local ni en un ensayo. Llegas a algún lugar y te encuentras firmemente anclado a él por líneas de bajo y golpes de tambor, mientras un ejército formado por cuerdas metálicas, cables e imanes acorazados te empuja con fuerza hasta un cielo que se deja acariciar por tus cuerdas vocales. Un árbol enorme y poderoso que, sin embargo, se presta a jugar contigo como si fuera un potrillo.

Pero la canción, como todo, se acaba. Y el local de ensayo sigue ahí, a medio iluminar porque el fluorescente ha decidido ponerse a parpadear para recordarnos de dónde venimos y a dónde vamos. Recoges tus cacharros y sales a la calle. Bullen por tu cabeza contratos, facturas, cachés, derechos de autor y agencias de contratación. Haces cuentas. No cuadran. Cada paso que das resuena en la acera, y la boca de una alcantarilla se resiste a contar que, solo unos metros más abajo, millones de ratas se asesinan las

unas a las otras para sobrevivir y que hay demasiados hombres imitándolas aquí arriba. No han pasado ni veinte minutos y ya no queda ni rastro de tu precioso árbol ni del cielo resplandeciente ni del potrillo. Afines que se atraen y contrarios que se repelen. A eso parece reducirse todo.

Y, sin embargo, cualquier vida cobija una epopeya. Un día reparo en que, en lo que atañe más o menos directamente a lo profesional, la mía ha sido contada en versiones no solamente dispares, sino en su mayoría escasas de puntería y faltas de autoridad. No me encuentro cómodo con eso y, de repente, se me antoja razonable hacer algo al respecto. Nada drástico. Es solo este librito que empiezas a ojear. Una mirada subjetiva sobre el corazón de una banda que ha sido capaz de orear su testarudez durante cuatro décadas a lo largo y ancho de un país que no termina de deshacerse del adjetivo *precario*. Y ahí seguimos, quemando años, asfalto y menús del día. Nada de estrellas, cero patatero en glamur para Los Enemigos. Canciones desde el jergón, gente corriente y la bendita carretera, que no se cansa de vernos pasar.

I
FERPECTAMENTE
(1986)

FUAGRÁS*

El riff de «Fuagrás» me delata. *Fun House* es mi disco favorito de todos los tiempos. Es una verdadera obsesión la que tengo con él. No puedo evitar revisitarlo mentalmente una y otra vez mientras me pateo la noche dejándome llevar por la dextroanfetamina o dedico tediosas mañanas a subrayar números de teléfono de posibles ñapas en la sección de empleos del periódico. No soy capaz de sacarme esas líneas de bajo de la cabeza. Mi organismo apenas tiene veinte años, pero ya empieza a quejarse. No importa, yo solo quiero escribir canciones chulas. El médico de cabecera me muestra el camino: «Cuando tengas cuarenta años, en lugar de hígado, tendrás fuagrás». Vale, doc. Aquí hay carrete. Parece una de esas pelis de casquería y canibalismo que tanto gustan en los garitos de Malasaña. Me cuelo en la estación del Norte a fumarme una rasca que me está esperando incrustada en su cachito de papel albal. Se supone que la estación está abandonada, pero a veces un tren echa a andar sin previo aviso. Siempre lo pienso. Las vías del tren, el jaco, el alcohol… Mira que si un día me quedo frito por aquí… He leído que más de un bluesman terminó sus días así, despanzurrao en un lugar como este.

A quién le importa. Releo por diezmillonésima vez un papelote arrugado que me saco del bolsillo y me siento bien. Porque creo que ya lo tengo. Me gusta el ripio: «Y es que el tren se lo llevó / a mi abuelo por delante. / Pobrecico, se quedó / mucho más feo que antes».

Artemio siempre sostendrá que somos una banda de «ripianblús». Yo aún no sé quién es Artemio, pero eso no importa porque tenemos

tiempo de sobra. Recogeremos el hígado del abuelo, se lo llevaremos a la abuela para que nos lo cocine, nos lo zamparemos y lo contaremos en el primer corte de nuestro primer disco, que se llamará *Ferpectamente* en honor al vino peleón y los tebeos de Astérix.

~

Esta tarde nos han soplado que hay una fiesta de rockers con barra libre y estamos en la otra punta del Foro sin saber qué hacer aparte de engullir dexedrinas y trasegar cerveza. Es una sensación extraña estar aquí parados a las puertas del famoso Rock-Ola, tan lejos del barrio. A ver si abren de una puta vez porque no nos sentimos nada cómodos.

Esto se va llenando. Soy el único que no va de rocker, porque sucede que últimamente me muevo con unos del instituto que son muy salaos y, bueno, se suelen juntar con otros rockers, claro. Aunque a mis nuevos amigos en realidad les importa tres cojones si vas de esto o si vas de lo otro. Son bastante abiertos de miras y escuchan otras cosas, aparte de lo que cabría esperar por sus tupés. Pero cuando se juntan con gente de su vaina no las tengo todas conmigo, ¿sabes? Porque resulta que por el centro de Madrid rula gente que se toma estas historias muy en serio. A la que te descuidas acaban a hostias con los mods o los punks o los skinheads y más cosas que hay. Yo no sé, en mi barrio tenemos nuestras movidas, claro, pero estas del centro son como más de película americana. Un protocolo del copón, con sus uniformes reglamentarios y toda la hostia. Me echo un culín de birra en el coco y me peino así para atrás, yo qué sé. Decido no mirar a las chicas, no la vayamos a tener. En la puerta hay un tipo tocando canciones de Bo Diddley con una Martin D-28. Nunca había visto una de cerca y me gustaría pararme a hablar un rato con su dueño, pero parece que las puertas se abren y mis colegas me empujan impacientes. Una vez dentro nos concentramos en beber gratis, que es a lo que hemos venido. Imposible no mirar a las chicas. Decido no mirar a los chicos.

No sé cómo lo hago. Siempre acabo con una basca que no es la mía y sin un clavel en el bolsillo. Bueno, casi sin un clavel venía ya de casa. A veces acabo por ahí con no sé quién, pero la mayoría de las noches me vuelvo a casa solo y a pinrel. Si hay que patearse la ciudad entera, se patea.

Madrid, oscuro y prácticamente desierto, me vuelve a engullir. Antes de llegar a mi destino, al otro lado del Manzanares, decido desviarme un poco, a ver qué pasa. En el centro siempre tengo la sensación de que en cualquier momento me van a leer mis derechos y todo eso. No me gusta, me siento más seguro en cualquier descampao de mi barrio. Pero bueno, gracias a los rockers estos he conocido gente muy avisada por estos lares, y se me ocurre que podría caer alguna copichuela. Vaya, en realidad solo he conocido al Kike Turmix, pero parece que si vas con él eres recibido con honores en los garitos de medio Malasaña. Porque hay un puñao de antros estupendos donde rockear hasta el amanecer. Aquí se cuece algo distinto de las tribus urbanas y la Movida esa de los cojones. Mira, por ahí sube el gordo por la calle Velarde, y parece que esta noche viene bien acompañado. Es el mismo tipo de la puerta del Rock-Ola, con su D-28 a cuestas, que resulta ser Daniel Jeanrenaud, el cantante de los Kingsnakes, que está de rule por Europa con una pelirroja guapa y pizpireta. Se dirigen al Salero, en la calle Loreto y Chicote. Se masca una noche toledana en el ambiente, y un servidor, que es de natural distraído, no puede evitar dejarse arrastrar por ella. Gene Vincent aúlla por los altavoces, y el titánico esfuerzo con el que intento convencer a mi organismo de que no se derrita allí mismo se ve recompensado solo a medias. Porque preferiría andar en línea recta. Nadie es perfecto, supongo.

Intento recomponer mi habitual estado semisólido mientras Ulises Montero, encargado del local y saxo de Gabinete Caligari, y Antonio Bartrina, la voz de Malevaje, nos reciben con exquisita amabilidad en una de las mesas más cercanas al escenario. Las copas vuelan mientras Antonio me sorprende al marcarse, sin quitarle los ojos de encima a una morena, unos estilosos tangos que él mismo mece y apuntala con su guitarra española. La Martin de Daniel me tiene

hipnotizado, y él, que se ha dado cuenta, me la ofrece. Tanteo unos acordes procurando no dejársela perdida de babas.

—*I'll sing while you play, OK?* —me propone.

—Vale. *Yes*. OK —respondo.

FLORINDA*

«Qué, ¿parriba?», o bien «qué, ¿pabajo?». Una de dos. La señora Florinda no suele decir mucho más mientras estruja su autoestima en el mocho de fregar las escaleras. Con su gastada bata rosa, sus pantuflas con borla y los rulos puestos, Florinda es el primer ser humano que me encuentro casi todos los días al salir a la calle. Siempre con los labios pintados de rojo encendido y la sonrisa eternamente puesta. Algo me dice que en cuanto llega a casa se le borra. Florinda es la señora de la limpieza de mi bloque, y la primera canción que escribo se la debo a ella. Pobre Florinda. Su existencia no parece digna de ser relatada por la emergente cultura de «lo auténtico» que se extiende por Malasaña. Pero para eso estamos Los Enemigos. La imaginería del rock no nos dice gran cosa. Ni mujeres fatales ni lencería fina ni cuero negro ni leches en vinagre. Nuestra primera incursión en el universo femenino viene embutida en una bata de guata barata y no se quita los rulos ni para ir a trabajar.

~

Me acuerdo regular, pero juraría que la otra noche quedé con el Turmix en el bar de los andaluces porque me quiere presentar a unos que tienen un grupo de rock o vete tú a saber. Me quedo en la puerta porque no llevo un puto duro encima. Hace un calor de mil demonios.

—¡Pero qué haces ahí fuera, desgraciao! ¡Tira pa dentro, hostia, que te va a dar un sarampión!

Ya está aquí el gordo con su grito huracanado. Yo me esperaba gente así como más pintona, pero los tíos que me presenta tienen un aspecto tirando a discreto. Artemio Pérez Fillol y Roberto Arbolea me ofrecen un puesto de guitarrista en su banda, así sin prueba ni nada, y empiezan a pedir rondas.

Tragan como limas. Esto me va gustando. Cañas, vino fino, gazpacho y unas croquetas de pollo que, según el jefe, «*zon una coza mu zeria*».

Naturalmente, sigo sin un duro. Pero Los Enemigos, que así dicen llamarse, me aseguran que esto no ha hecho más que empezar y que no me preocupe por el dinero.

Nos trasladamos al bar Velarde, regentado por el simpar Marcelino, que es algo así como el cuartel general de esta gente. A La Vía Láctea, que está justo enfrente, no se le hace mucho caso desde aquí. Pido cuatro cañas, y el otro camarero, Isidro, me trae cinco vinos tintos. Me asegura que es mejor así. Le digo que bueno, pero que sobra uno, y una décima de segundo después el vaso está en el fregadero y la sonrisa de Isidro, un poco más brillante y colorá.

—¡Aquí no se tira ná!

Isidro se pasa media vida en la cárcel y, cuando lo sueltan, Marcelino le da cuartelillo en el bar. El Marce tiene un corazón de oro. Nosotros, a lo nuestro. Decidimos por unanimidad echar la siguiente meada en La Vía. Está petao de gente guapa. Mi primera impresión es que es como el Rock-Ola, pero en limpio. Se lo comento al tío que mea a mi vera, que me contesta sin inmutarse que es el dueño del local y me informa de que mi capacidad de observación va a verse recompensada con una copa de lo que más me guste. Marcos me lleva a la barra y en menos que canta un gallo tengo delante un coñac del bueno, a los Ramones sonando a todo trapo por los altavoces y a las chicas más guapas que me ha sido dado contemplar en la vida desfilando para mí.

TENGO UNA CASA*

Entre chatos de vino y fugaces incursiones en La Vía Láctea se me ha pasado el tiempo volando. Aún no tengo claro si soy un Enemigo más o qué carajo. La tensión en los camerinos de la sala Carolina es más que palpable. Los otros dos integrantes de la banda se han ido con caras largas y sin despedirse. Parece que no están muy contentos con el espectáculo que acabamos de dar Artemio, Roberto y un servidor. Se esperaba bastante de nosotros, si no de qué íbamos a telonear a los Barracudas, pero por lo visto hemos renunciado a cualquier atisbo de expectativa al obsequiar al respetable con dos jotas navarras y una aragonesa durante un bis que, según nos informan, nadie se había molestado en pedir.

Sin embargo, al barracuda Chris Wilson le ha molao y aquí está con una botella de champán. Dice que a partir de hoy es nuestro fan número uno («¡el que tenga los huevos de decir lo contrario se las verá conmigo!»). Le vuelvo a dar las gracias por la Fender Telecaster que me ha prestado amablemente para el bolo, y dice algo así como que se lo ha pasado en grande y que nos vayamos con ellos para repetir la jugada a no sé dónde. Nos servimos unas copas y aprovecho para preguntarle por los Flamin' Groovies y todo eso, pero me temo que acaba de pasarse a la zona oscura. Murmura algo y entonces aparece una especie de Frank Zappa de dos metros que lo agarra en volandas y se lo lleva por el pasillo.

—*So long, Chris Wilson, our one and only fan!* —grito mientras se aleja.

Aunque nos hayamos quedado sin cantante y sin bajista, tengo la sensación de que ha sido una gran noche. Es hora de volver a casa.

Caminando, como siempre. Madrid vuelve a abrir sus oscuras fauces para mí.

~

Detecto un intruso en nuestras plácidas tardes de vino guarrindongo y blues rural. Se trata nada menos que del futuro. El muy cabrón, que no solía ocupar más de media hora en nuestros horizontes, lleva un mes monopolizando las otrora divertidas tertulias en casa de Artemio. Últimamente andamos con esa paranoia metida en la cabeza, y yo hasta le he pedido al bueno del Marce que me enseñe a manejar la cafetera, sujetar la bandeja y todo ese rollo. De natural optimista y bondadoso, me augura un gran porvenir en la hostelería, a pesar de que los dos sabemos que si he nacido para algo, no ha sido para esto.

Ah, el futuro. Las propuestas de Roberto parecen divertidas, pero uno del bar que es abogado nos advierte de que están todas castigadas con al menos diez años de prisión. Artemio lleva tiempo obsesionado con unos pequeños peces de colores y apuesta por su cría a gran escala. Es precisamente esto, la gran escala, lo que constituye el principal escollo con el que se encuentra el proyecto. Roberto le comenta a Artemio que necesitaríamos una casa de Artemio más grande. Y yo no sé, estas cosas me aburren, así que llevo ya un rato tonteando con la acústica y creo que tengo un riff bastante majo. Roberto canturrea por encima asegurando que tiene una casa en el campo y que otra casa tiene en la ciudad. Artemio aporrea la mesa, y yo me saco de la manga una especie de solo para meterlo en medio, que siempre viene bien. Tenemos otra canción. Que se joda el futuro.

COMPLEJO*

Entre los dos nos acabamos de beber seis mil pesetas en coñacs con Coca-Cola. Hemos empezado a hablar y yo no sé la de Españas —pues así es como llaman en el bar a este delicioso combinado— que habrán caído. Artemio y un servidor rebuscamos en los bolsillos, pero apenas conseguimos reunir un par de talegos, así que o salimos corriendo o intentamos parlamentar con el tipo de la barra, que parece majo. Tampoco es la primera vez que venimos, seguro que le suenan nuestros caretos…

—¡Hombreee! ¿Cuánto mide la calle, chicos? De ancho, digo… Porque eso es lo que estabais haciendo anoche con Julián, ¿no? ¡Medirla de lado a lado! ¡Ja, ja! Hoy llevamos el mismo camino, por lo que veo…

Pues sí que le suenan…

—¿Un grupo? ¿Sois Los Enemigos? El gordo me ha hablado mucho de vosotros… No sé, si queréis, como actuáis la semana que viene, hacemos cuentas después del concierto y listo.

De puta madre: no tenemos seis mil pesetas, pero tenemos un bolo. Bien por el Turmix. Es en el mismo garito donde la semana pasada pudimos degustar extasiados nuestros blues favoritos de la mano de Sonny Boy and The Juliansons, y agarrarnos una por lo visto memorable cogorza con Julián Hernández, su cantante y armonicista. Un tipo que se parece a los dos Blues Brothers simultáneamente. Será un marrón para los albañiles y todo eso, pero nos pasamos gran parte de la noche volviendo a llenar de adoquines una zanja que atraviesa la calle de la Madera a lo largo. «Nada es lo mismo que nihilismo…».

Aún no sabemos que nos vamos a agarrar muchísimas más cogorzas con él, ni que en una realidad paralela es el batería de Siniestro Total, ni que volveremos a llenar muchas zanjas los tres (se convertirá en un ritual ineludible cada vez que nos encontremos por ahí). Tampoco sabemos que ese garito, el Agapo, un día será legendario, ni que el chico tan amable de la barra y yo acabaremos siendo parientes…

Ni Artemio ni yo sabemos nada, pero tenemos un concierto y necesitamos un repertorio ya mismo.

Salvamos algunas versiones de las que que defenestramos en el concierto de los Barracudas («Walkin' the Dog», «The Witch», «El tren de la costa»), añadimos alguna más («Shaking All Over», «Run Chicken Run», «That'll Be the Day») y nos disponemos a meterle mano al material propio por primera vez, no sin antes refrescar alguna jotica, que nunca se sabe cuándo puede hacer falta.

~

Tiene unos siete años más que yo y es un espectáculo en sí misma. Muy elegante y estilosa, trabaja en un bufete de abogados, y cuando vamos juntos por ahí, la gente debe de pensar que es mi asistente social o algo así. Pero es mi chica. Que me he echado novia, coño. Lola es una rubia con mucho carácter. Lleva el pelo cardado, tiene unas piernas perfectas y, si se lo propusiera, con una mirada sería capaz de derretir el Capitolio. No sé qué habrá visto en mí, pero ha decidido que yo sea su chico. Por las noches se maquea a conciencia, y entonces ya no sé lo que parezco a su lado, con esta zarrapastrosidad que arrastro por la vida. Ha tocado la guitarra en un algún que otro grupo punk y está como muy metida en el rollo. Me presenta a un montón de músicos y gente interesante. Todo el mundo la conoce. Salimos por ahí casi todas las noches a bailar y hacer el ganso, y solemos terminar armando la de Dios con sus colegas. Es la primera chica con la que salgo y me lo estoy pasando en grande. En verano se va a Galicia con su familia, y yo los sigo a dedo. Pernocto de extranjis en el barquito que tienen, porque en el coche de su padre es arriesgado. Una vez el buen señor se metió,

arrancó y no se dio cuenta de que estaba yo detrás porque aproveché un semáforo en rojo para deslizarme subrepticiamente a la calle y cerrar la puerta sin hacer ruido. Faltó un pelo. Así que al barco, a acumular reúma.

Es curioso que Artemio se haya acordado precisamente ahora de «Complejo», una letra que tenía por ahí guardada desde hace la hostia de tiempo, porque ahora que salgo con una chica tan estilosa me veo bastante bien retratado ahí. Vamos, que de aquí sale un clásico instantáneo. Se lo hago notar, y mi amigo se levanta de un respingo para celebrarlo con un baile singular al que no tarda en apuntarse Roberto. La jota, es que lo enardece a uno. Por mi parte, compruebo con satisfacción que, con unos pequeños retoques aquí y allá, podría cuadrar bastante bien con una línea de bajo a lo John B. Sparks de mis adorados Dr. Feelgood que me ronda últimamente por la sesera. Me guardo el papelote en el bolsillo y me sumo, brazos en jarra, a las sandungueras evoluciones de mis nuevos compadres.

LA PAELLA*

—¡Pero bueno, chaval! ¿Tú me has tomado por una puta o qué?

—Al contrario, señorita, vea que yo precisamente le proponía hacerlo sin pagar.

A veces nos aburrimos en el Marce y cruzamos a La Vía Láctea para ver si ligamos. Solemos echar a suertes quién hace el ridículo y hoy le ha tocado a Artemio.

—Se ha reído… ¿Eso es que folla?

—Yo qué sé. Pregúntaselo otra vez a ver…

A la mierda. Yo me vuelvo al Marce.

Siempre es más o menos así. Supongo que tampoco ayuda el hecho de que en vez de pedir una copa y relacionarnos con la gente nos distraigamos prendiéndoles fuego a nuestras ventosidades con el Turmix. Siempre acabamos igual, el Artemio y yo: nos volvemos al Marce, apoyamos los codos en la barra y pedimos otro par de chatos. Cuando veo tanta gente guapa me dan bajones. No sé cómo nos han dejado que toquemos en una banda de rock and roll, con lo inútiles que somos. Nadie nos toma en serio. Sonamos como un eructo de Satanás. Y olemos peor.

—Para el carro. Según tú… ¿quién se supone que nos está dejando tocar en un grupo?

—Pues ellos, Artemio, ellos. No me digas que no te has dado cuenta, porque yo sé que sí. Puedo verlo en tus ojos. Tú también lo sabes, no me jodas que no. Todo es un montaje, ¿no?

Lo que quiero decir es que un día alguien vendrá y nos dirá si hemos aprobado, superado la prueba, o como coño se diga. Aunque

yo creo que lo que harán es fusilarnos directamente, porque no valemos una mierda.

—Mira, tío: todo, absolutamente todo, es una farsa. Un examen, ¿vale? Nos están observando continuamente. Un orden superior de las cosas al que nosotros no… ¿Cómo que quiénes? ¡Todos, joder! Desde que naces. Tus padres, tus hermanos, tus profesores, tus compañeros de clase… ¡Todo dios! Nos tienen a prueba porque no saben si admitirnos y se lo están pensando. Somos defectuosos o no damos la talla o algo así, tío…

—Pero ¿admitirnos, dónde?

—Pues coño, ¿cómo voy a saber yo eso? En la vida, supongo. En la vida real, Artemio. Porque esto es una puta mierda.

~

Cuando escucho discos de música cajún en nuestro cuartel general, siempre me viene a la cabeza una historia que contaban en mi familia, una historia que pide desesperadamente salir y ver mundo en forma de canción. Sucedió en el pueblo, no sé si antes o después de la Guerra Civil.

Por lo visto daban una fiesta en un cortijo. Señoritos andaluces, gente con mucha pasta que montaba unos saraos del carajo. Se ponían hasta arriba de comer y beber, y contrataban músicos y putas. Muchas putas. Precisamente una de ellas sorprendió a un fulano meando en la paella que había ya puesta al fuego. Al principio se lo contó solo a sus compañeras, pero la unánime falta de apetito que más tarde mostraron todas despertó la suspicacia entre los invitados, y las mozas acabaron delatando al meón, que actuó motivado por el despecho de no haber sido invitado y una vejiga a reventar de cazalla. Lo buscaron por todo el pueblo y le rebanaron el pescuezo de un navajazo, y hasta hace no tanto seguía paseándose por ahí con una cicatriz a modo de gargantilla.

—¿Y por qué en tu canción al final ahorcan al tipo?

—Yo qué sé. Seguramente tengan la culpa Siniestro Total y sus ahorcados empalmados. Ha quedado una canción folk bien maja. Ya

le puedes echar vatios que no se le va a ir lo rústico ni con decapante.

JUAN VALDÉS*

—Mira, yo no sé qué aspecto tiene un cheque, pero, hasta que no tengamos la pasta en la mano, a mí este papelajo no me dice nada. No sé, me esperaba otra cosa. No me fío de esta gente, macho. Artemio, tú trabajas en un banco. Dime que esto es serio, por favor.

—Y dale, que nos lo ha dado el alcalde en persona…

—¿Sabes? También me ha decepcionado un poco el alcalde. Mira qué mierda de firma.

Al final nos hemos quedado solos, Artemio y yo. Rob salió hace un par de días con que no podría presentarse a la final, y, bueno, después de cincuenta mil llamadas y un ensayo exprés hemos sacado adelante la final del concurso con el Botas, que ejerce de bajista en la banda de El Fary. Lo conozco de algún bolo de The Nativos y tengo su número. Por supuesto, acepta y se lo curra la hostia de bien.

Sin embargo, estoy seguro de haber visto a Roberto entre el público del Rockódromo de la Casa de Campo. No entiendo nada, pero eso es lo de menos, porque nos hemos llevado el premio. Trescientas mil pelas y un disco que nos van a grabar. También nos cuentan no sé qué de ir a tocar a Grecia. Artemio y un servidor llevamos un buen rato sin parpadear ni nada. Mi amigo está como petrificado.

—Ahora es cuando nos abren el ojete, ¿no?

El hecho de que nos hayamos quedado solos los dos parece cosa del destino. Conectamos enseguida cuando nos presentaron. Se trata de algo cósmico y natural. Nos reímos con historias que a nadie le hacen gracia y nos atraen las mismas cosas: el vino peleón y el

coñac, el blues rural y el otro, los bichejos y las plantas, los Kinks, Dr. Feelgood, los Flamin' Groovies, la jota aragonesa y la navarra, Robert Crumb y Mortadelo, salir por la noche en la ciudad y respirar el aire fresco del campo, los versos de Quevedo y las novelas de Eduardo Mendoza, los callos a la madrileña y el gazpacho andaluz…

También ocurre que a los dos nos encanta el rock and roll, pero nos da mucho por culo toda esa parafernalia que se trae. No nos interesan las chupas de cuero ni las motos ni tatuarnos el pellejo ni todo ese rollo del malditismo y la autodestrucción. Bueno, a mí las drogas sí que me gustan. Todas. Desde que tengo uso de razón. Pero a Artemio le sientan mal. Bastante ha tenido ya con hacer la mili dos veces. Volveremos sobre esto.

~

Michi tiene unos pocos años más, pero encaja bien con nosotros y pulsa su Fender Mustang con gracejo y precisión. (Lo conozco de Johnny Comomollo y sus Gángsters del Ritmo, uno de los pocos grupos de rock and roll que hay en este Madrid tan moderno y peripuesto que nos ha tocado soportar. Puede decirse que me dieron la alternativa o algo así, porque yo apenas tenía diecisiete años cuando me ficharon. Eran muy divertidos, con sus disfraces de gángsters y su actitud impostada y chulesca. Cada uno tenía un nombre de guerra que sonaba a mafioso. El mío era Giuseppe Tranquietto, porque no era capaz de mover ni un músculo en escena de lo nervioso que me ponía en el escenario.)

Por sus gestos, deduzco que Michi tampoco entiende muy bien de qué va hoy la vaina en los estudios Trak. Paco Trinidad, nuestro flamante productor, y Artemio llevan toda la mañana en el control enredando con un Casiotone y haciendo palmas. Artemio canturreaba eso de «si no fuera por Juan Valdés» a la hora del carajillo en el Marcelino (las 12 de la noche), pero nunca pensé que fuéramos a grabarlo. Paco está entusiasmadísimo con el tema. Me dejo llevar y hago lo que puedo con una guitarra española que hay por allí.

Creo que le estoy pillando el punto porque he dado con un dibujillo en plan tropical que, en mi opinión, le hace bastante justicia al asunto. Hasta me he puesto a hacerle coros a mi compadre. Nada más terminar agarro una acústica que hay por ahí y, con el subidón aún intacto, nos lanzamos a por «Gabrielle», un número cajún que solíamos defenestrar en nuestras tardes de esparcimiento y asueto en casa de Artemio. También grabamos entre los dos «Tengo una casa», donde él me hace coros a mí. No hace ni medio año que estábamos haciendo instrumentales porque no teníamos cantante y mira ahora.

Han quedado de la hostia, y las escuchamos en el control una y otra vez mientras descorchamos unas botellicas. Porque con este trío de canciones damos por terminada la grabación. Nos hemos ventilado quince canciones en tres días, mezclas incluidas. Así que ahora toca celebrarlo por todo lo alto: ¡hala, sidra El Gaitero y berberechos para todo el mundo!

Entre todo el cristo que se está armando en el estudio me ha dado por pensar que aquí, entre todos esos botones y piloticos de colores que se encienden y se apagan, tendré que volver una y otra vez mientras siga en este cochino mundo, porque eso querrá decir que sigo escribiendo canciones y que me dejan cantarlas por ahí. Que sigo con vida y todo va ferpectamente.

VELARDESTRIT BUGUI*
(INSTRUMENTAL)

Hasta esta noche pensábamos que no hay mucho que hacer en Salónica. Nada más llegar decidimos hacer turismo de tranqui y visitamos una especie de Torre del Oro en miniatura que tienen en el muelle. Arriba del todo hay —adivina— un bar. Enfrente también hay un bar, así que somos tres pelotas de ping pong yendo del uno al otro. Hemos bebido cerveza, ouzo, metaxá y retsina, y hemos mantenido conversaciones delirantes con otros borrachos. No hay mujeres en estos bares. Ni una.

En calidad de ganadores del Villa de Madrid, participamos en uno de los actos que ha organizado la gente de la bienal cultural. Hacia la mitad no podemos más y nos vamos de vinos. Esta noche actuamos no sé dónde.

Salimos al escenario de la lonja del pescado con mucho retraso y sin posible escapatoria. El agua del puerto, a escasos metros detrás de la batería de Artemio, tiene que estar fría de cojones. El público, por su parte, está muy caliente, y de ello dan fe las latas que vuelan sobre nuestras cabezas. Mientras saludo —*kalinikta*—, una de ellas me revienta en los morros. Está medio llena. Me la acabo, eructo y doy cortésmente las gracias: *efjaristó*. Se parten de risa, así que lo sigo haciendo entre tema y tema. Eructito, *efjaristó* y a por otra. Se les han debido de acabar las latas, porque ahora nos tiran borrachos. Tenemos el escenario lleno. Uno de ellos se despierta y se tira al agua con abrigo y todo. Después de nosotros actúa una

banda francesa buenísima que se llama OTH, y al acabar el bolo se lían allí mismo a hostias entre ellos mientras recogen los bártulos.

En cuanto podemos largarnos de allí, lo hacemos. Llueve bastante, así que nos metemos en el primer bar que encontramos en el puerto. La cosa tampoco pinta nada bien. Unos marineros turcos se han encaprichado de nuestras guitarras. Se las quieren regalar a unas chavalas que hay por allí, o algo así. En los bares del puerto sí que hay mujeres, pero es mejor no mirarlas.

—*Not for sale, my friend.*

—*Fuck off! How much is it??*

El tío saca un puñao de billetes y lo estampa contra la barra. Lleva un anillo enorme. Él es enorme. Por suerte, los rusos de la mesa del fondo, que ya los miraban raro desde hacía un rato, deciden ponerse de nuestro lado y se levantan en calidad de parte activa. No nos quedamos hasta el final. Entre el follón que se arma, nos agenciamos una botella de brandy metaxá y nos largamos al hotel. No recuerdo nada más. Plof.

Me encuentro con Artemio en recepción. Nunca tiene resaca, no sé cómo lo hace. Ha dibujado una cucaracha en un folio y le está diciendo a la moza por señas que de estas, arriba, las hay a puñaos. Michi pregunta dónde hay una ferretería. Quiere comprar un camping gas para hacer una tortilla de patatas. La recepcionista emite un sonoro bostezo. Necesito una birra.

~

Después de lo de los Barracudas fue como si el micro tuviera la peste. Estuvimos a punto de convertimos en un combo instrumental de esos. Los instrumentales están muy bien porque no hay que comerse la cabeza con la letra y les puedes poner el título que te salga de los cojones o dedicárselos a quien quieras por el motivo que sea.

«Velardestrit bugui» es un tributo a nuestra calle favorita de Madrid, que es, claro está, la calle Velarde. Mayormente por el Marcelino, claro, pero también están El Puerto (con el simpar Antoñito al timón) y El Valle (cuyos carajillos al limón provocan el

mismo efecto que dos rayas de speed de tamaño medio). En la esquina con la plaza tenemos el muy guerrero 2D, y unos pasos más arriba, los bares de rock and roll: La Vía Láctea y el Nueva Visión.

Estos días el teléfono del Marce está que arde. Le están llamando sus paisanos gallegos desde todos los rincones del planeta porque ha salido en el *ABC* con Artemio y conmigo. Como nos hemos vuelto a quedar sin bajista, nos hemos hecho la foto con él detrás de un jamón. Por lo visto algunos dan por hecho que se ha metido en una banda de rock, y es la comidilla de la comunidad galaica internacional. Tiene sentido porque Marcelino, de joven, tocaba el tambor en los bailes.

Está que no cabe en sí de contento. Nos ha ofrecido el bar para vender el disco —mil pesetas, con caña de vino o cerveza y tapa de chorizo segoviano—, y hasta nos ha encargado que le pongamos música a una letra que ha escrito para el himno del Club de Fútbol Dos de Mayo, del que es orgulloso presidente. Dice así:

Sale el Dos de Mayo al campo,
toca el árbitro su pito
y empieza el partido
con raudales de ilusión.
Saca el portero,
le falla la vista,
por entre las manos
le pasa el balón.
Cuando tira el Dos de Mayo
siempre, siempre mete gol.[1]

II
UN TÍO CABAL
(1988)

SOY UN SER HUMANO*

Colocamos los pianos sobre una manta gruesa para deslizarlos por las escaleras y, en los descansillos, basculamos sobre su eje para acometer el siguiente tramo. Aunque nos han puesto unas fajas muy apretadas en los riñones, ya estamos todos mal de la espalda. Tiene gracia que, en cuanto ven su piano instalado, las señoras se ponen finas y nos ofrecen té.

—¿No tendrá una cerveza fresquita por ahí, *madame*?

Pinchar discos es mucho más divertido. No lo percibo como un trabajo. El amigo Monti, un asturiano de armas tomar que estrena calcetines a diario (los del día anterior los tira a la basura), me ofreció una noche semanal en La Vaca Austera y desde entonces ha ido saliendo más currele: El Sol de Mayo, La Rosa, el King Creole, La Vía Láctea… Ahora pincho discos en Malasaña casi todas las noches. Estreno calcetines a diario durante una semana a ver qué se siente, y, bueno, puede que aporte una microdosis de luz en esta noche eterna que es ya para mí el invierno en Madrid. Cada cual es cada cual. Pronto llegará el verano y lo trastocará todo, y creerás que todo ha sido un sueño hasta que vuelvas y veas que todos los bares siguen ahí. A ver cuánto dura la cosa, porque el ayuntamiento nos está cogiendo ojeriza y es sabido que estos no se andan con chiquitas cuando se trata de tocarnos los cojones a los jóvenes.

También presto mis servicios en otras bandas. Ya con diecisiete años había hecho algún bolo para Johnny Comomollo y sus Gángsters del Ritmo, y con ellos cogí algo de oficio. Por lo menos, ya no le tengo pánico al escenario. Ahora solo le tengo miedo. Un miedo muy especial, porque lo único que quieres es volver a sentirlo.

Los Enemigos ya hemos tocado en bastantes garitos. Siempre sin cobrar un duro, claro. Unas cervezas gratis y listo. Recibo algunas llamadas. Con The Nativos realmente disfruto tocando, hacemos algunos bolos cojonudos por ahí. A través de ellos me entero de que los Glutamato Ye-Yé buscan guitarrista. Es Manuel Recio, alias Patacho, quien abre la puerta.

—¿Y tu guitarra?

—A mí lo que me han dicho es que buscáis guitarrista.

Me presta su Gibson SG. Les he debido de hacer gracia porque me cogen para hacer una girilla de invierno. Con ellos la carretera termina de atraparme. Viajar con esta gente es un descojono continuo. Hemos tocado hasta en Melilla (mi primer viaje en avión. Horroroso). Hemos salido a escena puestos de hongos psicodélicos en Bilbao y ante más de mil personas en Barcelona, teloneando a no sé quién. A veces me toca compartir habitación con Iñaki Fernández, y su buen humor me impresiona profundamente. Nunca se mosquea, siempre está contento. Además canta de la hostia y es un showman increíble. Se sube por las torres de altavoces y hace lo que haga falta para animar el cotarro. Sin cortarse ni un pelo, jugándose su integridad física y siempre con chispa (nunca olvidaré el «i*gora* Euskadi hasta Calcuta!» con el que saludó a sus paisanos en Bilbao). Le gusta enrollarnos el cable del micro hasta inmovilizarnos y salir disparado para lanzarse al público de cabeza. Casi siempre acaba sangrando por algún lado.

Los Glutamato fueron unos padrinos fantásticos. Al volver de los bolos tienen el detalle de acercarme a mi casa o a donde sea. El primer sueldo se lo pensaba dar a mis padres para ayudar en casa y todo eso. Anda que no iba a quedar yo bien. Pero ya estaba tuteándome con los ángeles cuando mi colega el Julito, que lo ve todo antes de que exista, me sale al paso. Siempre está donde se cuecen las habas, el jodío. En este caso, los cincuenta metros que separan mi portal de la furgoneta. Tampoco es que le costara mucho convencerme. Nos lo gastamos todo o casi todo. En qué va a ser, coño. En el país de Comprasvendes las cuentas nunca cuadran.

Con los Glutamato me divierto, aprendo y entreveo de qué va en realidad esto del rock and roll, pero mi prioridad son Los Enemigos,

y así se lo hago saber cada vez que me preguntan por el futuro. No me extraño, pues, cuando me entero de que han cogido a un tío de Almería para el bajo y que Ricardo del Castillo, al que conocí como bajista, tocará ahora la guitarra. El almeriense se llama Fino Oyonarte, y enseguida se hace habitual de las noches malasañeras. Sirve copas en el King Creole, y allí coincidimos cuando me toca pinchar. Rossy de Palma, que se turna con él en la barra, me lo presenta.

—Joseleeee, queridooo, mira qué chico más guapooo. Se llama Finooo.

Y se parte la caja mientras le estampa un besote en la frente. Qué salada y qué maja es esta chica, coño. Con el de Almería no tardamos en coincidir en los mismos bares, bebiéndonos el sueldo.

~

Probamos un montón de bajistas, y después Artemio y yo nos quedamos en el local para contrastar ideas. Aparte de eso, ya casi nunca quedamos. Nos vamos cada uno con nuestra chica por ahí. Nunca habíamos tenido novia y ahora hemos picado los dos casi a la vez. Hay que ver. Es un poco raro que Lola y Paloma, nuestras respectivas, sean hermanas. Ahora somos, como quien dice, cuñaos.

Creo que «Soy un ser humano» refleja esta situación con un sentido del humor que no pillaré hasta mucho más tarde. He apostado todo a una carta: Los Enemigos. No tengo nada aparte de eso, y todo gira a su alrededor. Además de una obsesión, para mí es una cuestión de supervivencia. Artemio me trae la letra casi terminada y me pide que le ponga música, en un movimiento que enseguida interpreto como simbólico y premonitorio, porque es evidente que perdemos sintonía. Algo así como «hagamos algo chulo juntos antes de que se vaya todo al carajo». Pero detrás de la coña hay toneladas de nostalgia. De todo lo que deja uno atrás al enamorarse. De olvidarte de jugar en la calle con tus amigos… En «Soy un ser humano» uno se topa de bruces con la enorme añoranza de un futuro sin rostro.

Hago lo que buenamente puedo y tengo a bien mostrarle el resultado a mi compadre en la furgoneta, con la guitarra acústica que solemos llevar para amenizar estos viajes tan largos. Y entre que comentamos la jugada y añadimos este detalle y quitamos aquel otro, entramos en un túnel larguísimo que bien podría ser el del tiempo. De súbito, nos encontramos bebiendo vino peleón en casa de Artemio, escuchando blues y tocando la guitarra y aporreando la mesa con los vasos… Estamos atravesando el tiempo y el espacio. Así es. El panel de mandos confirma alteraciones sustanciales en ambas dimensiones: han pasado un par de horas (tiempo) y nos encontramos algunos kilómetros más cerca del bolo (espacio). O más lejos de casa. Eso ya se conoce que va por gustos.

QUÉ BIEN ME LO PASO*

Anda que no se conoce gente tocando con The Nativos estos, copón. He coincidido varias veces con Antonio Fidel de El Último de la Fila, y se viene encantado a hacer un par de conciertos bastante delirantes con Los Enemigos. Antoñito ya me había iniciado en los misterios del murcianismo, que es una corriente filosófica de la que sigo siendo fiel devoto. Nos vamos a Valencia el día anterior para hacer unas radios y todo eso. Pernoctamos en casa de Manolo Rock, que es algo así como el Turmix de allí, y por la mañana caemos en que se nos ha perdido Artemio. Anoche tuvimos algún que otro cambio de impresiones con una poderosa dama llamada Mescalina y nadie recuerda haberlo visto marcharse. Hemos aprovechado las entrevistas para intentar localizarlo («Artemio, tío, si estás oyendo esto blabla…»), pero no ha sido hasta la hora de la prueba cuando ha aparecido por las inmediaciones de la sala. Viene acompañado de seis o siete perros, todos ellos machos. Se conoce que huele a perrilla en celo o algo así. Asunto aclarado. Nada que no se arregle con una buena ducha y un par de cervezas. En uno de los bolos nadie aplaude ni nada, y decidimos hacer el repertorio entero otra vez, a ver qué pasa. Al otro no viene nadie. Nos lo hemos pasado de puta madre con Antonio, pero la pieza que nos falta sigue sin aparecer. El hueco es un tumor que ocupa ya más espacio que Artemio y yo juntos, no hace más que crecer y se extiende de manera alarmante por todo el organismo enemigo.

La situación de Fino también es rara. Lo ha dejado todo en Almería para unirse a los Glutamato Ye-Yé, y a los pocos meses los tíos van y se separan. Ha tenido el tiempo justo para hacer algunos

conciertos y grabar el disco de despedida. Seguimos coincidiendo a menudo por la noche malasañera, pero no se me había ocurrido nunca tomar una cerveza con él. Lo hacemos y quedamos al día siguiente para tocar un ratillo. A veces uno tiene la solución tan cerca que ni la ve.

Aunque no vayamos mucho por allí, mantenemos nuestro local de ensayo en el Chueca pre-Orgullo, que es una especie de parque temático de la droga dura en pleno centro de Madrid. Hay heroína por todas partes. El tugurio está regentado por un gringo que asegura pertenecer al Cuerpo de Marines. Aquí siempre huele a rayos porque el tipo se pasa el día hirviendo coles en un camping gas. Cada vez que nos ve nos da una tarjeta de Matabicho, una empresa de fumigaciones cuya trayectoria, me temo, se limita a describir una elipse entre el magín de este personajo y sus tarjetas, antes de desaparecer para siempre en el éter.

«SI TIENE BICHO, LLAMEN MATABICHO».

Que no nos da la llave. Que debemos no sé cuántos meses de alquiler y «el jefe» (probablemente otro habitante del planeta Matabicho) no le deja abrirnos. Precisamente la tarde que hemos quedado con Fino para ver qué tal nos va tocando juntos. Está a punto de darme un ataque de ultraviolencia, pero Artemio consigue tranquilizarme y me manda fuera para que espere a Fino y lo entretenga en un bar o algo.

Parece que el marine se ha enternecido, supongo que *cash* mediante, y nos ponemos en marcha sin más dilación. Fino nos sorprende como un bajista imaginativo, con mucha chispa e intuición. Enseguida nos coge el punto y se instala con una naturalidad pasmosa entre mi guitarra y la batería de Artemio. Nunca habíamos sonado así ni en sueños.

~

A la gente de la Movida les encanta sentar cátedra y prohibir cosas. Lo hacen sin previo aviso, y todo el mundo vive aterrorizado ante la idea de no enterarse a tiempo y quedar como un garrulo. De tanto teorizar, han acabado aburriendo hasta a los intelectuales. La lista de

artistas proscritos incluye a todos los pioneros sin cuyo talento ningún modernillo se hubiera podido subir jamás a un escenario a hacer el moña.

El blues es uno de los estilos más afectados por toda esta subnormalidad. Se considera bazofia para jipis. Pero si a gente más o menos asentada en el bisnes como Pata Negra o Siniestro Total todo este asunto se la trae floja, imagínate a nosotros. Ya me había acercado al blues rural cuando escribí «Tengo una casa», y ahora parece que le ha llegado el turno al «otro», que es como llama Artemio al blues electrificado. Vamos a ponerle letra.

Un chaval se la está cascando tranquilamente cuando su escultural progenitora irrumpe acompañada de una no menos espectacular amiga. El impacto producido por este súbito resplandor de carne es realzado por unos minúsculos bañadores aún empapados y la cazallosa voz de la compañera:

—Ay, hija, qué maravilla de chaval tienes, que ya se lo sabe hacer todo él solito.

La mujer continúa su discurso con algo así como, «le vendría bien un poco de ayuda, ¿no te parece, querida?», y la madre, «pues nada, para eso están las amigas. Os dejo un ratito solos. No me manchéis la alfombra, ¿vale? Hasta lueguitooo…».

Algo así. No puedo recordarlo con precisión, porque mis intenciones distaban mucho de escribir una canción cuando introduje aquella peli de Traci Lords en mi reproductor de VHS. El caso es que retengo el diálogo (lo poco que uno puede retener mucho tiempo si está Traci de por medio), y me parece que me va a venir de perlas después para escribir la oda al onanismo que siempre he tenido en mente.

La idea es centrar la narración en ese punto socarrón que le es consustancial a tan saludable práctica. No quisiera limitarme a describir su desarrollo con un ritmo machacón ni rematar la faena con un crescendo y su correspondiente estallido final. Sería demasiado previsible, ¿no? Seguro que la enjundia anda más lejos. Hay que abrirse paso a codazos para pillar un buen sitio y poder observarlo todo desde allí.

Lo que a mí me va a importar como letrista es, más que los hechos, el punto de vista desde el que los voy a contar. De pequeño pasé muchas horas observando pintar a mi padre o a mi abuelo, y no tardo en caer en la cuenta de que escribir una canción se parece bastante a pintar un cuadro. Uno encuentra su discurso a través de la perspectiva.

YO, EL REY*

En el disco que nos graban los del Villa de Madrid (un maxi-single con tres canciones que luego retomamos para el *Ferpectamante*), dejo como contacto el número de casa de mis padres. Llaman dos o tres zumbaos, un chaval muy majo que se llama Gabriel («el único fan») y una agencia de management de postín de Barcelona. Llevan a gente profesional como Los Rebeldes o Brighton 64, pero están también por la labor de descubrir grupetes nuevos. Miran hacia Madrid y se fijan en Los Ronaldos. Y en nosotros.

Sé que algún día seremos portadores de la antorcha del rock madrileño. Lo sé desde siempre, no me preguntes por qué. Y no faltará quien nos considere responsables directos de parte del resplandor que la corona. Pero lo cierto es que aquí solo nos hacen caso cuatro salas pequeñas y algún fanzine. El primer tío que nos saca a tocar fuera de Madrid es de Vigo (Julián Hernández de Siniestro Total, quién si no), y nuestra primera oficina de management tiene su sede en las mismísimas Ramblas de Barcelona. Las Ramblas me atrapan enseguida. Te topas con músicos callejeros, equilibristas, contadores de chistes y saltimbanquis de diverso pelaje a cada paso. Me tiro como media hora observando a un tío con la camiseta del Barça que hace virguerías increíbles con un balón. En los alrededores hay tropecientos bares donde tomarse un vermú con olivas charlando con los paisanos tranquilamente. Me paso el día rambleando y me quedo prendado de la ciudad para siempre.

~

Van saliendo bolos, y quiero creer que vamos aprendiendo el oficio. Pero aún no estamos preparados para actuar ante grandes audiencias. Lo nuestro son las salas pequeñas, de medio aforo. Yo qué sé, unas 250 personas como mucho. Y van los de Steep Management y nos meten en el cartel de las fiestas de La Mercè con Dave Edmunds y Los Rebeldes, en la explanada de Montjuic, que albergará para la ocasión a unas siete mil almas. Ya salimos relativamente airosos de abrir para Wilko Johnson hace unos meses en el Studio 54, un pasote de sala que está enfrente del Molino, en el corazón del Paralelo. Las noches de este barrio son un flipe continuo. Ríete de los delirios de Fellini. Payos y gitanos revueltos dándole a la rumba en plena calle. Y travelos, pilinguis, chuloputas y buscavidas de muy diverso pelaje. Una inmensa alegría se apodera de mi espíritu al comprobar que tampoco falta algún que otro *dealer* por ahí. El puto paraíso, vaya.

Estuvo muy bien abrir para Mr. Johnson, pero esto de La Mercè nos queda demasiado grande. Es todo enorme, joder. Mi cable no llega ni de coña hasta el ampli, así que hay que ponerle un pedaluco de no sé qué hostias en medio solo para poder empalmarlo a otro cable, que, por cierto, está allí de casualidad, porque en estos eventos todo es inalámbrico. Yo no me fío ni un pelo. Ya en la prueba de sonido, bajo un sol criminal, Fino se conecta al ampli que le han puesto, y lo siguiente es que el *Carrusel deportivo* atruena hasta la estatua de Colón. No puede fiarse uno de estos cacharros. Pero es tras los tambores donde se masca la tragedia. Artemio anda de mal vino y cada minuto que pasa se vuelve más colorao e imprevisible. Dice que nos están tratando demasiado bien, y eso no puede ser. Especialmente indignado anda con la circunstancia de que nos tengamos que comunicar con el técnico de sonido mediante un intérprete. Que nos pongan a uno de aquí, hostia. Tiene toda la razón, y me resigno a lo que tenga que venir. Conozco ese brillo en los ojos de mi amigo.

Técnico: (murmuración ininteligible)

Intérprete: Que le des al bombo…

Bombo de Artemio: ¡Bum!

Técnico: (ininteligible)

Intérprete: Que le des más veces…
Bombo de Artemio: ¡Bum bum!
Técnico: (adivinen)
Intérprete: Que le pongas más interés, tío.
Artemio: ¡Que os den por culo a todos! ¡Me cago en el demonio!

Y sale disparado repartiendo baquetazos por ahí. Corremos detrás de él y le convencemos para que vuelva, pero ya es tarde. No habrá prueba para Los Enemigos en La Mercè. No me preocupa demasiado. Nos llevan a comer algo por ahí y nos echamos un buen siestorro, que la noche se presume larga e intensa.

~

Una luces infernales dificultan la ya de por sí ardua tarea de localizar el micrófono. El ampli de Fino, a quien me cuesta ubicar allá en la otra punta del escenario, parece que se ha hartado de la radio y ahora anda alternando entre taxistas y radioaficionados. *Zum, zum, zum*. «¿Me copias?». *Zum, zum, zum.* «Atasco del copón en calle Caspe». *Zum, zum…* Y así. Mi guitarra amenaza con desconectarse cada vez que intento acercarme al respetable. Periódicamente compruebo que Artemio sigue ahí detrás, no sea que le de otro siroco como el de la prueba. En una de estas me pilla mirándolo, y ya nos pasamos todo el concierto descojondriaos. Por el monitor escucho mi voz a un volumen sobrehumano, lejanos suspiritos de mi guitarra y el bum bum de Artemio. Justo lo contrario de lo que estoy acostumbrado en el local o los garitos donde solemos actuar. Esto es un sindiós de tres pares de cojones. El término *desorientación* se queda corto para describir lo que estamos experimentando sobre este descomunal escenario. Sin embargo, parece que no lo hacemos tan mal, y a algunos, entre los que desgraciadamente no se encuentra nuestro flamante mánager, hasta les hacemos gracia. Nos bebemos el catering de Los Rebeldes todo mezclado en un copón enorme que había por allí y el mejunje nos da la puntilla. Creo que en la zona oscura ya nos van conociendo, porque nos preparan unas bienvenidas espléndidas. Acabo en la pista del Bikini haciendo el ganso con una camiseta de los Freak Brothers que me he comprado

esta mañana en las Ramblas. Recuerdo un apartamento del Ensanche, café recién hecho y una sonrisa preciosa.

Soy un semidiós deslizándose por las Ramblas y encuentro el hotel sin demasiada dificultad. Me cruzo por el pasillo con una chica desnuda corriendo despavorida, lo que me devuelve de un plumazo a mi habitual condición humana. Va perseguida por Lalo (enseguida hablamos de Lalo Cortés), también en cueros vivos y balbuceando incongruencias.

—¡Ha sido un malentendido! ¡Deja que te lo explique! ¡No me dejes así, joder!

Aún arrastra una considerable erección. Para rematar la faena, un cariacontecido Artemio, rojo como un tomate, corre detrás de ellos con un chaleco salvavidas de esos de Iberia puesto e inflado. Porque a aquel bolo habíamos ido en avión. Supongo que algún día será como coger el metro, pero volar nos hace sentir importantes y nos insufla cierta dignidad como banda.

Nadie menciona el incidente durante el regreso. Cada uno calladito en su asiento. Aquí no ha pasado nada. Espero que al llegar me lo explique alguien, porque, aunque me da la risa floja cada vez que me acuerdo, sigo sin entender un carajo. Me parece a mí que en el fondo somos un poco mojigatos. O directamente tonticos. No sé. Pero aquí nos tienen. Cuatro cretinos metidos en un Boeing de esos, volviendo a casa después de tocar unas canciones que aún no conoce ni su puta madre ante miles de personas. ¿No es la repolla?

Puede que «Yo, el rey» vaya de eso. De intentar hacer algo con tus cartas, aunque no pinten muy bien. Un buen farol o algo así. Porque esto no es serio; cada vez parece más probable que nos acabemos arreando una buena hostia. Procuremos que el trayecto sea, al menos, divertido. Digo.

JOHN WAYNE*

Lalo también es de Almería y está en Madrid estudiando no sé qué. Fino se ha instalado en su piso. Son amigos de toda la vida. Nos hace falta un conductor para trasladarnos a los bolos, y nuestro hombre se apunta sin dudarlo. Enseguida le coge el tranquillo al asunto, y al poco ya es nuestro mánager. Ha convencido a los agentes de Barcelona para que abran una oficina en Madrid, y solo él sabe cómo se lo ha montado, pero se ha hecho con la contratación de Los Ronaldos, que despuntan a una velocidad de vértigo. Es lo que se dice un tipo despierto.

Ah, sí, la escenita del hotel. Si es verdad que la película de tu vida discurre ante ti en el momento de abandonar este mundo, será sin duda una de las partes más celebradas entre la concurrencia. Fue la primera vez que Lalo pilló cacho después de un bolo. Para celebrarlo como se merece, le pidió a Fino que le dejara un poco de intimidad y que se fuera a mi cama, que —recapitulemos— estaba disponible. Lo hizo sin que Artemio, mi compañero de habitación, se enterase de nada. Ah, pero los efluvios del alcohol son caprichosos, y Artemio se despierta en mitad de la noche. Confuso y aturdido, percibe inequívocas señales de actividad sexual en el otro extremo del penthouse.

—Te lo dije… ¡Estos dos son maricas! —dice, creyendo dirigirse a mí, pero cuando el rostro que surge de entre las sábanas es el de Fino, la reacción nuclear no se hace esperar. Artemio ata cabos y se desboca. Como si lo viera.

—¡Me cago en su puta calavera! ¡Lalo se está follando a Josele!

Y entonces agarra el salvavidas que se había llevado de recuerdo del avión, tira de la anilla y lo introduce a modo de granada bajo las sábanas de la cama de Lalo. Eso es lo que me cuentan después, y en cierto modo explica la delirante persecución a la que asistí en los pasillos del hotel. Porque la moza, como es natural, agarró sus trapos y salió pitando de allí, sin detenerse siquiera a ponérselos. Y Lalo detrás, con esa mirada de niño perdido. Seguro que daba hasta lástima. Cuánto desamparo transmiten esos enormes ojos suyos. Tiene el don de inspirar confianza, y el muy cabrón desprende inocencia incluso persiguiendo como Dios lo trajo al mundo a una mujer desnuda por los pasillos de un hotel de cuatro estrellas. Cada uno descubre su vocación como puede, y después de esto no me cabe la menor duda de que Lalo ha nacido para los negocios. Estoy seguro de que será un gran mánager.

~

Los locales del marine han cerrado, y Lalo sugiere que traslademos nuestros bártulos al de Los Ronaldos, que está a dos o tres manzanas, y lo usemos hasta que encontremos otra cosa. A los de Coque Malla les está empezando a ir realmente bien. Pese a compartir local, respiramos aires distintos. El suyo está impregnado de renovada euforia, y el nuestro sigue oliendo al mismo vino peleón de siempre.

Sin embargo hacemos buenas migas y nos convertimos en algo así como sus teloneros oficiales. Un poco como el perro del afilador, que se traga las chispas para llevarse a la boca algo caliente. Abrimos para ellos un montón de conciertos, lo cual sanea nuestras maltrechas economías y nos proporciona una buena dosis de rodaje. Cada vez viene más gente a verlos, y ellos suenan cada día mejor. Lo de Coque y el escenario es un flechazo que amenaza con llegar a la estratosfera.

Solemos ir siete músicos y un conductor apretujados en la furgoneta, tirando de hostales cutres y alimentándonos a base de bocadillos. Discutimos sobre gastronomía parda durante nuestras paradas en zonas de descanso.

—El chorizo Revilla con tranchetes: un clásico insuperable.

—Quita, quita. El maridaje natural es con jamón york, por supuesto…

Pero algo está cambiando en este país. Huele como a nuevo. Los ceros se acumulan sin control a la derecha de los cachés de los grupos de postín. Nosotros somos unos pardillos que por no tener no tenemos ni criterio, pero el pescao es muy gordo y Lalo lo olfatea. Consciente de nuestro escaso potencial, se centra en Los Ronaldos. Quiere su parte del pastel y, como suele decirse, se lanza a la yugular. Pero no se olvida de que somos una familia. El muy sinvergüenza no tarda en montar su propia oficina de contratación. Los tiene bien puestos, porque este es un gremio especialmente endogámico y hostil con los recién llegados. Pero Lalo Cortés tiene un abrelatas mágico y se cuela dentro con elegancia y naturalidad.

Lalo y Fino se mudan a un piso más grande, y nada más llegar montan la primera oficina de Attraction, que consiste en dos terminales de teléfono y una agenda. Solemos tirarnos horas y horas allí, tocando la guitarra, berreando y haciendo el ganso. Ups, el teléfono. Salimos disparados para pegar la oreja. Lalo carraspea mientras se lleva el auricular 1 a la oreja izquierda y engola la voz, aflautándola lo justo para no dar el cante:

—Un momento, le paso con Contratación.

Después utiliza su voz habitual para hablar por el auricular 2, que sostiene en la derecha:

—Contratación, dígame…

Una carcajada generalizada arrasa con todo. Lalo Cortés se ha subido a nuestra destartalada tartana de la misma manera que John Wayne lo hizo en la más legendaria diligencia de la historia del cine. Sin pedir permiso y, seguramente, aunque eso no lo podremos saber nunca, para librarla de un cataclismo inminente. Mánagers, bandas, subvenciones, dinero negro. Es la guerra. *Born to Kill*. *Full Metal Jacket*. Eres tú John Wayne o lo soy yo.

NO AMANECE EN BOUZAS*
(DELIRIO VIGUÉS)

Aún no hemos grabado nuestro primer disco, pero a Julián Hernández se le ha metido entre ceja y ceja llevarnos a Vigo para telonear a su banda de blues, Sonny Boy & The Juliansons. Vamos hasta allí apretujados en el cuatro latas del Roca, su brillante y entrañable pianista. Además de él, vamos Roberto, su Fender Mustang, Artemio, un teclado enorme y un servidor. Yo tocaré con la guitarra de Miguel Costas, una Les Paul de imitación japonesa que suena de puta madre. Una parte considerable del teclado invade parte del asiento trasero. Nos turnamos para soportarlo con el cuello casi en perpendicular y lo acabaremos bautizando como «la Guillotina». Somos conscientes de estar tan verdes como el paisaje que nos ofrece la Nacional VI, por cuyas intrincadas ramificaciones nos perdemos yo no sé la de veces. Pero qué demonios, para allá que vamos.

Me temo que el concierto en El Manco de la calle Lepanto solo será memorable para nosotros tres. Más que nada porque aquí no hay ni cincuenta personas, y al menos una de ellas no para de abuchearnos entre canción y canción. Esto se va llenando, y la gente se concentra en sus cervezas a la espera de que salgan los Juliansons, que ofrecen al respetable un bolazo del copón.

Es Carnaval y el centro de la ciudad se ha puesto insoportable. Acabamos todos en el puerto, en un tugurio fascinante de fauna peculiar. Siempre que paso por Vigo compruebo con satisfacción que el Kiosko das Almas Perdidas sigue en pie, si bien un tanto engullido

por el progreso y este neoliberalismo rampante que acabará por deslucir, más si cabe, el invierno de nuestros días. El jefe del local nos recibe amablemente:

—¿Qué tal esos carnavales, chicos? —pregunta el buen señor.

—Nosotros no somos vosotros —le responde Julián.

Uno tarda en acostumbrarse, pero una vez que se le pilla el punto, el laconismo de los gallegos hasta se agradece. Según Artemio, todo se reduce a una cuestión de orden alimenticio.

—Es como el nuestro, pero con grelos.

Con grelos o sin ellos, se extiende a los más variados aspectos de la vida cotidiana, sin excluir los más conflictivos. Esto me queda bien claro cuando, sin discusión ni griterío previo, un parroquiano agarra un cenicero de cristal y se lo estampa en la nariz a un marinero sudamericano. La que se arma a continuación es digna de una peli del Oeste. Bueno, del Noroeste.

~

No sé por qué me tira tanto aquello. El caso es que decido volver por allí a dedo y me alojo en casas de amigos: Julián, Antón Reixa y, sobre todo, en un piso sin agua corriente ni luz que tienen los hermanos Ramallo en el centro. Han montado una banda cojonuda —Los Cafres—, y por las noches suelo echarles una mano recogiendo vasos o lo que haga falta en el Magia, que está debajo de la más conocida y peripuesta sala La Kama. Alguien trae un saco repleto de setas. Poco después, renuncio a mi privilegiado puesto de recogevasos y me voy con una joven pizpireta que me propone un vinito en su casa. El barrio de Bouzas queda muy cerca, y no tardo en comprobar que la moza tiene muy claro lo que es ir al grano, mientras las setas recrean la toma de la Bastilla en mi red neuronal. Tanto es así que me da la risa cuando alguien abre la puerta y llama a la chavala por su nombre, del que prefiero no acordarme. No en vano la canción se subtitula «Delirio vigués». Se trata de unas reflexiones escritas en pleno subidón de setas alucinógenas tras escapar (por la ventana, chaval) de una casa de locos sita en dicha localidad. Allí mismo, sentado en el muelle, las garabateé en mi

libreta, usando el mismo subjuntivo con el que se habían estado amenazando de muerte no hacía ni media hora un camionero al que suponíamos conduciendo su vehículo muy lejos de ahí y su desquiciada hija —sobre la que un servidor estaba a horcajadas— en aquel piso del demonio. Un desafortunado error de cálculo de la moza. Nos pillaran. A volar se ha dicho.

Capricho del destino o no, fue precisamente en La Kama donde, uno o dos años más tarde, dimos nuestro primer concierto remunerado en tierras gallegas. Al día siguiente cruzamos la ría hasta la playa de Barra solo por darnos el capricho de contar la pasta bebiendo whisky del bueno en pelotas. A la vuelta ponemos la cinta del concierto y nos da un bajón terrorífico porque suena a rayos. Vamos, que peor no se puede sonar. Se me revuelven las tripas tanto que tengo que sacar la cabeza por la ventanilla y, en mitad del puente de Rande, echar la pava hasta no dejar dentro ni el más mínimo resto del whisky ni de la leche que mamé ni de nada. Así me quedo un rato, dejándome acariciar por la brisa de la ría ante una magnífica puesta de sol, mientras la furgoneta traquetea resuelta hacia nuestros queridos Madriles.

UN TÍO CABAL*

Mi manera de escribir canciones está virando hacia un rock más contundente, y me temo que el principal perjudicado por este giro es Artemio, cuyo estilo como baterista no acaba de encajar en el concepto. El hombre las pasa putas intentando cogerle el rollo a los temas nuevos, que se alejan de su querido ripianblús cada día un poco más. Esto está dejando de ser divertido. No hace ni medio año que estábamos solos los dos tirando del carro, y ahora hay que cortar por lo sano. Porque esto va de avanzar o desaparecer. Nos tomamos mil copas de coñac ante un cariacontecido Finoski y luego nos vamos a hacer eses cada uno por su lado. En el vídeo promocional de «John Wayne», que dirige mi compadre Antón Reixa, ya sale Chema con sus melenas y su poncho. Lo encontró Lalo (a Chema, no al poncho) y, aunque no es exactamente lo que estamos buscando (su escuela es muy otra), el chaval se hace querer. En seguida nos embarcamos en una girilla de presentación bajo el auspicio de la revista *Boogie* y la atenta mirada de Lalo, que ha perdido a Los Ronaldos y anda como loco buscando grupos.

Puede decirse que su estilo está en las antípodas del de Artemio, y resulta desconcertante pasar así, de repente, de un extremo al otro. Es preciso y contundente hasta decir basta, un batería muy técnico. Pero toca con sangre, y eso se tiene o no se tiene. Se compenetra de la hostia con Fino, y acaban formando una sección rítmica sobre la que da gusto surfear. Un fichaje cojonudo. La primera vez que salimos a la carretera nos encontramos un coche aparcado en la puerta de la sala. Lalo se despacha a gusto con la bocina hasta que el Chema, sin decir ni mu, se baja de la furgoneta y lo quita de en

medio a pulso. Cuando vuelve ya no es Chema. Es y será «Animal» por siempre jamás.

Por cierto, Animal no fuma ni bebe alcohol. Lo suyo son los batidos de chocolate. Puede decirte la marca con solo mojar la lengua en uno. Tampoco le gusta que blasfememos, aunque lo soporta con estoicismo. Igual que nuestros descontroles. Porque puede que nos estemos profesionalizando y todo eso, pero Fino y yo seguimos poniéndonos hasta las trancas de todo.

Esta noche tenemos que abrir para los Barricada en la primera edición del Espárrago Rock, que se celebra en Huétor-Tájar (Granada) y tiene un carácter marcadamente destroyer. El pueblo está lleno de crestas mohicanas y botas militares. Fans de los Exploited y gente así. Mal asunto. Nuestro directo se distingue ya por su solvencia, pero ni el socarrón repertorio ni nuestra actitud despreocupada parecen los más indicados para entretener a este enjambre de avispas desquiciadas que vamos a tener por público esta noche. Desde el camerino se los oye corear el nombre de los cabezas de cartel a pleno pulmón, mientras las primeras litronas vacías y otros objetos saltan por los aires en señal de protesta por el retraso. Dejémoslo en que intimida. Cristóbal es el mánager de los Barri.

—Esta gente tiene sus valores, ¿sabes? Pero no te preocupes: tú sal ahí y reivindica algo —me sugiere Cristóbal.

—¿Algo como qué? —contesto perplejo.

—Yo qué sé: «Anarquía», «Revolución», «Exterminio»…

—Vale. Gracias, tío —le digo todavía más perplejo, si cabe.

A la hora de la verdad, me planto delante del micro con la mente en blanco. Levanto el puño y grito tan alto como puedo. Articulo algunas frases sueltas como «que les den por culo» y cosas así, pero el resto de lo que escupo son sílabas inconexas. No sé qué decir, coño. Estoy por reivindicar la nacionalización de la vía férrea. No soy yo, soy Antonio Ozores poseído por Adolf Hitler. Abro los ojos y distingo un montón de puños en alto como el mío, mientras una clamorosa ovación ahoga mis desvaríos. Aprovechamos la ocasión para empezar nuestro show. Repito la misma retahíla después de cada canción, y a la media hora estipulada salimos disparados de

aquel infierno. Contra todo pronóstico, llegamos a la furgoneta sin un rasguño. Diez minutos más y creo que nos habrían machacado a botellazos. Mientras nos abrimos paso, unos descerebrados aporrean la furgo. Poco a poco nos vamos curtiendo en este delirante oficio que es la música popular.

~

«Un tío cabal» es una adaptación al castellano de un tema que escribí en inglés para The Nativos. Parte de una de mis grandes debilidades musicales: las bandas californianas de principios de los setenta. Discos como *Laid Back* de Gregg Allman o *Sailin' Shoes* de Little Feat. Pero sobre todo *Paradise and Lunch* de Ry Cooder, que me trae de cabeza.

En este segundo disco me atrevo a acercarme a otros estilos que me gustan tanto o más que el R&B cazallero que hasta entonces habíamos practicado Los Enemigos. Podíamos haber seguido por ese rumbo, pero enseguida vi que el filón de *Ferpectamente* estaba agotado el mismo día que el disco salió a la calle. Una segunda parte no hubiera tenido la mitad de gracia. Conjeturas aparte, es el material que hay y sobre él tenemos que trabajar. Podemos ponernos muy fraternales, pero, en mi opinión, lo que realmente importa en una banda son las canciones. Lo demás es pura anécdota. Estamos aquí por ellas, y nuestro trabajo es hacérselas llegar al público en condiciones.

Para este disco, que terminará titulándose *Un tío cabal*, tenemos el blues de «Qué bien me lo paso», el rock sureño de «Soy un ser humano», el hard rock de «No amanece en Bouzas», el power pop de «Yo, el rey», el rock and roll de «John Wayne»… Creo que he hecho un buen trabajo como compositor, pero puede que haya sobreestimado nuestras posibilidades como intérpretes y el disco lo acaba pagando caro. Suena frío y distante, sin sentimiento. Estoy seguro de que ahora que contamos con Chema a la batería estas canciones resucitarán en el escenario, libres ya de toda esta tensión perniciosa.

Nunca olvidaré los primeros días de Los Enemigos, que dentro de mi magín terminan aquí. Mi adolescencia tuvo mucho de pesadilla, y reírme de todo como tuve ocasión de hacerlo con Artemio fue la mejor medicina que nadie me pudo dar. Aún puedo verlo cantando y bailando jotas teloneando a los Barracudas, haciendo playback con una bandurria en el programa de Carlos Tena, durmiendo la mona en el suelo de una pista de baile abarrotada de gente en La Rioja o negándose a seguir viajando hasta que no le diéramos santo sepulcro a una pobre paloma que se estrelló contra el parabrisas de la furgoneta, haciendo añicos la luna e inundándolo todo de plumas.

Como baterista era inimitable. En una buena noche podía darle sopas con honda a cualquier san dios de las baquetas sin quitarse el cigarrillo de la boca. Para hacerte una idea aproximada, aunque el sonido no ayuda, escucha atentamente el increíble trabajo que hay detrás de los instrumentales «Velardestrit bugui» o «Mátame camión».

En realidad, Artemio se fue de la banda porque no soportaba ver tantísimo bicho muerto en el morro de la furgoneta. Esa fue la versión «oficial» que dio a cuantos le preguntaron, entrevistas para radio y televisión incluidas. No seré yo quien le quite la razón. Entre otras cosas porque lo conozco bien y sé que, por surrealista que parezca, hay mucha verdad tras esa respuesta.

BOQUERÓN*

Yo hubiera preferido limitarme a tocar la guitarra mientras otro se ocupaba de la voz. Ahí tan a gusto con mi cigarrito. Anda que no. Así que no es extraño que, después de una afonía durante la cual me sustituye al micro Miguel Bañón de Los Marañones, se me haya metido entre ceja y ceja buscar un cantante, aunque ni a Fino ni a Chema ni a Lalo les parece una buena idea. Tampoco es que busque demasiado. Estoy muy ocupado con un montón de canciones nuevas que me rondan por la cabeza.

Lalo se ha hecho con los asuntos de unas cuantas bandas de muy diverso pelaje y procedencia. Los Marañones, Las Ruedas, Lagartija Nick, Un Pingüino en mi Ascensor… Y The Refrescos, una hasta entonces desconocida banda de ska que se acaba de incorporar a la oficina y está inundando el país con su nuevo y omnipresente single: «Aquí no hay playa». Los famosos teléfonos de Attraction Management están que echan humo, y la buena salud de la casa parece garantizada durante al menos una o dos temporadas.

La Nacional III también nos la sabemos de memoria. La zona de Levante es más famosa por las discotecas y la música electrónica, pero alberga una escena roquera muy inquieta, poderosa y genuina. Hacemos por allí un porrón de buenas amistades y disfrutamos como enanos siempre que actuamos para su muy receptivo público. Algunos bolos comienzan tardísimo, y a menudo nos cruzamos con gente del bakalao en plena posesión demoníaca. Muchas salas programan conciertos de rock y ofrecen a continuación maratonianas sesiones de baile que duran hasta el amanecer. Al amanecer del día siguiente, me refiero. En más de una ocasión hemos tenido que

atravesar con el equipo a cuestas las pistas de baile levantinas. Llegar hasta la puerta esquivando danzarines desatados sin tirar nada al suelo ha llegado a convertirse en una ciencia en sí misma que Chema llega a dominar a la perfección. A Fino y mí nos cuesta un poco más, aunque a veces parece que las eses que vamos haciendo nos ayudan a sortear los imprevisibles obstáculos. No se nos pasó por la cabeza comprar un carrito, ahora que lo pienso.

~

Así es como nuestro segundo disco paga cara mi osadía como compositor, y no digamos ya como vocalista. Pero también creo que esa misma osadía nos va a librar de traspapelarnos entre el inverosímil anecdotario que subyace bajo la década de los ochenta. Bien por la osadía, pues.

Nunca podré sacar de mi corazoncito el desconsuelo que me inunda al escuchar «Boquerón». Se nos cae estrepitosamente de puro fría y desangelada que la dejamos en el estudio con tanto metrónomo y tanta hostia. Le habríamos hecho más justicia desde el amateurismo más chapucero que con tanta profesionalidad mal entendida, pero ni Fino ni yo podemos más. Hemos tomado demasiado tarde la decisión de desecharla y al final tendremos que hacer de tripas corazón.

Ah, pero algunos meses después nos proponen grabar una nueva versión más radiable o bailable, o puede que desplegable, en el muy en boga formato de maxi-single. Nosotros, ya con Chema asentado como tercer vértice, lo vemos enseguida como una oportunidad para sacarnos la espina clavada. Trabajamos a conciencia en la nueva versión y, tras muchos quebraderos de cabeza, ve la luz la que interpretaremos en directo durante tantos años. Queda muy chula (yo estoy especialmente orgulloso de mi trabajo con el wah-wah), y podemos, por fin, hacerle justicia a este reproche postruptura sentimental cuya escuálida raspa presidirá nuestros conciertos y un buen número de venerables pechugas para recordarnos que a un miembro de la familia enemiga no le tose nadie.

Antes de grabar *Un tío cabal* dimos mucho la tabarra con lo del piano, y al final coló. Ángel Muñoz, más conocido como «el Reverendo», aparece por los estudios Trak de improviso y decidimos salir a tomar algo para situarnos un poquillo. Entramos en el primer bar que se nos pone a tiro, pero no nos gusta porque está limpio. No nos hace falta decir ni mu. Nos miramos y nos vamos a otro más grasiento. Esa risa estentórea que lo inunda todo… De dónde la sacará, con lo chiquitillo que es. Al piano o al órgano Hammond, aporta mucho calor a estos días tan fríos e ingratos. No para de contar anécdotas y chistes que inundan el ambiente de risas. Buena falta que nos hacen, porque esto ya parece el cumpleaños del Yeti.

Consulto modelos de apisonadoras porque quiero que la portada sugiera fuerza y tozudez, pero Paco Rubio está convencido de que un ser vivo reflejará mejor el espíritu de las canciones. Nos plantamos en el zoo de la Casa de Campo y pasamos allí un día la mar de agradable, haciéndole fotos al rinoceronte y tomando cañas… En el zoo tengo yo enchufe porque el tío que trabaja donde las serpientes iba a mi clase. Le hago una visitilla y me convence para que agarre en brazos una boa constrictor, que no tarda en enroscarse sobre mí. Impone lo suyo con sus seis metros largos y el grosor de un queso manchego, pero una vez roto el hielo nos hacemos amigos y hasta me doy un paseíto por la sala con ella encima. Pesa, como poco, lo mismo que dos sacos de cemento. Me hace cosquillas con la lengua, y Paquito me tranquiliza asegurándome que eso es señal de que le caigo bien. Simpática, la señora boa. El zoo pilla muy cerca de mi barrio y me trae recuerdos.

El parque de atracciones está a dos pasos de aquí. Teníamos localizados dos o tres boquetes bajo la reja, y en un plis plas estábamos dentro. El Enterprise, una noria gigantesca que giraba a una velocidad indescriptible, estaba bastante cerca de nuestra entrada clandestina, y no teníamos más que situarnos debajo para recoger las monedas que escupían los bolsillos de la gente, cuando el armatoste alcanzaba un movimiento de rotación completo, y salir pitando de allí. Entre eso y las cabinas telefónicas de monedas, que eran muy fáciles de abrir con un destornillador doblado y dos hostias bien dadas, conseguíamos financiar montañas de porros y litronas.

Ah, sí. La portada. Cuando Paco aparece con aquella foto ligeramente distorsionada y virada al azul no me lo puedo creer. El morlaco tiene la virtud añadida de dejar claras nuestras intenciones. Toda esa tozudez recalcitrante. Después de tanto contradiós tenemos un portadón, una banda estable y más canciones con las que defender un repertorio propio. Pronto nos haremos con muchas más. Me bullen por la sesera con insistencia y, si no nos ponemos pronto a trabajar en ellas, me van a acabar saliendo por las orejas.

III
LA VIDA MATA
(1990)

EL GRAN CALAMBRE FINAL*

Tengo mucha tela que cortar para Fino y Chema, así que quedamos para ensayar casi todos los días. Los locales Carabox, muy cerca del aeródromo de Cuatro Vientos, nos pillan en la quinta puñeta a los tres, pero merece la pena venir hasta aquí. Lejos del centro es más fácil olvidar las prisas. Además, Nacho y Coral han logrado darles un ambiente profesional y a la vez distendido, con un punto familiar muy saludable, un poco en la onda de los míticos Tablada 25. Parece que lleven toda la vida abiertos, y por sus pasillos se respira oficio y camaradería.

No hace ni tres meses que me hice con el Renault 12 y ya me he metido dos hostias, una contra un cobrador del frac y otra contra un camión volquete lleno de hielo y sardinas que no sé qué haría en una carretera secundaria de la Alcarria, tan lejos del mar. A veces recojo a Fino por ahí para ir juntos a ensayar, pero debo de conducir regular porque al llegar siempre está pálido y como temblando. Últimamente se escaquea poniendo excusas raras y aparece en el local por su cuenta.

Intentando aparcar me entero por la radio de que Irak ha invadido Kuwait y Estados Unidos ha decidido intervenir. Las imágenes que echan por la tele del bar son espeluznantes y me tienen alucinado, porque son clavadas a las que he sacado del Apocalipsis para la letra de una de las nuevas canciones. El mar en llamas bajo un cielo opaco y renegrido, los colores blanco y oro del uniforme de Sadam Huseín, la luz cegadora sobre los pozos de petróleo…

Nos estamos permitiendo llevar un guitarrista de apoyo en los conciertos, digamos que a sueldo. A Héctor Sierra lo conozco del

Agapo y lo he visto actuar con Freedom, un trío en el que también milita Mac Hernández de Sex Museum. Están especializados en hacer versiones glam de los setenta. The Who, T. Rex, Slade y cosas así. Canta mejor que toca (yo en el fondo lo que estoy deseando es que se lance un día a cantar), aunque de momento con lo que toca nos vale, porque tiene mucho *feeling* y sonamos mucho más compactos con él. Estrenamos la canción del Apocalipsis, aún sin título, en un instituto de Alcobendas. Durante el apoteósico final, a Héctor se le enredan las greñas en el clavijero del bajo de Fino. Este, que no se ha dado cuenta, sigue a lo suyo, con la cabeza de Héctor para arriba y para abajo. A mí casi me da algo. Por cierto que tenemos que acortar ese final. A veces dura más que la canción y tampoco es plan.

Apocalipsis, apoteosis… Solo son palabras, no me digas que estoy obsesionado con la Biblia, joder. La llevo encima para sacar ideas, eso es todo. Lo que sí es cierto es que últimamente, con tanto entierro, me acuerdo todas las mañanas de la parca. Y de su puta madre, ya puestos. Vaya racha llevamos, no sé la de amigos que se nos han ido. No me digas que esto es ni medio normal. Hostia puta. Las canciones salen a borbotones, como un vómito bilioso. Son una buena manera de canalizar el desconsuelo. La vida se lanza a la yugular sin molestarse en enseñar los dientes. Estoy muy cabreado y no sé con quién.

~

Me estoy quitando de encima muchos prejuicios que tenía en la etapa anterior de Los Enemigos. Necesito tocar sin barreras estúpidas. En cierta manera estoy volviendo a explorar algunos de los gustos que tenía antes de unirme a ellos y que no compartíamos en absoluto. Los Comomollo eran también muy dogmáticos y consideraban todo lo que no fuera su rollo basura para jipis.

Por ejemplo, los solos largos. A algunas canciones les sientan de puta madre, a ver por qué no voy a dárselos. Me gusta que mis solos tengan una melodía propia, y si les puedo proporcionar una base armónica distinta a la de las estrofas cantadas, mejor. Los

considero canciones pequeñitas dentro de la canción principal. Me gusta ser selectivo con las notas y salirme de las escalas si se tercia. Buscar la melodía, no el floripondio. Gente como Neil Young o Dickie Betts pueden tirarse cinco minutos soleando sin que la gente deje de bailar o sonreír. Al «Calambre» le vendría bien algo así, y llevo unos días como loco en el local dale que te pego a la Strato, que de un tiempo a esta parte estoy usando más que la Telecaster.

También te digo que la producción artística de este disco va a tener que ser otra. Necesitamos aire fresco. Decidimos echar un vistazo por ahí, pero, tras un largo debate en el que sale a relucir algún guiri de relumbrón que otro, se impone el realismo y decidimos llamar a Carlos Martos, cuyos últimos trabajos para Burning o Radio Futura nos han llamado poderosamente la atención. Y si cuela…

TRASPIÉS*

Carlos Martos está consiguiendo que me olvide de eso de buscar un cantante. Hoy hasta me he sentido a gusto metiendo voces en la jaula. Siempre me había parecido un tormento, creo que ya lo había comentado. Desde aquí puedo ver a todo el mundo opinando después de cada toma, pero no los oigo. Los observo mientras mueven la boca y apuntan cosas. Soy un HAL 9000 en plena espiral conspiranoica. Que no esté programado para leer los labios no hace sino empeorar las cosas… ¿Lo ves? Se me va la olla. Así no hay quien se concentre. Tomo nota. Cuanta menos gente ronde por aquí mientras meto las voces, mejor. Esta tarde Carlos me ha ido animando, y poco a poco he llegado con convicción a unos agudos que no me los creo ni yo. Me anima desde la mesa de mezclas a través del *talk back*.

—Aquí control.

—Aquí no.

Cantando esta letra detrás del cristal, la identificación con el protagonista de la historia no puede ser más clara. Estoy esperando el fogonazo final en la cabina de ejecución. Me han inmovilizado con unas correas muy apretadas. El sacerdote se aleja y me deja un rancio olor a sotana renegrida. Veo una luz blanca. Me dirijo hacia ella. Alguien me toca el hombro y me despierto. Es Charlie, que abre la puerta.

—Lo tenemos. Ven para acá.

Qué poco me gusta escuchar mi voz, cojones. Más vale que me vaya acostumbrando, porque la perspectiva de ganarme las lentejas delante de un micrófono es cada vez más real. Mira, ojalá. Porque

otros oficios no sé yo. Y como delincuente sería un completo desastre. Caería preso a las primeras de cambio, como el chaval de la canción. Menos mal que aquí, de momento, no tenemos corredores de la muerte.

La pena capital. Ante la pregunta de si se está a favor o no, se da con frecuencia una respuesta que me parece un insulto a la inteligencia. Es aquello de «en algunos casos sí». Como si a los demás no nos aterraran ciertos crímenes. No te jode. Esas firmes convicciones… ¡«En algunos casos sí» es «sí», joder! ¡Es exactamente lo mismo! Si estás a favor de la pena de muerte, ten la decencia de decirlo claro, coño. Personalmente me parece una salvajada. Por atroz que sea el crimen a purgar. Hace poco programaron *El verdugo* de Berlanga en la filmoteca y al salir me puse manos a la obra. Es de las últimas canciones que les he enseñado a los chicos y la letra no la terminé hasta ayer, así que toda esta expectación que se palpa en el estudio es comprensible.

De hecho, Charlie no la había escuchado hasta hoy. Aceptó producir el disco sin haberlo escuchado entero, porque no llegamos a maquetar todas las canciones. Le aseguré que el resto estaría a la altura, me miró y le bastó con eso. Esa mirada suya me ha traído de cabeza estos meses. Nunca había trabajado tan concienzudamente unas letras.

Ni unas músicas. Las canciones se ciñen a unos patrones muy clasicotes —si estás leyendo esto no hace falta que te diga que lo nuestro no son las vanguardias—, pero estamos afrontando muchos cambios respecto a los discos anteriores, y eso implica asumir riesgos. Si en «El gran calambre final» fueron los solos largos, a «Traspiés» le ha tocado un cambio de compás. A Chema no le acaba de convencer ese 3x4 ahí en medio, y hemos tenido un encendido debate que se ha llevado media tarde de estudio. Considero estas discusiones como un síntoma de salud, pero a esto de hoy no se le puede llamar discusión. El hombre se ha cerrado en banda. Que no lo ve. No nos esperábamos algo así… Finoski y yo nos miramos y sé que estamos pensando lo mismo. ¡Es tan borrico como nosotros! Incluso puede que un poco más, mira lo que te digo.

Que tampoco es tan raro, Animal. Sucede con frecuencia en muchos discos que nos gustan a los tres. Finoski menciona a Sonic Youth, pero no parece muy impresionado. Está como bloqueado. Hasta que llega Charlie y trae a colación «We Can Work It Out». Ha sido mano de santo. Tendremos gustos muy diferentes y seremos todo lo tercos que quieras, pero los Beatles siempre serán medicina de la buena para los tres (¿mi disco favorito? Sin duda alguna, *Revolver*). Además, un día que me puse a tocar «Gimme Three Steps» de Lynyrd Skynyrd se puso a hacer segundas voces y flipé, porque se sabía la letra de memoria como yo. Que nadie se meta con el nuevo. Corre la voz, anda.

Ah, los Beatles. Cuando escuché por primera vez ese acorde suelto que introduce «A Hard Day's Night» supe que después vendría algo que me iba a gustar. Lo que no sabía es que me iba a gustar tanto. No paré de dar la tabarra en casa hasta que un día mi madre agarró y me llevó hasta la parada del 31 y desde ahí hasta la sección de discos de El Corte Inglés de la calle Preciados. Nos atendió una joven rubia, y mis rodillas se pusieron a temblar espasmódicamente cuando me estampó un beso en la frente mientras me revolvía el pelo. Íbamos a por el single, pero acabó colándonos el casete entero, que, según dijo, traía un montón de canciones tan buenas o más que el «Espinajá». Me hubiera colado cualquier cosa, aquella preciosidad. Se puede decir que para mí ese acorde fue el pistoletazo de salida hacia el rock and roll. Supongo que lo del tembleque ante las rubias también empezó con aquella sonrisa… Mi madre, que me conoce bien, no paró de partirse de risa durante el trayecto de vuelta cada vez que observaba mi cara de bobo.

Que pierdo el hilo, coño. El bar de los estudios Kirios está en obras y tenemos que buscarnos la vida en un súper que hay de camino. Fino se ha hecho con una nevera enorme y todos los días hacemos religiosamente la compra: un kit para bocatas, algo de fruta, cervezas, una botella de vino y otra de Johnny Walker o de DYC, según el presupuesto disponible.

Si no fuéramos tan rematadamente hedonistas, nos sentiríamos muy honrados al grabar en estos estudios. Cecilia, Mari Trini, Triana,

Burning, Radio Futura… ¡*Jesucristo Superstar* se grabó en esta bendita sala! Es increíble. Carlos nos ha metido en uno de los epicentros de la música popular hecha en este país durante los últimos veinte años. Él es habitual de la casa y conoce hasta el último rincón del estudio. Nos enseña las instalaciones y nos cuenta algunas anécdotas acojonantes cada vez que paramos a descansar un ratillo.

La sala 1 es impresionante. Aquí han grabado orquestas sinfónicas enteras, y comprobamos su excelente acústica berreando y dando palmas. Nosotros trabajamos en la sala 2. Es más pequeña, pero cabemos de sobra los tres y estamos grabando la batería, el bajo y la guitarra rítmica a la vez. Así es como se hace la música, coño, tocando todos juntos. Lo demás son subterfugios. Después grabaremos encima las guitarras solistas, la voz y los *recordings*: pianos —de los que volverá a encargarse el maestro Reverendo— y coros. Lalo está presionando para ver si nos podemos permitir una sección de cuerda para «Yo no quiero ser feliz». Pero parece que no va a colar. Lástima, porque le hubiera dado un aire al «Electric Warrior» de T. Rex que nos hacía mucha ilusión a los tres.

Dependiendo del día, coincidimos por los pasillos con la gente de Dinarama o con Lola Flores. La Faraona está en plena forma. Se la ve estupenda en minifalda. A su edad, sigue teniendo unas piernas perfectas y una sonrisa arrebatadora. Va dejando a su paso un rastro fresco, luminoso y alegre. Ole. Está trabajando en lo que debería pasar a la historia como el primer rap grabado aquí. La oímos desde el pasillo:

—¡Ay, Alvariño!, ponme la mano aquí que la diño…

Qué energía tiene esta mujer. Daría lo que fuera por entrar y me tiro un rato en la puerta, pero al final no me atrevo. Los Dinarama apenas salen del estudio, excepto Luis Miguélez, que es amigo de Carlos y se pasa de vez en cuando a hacer una visita. Parece interesarle nuestro trabajo. Me entero de que el Marshall que estoy usando es suyo. Se lo agradezco y él me enseña un par de trucos para ecualizarlo que molan cantidad. Por cierto que lo que están grabando ellos suena pero que muy bien. Las nuevas canciones son realmente buenas.

Porque a los músicos todo eso de las tribus urbanas nos la refanfinfla, ¿sabes? Pamplinas. Al final los que nos subimos al escenario somos nosotros, y lo único que queremos es hacer canciones chulas, aunque las compañías discográficas y las editoriales se estén forrando a costa de nuestro trabajo. Somos así de jóvenes y tontolachorras.

DESDE EL JERGÓN*

Me preguntas que por qué escribo canciones. Que si me pongo antes con la letra o con la música. Que si me levanto temprano para trabajar o si me inspiran más las tinieblas de la noche. Que quién me ha enseñado. Que si me drogo para escribir. Que qué me meto. Me preguntas todas estas cosas y yo no puedo contestarte porque no lo sé. Nunca es igual. Las soluciones que encuentras para una canción no suelen valer para la siguiente.

Me preguntas que si existe la inspiración, y entonces te contesto que algunos días te sientes un poco más lúcido que de costumbre, y que si la inspiración no es eso entonces vete tú a saber lo que es. En cualquier caso, hay que aprender a reconocer esos días y aprovecharlos. La mejor manera es poniéndose a trabajar, pero a lo mejor cuando te das cuenta te pilla por ahí, a otra cosa. Con el tiempo aprendes que algunas ideas vienen con más urgencia que otras, pero a mí eso me da igual. Me voy para casa y me pongo con ellas de inmediato, según llegan. Porque sí, porque me gustan frescas. Es entonces cuando empiezan a perseguirte y a describir órbitas a tu alrededor. Se siente uno de maravilla acompañado por estas caprichosas criaturas.

¿Demasiado abstracto? OK. Como carezco de estudios, cuando llevo demasiado tiempo sin ideas pruebo con mi método de emergencia. Si no me ronda ninguna melodía por la sesera, me pongo a tocar al albur, con la mente relajada, dejándome llevar. Pruebo combinaciones de acordes que no sean demasiado obvias. Es cuestión de tiempo que te encuentres con alguna melodía, porque de vez en cuando les encanta echarse una siestecilla entre esas seis

cuerdas. Cuando espabilan, que suelen tardar lo suyo porque son muy remolonas, las repites muchas veces y las grabas con la misma convicción que si estuvieran terminadas. Es importante esto. Casi tanto como tararearlas primero con sílabas inconexas, o en pichinglis o como mejor te parezca. Luego puede que vengan algunas palabras. Si es así, pues dabuten. Y si no, también. No tienen sentido, pero eso te tiene que dar igual ahora mismo. Porque esas palabrejas te van a ayudar a comprender mejor la melodía, y seguramente te sugieran algún tipo de estructura. Dónde va el estribillo, de cuántos versos por estrofa estamos hablando y todo eso. Hazles caso y no olvides que nada es definitivo. Siempre estás a tiempo de concederte un capricho inesperado. Cada uno tiene sus manías. Yo, por ejemplo, detesto la simetría.

Abres tu libreta de notas, que, si se parece a la mía, estará llena de estupideces garabateadas de cualquier manera. Seguro que hay alguna frase que te cuadra por lo que sea o te llama la atención. A partir de aquí tienes que mirar hacia dentro de ti sin miedo. Habrá que darle vueltas hasta encontrar algo que se te clave hondo en el corazón. Porque todos tenemos uno. Así que no es descabellado pensar que también funcione con el de quien sea que vaya a escucharte.

Todos llevamos un tiempo haciendo el cafre por este mundo. Observándolo. Eso debería bastar para conferirnos cierta autoridad. Busca entre las entrañas del tiempo. Aún no sabes de qué va la canción, pero eso no debe preocuparte porque sabes que esa información forma parte del proceso y saldrá a flote en cualquier momento. Tampoco vayas a embriagarte con esa autoridad. Sigue ahí, pero aún es más pequeña que la de una canción en potencia. Es ella quien dicta las órdenes.

No se trata de una terapia ni de dejar constancia de nada. Al menos para mí, que lo ignoro casi todo. Pero me concede una trama para mis horas. Todo el mundo la busca. Se trata de sentirse vivo. Nos gusta lo que se nos da bien, y cuanto más trabajamos en ello, mejor se nos da y más nos gusta. El truco es que no hay truco. Si lo hubiera no habría ningún misterio que domar.

~

Prisión de Alcalá Meco, 1989. Te traía naranjas, pero no me las dejan pasar. Ni siquiera han partido una al azar para mirar dentro. Se las han quedado, los muy miserables. Te echamos de menos. Tu hermano está vendiendo papel higiénico por los portales. Dice que le da para pagarse el vicio. Eso es lo que dice. El Emiliano sigue con la chilaba esa que se subió del moro y no le da la gana quitársela. No sale de ese maldito coche ni para dormir. Se le está pegando el óxido al cerebro, todo el día «paisa, paisa». Sigue sin subir a casa, y su viejo, que está ya hasta los cojones, dice que va a llamar a los loqueros para que se lo lleven. No sé qué más contarte. El Julito se ha puesto en la puerta del mercado a ayudar a las maris con el carro de la compra, y el otro día uno del barrio del Lucero atracó el banco de Bilbao con una caja de acuarelas en una mano y un pincel en la otra. «¡La pasta o te pinto!». Me lo contó el Paulino muerto de risa, pero a mí no me hace ni pizca de gracia todo esto. No sé qué está pasando, nunca entiendo nada. Estoy fuera y sin embargo tengo más miedo que tú.

He escrito algunas líneas de vuelta a casa, en el cercanías. «A este lado de la puerta / llegaban tus cartas ya abiertas».

He escrito algunas líneas sentado en un banco de la Casa de Campo. «Sigo hablando con las nubes, / ellas me enseñan lo que tuve. / Y esto, que no me sube».

He escrito algunas líneas en el metro. «La sangre aún me hierve / cuando pienso en mi mala suerte».

Anoche escribí algo en el Agapo, pero soy incapaz de descifrarlo…

Supongo que ya te habrán soltado. Han pasado casi dos años y no sé nada de ti. Dónde andarás, demonio. El barrio, el instituto, la memoria y todo lo demás se están difuminando muy deprisa ¿Te quieres creer que todavía no sé cómo unir todas estas líneas? Lo único que sé es que tienen que ir juntas, de alguna manera, en una canción.

OUIJA*

Alberto Haro había sido el chico de Lola antes que yo (puede que compartiéramos este privilegio durante un tiempo), y sin embargo conectamos desde el primer momento. Nos entendemos bien, ninguno de los dos sabe qué cojones hacer con su vida. Alberto milita en Sindicato Malone, una banda muy vinculada a los Glutamato, con los que mantiene un constante intercambio personal y de ideas. La Fender Coronado que utilicé en la final del Villa es suya. Puede parecer una tontería, pero esto une mucho. A veces quedamos sin más objetivo que dar una vuelta. Su discurso está salpicado de una fina ironía que tiene la virtud de ser un fin en sí misma. No tenemos dinero, simplemente deambulamos por ahí.

Me presenta a su hermano, que también era integrante ocasional de los Glutamato. Hacemos buenas migas y algún que otro viaje por ahí. Eugenio vive en la calle General Perón, al lado del Bernabéu, en un piso muy alto que siempre está lleno de gente. A Eduardo, el mayor, se le puede ver a veces por Malasaña armando la de Dios en compañía de Leopoldo María Panero. A mí me impresionan mucho estos dos, porque ni cárceles ni palizas han podido con sus versos. Los tienen lo que se dice bien puestos. Eduardo Haro Ibars es responsable, entre otras muchas cosas, de las letras del primer disco de La Orquesta Mondragón, un disco fundamental para mí.

Por su parte, los versos de Panero son de una intensidad fuera de lo común. De primeras echan un poco para atrás, pero en realidad solo hay que dejarse llevar. Ejercen un efecto hipnótico instantáneo. Sus relatos son la hostia en vinagre. Para mí están a la altura de los de Poe o Ambrose Bierce. Son sencillamente estratosféricos. Algunos

acojonan de verdad. Estamos hablando de un hombre que le plantó cara a la mismísima locura. Un coraje difícil de superar. A veces nos acabamos juntando varias generaciones en un interminable y alcoholizado viaje al fin de la noche que suele acabar de día en su casa. Lo voy a dejar ahí porque las anécdotas que me vienen a la cabeza con este señor son impublicables.

Alberto se hartó de todo y se fue a vivir a Londres. Consiguió algunos empleos, escribió alguna postal y enfermó. Volvió con el tiempo justo para morirse. A su memoria quise dedicar *Un tío cabal*, y fue para su hermano Eugenio, que no tardó en seguirle, para el que escribí «Ouija».

A partir de ahí empezó a caer gente a saco. En mi barrio solo nos libramos los pocos que habíamos pasado de compartir chutas. Hasta hace poco casi todo el mundo tenía hepatitis, pero esto de ahora es el horror. Sonrisas resplandecientes que se apagan y se consumen para, en cuestión de meses, morir sin que ni los médicos puedan hacer nada. El mío era un barrio con sus problemas y sus cosas, pero muy vivo, con la gente vacilando y trapicheando sin parar. Eran tremendas aquellas desbandadas cada vez que alguien daba el agua. Primero se escuchaban las sirenas, y después… nadie. Tan solo persiste un penetrante olor a hachís. Yo no me juego la libertad como la mayoría de mis compadres y no tengo ningunas ganas de empezar a hacerlo. Corro hasta echar el bofe contra la tapia del cementerio de San Isidro y recobro el resuello apoyado en ella mientras los latidos de mi corazón intercambian impresiones con los muertos.

~

Se me ha ocurrido decirles a Fino y a Chema que vendrían bien unos coros, y la verdad es que me tienen flipao, porque lo están bordando. Así, con la acústica y los tres cantando, casi parecemos Cánovas, Rodrigo, Adolfo y Guzmán. En serio, esos coros suenan a gloria bendita.

Para hablar de armonías vocales en Madrid hay que acercarse a Vallecas. Gente como Asfalto o Topo, entre otros, siempre han

exhibido unas voces exquisitamente empastadas. El único grupo de la Movida que puede comparárseles en ese sentido son Los Secretos.

Por cierto que ha echado raíces la idea de que antes de la Movida aquí solo había grupos de rock sinfónico dando la tabarra con solos interminables, y esto no es así ni por el forro. Los madrileños siempre le hemos echado imaginación a la vida. Si no de qué.

Mermelada (antes Mermelada de Lentejas, después Teixi Blues Band) practicaban un R&B muy primitivo y cañero, en la onda de Dr. Feelgood o Eddie & The Hot Rods. También podías pasarte por el MM a ver a Burning, que se traían un rollo más Stones, eran más chelis que nadie y gastaban unas pintas que… No sé, yo no había visto nunca nada igual ni en la tele. Para delirantes, los directos de Cucharada: un ballet clásico alrededor de una cabra subida a una escalera, o un minidesfile de legionarios mientras tocan sin inmutarse disfrazados. Memorable es su primer álbum, *El limpiabotas que quería ser torero*, editado por el sello más inasequible al desaliento de la historia: Chapa Discos, cuyo logotipo ejerció de lámpara de Aladino en las primeras grabaciones de prácticamente todos estos valientes.

A Leño los adorábamos todos. Actuaban con regularidad en fiestas de barrio y colegios mayores. Era muy fácil seguirles la pista (¿lo recuerdas?, la información estaba en la calle) y siempre lo petaban. Yo soy de Madrid, pero no te confundas, amigo. Soy del Madrid de Leño. De «Este Madrid».

Moris venía de Argentina, pero antes de bajar del avión ya era más castizo que nadie. Las canciones que escribió aquí, siempre salpicadas con certeras polaroids del Madrid de la época, convirtieron a este espigado porteño en una especie de Galdós embutido en pantalones de cuero. Sus directos eran demoledores, y *Fiebre de vivir*, su debut a este lado del charco, vivirá eternamente en los corazones de muchos de nosotros… Nunca se me pasó por la cabeza ir a un concierto de Tequila, maldita sea. No tenían muy buena prensa entre la gente del rock. Craso error. Pensábamos que era música para petardas. Ups. No puedes juzgar un libro por su portada. Después de conocer al insustituible Julián Infante y

escuchar los discos de Tequila me sentí bastante gilipollas por habérmelos perdido. No puedo cerrar este inciso sin mencionar, en reclinatorio, a Laboratorios Colectivos Chueca —La Cochu—, sin cuyas prodigiosas fintas a la burocracia de la época casi ninguna de estas bandas habría salido de su local de ensayo.

~

Nuestra «Ouija» ha cogido mucho empaque al electrificarla, y ahora podría situarse en algún punto equidistante entre los Rascals y Jackson Browne. El problema es que al meterle caña se ha puesto a pedir a gritos un solo, y a mí no se me ocurre gran cosa, así que he decidido invitar a alguien para que lo haga. Me suelo cruzar con Manuel Benítez en La Vía Láctea. Le he visto actuar alguna vez y creo que su estilo, tan alejado del mío, puede darnos un contraste cuanto menos curioso. El otro día le pasamos una maqueta para que se lo fuera currando y esta tarde se ha acercado a Kirios con su Les Paul, ha grabado un solo primoroso y se ha despedido muy educadamente. Parece un tipo tranquilo y tiene mucha mili. Nos ha dejado muy buenas sensaciones a todos. Algo me dice que nos volveremos a ver.

SEPTIEMBRE*

No te imaginas hasta qué punto agradezco el final del verano. Todo el mundo vuelve a casa y deja de armar jaleo. Se recogen las verbenas y el silencio retoma sus trabajos al amparo de ocres, grises y granates. El sol olvida sus delirios y las viejas pantuflas nos saludan desde el armario. El aire fresco desentumece las entendederas. Respiras, caminas, escribes. La vendimia. Queda mucho por escribir.

Casi siempre lo hago en primera persona, porque encuentro más argumentos prestándole mi voz al protagonista que dando fe de sus venturas. Pero a este paso voy a tener que asegurar que no me he suicidado. Tampoco recuerdo haber caído preso, presenciado el apocalipsis o recibido una inyección letal. Caetano Veloso sostiene que todas las canciones son autobiográficas, hasta las que no lo son. El poso que un narrador deja en sus historias es tan inevitable como la pizca de pasado que la memoria se cuida de insertar en el presente y sin el cual desaparecerían las referencias. El mundo se volvería extático e inaccesible. A lo mejor molaba más, ahora que lo pienso.

Pero las cosas son como son y en septiembre vuelven los exámenes. «Id a por el pan y a por la leche, que yo no voy a ir». Es la nota que deja un chaval de diecisiete años antes de colgarse de un pino. La leo en algún periódico gallego y la frialdad con la que está redactada me retuerce el esófago. A trabajar.

~

Das por terminada una canción y, hasta el día en que la grabes, puedes considerarla tuya. Puedes cambiar lo que te apetezca en ese lapso de tiempo. Pero desde el momento en que la publicas deja de pertenecerte. Lo que intentaras transmitir cuando la escribiste es ahora pura anécdota. Lo único que cuenta es si has sido capaz de llevar a alguna parte la imaginación de alguien. Me gusta que sean flexibles. Experimentaré sensaciones contradictorias observando al público pegar botes y corear la tremenda historia que se narra en «Septiembre». No voy a sentirme cómodo interpretándola hasta que comprenda todo esto. Acabaré aceptando que ya no es mía e intentaré ser consecuente con eso. No deja de contrariarme la explosión de alegría que se arma en la platea mientras sobre el escenario se desgrana a grito pelao lo que le pasa a un crío por la cabeza antes de quitarse la vida. Pamplinas del ego. Es la rabia, estúpido. La ira. El margen. Rock and roll ¿Qué quieres? ¿Que se pongan a llorar?

Y Dios no es más que un personaje secundario en *La vida mata*. El hilo argumental es la muerte. Hemos abordado esta temática —generalmente asociada a músicas solemnes— partiendo de las estructuras clásicas del rock and roll y la hemos escupido con arrogancia. El poder de la blasfemia. Probablemente en esta irreverencia resida gran parte de su fuerza.

EL FRAILE Y YO*

Conjuros, brujería, demonios, cementerios, conventos, apariciones… El rock and roll y la luna llena siempre se han llevado de maravilla. Es innegable que esto de ponerse del revés todas las noches tiene un punto de posesión demoníaca. Digo yo, que tampoco es que sea una autoridad en el tema. Vale, a lo mejor todo un señor de las tinieblas no va a poder ser, pero qué tal el libidinoso espíritu de un fraile del Medievo. Eso se ajustaría más a sus posibilidades, caballero. Pues no se hable más, me lo llevo. Una vez muerto y enterrado, nuestro revoltoso seglar se negará a olvidarse de los placeres mundanos y se dedicará con ectoplásmico empeño a introducirse en jóvenes organismos para abandonarse a sus infinitas posibilidades. Todo un picha brava, nuestro fraile. Su legendario ímpetu será capaz de doblegar todas las noches a la mismísima parca. Es un argumento guapo. ¿No te parece digno de alguna orgía irisada por nigrománticas luces en Splenders, la legendaria mansión de William Beckford? ¿O de una noche de absenta y láudano en Villa Diodati?

¿No? Pues a mí sí. Pero dejemos tranquilos a los ilustres huéspedes de Lord Byron, que ya tienen bastante con la mierda de verano que están aguantando. Hace relativamente poco tiempo que soy consciente de hasta qué punto la sombra de aquello que se dio en llamar glam rock se alarga sobre *La vida mata*. Hay que remontarse a la época de los billares, que, como todo el mundo sabe, está torciendo a la izquierda según se pasa el Pleistoceno, para comprenderlo bien. Arranquemos nuestro DeLorean. Vamos allá (chirrido espantoso) ¡1980! ¡Lo hemos clavao!

Tenía que apartar la barriga para acceder a la cochambrosa riñonera en la que guardaba el cambio. El Ojolefa orientaba el Farias hacia el mismo lado en el que, poco más arriba, un pertinaz glaucoma se cebaba con su ojo. Parecía un pez con tupé por un lado y un pez podrido con tupé por el otro. Después de apagar el cigarro se lo volvía a poner en el lado bueno. No se lo sacaba ni para toser. La mala hostia del Ojolefa era legendaria, y su hostilidad hacia nosotros, manifiesta. Nos encantaba decir Ojolefa. Ojolefa esto, Ojolefa lo otro. Se lo llevaban los demonios cuando nos oía, al Ojolefa.

Nada más entrar, a mano derecha, retumbaba la música de los marcianitos, y a la izquierda lo hacían las benditas máquinas de bola que luego llamarían pinballs. Más allá, los pimpones y las mesas de billar. Al fondo del todo se jugaban partidas importantes, pero eso nos la traía floja. Nosotros y los lolailos estábamos más pendientes de por dónde rulaban los canutos que de otra cosa. Y ahí no teníamos problema en compartir. No era eso. Los roces venían después, a cuento de la máquina de discos. Todos queríamos escuchar nuestra música, y más estando colocaos. Había que ir preparados, porque aquel trasto funcionaba con monedas y el Ojolefa no nos daba cambio porque no le salía de los cojones. Bueno, y porque a los profesionales del billar no les gustaba que pusiéramos música. Pero para los chicos de los pantalones de campana y el ombligo fuera no había más discos que los de Los Chunguitos, Los Chichos o Los Amaya, y nuestras monedas aupaban hacia el plato los de David Bowie, Lou Reed, T. Rex y cosas así. También Slade, Sweet o los Rubettes aquellos. Me encantaba observar cómo el brazo mecánico sacaba la rodaja elegida y posaba su aguja sobre los vinilos en medio de aquella batalla. Y ojo, que a mí también me gusta la rumba. Siempre me ha gustado. Pero no me cuadra para andar fumao por la vida. La asocio más al bebercio y el bailoteo.

Me ha dado que pensar estos últimos cuarenta años el sorprendente hecho de que la droga nos hermanaba, y sin embargo eran nuestras distintas concepciones de la música las que

provocaban jaleo. Me encanta eso de pelearse por el arte. Al final va a resultar que somos todos modernistas.

En aquella máquina también había sitio para Jimi Hendrix, The Who, Dr. Feelgood, Leño, Topo y Cucharada, que conste en acta. Qué habrá sido de aquel bendito cacharro. Seguro que ahora cuesta un pastón. Pero a lo que íbamos. El rastro de discos míticos grabados en los primeros años de la década de los setenta se puede seguir sin problema en *La vida mata*. *Hunky Dory*, *Mott*, *Transformer* o *Electric Warrior*. Desde la foto de la portada hasta el último acorde, nuestro tercer disco carbura con esa misma chispa. O al menos con una purpurina parecida. Luego ves nuestros caretos retratados dentro y ahí ya no. Cero patatero en glamur para Los Enemigos.

~

Está muy bien así, sin mariconadas, qué demonios. Eso del glamur se tiene o no se tiene, y nosotros somos más como de barrio o de monte. Se nos ve a la legua. Hemos trabajado duro, y la criatura presenta cada día mejor aspecto. A estas alturas ya no albergamos la menor duda acerca de su solidez. Tenemos un disco cojonudo entre manos, pero la gran noticia es que volvemos a ser una banda. Las sesiones de grabación han despejado cualquier duda al respecto. Estamos en plena forma y Chema se queda. Porque le mola, como debe ser.

Disfrutamos de un estudio legendario y un productor de ensueño durante un mes entero. Carlos Martos no ha tenido reparos en compartir sus conocimientos con tres advenedizos como nosotros, y es la prueba viviente de que los galones se los gana uno sesión a sesión con respeto, oficio y cintura. Hemos contado con el piano de Ángel Muñoz —el maestro Reverendo— en «El gran calambre final» y «Nadie me quiere». Para esta última Charly se ha traído además a otro maestro, Manolo Morales, que ha doblado saxos barítono y tenor en una descacharrante sesión que ninguno de los que la presenciamos olvidaremos.

—Perdonadme, se me han cruzao unos búfalos moraos y me he ido detrás de ellos. Vamos otra vez.

Si no le importa, maestro, vamos a dejar ese final, que nos ha molao a todos. Chema haciendo trompos con su R-5 en el parking de Kirios, servidor intentando imitarle con mi R-12 sin éxito. Finoski preparando bocadillos de mortadela sobre el Steinway. Los tres rozando el cielo mientras por fin grabábamos unas bases en directo. Memorables excursiones por las habitaciones de arriba, al parecer testigos de fenómenos inexplicables. Pero sobre todo sentir el interés y la implicación de un veterano como Carlos, todo un peso pesado que las ha visto ya de todos los colores. Necesitábamos subidones como estos después de la sórdida grabación de *Un tío cabal* y la muy traumática salida de Artemio.

MIEDO*

La muerte se presenta sin maquillar en las canciones de *La vida mata*. El disco se desarrolla en las antípodas de la fe o la religión. Y alivia bastante más rápido. Se trata de canalizar en forma de canciones toda la ira acumulada tras enterrar demasiado pronto a demasiada gente. Así de sencillo. Es rabia en estado puro y frustración juvenil. Simplemente rock and roll.

Con *La vida mata* estrenamos formato, y no tardo en cogerle manía. Alguien ha metido fotos de cementerios y lápidas en el libreto del CD sin consultármelo ni nada. Afortunadamente, en el vinilo no me encuentro con ninguna genialidad de última hora. Paco Rubio se entusiasmó con mi idea para la portada: dos helados despanzurrados contra el asfalto —uno rosa y otro verde— que se pierden por las cloacas sin haber tenido tiempo de derretirse.

Escribo «Miedo» en la furgoneta y me doy cuenta de que el movimiento es propicio para la escritura. Volver de algún lugar o dirigirte a otro, de alguna manera, aporta sentido. Escribiré en trenes, autobuses y aviones. Llevaré siempre encima papel y bolígrafo e interrumpiré largas caminatas para anotar todo lo que me venga a la cabeza. Me apoyaré en árboles, buzones o cajeros automáticos para hacerlo, y estos gestos me remitirán a otros igual de simples en los que nunca había reparado, y entonces me volveré a apoyar en el capó de un coche o en la quilla de una barca para anotarlos, en una espiral de la que ya no voy a querer salir nunca.

IV
LA CUENTA ATRÁS
(1991)

LA CUENTA ATRÁS*

Las carreras de coches me importan tres cojones, pero al final me he venido a Portugal para seguir el rally con dos amigos de Lalo que conocí el otro día. Lo estamos siguiendo entero. El aire gélido del norte oxigena mis neuronas, y las ideas se agolpan en una frenética carrera mental que, a diferencia de la de los coches, absorbe toda mi atención.

Mientras los chicos buscan sitio, recorro los fantasmagóricos pueblos que atravesamos e intento poner en orden mis notas. Entre un montón de garabatos y manchurrones de tinta azul, un gran IV romano preside la cubierta de mi cuaderno. Creo que hay material suficiente para ponernos manos a la obra con nuestro cuarto disco en cuanto vuelva a Madrid. O, como solía decir el maestro Enrique Morente, que ya tenemos un clavo donde colgar el abrigo.

Hoy he hecho una excepción y me he acercado a lo que viene siendo la carrera con mis nuevos amigos. Compartimos tabaco y cerveza*s*, pero no sucede lo mismo con el entusiasmo. Ya sabía yo que me iba a aburrir. Es extraño, siento envidia de los bólidos —rojos, verdes y azules— que pasan a toda hostia delante de nuestras narices. Necesito acción. Quiero que los días vuelvan a ser veloces y de colores.

No hace ni un par de meses que salimos de las oficinas de GASA sumidos en el desconcierto y un tanto decepcionados. La verdad es que, después de *La vida mata*, Fino, Chema, Lalo y un servidor esperábamos que un espíritu más entusiasta asistiera e iluminase a nuestros jefes. Porque puede que nuestras ventas no fueran muy espectaculares, pero no era menos cierto que teníamos a la crítica

especializada comiendo de nuestra mano y que nadie dudaba ya de la solvencia de nuestros directos. Por lo visto, no es suficiente o no se fían o yo no sé lo que le pasa por la mollera a esta gente.

Básicamente, su punto de vista consiste en que, si con *La vida mata* hemos encontrado eso que se ha dado en llamar «una voz propia», ahora tenemos que demostrar que sabemos hacer algo interesante con ella. Una idea pegajosa que no lleva a ningún lado y que solo genera tensión. Quizás sea una torpe manera de comunicarnos que no piensan aumentarnos el presupuesto. En cualquier caso, el tufo a teatrillo va en aumento según avanza la reunión. El enfoque es muy desafortunado. Los Enemigos estamos acostumbrados a trabajar duro. De hecho, es lo que nos mantiene en forma.

Esta charla paternalista, como si fuéramos unos recién llegados, nos sienta como una patada en la entrepierna. Estamos a punto de grabar nuestro cuarto disco y nos tratan como si fuera el primero y no hubiésemos aprendido nada en todos estos años. Espero equivocarme, pero creo interceptar algún atisbo de choteo en la reunión. Es como si se negaran a tomarnos en serio. Sospecho que esto va de que nosotros somos de barrio y ellos no. No nos ven como artistas. No nos entendemos. El caso es que llevan ya un rato dando la brasa con lo difícil que nos va a resultar superar las expectativas creadas con *La vida mata* cuando, de entre todas las sandeces que escuchamos, una brilla con especial nitidez.

—Ahora la carrera es de verdad.

La apunto en un papelajo y me lo guardo en el bolsillo. Es curioso leerla aquí, precisamente en un rally de verdad. He aprendido algo fundamental a la hora de escribir canciones: siempre están más cerca de lo que piensas. Y aquella nueva cuenta atrás se convertirá muy pronto en el primer single de nuestro nuevo disco. Chúpate esa.

~

Me preguntaba cómo habría sido mi primer día de curro en el caso de haber tenido uno con un mínimo de porvenir. He hecho algunas ñapas por aquí y por allá, pero no duro en ningún curro más de tres

meses. Si nos sale un concierto, lo dejo. Ahora que nos están saliendo bastantes, el resto del tiempo lo dedico a ensayar, escribir canciones y pasármelo bien. Sigo pinchando discos, que es algo que me encanta, pero, aunque cobre por hacerlo, no lo percibo como un trabajo. Vivo de la música y ya no voy a querer volver a oír hablar nunca de otra cosa.

En ese imaginario primer día de trabajo formal comienza a tomar forma la letra de «La cuenta atrás». La charla que ilustra el rito iniciático. El día en que dejas de ser un chaval para convertirte en todo un español. Atrapado en un estado emocional potencialmente explosivo y sin indicios de escapatoria.

Ya con la guitarra caliente, se me ocurre que un aire militar le vendrá que ni al pelo. La disciplina, supongo. En cuanto di con él me asaltó la idea de interrumpirlo con una tempestad de melancolía, cuyo camino encuentro tonteando con una especie de clavicordio en casa de unos amigos. Porque creo que es así como me hubiera sentido ese día. Excitado y triste a la vez. No sé si te has fijado en que cada vez tiene menos estrofas entre cada estribillo: tres, dos, una… ¡La propia canción es una cuenta atrás!

LA OTRA ORILLA*

El humor y el horror. A veces son lo mismo, a veces no. Pero el espíritu no se alimenta de otra cosa. Lo demás es residual, lo que venden los mercaderes. Excipientes, envoltorios, rellenos. Género. De dónde si no iba a salir el beneficio. Con la música ocurre exactamente lo mismo. El sucedáneo vende y genera mucho más. Pero como dijo Ron Asheton, la música es vida, y la vida no es un negocio.

Porque es otra cosa, la vida, ¿no? Cuando era pequeño estaba seguro de que la mía iba a consistir en viajar sin parar. Me encantaba mirar mapas y marcarme objetivos. Y no empecé con mal pie, pero siempre me acababa hartando. A los cinco o seis días ya estaba añorando mi casa y mis cosas. No era solo por las adicciones (¿un mes en el desierto? ¿Cómo que un mes en el desierto?), sucede que me encanta estar en casa, con mis cosas, haciendo lo que me da la gana. Además, no soporto ir apretujado en una mierda de avión, con gente que apesta a mierda y no para de berrear mientras come y bebe mierda. Prefiero las carreteras secundarias, aunque no me lleven tan lejos. Aún merece la pena perderse por ellas. Larga vida a las carreteras secundarias, porque solo ellas te conducirán a la otra orilla.

El placer de perderse por primera vez es exquisito. Me pongo de puntillas para alcanzar la Fanta limón que tengo sobre la barra y enseguida vuelvo a agarrarme a la gabardina de mi abuelo, que no suelto bajo ningún concepto. Bueno, ante la perspectiva de un trago de Fanta ya se ve que sí la suelto. Supongo que pertenezco a la última generación de españoles cuyos abuelos solo se quitaban el

sombrero en la calle para saludar. Además, iban todos embutidos en una gabardina beis. La del mío procede a pagar la cuenta y, conmigo bien agarrado a ella, sale del bar. Caminamos y caminamos por calles que no conozco y, en mitad de un paso de cebra, reparo en que hay algo que no acaba de encajar.

—¿A dónde vamos, abuelo?

Pobre señor. Vaya careto se le ha quedado. Nos miramos incrédulos los dos mientras algunos conductores se impacientan y empiezan a tocar el claxon. El señor me coge en brazos y volvemos a toda leche al bar de antes.

—¿Este niño de quién es?

Mi abuelo sigue allí, de cháchara con sus amigos

—¡Ese es mi nieto!, ¿qué pasa?

—Pasa que a ver si tenemos más cuidado, caballero, que me he llevado un susto de muerte.

—Pues tiene usted toda la razón… (etcétera)

—Y tú, de esto, ni una palabra. Ni a la abuela ni a nadie, ¿me oyes? Hala, vámonos pa casa.

En los andenes del metro hay algunos señores pescando colillas. Atan media patata cruda a un hilo y la echan a las vías a ver si se queda alguna pegada. Cuando tienen suficiente picadura se lían un pitillo, lo guardan y vuelta a empezar. Rescoldos de posguerra, supongo. El caso es que me encantó eso de perderme. Desconozco el porqué, pero desde entonces me he pasado media vida perdiéndome.

Me aficioné a leer solo un poco antes que a beber. Supongo que me refugié en los libros por lo mismo que me atrajo perderme. Pura evasión, no le des más vueltas. Eso de que para leer hay que esforzarse tanto como para escribir lo dirán los escritores, porque yo no estoy para nada de acuerdo. Me encanta despatarrarme en mi sillón de orejas y hartarme de leer hasta que me escuecen los ojos. A veces tomo notas, pero es mejor cuando no lo hago.

El único problema de los libros es andar transportándolos de mudanza en mudanza. Porque ordenarlos no debería serlo. De hecho, una biblioteca demasiado ordenada pierde gran parte de su encanto. Al menos para mí. Prefiero no dar a la primera con el libro

que busco, porque así me encuentro con otros con los que a lo mejor me apetece charlar un rato. Tanto es así que al final ni me acuerdo del que buscaba.

~

Si miras con atención los créditos de *Un tío cabal*, podrás leer: «Eugeniero de sonido: Ingenio Muñoz». Se le ocurrió a Artemio, y a Fino y mí nos pareció una genialidad más de nuestro amigo. Fue nuestro pequeño homenaje a Eugenio Muñoz, en agradecimiento por aportar, además de una indiscutible profesionalidad, algo de buen humor en las por otra parte sórdidas sesiones de grabación. Investigando un poco por ahí nos enteramos de que ha abierto un estudio en el centro de Madrid. Justo lo que andamos buscando, porque a Carlos Martos se le ha acumulado el trabajo y no va a poder ser. Resulta que los estudios Box están de puta madre, y Eugenio acepta encantado nuestra propuesta. Asunto arreglado.

La plaza de España queda a tiro de piedra, circunstancia que enseguida considero de lo más atractiva. Está llena de subsaharianos vendiendo caballo y farlopa desde que se pone el sol hasta el amanecer. Un poco más arriba, desde la red de San Luis hasta la calle Alcalá, es ya la puta feria. Los negros llevan las bolsitas atadas a los piños con un hilo. Supongo que si hay movida se las tragan y listo. Sin embargo, aquello suele estar tranquilo y los camellos pueden trabajar a su ritmo. Un ritmo frenético, por cierto. Son incansables. Algunos te hacen seguirles por las calles más estrechas a una velocidad endiablada hasta que de repente (siempre antes de llegar a Chueca, que es territorio magrebí) se paran en seco, regurgitan un racimo de bolsas y cortan con los dientes el hilito del que penden tus siguientes veinticuatro o doce o seis horas de vida.

Los más veteranos se lo hacen allí mismo, a la luz de las farolas. Saben que la policía pasará de largo. Muy despacito —con los cristales bajados y más chulos que nadie—, pero pasará de largo. Está claro que aquí también hay mordidas. Cuando se aburren, agarran al primer yonqui que encuentran, lo empujan dentro de la lechera y se meten lo que lleve encima mientras le dan una vuelta

por el barrio. Si se te ocurre quejarte te cae un buen sopapo. Contra todo pronóstico, no estás detenido. Solo es un juego. Se meten tu mandanga, te sueltan donde sea y nada de esto ha ocurrido. Bienvenido a la casilla de salida, señor Santiago.

Desde los estudios Box puedes salir, agenciarte una buena provisión de golosinas y estar de vuelta en el trabajo en cuestión de veinte minutos mal contados.

HIENAS*

Tampoco es que sea la alegría de la huerta, pero el espíritu de *La cuenta atrás* es más luminoso que el de su predecesor. Sin embargo, se adivinan sombras en él. «Hienas», «Occidente» y «El lado sano (de mi cabeza)» forman una especie de tríptico que parece anticipar las tinieblas que nos esperan, agazapadas en el siguiente callejón. El torbellino eléctrico que supura «Hienas», por ejemplo, aúlla desde una bañera teñida de rojo.

Siempre me ha fascinado la muerte, no sé si será normal. Desde que era canijo. El autobús que comunicaba mi barrio con el centro pasaba por debajo del viaducto, y recuerdo perfectamente a mi padre tapándome los ojos después de que un violento impacto estallara contra el techo del vehículo. Mi padre me dijo que se había caído una de las vallas del puente encima del bus, o algo por el estilo, pero el aire chungo que se respiraba entre los pasajeros preconizaba algo distinto. Además, ¿por qué iba mi padre a taparme los ojos?

Fui creciendo y el bulto tapado con mantas se convirtió en un clásico de la calle Segovia. Al principio las mantas eran de un indefinido color parduzco, y después empezaron a cubrirlos con esas mantas térmicas doradas que recuerdan a las chocolatinas suizas. A veces asomaban por debajo, dispuestos en un escalofriante desorden, los miembros del Ícaro de turno.

No solo el viaducto nos proporcionaba visiones macabras. También pude contemplar cómo se arrojaba una chavala a las vías de la estación de metro de Lago. Nunca olvidaré el sonido que produjo al impactar contra el tren, tan parecido al de un árbol al quebrarse.

También recuerdo cómo sacaron a un señor hinchado y azul del Manzanares. Se había precipitado al agua por la noche con su Vespa y, al caer, se debió de partir el cuello, porque en aquella zona el agua del río apenas te cubre las rodillas. Nadie recogió la moto. La pobre se quedó allí, avanzando unos pocos centímetros al año en aquel purgatorio de óxido. Dicen que llegó hasta Vallecas.

Ya había tratado el tema del suicidio en «Septiembre», y ahora volvía a comparecer. Hubo un tiempo en el que los casinos tenían habilitada una habitación en la parte de atrás equipada con un sillón, una mesita y un revólver cargado. La vida valía mucho menos que ahora. La idea me rondaba la cabeza con obstinación. Mal asunto. Me estaba introduciendo en una espiral de oscuridad, cada día más encerrado en mí mismo. Y aún no lo sabía, pero la cosa no había hecho más que empezar. Cuando entramos a grabar *La cuenta atrás* hacía ya un lustro que me trataban con ansiolíticos, tranquilizantes y antidepresivos que engullía pasándome las pautas relativas a la ingesta de bebidas espirituosas por el forro de los cojones. Bien que me arrepiento. Una depresión mal tratada termina por hacerse crónica. No hay excepciones.

~

Una mañana esplendorosa, Fino, Lalo y yo salimos a comprar juguetes nuevos. Nuestro equipo deja bastante que desear y ya va siendo hora de hacer algo al respecto. Entramos en Bosco con un fajo de billetacos y nos tiramos allí horas probando todo tipo de amplis y guitarras. Estoy en otra dimensión. El pasado de la banda se entrevera con su futuro en las vetas de todas estas maderas, y las válvulas incandescentes parecen presagiar las luces y el calor de un montón de conciertos. Me decido por una Stratocaster modelo Ultra que acaba de salir al mercado y un Marshall JCM 900 que ruge como una galerna. Finoski se hace con un ampli SWR que aún hoy sigue usando en directo y que por aquel entonces combinaba con un bajo Fender Precision Élite de segunda mano que era capaz de derretir al oso, al madroño y a la reputísima madre que los parió a los dos.

Creo que el último concierto que hicimos con el equipo viejo fue en un parque del barrio de Usera. Recuerdo que entre el público había un tipo vestido de cuero negro bailando como un poseso y cantando las canciones a grito pelao. Pensé que era un clon de Pepe Risi, pero cuando llegó a la primera fila, lo supe: era el mismísimo Pepe Risi de Burning. No me lo podía creer. Se quitó sus gafas de rock para saludar.

—¡Qué paaasssa, troncosss! ¡Que soy el Pepeee!

¡Y se subió al escenario! Bailó, hizo coros en las canciones que se sabía (las que no conocía se las inventaba), agarró una de las baquetas de Chema para hacer percusiones con todo lo que tenía a mano y, como colofón, se quitó la chupa y se marcó un espectacular molinillo que —lo estaba viendo venir— me sacudió en todo el careto dos o tres veces consecutivas; y era cuero del duro, que se me puso el ojo izquierdo a la virulé en cuestión de segundos. Después se la tiró al público y saltó de cabeza para darse un baño de masas. Lo recogieron sin mayores incidencias y siguió bailando hasta que acabó el show. La gente flipaba. Nosotros flipábamos. Pepe flipaba. El postconcierto fue también memorable. ¿Pues no va el tío y me pregunta a eso de las cinco de la mañana que qué me ha pasado en el ojo? Risi en estado puro. Me pasé una temporada sin ver una mierda porque precisamente el izquierdo, que había adquirido el aspecto de un cojón de perro azul, es mi ojo bueno. Con el derecho apenas veo bultos. Pero mereció la pena. Vaya que sí. Con Pepe siempre la merecía.

PARACAÍDAS*

Una mañana de domingo cualquiera. Me asomo a la ventana de mi habitación mientras las secuencias de acordes que improviso a todo volumen alcanzan mi cerebro a través de los cascos. Observo a la gente del barrio pasar, disfrutando del sol. Hora del vermú. Risas y aceitunas en el bar de abajo, salpicadas por alguna bronca a los chiquillos. ¡Estarse quietos ya, leñe! Patatas fritas, envoltorios de colores y cáscaras de langostino… Seguro que al fondo de la barra, parapetado tras la oscuridad, hay un tipo que escruta su futuro en el culo de un vaso de vino, en las manchas de grasa del periódico, en el humo de su cigarrillo. De no ser por esta guitarra, yo estaría en la otra punta de la barra haciendo exactamente lo mismo. Pero estoy dos pisos más arriba, concentrado en un riff que me quiere llevar de la mano hacia una nueva melodía. Y las palabras brotan como si llevaran toda la vida esperando este momento.

Y todos los chavales de mi barrio, incluso aquellos cuyos nombres he olvidado, se meten en la canción. Juegan al fútbol en los descampados, apedrean las ventanas de los colegios y se cuelan en la piscina municipal por un agujero que hay en la verja. Siempre corriendo de aquí para allá, en una carrera perpetua. No hay pasado, no hay futuro. Simplemente ruido de fondo y un impulso incontenible. Esbozos de amistad, convencidos de que siempre se tendrán los unos a los otros. Pequeños paracaídas, ignorantes aún del viento que acabará por dispersarlos.

Con el tiempo ha ido cobrando fuerza otra lectura. La canción como salto al vacío. Nunca sabes qué te vas a encontrar abajo, pero te lanzas. Tienes que hacerlo. A veces tiras de la anilla y nada, solo

te queda cerrar los ojos y prepararte para una buena hostia. Pero cuando el paracaídas se despliega, puedes contemplar el poder de una simple canción en todo su esplendor, rugiendo entre el público. Amigos que nadie te presentó. Y, *vanitas vanitatis*, te gusta. Te encantan los aplausos, reconócelo. Y quieres más. Te sorprendes preguntándote si aprobarán esta frase o aquel arreglo, y entonces puedes paladear el miedo. Mala señal. Enfoque equivocado. La complicidad viene de la mano de las canciones o no viene. Como el amor, la inspiración o la elegancia, se esfumará en cuanto te pongas a buscarla. Tu paracaídas perderá el rumbo, se enredará entre las ramas y tendrás que apañártelas solo para salir de ahí.

~

Si fuera por nosotros tres, nos hubiéramos convertido en un cuarteto con todas las de la ley. Más que nada porque así es como estamos funcionando. Héctor ha sido reemplazado por Manuel Benítez, que nos acompaña en todos los directos y acude a los ensayos con regularidad. Sin embargo, cuando le proponemos formar parte de la banda, arruga el ceño mientras asegura con su casi inaudible voz que Freedom, su otra banda, la misma en la que toca Héctor Sierra —curioso detalle—, va a pegar un pelotazo a nivel internacional de manera inminente y prefiere no comprometerse con nadie. Nos encogemos de hombros y, bueno, es por eso por lo que no sale en las fotos.

Sin embargo, si en *La vida mata* su participación se limita a un par de solos, más de la mitad de los cortes de *La cuenta atrás* dan fe de que tanto su imaginación como su excelente técnica se encuentran en estado de gracia. La única forma que se nos ocurre de reflejar esta progresiva implicación es sacándonos de la manga la categoría de «el 4º enemigo», y así lo reflejamos en los créditos.

BRINDIS*

El Agapo, La Vía Láctea, el Flamingo, el Nueva Visión, el Malandro, el 2D, La Vaca Austera, el Louie-Louie, el Salero, el King Creole, el Yas'tá, el Tupperware, el No Fun… son solo los primeros que me vienen a la cabeza. Pero hay más. Y casi todos son parada obligatoria para el peregrino en la noche malasañera. Rock and roll, buenas copas y un montón de chicas y chicos dispuestos a disfrutar de la vida todas las noches del año. El puto paraíso.

Expertos viajeros llegados de todas partes se instalan en el corazón de Madrid tras frotarse, incrédulos, los ojos. No ha existido nunca en ninguna parte del mundo tal concentración de garitos de rock and roll. En apenas cuatro o cinco manzanas tienes, además, un montón de estupendos baretos de cañas para calentar motores (el Marcelino, El Puerto, el Gran Vuelo, El Valle…). El Palentino tiene un ventanuco abierto toda la noche y por él regurgita bocatas, tercios y botellas de vino. Para acercase a otros ilustres antros como El Sol, el Ambigú o el Cuatro Rosas solo hay que gatear una miaja más allá de la Gran Vía. Y hacia Fernando VI el espíritu dinamitero sigue contando con excelentes abrevaderos: El Pirata, El Capote o el San Mateo 6, que también programan regularmente música en vivo.

En un santiamén paso de parroquiano a residente. Especialmente en el Agapo, de cuya familia me sigo sintiendo, de alguna manera, parte. El recuerdo de aquellos años increíbles me acompañará siempre, con nuestros queridos Quique Ruiz y Sonia del Amo siempre presentes.

El ambiente malasañero no puede ser más enriquecedor para un músico de rock. En el Agapo actúan bandas buenísimas todas las

semanas y puedes charlar durante horas con enciclopedias vivientes como Diego A. Manrique, Manolo Calderón o Jesús Ordovás. De improviso, te encuentras tomando una cerveza al lado de rockers de primera categoría como Lee Brilleaux, Joe Strummer, Johnny Thunders, Manu Chao, Tav Falco, Shane MacGowan o el mismísimo Camarón de la Isla.

Fue en un bar de Malasaña donde Artemio y Roberto me propusieron tocar en su banda. Fino, Chema y Manolo también salieron de estos caldos. Y es sabido que mi carrera en solitario (y después también con Los Enemigos) no habría sido lo mismo sin David Krahe. Mi vida personal también tiene mucho que agradecerle. La lista de músicos que conocí en los bares de Malasaña es tan larga que he decidido borrarla para que no te marees.

Mis maestros, en realidad. Con todos ellos pude intercambiar información, risas y tragos. De todos ellos recibí buenos y malos consejos. Y lo más sorprendente es que todos ellos, salvo fatídica intervención del destino, siguen en activo.

Que por todos ellos y por Rafa, por Helia, por Marcos, por Bea, por Vicente y por el Pele truene este «Brindis», que también sigue al pie del cañón como torpedero titular en el repertorio enemigo, a pesar de compartir sus cuatro primeras notas con el estribillo del «Porompompero», y que, entre otros méritos, acoge mi solo de guitarra de Manolo favorito.

~

Naturalmente, hay momentos de tensión. Pero en el estudio de grabación no conviene ponerse demasiado serio. Para eso está el local de ensayo. El exceso de seriedad puede resultar tan perjudicial como el de displicencia. La música ha de ser, en la medida de lo posible, un juego. Pero es complicado apelar al espíritu lúdico sin perder el equilibrio. Sobre todo si eres tú el que escribe las canciones, porque todo el mundo se siente con derecho a retocarlas en el último momento, y hay cosas por las que uno no está dispuesto a pasar. Son muchas horas dando el callo en casa y es

mucho cariño el que uno deposita en ellas como para dejar que en cinco minutos te las pongan del revés.

Porque lo jodido es el folio en blanco, amigo. Tener una idea sobre otra idea está tirado. Por eso, cuando la canción toma forma, aparecen a borbotones. Pero una cosa es estar abierto a sugerencias y otra pararse a probar cada nueva ocurrencia del personal. Hay días en los que el chaparrón es tal que uno se lleva a casa la sensación de haber estado, más que compartiendo sus canciones, protegiéndolas. No siempre eres capaz de hacerlo con tacto y acabas cogiendo fama de avinagrao. Pues estupendo, pero el estribillo se queda donde está.

Creo que al principio Eugenio temía que no me gustara el criterio de producción que había concebido, que me pareciera poco rockero o qué sé yo. Pero poco a poco se fue dando cuenta de que no había nada de eso. No tenía más que mirarme, yo estaba encantado de la vida. Todos lo estábamos. El sonido era espectacular. Lo sigue siendo. Poderoso y a la vez cristalino. Una producción realmente brillante. Tuvimos, naturalmente, nuestras diferencias, pero fue un verdadero lujo y un placer trabajar con él.

Un día, distinto por cierto al que habíamos quedado, se presenta el maestro Reverendo con un par de músicos y toma el estudio al asalto. Al arreglo de clavicordio previsto (al final lo tocó con una espineta que había por allí) le añadió otro para violín y viola, haciéndoselos doblar al violinista varias veces. Suena a gloria. Estamos progresando en la dirección correcta, no me cabe la menor duda. Tenemos motivos de sobra para estar contentos.

Lalo, que se pasa casi todas las noches por el estudio, no se cansa de repetírnoslo: el disco es un más que digno sucesor de *La vida mata*. Un giro que muy bien podría suponer un paso más hacia la consolidación de nuestra carrera y el respeto del público, los medios y los compañeros de profesión. Pero, sobre todo, una atalaya desde la cual poder contemplarnos a nosotros mismos como una banda de profesionales de la música popular hecha en este país.

QUILLO (HE VUELTO A NACER)*

Viéndole repartir sonrisas mientras tiraba cañas en el Palentino nadie diría que, un par de años antes, a Casto le habían diagnosticado un cáncer terminal. No esperábamos volver a verlo, pero ahí estaba el tío. Igual que Quique, que al final pudo salir de la heroína. Le costó años de fatiga y férreas disciplinas, pero al final lo consiguió. Daba gusto verle caminar por el barrio tan erguido, con la mirada limpia y fresco como una lechuga recién cortada. Por el Capi tampoco daba nadie un duro, pero un día decidió dejar el alcohol. Se encerró en casa con sus perros y después de una semana delirando como un berraco salió y se tomó un Bitter Kas en el bar de siempre. Siguió haciéndolo hasta que se acabaron sus días.

Por ahí van los tiros. A veces hay un camino de vuelta. Ya he escrito unas cuantas canciones por los que se han ido, pero ninguna que celebre a los que vuelven. Se conoce que «Quillo» viene a responder a esa urgencia.

Recuerdo los días de *La cuenta atrás* con una sensación casi infantil, en su sentido más onírico. Las personas que me rodeaban, los lugares que habitaba y el tiempo que transcurría parecían estar disueltos en un velo espectral, silencioso y macilento, muy semejante al de los sueños. No me era especialmente hostil, pero sí ajeno. De pequeño me pasaba la vida dibujando, no concebía la existencia sin mis rotuladores. Ahora solo encontraba colores vivos, texturas diferenciadas y secuencias lógicas en las canciones. En ellas estaba el mundo real, el verdadero, que solamente parecían compartir conmigo mis guitarras, mis discos y mi gato Wayne. Lo que quiero decir es que percibía al protagonista de «Quillo» de una

manera bastante más corpórea que a las personas que lo habían inspirado. Esto puede ser, hasta cierto punto, comprensible en un escritor de canciones. Pero estar convencido de que Brian Wilson me entiende mejor que cualquiera de mis amigos sí que resulta un pelín enfermizo.

No tarda «Quillo» en convertirse en una de las joyas de la corona. En el repertorio funciona como una especie de comodín. Lo mismo sirve para oxigenar después de una buena dosis de decibelios como para levantarlo después de una balada. Puede abrir un concierto y es también capaz de cerrarlo sin problemas. Ese aire trotón que le dan Fino y Chema resulta del todo irresistible. Y la «subida del camionero» (así llamaban en algunas orquestas al consabido recurso de aumentar en un tono la última estrofa de una canción) refleja de cojones el espíritu que quiere transmitir la letra. Un tío que regresa de entre los muertos tiene que estar al menos un tono más arriba, aunque solo sea para celebrarlo, ¿no?

~

Poco antes de entrar a grabar *La cuenta atrás*, protagonizamos un despropósito sideral. Actuamos en la plaza Mayor de Madrid, dentro de la programación de las fiestas de San Isidro. Han montado un escenario la hostia de grande con un equipo espectacular. No sé cómo se las ha ingeniado Lalo, pero somos cabeza de cartel. Así como lo oyes. La plaza está hasta los topes de gente, pero nosotros no estamos allí para telonear a nadie.

Las circunstancias adoptan tintes cada vez más esperpénticos según se acerca la hora de subir al escenario. Los Enemigos estamos acostumbrados a vivir situaciones absurdas. El despropósito parece perseguirnos, y allí donde nos presentamos lo hacemos instalados en el disparate. Así es nuestro día a día, y la verdad es que a mí me encanta. Es un safari, esto. Ya a nuestros primeros conciertos acudían tanto mods como rockers, con lo cual siempre acabábamos recogiendo el equipo en medio de una batalla campal. Después siguieron pasando cosas raras. Probando sonido durante el recreo en un colegio para chavales especiales, un chaval con síndrome de

Down se acerca a la batería y le pide a Artemio con insistencia que interpretemos la sintonía de *David el gnomo*. Sinceramente consternado y colorado como un tomate, le pide disculpas por no sabérnosla. Nos abuchean en masa y siguen jugando a su versión del fútbol, que por cierto mola bastante más que la estándar. Dos chavales en un bolo en la facultad de no sé qué, sita en Almería, se pasan el concierto en primera fila gritando como posesos: «¡Moscas y arañas! ¡Moscas y arañas!»… Pero qué habrán merendao estos dos. Luego atamos cabos y sin duda nos han confundido con Los Negativos, que es algo así como confundir a Sepultura con ABBA. También hemos actuado ante cero personas en una fiesta de Nochevieja, y no pienso decirte dónde. Nunca olvidaré a un tío enorme que se zampó el folio con la lista de canciones en Avilés. Nos soplaba la canción que se acababa de tragar hasta que terminó el concierto, tras lo cual eructó y se fue. Aquella misma noche, otro motero enorme se acercó a la furgoneta y nos devolvió muy educadamente un bombo que nos faltaba, disculpándose en nombre de un amigo suyo que había tenido la ocurrencia de llevárselo como recuerdo y felicitándonos de todo corazón por el concierto. Para que luego digan.

Y ahora que nos sale un bolo serio aparece un señor del ayuntamiento y nos pide que, por favor, nos cambiemos el nombre, que eso de «Los Enemigos» suena muy bélico y que, estando como está el patio con lo de Irak, es más prudente pensar en otras cosas. Al principio creímos que el tío no carburaba bien o algo, pero luego volvió con el concejal de Cultura e insistieron bastante en el tema hasta que Lalo les dijo que no se preocuparan, que ya pensaríamos algo antes de salir. No sé si he dicho ya que Lalo era un tipo muy convincente.

Que le den al concejal, me muero de ganas de soltar aquello de «¡buenas noches, Madrid. Somos Los Enemigos!», que es exactamente lo que hago. Se nos hace raro sonar con tanta nitidez, no estamos acostumbrados. Pero enseguida le cogemos el truco y, de repente, ocurre «eso». En algunos bolos sucede y en otros, la mayoría, no. No se trata de que salga todo de puta madre, por suerte eso sucede bastante más a menudo y es fantástico, claro. Me

refiero a algo más intenso. Un cambio de frecuencia, como si no estuvieras del todo allí. Te instalas en la ingravidez y, desde esa posición privilegiada, te es dado observar el concierto mientras tocas sin pensar ni por un segundo en acordes, letras, ecualizaciones o cosas así. Estás flotando y sabes, por el brillo de su mirada, que tus compañeros también lo están percibiendo. Y el público. De golpe y porrazo, el tiempo desaparece.

Ah, la plaza Mayor. Allí estaba de niño con mis padres, sintiendo el aroma del musgo fresco para el belén y eligiendo las bolas de colores y demás pichorradicas para la Navidad en los puestos profusamente iluminados para la ocasión. Celebrando la llegada de las vacaciones con los compañeros del instituto hinchándonos a porros, cerveza y bocadillos de calamares. Calamares de verdad con su cachito de limón, no la mierda esa que dan ahora. O perdido en Nochevieja en pleno subidón de tripi (¿dónde me he metido?, ¿por qué me mira todo el mundo?) o armando la de Dios junto a millares de ilusos que, como mis amigos y yo, brindábamos el día que ganó el PSOE las elecciones del 82 (mejor no extenderse mucho sobre esto, ¿no?). Y, sí, aquí llega al rescate el primer beso, ese que no se olvida nunca, inundando con su dulzura los negros soportales de la plaza, cuyas piedras sucumben ante el poder de una jovencita pizpireta y adquieren durante un instante la textura de una enorme nube de algodón de azúcar.

HASTA EL LUNES*

Viernes, supongo. Un viernes cualquiera en el centro de una ciudad cualquiera. Los parroquianos que trabajan en las oficinas de la zona apuran sus cervezas antes de despedirse de sus compañeros para zambullirse en el fin de semana. Reparo en que siguen haciéndolo como en el cole:

—¡Hasta el lunes!

Intuyo que la frase puede dar mucho juego y la apunto raudo en mi libreta. Antes de que termine de guardarla en el bolsillo, mi padre, que está de vinos conmigo, me pregunta qué he apuntado. Se lo muestro y sonríe. A veces aparcamos nuestras diferencias, que no son pocas, y quedamos para charlar de nuestras cosas y curiosear acerca de nuestros métodos. Su pintura y mis canciones. Es sorprendente lo mucho que se parecen, no me canso de decirlo. Son unas charlas interesantes a las que a menudo se apunta algún parroquiano, conocido o no. Madrid es lo que tiene, la gente no se corta. Tertulia espontánea, abierta y gratis para todos. Casi nadie mira la televisión.

No creo que sea casualidad que las canciones que abren y cierran *La cuenta atrás* remoloneen sobre la voz interior de unos jóvenes que están a punto de dejar de serlo y no les apetece una mierda. En esta ocasión tengo que imaginarme una oficina y me pregunto cómo demonios hacerlo. Puedo escuchar la voz nasal de Ray Davies sugiriendo, entre sorbo y sorbo de Guinness, que entre y eche un vistazo. Que observe, *bloody hell*.

Nada más entrar decido que será verano. La familia está de vacaciones, los ventiladores hacen un ruido del demonio y un tipo

que se parece a Tom Ewell se seca el sudor con un pañuelo sin dejar de teclear la máquina de escribir con la mano que tiene libre. Parece que he vuelto a aterrizar en otra época. Suena Chuck Berry en la radio. Eso es. Él me muestra el camino. El rock and roll era poco más que un baile de moda hasta que él irrumpió en escena con sus endiablados trabalenguas para prestarle su voz a la juventud. Este chaval que espera en la puerta no quiere terminar como su padre y se dispone a convertir su agobio en una canción. Es lo que haría Mr. Berry, ¿no? El día en que murió salí disparado hacia mi Gibson 330 y me tiré un buen rato con sus riffs. Las sagradas escrituras. Desgrané «School Days», como tantas veces hice en los tiempos de Johnny Comomollo, «Memphis, Teenesse» con The Nativos o «Around and Around» en los Little Pequeños…

Por mucho que *La cuenta atrás* sea nuestro disco más pop, los ingredientes básicos del más afortunado cóctel musical del siglo xx se asoman por sus poros a poco que te descuides. Ah, esa fascinante mezcla de inculturas. El rock and roll más clasicote está muy presente en «Hasta el lunes». La trotona base que se marcan Fino y Chema, tan en deuda con la Creedence, realza los martillazos que el agobio propina sin descanso en la cabeza de nuestro jovenzuelo, mientras trama su huida de esa prisión amurallada que llaman madurez.

~

Librerías. Ese olor. Me puedo tirar horas curioseando en los anaqueles. Al final salgo con tres o cuatro, entre los que no suele estar el que buscaba. Algunos libros simplemente te llaman. Estos relatos tradicionales de los indígenas norteamericanos, además, me miran fijamente y me prometen momentos memorables. Desde que lo leí respeto profundamente la tierra, el cielo y a los locos. Los indios los respetan. Hacen muy bien, porque los cuerdos no hacemos más que destrozar vidas y hacer preguntas estúpidas. Con lo cerca que están las respuestas. Se pueden encontrar en cualquier capítulo de los Simpson, en cualquier tebeo de Mortadelo y Filemón

o en cualquier disco de Siniestro Total. Hasta en un helado de fresa las puedes encontrar, hombre.

El libro está profusa y brillantemente ilustrado. El gran uroboros me hace saber que ya tenemos un portadón para nuestro flamante cuarto larga duración. Allá vamos. Grandes expectativas nos sonríen desde el horizonte cuando el destino tiene a bien recordarnos lo que se siente ante el impacto de una buena hostia. Una hostia de las que te cambian para siempre. De las que nunca se olvidan. El 6 de septiembre de 1992 Lalo Cortés fallece en un accidente de tráfico. Tenía 28 años.

V
TRAS EL ÚLTIMO NO VA NADIE
(1994)

¿POR QUÉ YO?*

Con esta pregunta tan boba se inaugura nuestra etapa más oscura. En el local de ensayo, plagado de monosílabos y largos silencios, cuesta respirar. Estamos muy tocados, casi hundidos. La frustración y la impotencia han desplazado de un plumazo toda la ilusión generada con *La cuenta atrás*. La cantidad de conciertos que dimos por todo el país para presentarlo, las magníficas ventas, las expectativas… Poco más que humo queda de todo eso ahora. Un humo decididamente negro. Está claro que la pérdida de Lalo va a marcar nuestra carrera tanto como su aparición. Para colmo, lo mío con los opiáceos ha traspasado el punto de no retorno. Hacía ya tiempo que era más o menos consciente del desastre, pero no fue hasta el entierro cuando me detuve a calibrar su magnitud. Me puse malísimo en el viaje de vuelta, y de esa guisa tuve que salir a por provisiones nada más llegar a Madrid.

No estoy especialmente orgulloso de esta letra, la cuestión ya no es esa. No necesito sentirme orgulloso de nada. Con despacharme a gusto de la manera más expeditiva posible me basta. Es curioso que toda esta mierda coincida con la irrupción de un montón de bandas cuyo sonido destila ese mismo sudor tóxico. Me encanta ir al Revolver y escuchar a Nirvana, a Sugar, a Pearl Jam, a Mudhoney o a Soundgarden a toda hostia desde el centro de la pista y bailar puesto de caballo hasta las orejas.

Es extraño contemplar cómo todo el mundo se harta de ti y que te dé lo mismo. Odio llorar, odio reír. Lo odio todo. No es fácil de gestionar. La adicción ha conquistado el baluarte de tus prioridades. Tu último baluarte, por cierto. Me siento atraído por cualquier cosa

que me haga daño. Me autolesiono con cigarrillos y me doy de cabezazos contra las paredes. Salgo en pelotas y empapado a la terraza del ático. En el invierno madrileño eso debería equivaler a una pulmonía que me sirviera de alfombra para esconder a Maguila el Gorila sin que se note demasiado. Pues nada, ni un mal resfriado me agarro. Por lo visto el organismo de un yonqui funciona de otra manera. Mi actitud acabará por desquiciarnos a todos. Nuestro querido caos interno se ha convertido en un vértigo constante y odioso.

~

Hasta las buenas noticias traen consigo un reverso chungo. Las pesquisas de Lalo en RCA se traducen en una suculenta oferta, pero los jefes de GASA no están dispuestos a dejarnos marchar así por las buenas. Falta un disco para finiquitar nuestro contrato y hasta que no se lo demos no nos piensan dar carta blanca. Las discográficas independientes son así de molonas. Ya les podía haber dado por el rigor profesional antes y respecto a otras cosas. La distribución de nuestros discos, sin ir más lejos.

Alguien habla de entregar un disco a cada compañía y, en un arrebato de pundonor, aseguro estar listo para escribir todo el material que haga falta (y más aún). Es casi un farol, pero los tres nos tiramos de cabeza. Hará falta mucho material nuevo, sobre todo letras. Pero grabaremos los dos discos y al carajo. Uno pa ti y otro pa tu prima, hala. Dos discos cojonudos, además. Que somos Los Enemigos, hostia. Es la hora de la épica. Muy bien, pues nos mantendremos a flote entre los tres.

El adelanto que nos ofrece RCA es estratosférico, y más si tenemos en cuenta que la mayoría del material que han podido escuchar es muy escaso y está todavía en bragas. Ya en la gira de *La cuenta atrás*, con los fastos de Barcelona y Sevilla aún coleando, pudimos comprobar cómo todo se celebra a lo grande sin que nadie haga preguntas. Desde el puerto a tu nariz, este país se ha convertido en una interminable procesión de intermediarios. Los desproporcionados beneficios que reporta el compact disc se esnifan

sobre sus estúpidas carcasas de plástico. Los cocineros ahora son «chefs» y se comportan como estrellas de cine. El agosto de las putas. Este país es una castañuela viuda. Una noche actuamos en un enorme parque de atracciones casi vacío y cobramos allí mismo, en el camerino, nada más terminar. Hala, aquí tenéis. Habéis estado de puta madre. El tipo abre una bolsa de deporte y saca un montón de billetacos en fajos. Pasadlo bien, chavales. La misma historia se repetirá una y otra vez en salas medianas y discotecas. Si eso nos ocurre a nosotros, que somos unos pardillos, imagínate cómo se las gastarán en la división de honor. Es esperpéntico. El mundo del espectáculo parece una novela de Valle-Inclán. Y el de la construcción. Y el de las finanzas. Y el de la política… Hasta nos financian un videoclip de lujo (creo que se gastaron más dinero en el vídeo que en el disco).

Para rodarlo nos plantamos en Vitoria. Juanma Bajo-Ulloa, que es el encargado de dirigirlo, tiene allí toda la logística a mano. Un lujo extraño, porque arrastro un enganche de mil pares y me tengo que buscar la vida en una ciudad que no conozco. Nadie se fía de un tipo escuálido vestido con traje, corbata y botas militares. Pero bueno, más o menos me voy apañando, y al final el rodaje resulta hasta divertido. Karra Elejalde hace de mi madre y Santiago Segura, megáfono a cuestas, de Dios. Enseguida hacemos buenas migas. O eso entendemos mis neuronas y yo.

Durante la cena, Karra toma la palabra. Está entusiasmado con la historia de un tipo que se deja el anillo de bodas en el ojete de una meretriz durante su despedida de soltero. Nos partimos de risa, es un punto de partida cojonudo. No sabíamos que estábamos asistiendo, en primera fila, al alumbramiento de un puto rocanrol de película, la legendaria *Airbag*…

Percutir de tarjetas de crédito melladas sobre plástico, sobre piel, sobre loza. Aquí nadie repara una mierda en gastos. Mil soles anaranjados seguidos, uno tras otro. Vasos de tubo y desconocidos bailando alrededor del coche, junto al mar. Desodorante y sal. Sábanas de hotel. Y el sudor, que no cesa. El gran hostión se está chamuscando en el horno, pero a esta velocidad nadie puede parar de hablar. Acelera, que no llegamos. Ciudades y pueblos de cristal.

Autopistas recién pintadas. Todo el mundo es alguien. Que aceleres te estoy diciendo, joder.

Se trata de un señor pastón, el adelanto. Otra buena noticia teñida de negro, al menos para mí. Porque está claro dónde va a ir a parar mi parte y lo poco que me va a durar. No importa, la cuestión es seguir adelante. Me la suda el deterioro personal que acarreará semejante pastizal en mis bolsillos. Todo lo que no sea sacar esto adelante me la suda.

SIN HUESO*

Sigue siendo… orgásmica. No encuentro una palabra mejor. Vengo enredando con esta melodía desde los días de *La cuenta atrás,* y cada vez que nos ponemos con ella en el local alargamos la parte instrumental un poco más. Siempre surge un nuevo arreglo, una nueva idea. La secuencia de acordes es una mina. Tiene un punto muy hipnótico, interpretarla es medicina de la buena para nuestros maltrechos ánimos. Nos cuesta parar, no queremos que acabe nunca. Cuando llegamos al estudio flipamos al comprobar que pasa de los siete minutos. Bueno, por lo menos yo flipo como un pepino, porque siempre se me hace corta y nunca se me ha ocurrido cronometrarla. No es que ahora me arrepienta, pero si la hubiéramos dejado en tres minutillos o así podría haber sido un gran single. Supongo que Carlos Martos, que ha tenido el valor de asumir las tareas de producción de este disco (en realidad, de los dos que grabaremos en esta noche interminable), se va a volver un poco majara con la de pistas de guitarra que estoy metiendo. Hay por ahí hasta una mandolina que me empeñé en domar afinada en *open D* y que en la mezcla final, por suerte, casi ni se oye.

Javier Losada está genial con sus teclados y tiene una paciencia de santo conmigo y mis toscas indicaciones. De todos modos, lo más espectacular de esta grabación es, a mi juicio, la compenetración que llegan a tener Fino y Chema. Es telepatía lo que comparten mientras tocan. Como si respirasen juntos. Una base rítmica estratosférica por la que cualquiera vendería su alma al diablo. El resultado final, a pesar de mi lengua de trapo, es gloria bendita para los sentidos. Un baño de luz, planeando los tres juntos sobre las

nubes, tan lejos de la oscuridad como nos dé la gana estar. Cómo no vamos a querer alargarla.

~

¿Experiencias extracorpóreas? Yo no sé nada de eso. Ni siquiera fui capaz de terminar el primer libro de Castaneda, y de cada tres tripis, dos me sientan mal. También te digo que el que me entra bien, me entra la hostia de bien.

Hay quienes ven en «Sin Hueso» un viaje astral, o algo parecido. A veces mi manera de escribir se vuelve estrictamente sensorial y puedo disfrutar del privilegio de ser malinterpretado. Lo digo en serio. Cuantas más interpretaciones, mejor. Es interesante contrastarlas. No se puede entender una sensación, pero sí puedes aspirar a revivirla en tu imaginación. Por eso busco imágenes potentes que puedan evocarlas. No hay nada que explicar. Lo que importa es la capacidad de sentir que seas capaz de despertar.

La chispa que prende las canciones es caprichosa. En esta ocasión, se muestra encantadoramente desinhibida y no se corta un pelo al remolonear entre dos cuerpos entregados el uno al otro por puro placer. Sexo puro, sin reglas. Eso sí que es viajar lejos. A menudo me pregunto de quién serán los rostros que adivino entre el fogonazo de un orgasmo. Quizás sean antepasados que se asoman aprovechando un resquicio del tiempo, y, bien mirado, tiene todo el sentido, en esa intensidad urdidora de generaciones. O quizás todo sea más prosaico. Por ejemplo, que estemos genéticamente predispuestos a reconocer rostros y no equivocarnos nunca de camada como el pobre patito feo.

Echa un vistazo por ahí, si no. Caras en las nubes, en la corteza de los árboles y hasta en las baldosas del cuarto de baño… Mientras sigas haciendo caca en este valle de lágrimas, vas a ver caretos en todas partes. Así funcionan las cosas. Luego ya aprende uno a reconocer el portal de su casa y así se va apañando, hasta que se hace adulto con la certeza de que nunca se va a confundir de bar. El bar de siempre. A ese las piernas te seguirán llevando solas, aunque lo hayan cerrado, reformado y vuelto a reformar mil veces. Y para

careto, el que se te va a quedar delante de la puerta del Starbucks en que lo han convertido.

EL RING*

Siempre viéndolas venir, como fajadores en el ring. Pero cuidado, que tenemos el pellejo curtido y sabemos trabajar en equipo. Fino ya se había estrenado como compositor en *La cuenta atrás* con «Hay un agujero», y la inercia generada por ese primer impulso no puede ser más oportuna. Tararea las melodías que va atrapando con la guitarra hasta que Chema y yo nos quedamos con la historia y la vamos trabajando sin letra hasta que un día, alehop, me presento en el local con el folio en la carpeta. Esta nueva dinámica viene que ni caída del cielo. Necesitamos estímulos así. Nos insuflan el oxígeno que tanta falta nos hace, nos mantienen unidos y tienen el don de sacarme de la nube tóxica en la que ando atrapado para devolverme al suelo.

«El ring», «La venganza de H.P. Expósito» y «La carta que no…». Comprendo enseguida que tendré que estrujarme bien la sesera para hacerles justicia a estas melodías de Fino. Esta, en concreto, me transporta al territorio de los Little Feat de Lowell George, una banda que adoro, y eso es una motivación más que suficiente para mí. Oxígeno.

Tropezar, caer, levantarse. Sí, también. Pero el cogollo de «El ring» está en el sentimiento de pertenencia. Más concretamente en su infructuosa búsqueda. Con ella podrían resumirse los primeros años de mi existencia. Siempre aparte, siempre a la contra. Ni en la infancia ni en la adolescencia logré sentirme parte de ningún colectivo, y no supe lo que era tener un amigo de verdad hasta que conocí a Artemio. La soledad trae consigo frío y ansiedad. Normal que siempre acabes quemándote. Te arrimas demasiado al fogón.

Falta de costumbre, supongo. La historia de Los Enemigos también tiene algo de eso. No encajábamos en ninguna parte. Demasiado rockeros para los chicos pop, sospechosamente indiferentes a la ortodoxia para los rockeros de pro. Elegí una frase recurrente de mi primo José Miguel para titular el álbum. *Tras el último no va nadie*. La soltaba cuando llovían hostias, y venía a decir algo así como «compóntelas como puedas, que ya escampará». Venía que ni al pelo. Tiene un punto cínico que me encanta. En algún momento pararán los mamporros. Porque alguno tendrá que ser el último, ¿no?

~

¿Y la oficina qué? Allí también hay pan y tomate, porque sacar adelante estos dos discos va a requerir hilar estrategias muy finas y jugar a dos bandas con decisión. Paco López tendrá que bregar con dos compañías discográficas a la vez y barajar información contradictoria delante de sus narices sin que se note demasiado. Y todo ello sin apenas experiencia. Fino y Chema están más al tanto de cómo se cuece el pescado en los despachos. Yo tengo ya bastante con lo mío (básicamente procurar mantenerme en pie para seguir escribiendo).

Una cuestión de fe, lo de Paco. Nosotros la depositamos en él y él en nosotros. Enterramos a Lalo en el pueblo de sus padres, y la incógnita que nos acompaña en el viaje de vuelta es despejada poco antes de llegar a Madrid: ni hablar de otras agencias de contratación. Javier Barañano y Cristina Candil se suman a la causa, dispuestos a sudar la gota gorda en el empeño. Lagartija Nick, The Refrescos, Un Pingüino en mi Ascensor, Las Ruedas y Malarians. Todos los grupos de Attraction optan también por quedarse. Seguimos en familia. Por fin una buena noticia. Y sin reverso oscuro.

De vuelta en el estudio, tenemos el privilegio de contar con Guille Martín, cuya curtida Stratocaster (Desperados, Calamaro, Loquillo…) se va metiendo poco a poco en «El ring» hasta que, después de la última estrofa, termina por enseñorearse de ella con ese tono suyo tan personal, grueso y claro. Guille, siempre de buen humor.

Desprende un brillo especial, le coges cariño enseguida. La expresión «fuera de serie» cobra todo su sentido cuando hablamos de Guille. Un guitarrista cañero e imaginativo como se han visto pocos por aquí. Y un gran compañero. Te echo mucho de menos. Hasta siempre.

LA CARTA QUE NO…*

Esta vez solamente hay un helado tirado en el suelo, y está dentro de casa. Blanquísimo y desparramado sobre las baldosas de la habitación, parece espuma de extintor. Restos de un incendio. No hacía ni diez minutos que aquel helado de limón y un servidor paseábamos despreocupadamente por la Casa de Campo. Era una espléndida tarde de verano, y de esa guisa entramos los dos en nuestro piso del Batán. Marisa nos da la noticia. Seguro que, después de pensárselo mucho, ha decidido hacerlo sin rodeos. Bien hecho.

—Lalo ha tenido un accidente con el coche. Se ha matado.

Todavía con la boca abierta, observo el helado en el suelo y me acuerdo de los de *La vida mata*. Rompo a llorar y lo hago durante una eternidad. De repente, paro y pienso en Fino, que está de viaje y se habrá tenido que enterar por teléfono. En Carmen, la flamante esposa de Lalo. En Trinidad, su madre. En sus hermanos. En Chema. En la oficina. En todos nuestros amigos de Almería… Pero sobre todo pienso en él. En Lalo. Madre de Dios.

La sierra de Guadarrama, recortada con precisión cartográfica sobre un cielo anaranjado, se tiñe de violeta más allá de la Casa de Campo. Cae la tarde, y a mí lo que me gustaría en este momento es ser un pájaro. Voy a bajar a la calle a ver si me agencio un buen par de alas.

~

La melodía que trae Fino con la guitarra acústica es un verdadero caramelo. Supongo que a Lalo, como a cualquiera que se haya

tenido que ir de una manera tan brusca, le hubiera gustado despedirse de su mujer, y resuelvo prestarle mi voz. Por qué no. La escribo casi del tirón. Al final dejo la parte de la tarta como estaba. Porque, aunque soy consciente de estar rozando lo sensiblero, es importante tener una canción capaz de traer de vuelta a nuestro amigo, aunque solo sea por cuatro minutos. Y el hecho de que la hayamos escrito Fino y yo juntos la hace mejor. Mucho mejor.

En el local, mientras Fino la tararea guitarra en mano, yo me encargo del bajo, y finalmente soy yo quien acaba grabándolo. Es la primera vez que lo hago, y puedo experimentar el privilegio que supone tocar con Chema: cómo hace que tu línea camine con fluidez, y la manera en que sus ideas propician un diálogo constante en la sección rítmica. Tocar el bajo con Chema es un verdadero placer. Qué suerte tienes, Fino, cabroncete. También me encargo del solo y de una de las rítmicas que suenan en la mezcla final.

Somos conscientes de que se trata de la canción más especial que hemos grabado hasta hoy. La presencia de Lalo es muy fuerte en estas sesiones. Mientras meto las voces de «La carta que no…», siento de manera muy intensa que soy un pájaro y vuelo junto a él. La canción es capaz de desplegar un poder asombroso cada vez que la interpretamos. Si tuviera que elegir una sola de Los Enemigos, sería esta.

LAS TORNAS*

Quién sabe, a lo mejor en un universo paralelo soy un tío prudente y disciplinado. Pero lo que es en este, siempre me he conducido como un kamikaze y en medio de un caos acojonante. Es así, qué le vamos a hacer. «No es que su hijo sea desordenado, es que el desorden es su medio natural», le contó el desesperado jefe de estudios a mis padres. Por el contrario, casi todos los músicos que conozco son gente metódica y ordenada. Tiene lógica: la música, en última instancia, consiste en conferirle un orden al tiempo. Y se supone que, a estas alturas, soy músico. Aunque, bien pensado, creo que mi disciplina es otra…

El músico estudia para dominar una amplia variedad de estilos, y su trabajo consiste en interpretar el material que escriben otros. Y donde el músico descifra pautas, yo me enfrento a hojas en blanco. Tengo que poner en marcha la imaginación hasta dar con algo que merezca la pena. Siempre que se habla sobre escribir canciones me viene a la mente una fotografía de Vladimir Nabokov en la que se le ve concentradísimo mientras acecha a una mariposa con su red. Me gusta pensar que mi método es análogo. Tengo que perseguir las rimas y las melodías hasta donde me lleven; esperar el momento apropiado y atraparlas sin hacerles ni un rasguño.

Con el tiempo uno aprende a reconocer los sitios por donde les gusta revolotear. Una secuencia de acordes, un comentario escuchado al albur por la calle, algún recuerdo escondido en la memoria, una persona especial, algo que has leído por ahí, una manera de mirar o un brillo distinto en el aire… Cuando por fin las tienes, todo es cuestión de darle vueltas. Lo único que te va a exigir

una canción, además de oficio, es una paciencia infinita. Una vez terminado el trabajo la sueltas, y desde ese momento entrará en juego la imaginación de quien quiera escucharla.

~

Tengo seis años. Llevo un parche en el ojo izquierdo, y con el derecho no veo tres en un burro. Bizqueo como un gato siamés. Diplopía, lo llaman. No es fácil socializar de esta guisa. Sin mis gafas lo veo todo doble. Dos putos balones, ¿a cuál le meto? Después de pasar por el quirófano y por un motón de sesiones de rehabilitación en las que supongo que mis padres se gastarían un riñón, me quitan el parche, pero lo que se dice ver, pues sigue sin ser lo mío. Soy clavadito al niño ese que dice «¡eh, mayor!» en el vídeo de Betty Missiego. Me las voy apañando para pasar más o menos desapercibido y no llevarme especialmente mal con nadie en clase. Procuro que no se me note demasiado, pero los chulitos y sus adláteres me producen náuseas. Prefiero juntarme con los pringaos, que son mucho más graciosos y, por lo general, noblotes. Los gordos, los tirillas, los gafotas, los torpes, los tartajas… Algunos las pasan realmente putas en el recreo. Los niños pueden ser unos cabronazos de cuidado. Con el tiempo, las jerarquías del patio ejecutan una voltereta perfecta. Los mansos suelen acabar pisando fuerte (o en el manicomio, todo hay que decirlo), y los fieras en el estómago de otros fieras más fieras que ellos. Las tornas, siempre marcando el tiempo.

Tic, tac. Me estoy consumiendo por momentos. Ya se han negado a servirme en más de un bar. He adelgazado unos veinte kilos, se me ha caído media piñata y llevo los labios y las manos llenos de quemaduras. No paro de rascarme. Dentro de la camisa entraría sin problemas otro como yo. Y estas pupilas como alfileres. Solo me falta el chándal, joder. Mi aspecto es realmente lamentable. Un yonqui no es más que un desgraciao, y la heroína una mierda pinchá en un palo. Me cago en lo que me sigue gustando. Más que el pan frito. Es evidente que no voy a ser capaz de aguantar así mucho tiempo más.

LA ESPERA*

Durante el recreo, en el patio de los Salesianos se jugaban al menos seis partidos de fútbol simultáneamente. Dentro del ensordecedor bramido con el que rugía aquel mar de empujones, todo el mundo sabía exactamente quién era el rival, por cuál de los seis balones pugnaba y con qué compañeros contaba en la ardua tarea de batir una portería salvaguardada por seis porteros.

A Quintanilla, al Culopollo y a un servidor nos habían adjudicado —obviamente para quitarnos de en medio— la categoría de jugadores de reserva. Nos pasábamos los recreos calentando con ahínco en las bandas, dispuestos a saltar al terreno de juego si algún jugador sufría un contratiempo. Nos lo tomábamos muy en serio, el banquillo. Los suplentes son importantes. No se nos hubiera ocurrido jamás imaginar que éramos futbolistas famosos como hacían los demás para darle más empaque al juego. Nosotros teníamos a nuestros ídolos allí mismo, correteando por el patio.

Roberto Bonilla y Paquito Luna representaban, además, a nuestra clase en la selección absoluta del colegio, y esto era motivo suficiente para reverenciarlos y obedecer sus órdenes sin rechistar. Observábamos sus evoluciones en el terreno de juego y luego intentábamos reproducirlas a cámara lenta como en la tele. Sin embargo, el pertinaz espíritu aventurero de los balones solía echar a perder nuestras adaptaciones de las mejores jugadas por encima de los muros del patio.

A los quinquis de las chabolas de al lado les hacían mucha gracia nuestras solicitudes de devolución, y sus pedorretas solían ir acompañadas por muy certeras pedradas. El padre Justiniano, que

compaginaba las funciones de sacristán y profesor de Educación Física, se negó a proporcionarnos más balones un día que echamos fuera dos seguidos.

No tardamos en descubrir que un balón imaginario resultaba bastante más manejable. Nuestras recreaciones, primero a tiempo real y después a cámara lenta, llegaron a adquirir tal realismo que un día el portero del equipo contrario se nos acercó al Culopollo y a mí y nos dio una hostia a cada uno mientras le imitábamos tragándose un gol. Con el Quintanilla no se atrevió. Se limitó a mirarlo de arriba abajo con cara de asco y después escupió al suelo, aquel pijomierda de los cojones.

El Quintanilla parecía que se iba a romper a cada paso que daba. Se le veían todos los huesos del esqueleto, y desde que un golpe de viento lo tiró al suelo, se echaba a temblar cada vez que soplaba un poco más de la cuenta. Eran muy celebradas sus descomunales orejas, que podía mover a voluntad y de forma autónoma, como si fuera un perrillo. Se acompañaba por unos crujidos óseos que emitía rítmicamente con los bracitos. El baile de las orejas de Ricardo Quintanilla era uno de los espectáculos más solicitados y aplaudidos del colegio.

Además, gracias a él nos libramos de unas cuantas, porque al padre Justiniano le daba miedo. Era superior a él. Si venía a por alguno de nosotros, Ricardito hacía su baile y el padre se alejaba a toda prisa murmurando latinajos y santiguándose con compulsión. Porque el padre estaba obsesionado con el demonio. Creía ver un anticristo en cada nuevo curso que pasaba por la rectoría, y aquel parecía que iba a ser el año del Quintanilla. Hasta que llegó diciembre y alguien tuvo la brillante idea de organizar un concurso de felicitaciones navideñas.

Yo siempre sacaba sobresaliente en dibujo, así que todo el mundo estuvo de acuerdo en que me encargara de representar a nuestra clase. Por la parte técnica no hubo problema, pero la teoría no la tenía yo tan clara, y al parecer mezclé liturgias contradictorias en mi recreación. El padre Justiniano casi se cae de culo cuando vio un Cristo supercachas y embadurnado en sangre clavado en su cruz bajo la leyenda «Feliz Navidad» profusamente adornada con hojas

de acebo y campanillas. Completaban la estampa dos legionarios romanos armados hasta los dientes, un burro y una vaca.

El padre sostenía que sustituir a la Virgen María y a San José por dos legionarios romanos era un síntoma inequívoco de posesión. El Cristo que se organizó (nunca mejor dicho) fue de aúpa. Llamaron a mi casa y hasta tuvo que venir mi padre para hablar con el director. Pegando la oreja a la puerta, escuché su rotunda voz con claridad:

—Lo que pasa es que ustedes los curas son todos unos meapilas.

Cuando salió me dio una colleja y estuvo llamándome «artista» y descojonándose de la risa hasta que se fue, no sin antes invitarme a una Fanta limón en el bar del colegio. Se lo conté a alguien en el patio y pronto se corrió la voz de que mi padre le había dado una paliza al director. Yo estaba orgullosísimo de mi viejo y, aunque sabía que me harían la vida imposible hasta que terminara el curso, encantado ante la perspectiva de abandonar aquel manicomio para siempre. Porque, efectivamente, fui oficialmente invitado a abandonar el centro. A conocer el mundo exterior. A respirar.

SUEÑA (POR MÍ)*

Un día sucede que hemos terminado. No lo celebramos ni nada. Simplemente nos desplomamos en la cama y dormimos, sin soñar, una eternidad. La pérdida tan dolorosa, el cúmulo de despropósitos, la infinidad de imprevistos. No es ni por asomo el disco ideal para estrenarse en una multi. Rezuma amargura por todos sus poros y el sonido es más rasposo que nunca. Duele. Ni siquiera los momentos más delicados se contemplan con dulzura, si exceptuamos «La carta que no…». Quizá por eso me sedujo la idea de rematarlo con una pieza acústica.

Enredando con la misma secuencia de acordes de «Las tornas» di con algo interesante. O puede que sucediera al revés, ya no lo recuerdo. Casi siempre hay dos canciones gemelas. Lo raro es que las dos superen el estado embrionario de maqueta, cuando lo habitual es que la más débil acabe fagocitada por la otra. Por lo demás, este espurio parentesco suele verse compensado por un carácter antagónico, y «Sueña (por mí)» no es ninguna excepción: su melodía es sorprendentemente dulce. Una guinda confitada para coronar la barra de mojama que es nuestro disco de la perra.

Y, de nuevo, el vacío dejado por Lalo. En esta ocasión su recuerdo está más estrechamente unido a nosotros. Es el Lalo de Los Enemigos, cuyo sueño compartimos y emprendimos juntos. Y es su fuerza la que se invoca en la canción. Una promesa que nos hacemos a nosotros mismos. A su memoria. Una cuestión de supervivencia. La de la banda y la de nuestra amistad. Es reconfortante reparar en que los dos únicos remansos de paz que

hay en *Tras el último no va nadie* están dedicados a nuestro añorado amigo.

~

Esos cachorros desesperados por seguir mamando y su famélica madre bien podían representarnos a nosotros tres y nuestro maltrecho sueño. Tengo la imagen en la cabeza desde que empezó la grabación, pero sé que es muy difícil conseguir una fotografía así. Javier Liñán, nuestro valedor en la nueva multinacional, me muestra la obra de Luis Baylón. Resulta que es amigo suyo y está dispuesto a encargarse de la portada. El ya para mí genial fotógrafo se presenta en la cafetería de Sonoland con una preciosa cartera de piel bajo el brazo y cara de haber enlazado unas cuantas noches toledanas.

Parece que nos entendemos bien, pero ya te digo que soy consciente de que mi idea es muy complicada de llevar a la práctica. Qué cojones, se lo voy a soltar. Puede que al menos sea un buen punto de partida. Según le voy contando lo que quiero, se le van abriendo los ojos. Casi se le salen de las órbitas cuando termino. O está a punto de mandarme al carajo o se ha metido una loncha del quince y le está subiendo en ese momento. Abre la cartera y me muestra una fotografía.

—¿Algo tal que así?

¡Es exactamente lo que tenía en mente! La ha tomado en la India unas semanas antes y tiene el original ahí mismo, guardado en su cartera. No damos crédito. Chocamos nuestras copas y quedamos para celebrarlo después por ahí, a nuestra manera.

Pero aún hay que sacarse de la manga la última entrega para GASA. Gracias a nuestra amistad con Carlos, podemos disponer del estudio como local de ensayo, para pasar inmediatamente después a grabar lo que vaya saliendo de allí. Otra cosa no sé, pero fresco va a estar de cojones, el material.

Para rematar el sindiós, Fino acepta el encargo de producir el primer disco de un nuevo grupo llamado Los Planetas. Menos mal que también se graba en Sonoland. Ya anda por allí cuando llegamos Chema y yo. De hecho, muchas veces se queda a dormir en el

estudio. Nuestro estado físico no es bueno: tanto disgusto y tanta tralla nos están pasando factura. Hay que levantar la moral como sea. Arriba esos corazones, hostia.

VI
SURSUM CORDA
(1994)

¡CÓMO ES![*]

El bar de Juanito estaba en mi barrio, al lado de la casa de mis padres, pero muy bien podría haber estado en el centro de Madrid, porque en él recalaban personajes muy interesantes y de amplia proyección. El mismísimo Paco de Lucía se pasaba por allí de vez en cuando, y Pedro Beltrán, un histórico de nuestro cine, era directamente parroquiano. Si pasaban más de dos días sin que apareciera Perico por el bar, Juanito y mi padre empezaban a preocuparse.

Fue allí donde escuché aquello de «*sursum corda*» por primera vez. Las tertulias empezaban por donde hiciera falta, pero casi siempre acababan derivando de alguna manera hacia el mundo de los toros. Casi todos eran gente versada en la materia, y Pedro Beltrán incluso llegó a escribir un diccionario de tauromaquia que se encargó de ilustrar Alonso Santiago, mi padre. Era una delicia contemplar a Perico mientras reproducía, paraguas y gabardina en ristre, este o aquel lance mientras explicaba sus dificultades a los allí presentes con el ágil castellano que brotaba de su voz grave e impostada.

Guardo todos estos recuerdos, que ya entonces parecían sacados de otra época, en un lugar muy especial de mi memoria. Fútbol y toros. El circo romano. Chistes malos. Era un tío con tan mala suerte que se fue a los toros y le dieron un balonazo.

~

Tras una conseguida intro instrumental cuyo origen se remonta a los tiempos de The Nativos, *Arriba los corazones* (estuve a esto de

traducir el latinajo para titular el disco) se abre con la historia de un fan enfermizo que se me ocurrió ojeando un revista de los años ochenta. «Cómo es» también le debe mucho al Rupert Pupkin de *El rey de la comedia* de Martin Scorsese. Casi podía ver a Robert De Niro dándole la brasa a Jerry Lewis (qué extraordinaria pareja) mientras la escribía. La industria del espectáculo y los trastornos mentales serán dos temas recurrentes a lo largo del disco y acabarán convergiendo a menudo. Tiene todo el sentido, considerando las circunstancias en las que se grabó.

La revista para fans va a servirnos para hablar un poco de cómo vivimos nosotros los años ochenta. Amplis de transistores, toneladas de *chorus* por todas partes y aquellos malditos *triggers*. Nefasto panorama para una banda de rock and roll que intenta dar sus primeros pasos. Los *triggers* eran una especie de sensores que se conectaban a los parches de la batería para que todos los golpes sonaran con la misma intensidad. A menudo me pregunto a qué clase de lumbrera se le ocurrió aquello. La percusión carecía por completo de matices. De hecho, todos los golpes eran el mismo golpe. Se programaba («pregrabar», se decía entonces) «uno bueno» y cuando la baqueta entraba en contacto con el parche se disparaba automáticamente el sonido, sin importar una mierda la intención del músico. Era delirante. Todo sonaba como un enorme culo frío, y nosotros, que nunca habíamos entrado en un estudio, no entendíamos por qué no conseguíamos sonar como en el local de ensayo. Más tarde comprendimos que la culpa era en gran parte de todos aquellos putos cacharros. Los estudios que se nos ponían a tiro funcionaban así y no había nada más que hablar. Lo único que se nos ocurría para remediarlo era subir el volumen de las guitarras, y con eso solo conseguíamos empeorar las cosas. Era frustrante de cojones intentar grabar un rock and roll en los años ochenta. Todo lo que aprendimos en nuestras primeras grabaciones lo tuvimos que desaprender después. Para otro tipo de bandas quizás tuviera sentido, pero para una banda de rock and roll como nosotros no valía una mierda. La idea de volver a grabar *Ferpectamente* en monoaural y *Un tío cabal* como es debido nos persigue desde hace cuarenta años.

También en las calles el cacao mental ochentero era de órdago. Punks, rockers, mods, skins, siniestros, nuevos románticos… solo faltaba la tuna. Cada tribu con su uniforme, su estilo musical, su credo político, su bebida favorita, sus drogas… Cualquier intento de desviación acababa a hostias. Cualquier encuentro casual por la calle acababa a hostias… ¡Todo acababa a hostia limpia, joder! Sale uno de su barrio buscando amplitud de miras y se encuentra con esto. A veces me preguntaba dónde estaba la música. Porque para la mayoría parecía solo una excusa.

Recuerdo un concierto en el pabellón del Real Madrid en el que Los Rebeldes abrían para los Ramones. Para mí y la mayoría de mis amigos se trataba de un gran cartel, pero unánimemente se tachó de incongruencia la idea (se suponía que Los Rebeldes eran *solo* para rockers y los Ramones *solo* para punks), y en los aledaños del pabellón la peña te preguntaba con gesto amenazante a quién ibas a ver, exactamente de la misma manera que hoy te preguntaría un ultra con qué equipo vas en un partido de fútbol. Carlos Segarra mantuvo un significativo diálogo con el público. Me encantó aquello.

—¿Os gusta Chuck Berry?

—¡¡¡Nooooo!!!

—Pues no sé qué hacéis en un concierto de los Ramones, chicos…

También se cuenta que Los Coyotes hacían una versión del «Rockaway Beach», pero se cuidaban de presentarla como un inédito de Eddie Cochran, ya que su público era mayoritariamente rocker. Por lo visto la treta colaba sin problemas. Qué absurdo era todo esto. O la cara que se le quedó a Ian Dury en el escenario del Rockódromo de la Casa de Campo cuando unos tipos respondieron a los primeros acordes de su «Spasticus Autisticus»… ¡con el saludo fascista! Acerqué un poco la oreja y alcancé a escuchar sus alaridos. Aquella panda de zangolotinos había confundido «*spasticus*» con «*svasticus*». Lamentable. Tampoco olvidaré nunca la lluvia de lapos con la que parte del público recibió a los Cramps en el Rock-Ola. Deprimente. Los que estábamos allí pasamos mucha vergüenza ajena mientras intentábamos que echaran de allí a aquella panda de mastuerzos.

La música era lo de menos. Siempre he tenido la sensación de que, a principios de los ochenta, el arte fue desplazado por su función social. Creo que eso fue lo que hizo de Malasaña un lugar tan especial para los amantes de la música popular. En aquellos bares se respiraba un eclecticismo que, desprovisto de zarandajas, nos dio mucho cuartel a un montón de desarraigados. La consigna era huir de toda aquella cerrazón de las tribus urbanas y devorar discos en paz. Así de simple.

AMIGOS DEL GNOMO*

Afortunadamente, los despropósitos pasaron y nuestro sonido se fue haciendo cada vez más orgánico y natural. Por otra parte, la polémica más encendida dentro de la escena musical en 1993 venía a cuento del idioma, y, por descontado, a nadie se le ocurría liarse a mamporros a su costa. Es verdad que había que andarse con ojo, porque Malasaña podía ser bastante violento. Fuimos testigos de verdaderas carnicerías entre bandas rivales. Pero generalmente se trataba de asuntos de drogas que nada tenían que ver con nosotros.

Mi generación venía curada de espanto. A finales de los setenta algunos nos llevamos más de una solfa de hostias solo por llevar el pelo largo. Pasear de esta guisa por según qué barrios de Madrid era jugársela, y, aunque tuvieras el sentido común de no frecuentarlos, se daba la circunstancia de que a los cachorros de Fuerza Nueva les encantaba bajar los domingos desde la plaza de Cascorro hasta Embajadores para, aprovechando la confusión general, reventar a cadenazos los tenderetes y algún que otro hueso de los pacíficos comerciantes que tenían parada en el Rastro. Aquellas avalanchas humanas Ribera de Curtidores abajo no acabaron en tragedia de puro milagro. Esta salvajada formaba parte de la vida cotidiana, y los bates de béisbol y las cachiporras estaban asumidos como algo normal los domingos por la mañana en el icónico mercadillo popular madrileño. Todos estábamos convencidos de estar asistiendo a los últimos coletazos del fascismo en este país, conque tampoco le dábamos mayor importancia. Qué equivocados estábamos. Pero regresemos a nuestras correrías por el barrio de Maravillas en los primeros años noventa y a la música que las animaba.

Ya en nuestros comienzos, la mayoría de las bandas englobadas dentro del revival garajero —o «Malasaña Sound»— optaron por expresarse en inglés. Por más que algunos periodistas se empeñaran en meternos en ese saco, nosotros nunca nos sentimos parte de él. Ahora, las nuevas hornadas de los noventa —la famosa generación indie— también parecían preferir el idioma de Shakespeare, y en el mundillo de la música la polémica volvía a estar a la orden del día. Sinceramente, por mí como si les hubiera dado por expresarse en sánscrito. Se ensalzaba el amateurismo y la espontaneidad. Vale, pero afina la guitarra, hostia. A menudo el resultado era tan desquiciante que uno se preguntaba si no lo hacían a propósito, simplemente por joder la marrana o reírse de la gente. Yo al menos llegué a preguntármelo alguna vez. Muchos de los que acabaron manejando los hilos del negocio de los macrofestivales empezaron montando grupetes de estos. Toma amateurismo. Toma espontaneidad. Me da que estos chicos son mejores contables que músicos. Ciertamente, los únicos que llegaron a gustarme de verdad fueron Surfin' Bichos y Vancouvers.

Sin embargo, lo que sí me tocaba de cerca era lo que sucedía en Malasaña, porque hacía ya tiempo que me había instalado allí. Dentro de aquel microcosmos —un pueblo, vaya— se estaba abriendo paso una corriente psicodélica realmente pintoresca. Las paredes del Agapo se inundaron de colores fluorescentes, geometrías caprichosas y estupenda música de los años sesenta.

No me tomé en serio a todos aquellos chavales —«niñodélicos», los llamábamos— hasta que probé sus cócteles lisérgicos de los domingos. Canela fina. Si no estaba en la carretera, me apuntaba a la fiesta. Fue una época breve pero realmente intensa. Medio Malasaña tripando como loco a ambos lados de las barras y mucho humano perdiéndose por las calles muerto de risa o de miedo. «Amigos del gnomo» surgió en este brumoso contexto, y su discurso está centrado en la eterna cuestión del billete de vuelta, que nunca sabe uno en qué bolsillo lo ha guardado después de una excursión por el otro lado. Vasos rotos, luces saturadas y truenos en super-8 blasfemando hasta el amanecer. Las paredes se expanden. O se contraen, no sé. No importa, nosotros hemos venido a sudar. Ahora

mismo vuelvo… ¿Cómo dices que te llamas? Pues vete preparando porque esta noche vas a ser mi vida entera. Tranqui, aquí no hace falta que respires. Eso es, no pasa nada. Despacio… ya lo vas cogiendo, ¿lo ves? Si tocas dos cosas al mismo tiempo te electrocutas y de paso escarmientas. El truco está en no soltar nunca la copa. Te lo digo yo. No cabía en el vaso, así que te la has tragado. Bien hecho, di que sí. Las bolas de billar están casi todas rellenas, pero hay que saber reconocer los numeritos y sus combinaciones de colores. Es un poco lioso, pero al final le coges el tranquillo. Mi favorita es la número 5, que es naranja pero sabe a espuma de limón. Yo siempre lo he sabido porque vivo en el suelo. Debajo de la cabina, con unos ingleses que no te puedes imaginar cómo roncan. ¿Entonces te vienes o qué? He vuelto a olvidar tu nombre. ¿Cómo dices que te llamas? Pues vete preparando porque esta noche vas a ser mi vida entera.

ZUMO DE KIWI*

Sacar adelante una banda de rock and roll era aún un acto de rebeldía, y el hecho de que algunos compañeros de profesión cedieran sus canciones y su imagen para spots publicitarios me tocaba los cojones de una manera, reconozcámoslo, un pelín exagerada y no exenta de postureo. El tema me indignaba hasta el punto de sentarme a escribir esta canción, que satiriza el fenómeno con saña.

Espera un momento. Rebobina. Para ahí, justo al principio. Eso es… Sacar adelante una banda de rock and roll era aún un acto de rebeldía… Bueno, yo sigo pensando que lo es. Naturalmente, esto implicaría que dedicarse a componer cualquier tipo de música popular o culta, escribir poemas, relatos cortos, novelas, ensayos, obras de teatro, guiones para cine, pintar cuadros, esculpir, hacer fotografías, dirigir películas, bailar, interpretar o abordar cualquier otra manera que se te ocurra de dedicar tus horas a la creación artística también pueda considerarse un acto de rebeldía.

Pero rebobinemos otra vez. Ahí, donde «la creación artística» y todas esas chorradas. Gracias. Porque sacar adelante un bar, un taller, una tienda de lo que sea, cuidar de un huerto o criar gorrinos… Todo eso, ahora que lo pienso, también puede ser una manera de rebelarse. ¿Y el hecho de sacar adelante una familia, acaso no lo es también? ¿Y optar por no hacerlo?… Pues sí, puede que sí. Intentando salir adelante en esta vida o quitándonos de en medio con resolución, puede que, en cierta manera, todos seamos rebeldes.

Vuelve a darle al botón, perdona la insistencia. Justo ahí, donde «puede que, en cierta manera, todos seamos rebeldes».

Y una mierda.

He vuelto a rebobinar y creo que no hace falta preguntarse el porqué de tanta conjetura ni el del uso exhaustivo del condicional que se viene dando en estas líneas. Sin embargo, allí al fondo hay uno que no para de hacerlo.

—A ver… ¿Por qué? ¿Eh?

Pues porque no importa a lo que te dediques. Y probablemente tus motivaciones, si es que las conservas, tampoco tengan un carajo que ver en el asunto. Así que hagas lo que hagas, te dediques a lo que te dediques y decidas lo que decidas ser, hazlo con mucho estilo. Por favor.

~

«Es como un pasillo cuyas puertas están conectadas por un hilo, y se trata de ajustarlo de manera que todas puedan abrirse independientemente sin que afecte a las demás», se puede leer en una entrevista que me hizo Alfred Crespo para *Ruta 66* (n.º 352, octubre 2017). ¡Ah, la secuenciación de las canciones de un álbum! A veces es un quebradero de cabeza de la hostia, y otras, sin embargo, es tan evidente que no da uno crédito.

Durante el transcurso de una de estas vueltas al *Sursum* reparo en una curiosa eventualidad. Si disponemos las canciones en un orden determinado, surge una historia con planteamiento, nudo y desenlace. Una especie de opereta casera con héroe incluido a quien llamaremos, dada la precariedad del folleto, sencillamente «el Chico».

Intro: «Rumble Mumble»

Capítulo 1- «¡Cómo es!»: El Chico flipa con los discos de sus bandas preferidas. Las idolatra. Es su etapa de fan empedernido.

Capítulo 2- «De pastel»: El Chico llega a la ciudad dispuesto a emular a sus ídolos.

Capítulo 3- «A la hera»: El Chico se divierte.
Capítulo 4- «Wonderland Records»: Llega el ansiado contrato.
Capítulo 5- «Zumo de kiwi»: El Chico reflexiona acerca del negocio.
Capítulo 6- «Odio a los nº 1»: La cosa no chuta.
Capítulo 7- «Amigos del gnomo»: El chico experimenta con sustancias peligrosas.
Capítulo 8- «Amor de madre»: Problemas mentales.
Capítulo 9- «Por qué no me vuelvo al pueblo»: El Chico decide no volver jamás a su villorrio natal y volver a intentarlo.
Outro: «Intro» (ejem)

¿Qué te esperabas? ¿El puto *Hamlet*? Vale que la trama es un poco simplona, pero eso es lo de menos porque… En fin, volvamos al condicional. Podríamos habernos sacado de la manga algo así como un disco conceptual y todo ese rollo. Adecuando la portada a la historieta e incluyendo un libreto apañao, y todo eso se le habría quitado ese estigma de disco menor con el que vino al mundo *Sursum corda*. Podría haber sido nuestro *Schoolboys in Disgrace* particular. Cada vez que lo escucho me gusta más, y a día de hoy sigue siendo uno de mis preferidos. Nunca lo sabremos, pero que quede aquí constancia de esta jugarreta del subconsciente y de lo que podría haber dado de sí este disco. Pobre *Sursum*.

ODIO A LOS Nº 1*

Por suerte, las comeduras de tarro de los indies eran menos dogmáticas que las de anteriores movidas, e incluso había quien nos consideraba precursores de la historia en nuestro país. Hasta nos habían metido, si bien tirando descaradamente de calzador, en algunas recopilaciones del «género».

Además, Fino tenía buena relación con ellos desde que produjo el primer larga duración de Los Planetas. Le molaba el rollo y empezó a dar forma al que sería su otro grupo, Clovis, con Cristina Plaza. Estaba entusiasmado con las nuevas bandas que salían cada cuarto de hora por doquier y procuraba dejarlo muy claro en las entrevistas. Poco a poco se fue convirtiendo en el vértice pop de Los Enemigos. A los demás nos gustaban algunas bandas y otras nos horrorizaban, pero básicamente seguíamos con nuestros gustos, tan dispares como siempre.

Por decirlo de una manera rápida y concisa, la cosa quedaba así: yo aportaría el pub rock, el rock and roll más clásico y cierta vena punk; Fino el pop alternativo y otro tantito de punk; Chema el pop rock adulto, y Manolo, que aunque no participó en esta grabación nos seguía acompañando en los directos, el hard y algún devaneo prog. Sin embargo, formábamos un buen equipo y conseguimos hacer de nuestras divergencias una de nuestras más fiables señas de identidad. Es a esto a lo que me refiero cuando digo que Los Enemigos somos una banda realmente improbable.

~

Me gustaban mucho la mayoría de las bandas que habían surgido en Seattle, sobre todo Young Fresh Fellows, pero prefería las del interior de los States que acabábamos de descubrir, aunque en realidad eran más o menos contemporáneas nuestras: Hüsker Dü, The Replacements, Minutemen. En todo esto coincidía con Fino, si bien un servidor, cuando quería caña de la buena, seguía alternando a Little Richard con los Stooges.

Todas estas bandas guiris, además de los sempiternos Stranglers, están detrás de «Odio a los nº 1», que es básicamente una oda a la frustración y la oscuridad que amenazaba con hacernos desaparecer. Efectivamente, parecía bastante claro que ninguna canción de *Tras el último*… sería un éxito y que a *Sursum* no le iba a hacer caso ni el tato. Tal vez si hubiéramos… Olvídalo de una vez, anda.

El eco de Ilegales y Commando 9mm también está más que presente en esta canción, y su título evoca las listas de éxitos, que en nuestro país siempre han sido especialmente grotescas.

Donde sí nos citaban a menudo era en las listas de «lo mejor del año» de las revistas especializadas. Había listas para todos los gustos, y a veces los resultados eran delirantes. No solo elegían el mejor disco, banda o canción; también estaban las modalidades de mejor cantante, guitarrista, bajista, batería, teclista y productor del año. En el 88 o el 89 me eligieron Mejor Guitarrista del Año en una de ellas. Me quedé de piedra, y ya me lo estaba empezando a creer cuando leí que el segundo era Enrique Sierra de Radio Futura y el tercero… ¡Paco de Lucía! Hubiera preferido mil veces no salir en la lista que salir así, y me tiré una temporada aterrado ante la posibilidad de que a este señor le picara la curiosidad y me diera un toque para tocar algo juntos. Aunque, nunca se sabe, a lo mejor habría salido algo guapo de ahí. Más tarde, cuando conocí al bueno de Kike, me comentó que le había pasado exactamente lo mismo, y nos echamos unas buenas risas a cuento de aquello.

Enrique Sierra era una persona absolutamente adorable. Su estilo como guitarrista y sus arreglos eran realmente únicos y personales, tremendamente efectivos. Echo mucho de menos su mirada limpia y escrutadora cuando me lo encontraba por ahí (siempre estaba en los sitios clave) y sus desternillantes anécdotas sobre ignotas bandas de

rock, cacharros que no funcionan, compras compulsivas o coches deportivos. Un abrazo fuerte allí donde te encuentres, compadre.

WONDERLAND RECORDS*

En el siglo xx era inconcebible una promoción en condiciones sin contar con la tele. Un plató de televisión venía a ser una dimensión paralela, un universo singular sujeto a una lógica especialmente difícil de aceptar para un cantante. Necesitaba un par de copas o tres antes de grabar un playback. La mejor manera de superar aquella puesta al día de tu sentido del ridículo era dedicarse a hacer el ganso, pero enseguida te dabas cuenta de que con determinadas canciones resultaba del todo improcedente. Y aquellas esperas tan largas. A menudo nuestro turno me pillaba ya del revés y no podía hacer otra cosa que ponerme unas gafas oscuras y procurar mantenerme en pie. Hasta parecía que me lo estaba tomando en serio, tan tieso y estirao.

En 1985 no éramos aún conscientes, pero Los Enemigos habíamos nacido encajonados entre dos épocas, y en ese sentido nuestro debut en la caja tonta tuvo algo de premonitorio: la primera televisión donde grabamos fue también la última en la que cobramos. De hecho, fue una de las últimas veces en las que se cobró por actuar en Prado del Rey. Nos dieron treinta mil pesetas. Y eso que no nos conocía ni su puta madre. Aquel episodio tuvo su miguilla.

Llamaron a Artemio para hacerle una revisión médica y, considerando que estaba restablecido de la hepatitis, lo reincorporaron de inmediato a filas para que terminara de cumplir el servicio militar tras más de medio año de baja. Así como se oye. Por eso decía al principio que tuvo que hacer la mili dos veces. Le destinaron en el tristemente famoso Cerro Muriano, en la provincia

de Córdoba, y tengo que decir que se lo tomó con una filosofía de la hostia. Yo en su lugar me hubiera hundido en la miseria o habría matado a alguien. En cualquier caso, no era ajeno a los estragos que el servicio militar causaba entre las bandas de rock y me puse manos a la obra inmediatamente. Tenía una fe inquebrantable en Los Enemigos (no olvidemos que aún no habíamos grabado más que alguna maquetilla) y estaba seguro de que antes o después acabaríamos funcionando. Con mayor o menor solvencia, pero funcionando.

Luis Martín, el inasequible al desaliento líder de los Lobos Negros, me recomendó a un tal Joaquín para sustituir a Artemio temporalmente. Como Roberto no iba a poder ensayar con nosotros, decidí acercarme a Talavera de la Reina para conocer a nuestro hombre y enseñarle las canciones. Resultó ser todo un personaje. Además de la batería, tocaba el violín y era primer clarinetista en la orquesta municipal. Estaba estudiando armonía y vivía con seis o siete perros en un piso del casco antiguo que solo frecuentábamos para dormir. Nos pasábamos el día en el local de los Lobos Negros repasando el repertorio y matando el hambre y el frío a base de pan con chorizo y vino peleón. Por la noche caminábamos sin rumbo por el pueblo hasta que el coñac más barato que había en la bodega surtía su efecto y nos íbamos a sobar. Espronceda, se llamaba aquel brebaje infernal.

En cinco o seis días lo tuvimos todo listo, y fue entonces cuando me preguntó por la gira. Le expliqué que aún no éramos nadie y que como mucho podíamos esperar que nos saliera algún bolo que otro por Madrid o alrededores, pero que pronto grabaríamos para el programa de Carlos Tena, que se llamaba *A uan ba buluba balam bambú*. Se puso supercontento. Salir por televisión era todo un acontecimiento entonces.

Cuando llegó a sus oídos que Artemio andaría de permiso por aquellos días, Joaquín se puso nervioso. Ya les había contado a sus amistades que iba a salir por la tele, y me aseguró muy serio que, en lo que a él respectaba, no había vuelta atrás y pensaba sentarse a la batería en la grabación nos pusiéramos como nos pusiéramos. Le aseguré que Artemio no era un tío al que se le cayeran los anillos

y que saldría airoso agarrado a una escoba si hacía falta. Dicho y hecho. Artemio se acabó marcando unos pasos de baile antológicos agarrado a una bandurria que encontró por allí, como puede aún verse en YouTube.

Nos bebimos una de las últimas botellas de whisky que se trasegaron abierta y gratuitamente en los platós de Prado del Rey. Mientras dábamos buena cuenta de ella recibí un primer fogonazo de lo que iba a suponer para todos nosotros el fin de siglo. Carlos Tena me contó que tenía serios problemas con la dirección y que no creía que fuera a durar mucho en TVE. Supuse que el asunto tenía que ver con los contenidos, pero me corrigió muy enfáticamente, manifestando que los contenidos no le importaban ya una mierda a nadie y que las broncas venían a cuento de que gastaba demasiado poco. También me aseguró que la siguiente entrevista la pensaba hacer en Tokio, solo para hacer gasto, y que en cuanto pudiese se largaba de esta mierda de país. Consideré aquella información como un anticipo de lo que se nos venía encima: nada menos que el final de una era. Así y todo, no era cuestión de echarse atrás. Acababa de cumplir veinte años, lo había apostado todo a una carta y me moría de ganas de salir a rockear por ahí.

Después de aquello hicimos un montón de playbacks más. Salimos en unos cuantos matinales para señoras, aguantamos con estoicismo entrevistas absurdas, soportamos a un estúpido DJ que no era capaz de presentarnos correctamente (nos confundió sucesivamente con Los Rebeldes, Ilegales y Los Negativos), actuamos en especiales de verano (antológico el que compartimos tras varias noches sin dormir con Juanito Valderrama y Tijeritas en la piscina de un hotel de lujo en La Manga del Mar Menor) y nos convertimos en asiduos del fantástico *Plastic* de Tinet Rubira, David Bagès y Marisol Galdón. También aparecimos varias veces en *Rockopop* y en *Música sí*. Siempre en playback y bien cargados de copas. No fue hasta bien entrados los noventa cuando pudimos mostrar nuestro trabajo en directo, gracias a las iniciativas de La2, Sol Música, Canal Plus, Radio 3, las cadenas autonómicas o el estupendo *Séptimo de Caballería* de Miguel Bosé, entre otros.

~

Es sabido que el rock and roll se nutre de almas impresionables, y no cabe la menor duda de que la mía lo era. Ese aire fresco cargado de fuerza e imaginación me atrajo desde muy chinorrín. Como a tantos otros chavales de mi generación, me fascinaba todo lo que oliera a rock, y no tardé en cambiar los *Mortadelos* por el *Vibraciones* y otras revistas del ramo, que devoraba extasiado.

Era extraordinariamente ingenuo, me lo creía todo. Que yo recuerde, siempre he soñado con colgarme una guitarra eléctrica y tocar en un grupo. Mientras llegaba ese día, me fui apañando con la española de mi padre (él tocaba y cantaba con mucha gracia y una dinámica a prueba de bombas). Un librito con canciones de los Beatles en cifrado que me trajeron los Reyes me inició en los misterios más básicos de la composición. Antes de terminarlo ya había escrito algunas canciones horribles, y pronto me encontré dedicándoles todo mi tiempo libre, en vista de lo cual mis padres consintieron en apuntarme a unas clases. Las impartía un señor que vivía por la zona de Huertas y que era un excelente maestro, si bien padecía un alcoholismo bastante avanzado y con frecuencia su magisterio resultaba incomprensible. Le cogí cariño, y creo que él también me lo cogió a mí. Mi padre decidió que abandonara sus clases después de ojear el delirante cuaderno en el que el maestro apuntaba las lecciones. No se entendía un carajo. Pobre viejo profesor, qué habrá sido de él.

Sin embargo, en cinco o seis clases me enseñó lo suficiente como para acabar encargándome de amenizar las fumadas con mis amigos. Porque eso es lo que hacíamos entonces los chavales por la calle. Así nos relacionábamos y hacíamos amistades por ahí. Quien tenía compartía, y un enano tocando la guitarra como un poseso siempre atraía gente. Simplemente saludaban, se sentaban con nosotros y sacaban lo que tuvieran para fumar. Ese era el ritual. A mí me sorprendía que no se aburrieran —yo aún ni siquiera cantaba, no me atrevía a hacerlo delante de nadie— y que incluso me pidieran que siguiera tocando. Fue cuando reparé en ello que empecé a fantasear con dedicarme a esto. Además, a las chicas les encantaba.

No solía sacarle provecho: a mi enfermiza timidez se le sumaba el hecho de que al dar por terminado el repertorio ya estuvieran todos dándose el lote. Esa era la imagen más frecuente que captaban mis pupilas tras el último acorde. Entonces recogía mi guitarra y me largaba de allí entendiendo un poco mejor por qué insistían tanto en que llevara la guitarra conmigo a todas partes. A veces tenía un poco más de suerte y había un par de ojillos brillantes esperándome, pero eso solo sucedía muy de vez en cuando. Me fui haciendo una idea del principal rol social que está destinado a desempeñar un músico, que no es otro que el de facilitar las cosas.

Me gustaba y, bueno, se me daba bastante bien. Era como una esponja. La melodía que conduce «Wonderland Records» me vino a la cabeza a los dieciséis o diecisiete años, inmediatamente después de escuchar el *My Aim Is True* de Elvis Costello, el *Repeat When Necessary* de Dave Edmunds y el inconmensurable *Seconds of Pleasure* de Rockpile, que me prestaron a la vez y cambiaron para siempre mi forma de entender la música. Vaya trío de ases. Me vino de perlas tres lustros más tarde para darle forma a la canción que siempre quise escribir sobre las maquiavélicas promesas que uno escucha antes de firmar su primer contrato discográfico.

POR QUÉ NO ME VUELVO AL PUEBLO*

No tardé en encontrar un compañero para mis aventuras musicales. Debíamos de rondar los catorce años, aunque Juanma era un poco mayor que yo y tocaba mucho mejor. También componía, y sus temas tenían bastante más coherencia que los míos, que a su lado no pasaban de ser ideas sueltas y bosquejos sin apenas estructura. Aprendí mucho tocando con él, así que puede decirse que fue mi segundo maestro. Salíamos por ahí con nuestras guitarras españolas y ofrecíamos nuestra música a quien quisiera escucharla. Era una buena manera de hacer amigos, y a veces se apuntaban al sarao otros guitarristas callejeros, con los que intercambiábamos ideas y risas. Las composiciones de Juanma eran muy personales y muy poco o nada rockeras. Nuestro terreno estaba más cerca del folk instrumental que de cualquier otra cosa. Muy sencillo todo, pero muy efectivo también.

Él iba trenzando melodías con su guitarra mientras yo las armonizaba con la mía (bueno, la de mi padre) como buenamente podía, o me limitaba a seguir sus indicaciones, siempre más eficaces que mis ocurrencias. Llegamos a bautizar nuestro dúo con el nombre de «¡Flops!», y pasamos infinidad de horas tocando juntos por el puro placer de hacerlo. Claro que nos imaginábamos de vez en cuando actuando en escenarios, pero nunca urdimos planes ni dimos paso alguno para que aquellas fugaces fantasías se hicieran realidad. Simplemente disfrutábamos. Después de un par de años o así nuestros caminos se separaron. Él se centró en la ciencia, su otra

gran pasión, y yo me dejé arrastrar por la irresistible fuerza magnética que ejercía sobre mi enana persona la escucha compulsiva de discos como *Rock n Roll Animal* de Lou Reed, *Horses* de Patti Smith o el sempiterno *Fun House* de mis adorados Stooges.

Estuve tocando en algunas bandas e intentando componer alguna canción decente cuando, ya con Los Enemigos en marcha, di como quien no quiere la cosa con mi tercer maestro. Alguien me comentó que en el barrio de Lavapiés contrataban gente para transportar pianos, y me pasé por allí para ver si me cogían. Resultó ser una academia de música, y sin pensármelo dos veces le pregunté al director si sería posible cobrar parte de mi sueldo en clases. A Ignacio le hizo gracia la cosa y le debí caer bien, porque me ofreció además un puesto de secretario. La verdad es que congeniamos enseguida, era como si nos conociéramos de toda la vida. Esas cosas pasan muy pocas veces, pero pasan. Básicamente se trataba de abrir el chiringo por las mañanas, despertar al profesor y estar pendiente del teléfono hasta la hora de comer. Cuando salía un porte había que cerrar o dejar a alguien encargado del local, porque la cuadrilla la formábamos todo el personal disponible, director y profesores incluidos.

Me encantaba aquello. Además de las clases, la venta de instrumentos y los repartos, el local albergaba el fabuloso Club de Amigos de la Tuba. Los maestros arreglaban piezas clásicas de todo tipo para ser interpretadas hasta por diez tubas. Solo tubas. No se parecía a nada que hubiera escuchado antes. Aquella música parecía venir de otro mundo, y me sumía en una especie de éxtasis incorpóreo. Era todo un espectáculo ver sudar la gota gorda a los maestros, sentados en círculo mientras soplaban y soplaban hasta ponerse coloradotes a través de aquellos enormes, misteriosos y relucientes artilugios.

Me presentaba allí a las nueve con una Coca-Cola y un cruasán. Revisaba el contestador y la agenda mientras Iuliu engullía su peculiar desayuno y, sin más dilación, comenzaba la clase. Mi espigado y pálido maestro, que vivía allí mismo, pertenecía a la etnia húngara de Transilvania, y su método de enseñanza no tenía nada que ver con lo que estamos acostumbrados por aquí.

Antes de enseñarme a reconocer las notas en el pentagrama me tuvo más de tres meses ejercitando lo que él llamaba «pulssión interrna» (su acento y su aspecto eran exactamente los que uno esperaría de un nativo de Transilvania), que no era otra cosa que la interiorización natural del sentido del compás. Me tiré horas y horas leyendo exclusivamente notación rítmica: tá-ta-tatatá, tatatá-tá, y así. La segunda parte de la clase la dedicábamos a educar mi maltrecho oído, para lo que me pedía que siguiera con la voz las líneas de bajo de las piezas de Bach que interpretaba al piano, anticipándome si mi intuición me lo permitía a la siguiente nota antes de que sonara. Si eras capaz de relajar tu mente y dejarte llevar, resolvías el ejercicio con una fluidez sorprendente. Después de eso incorporó a mi entrenamiento el estudio de los intervalos. Tocaba dos notas al piano y yo tenía que reconocer al instante el intervalo que las relacionaba. Me grabó una cinta con cientos de ellos para que practicara en casa o donde fuera. Aquello no tenía nada que ver con las plomizas lecciones de solfeo que asociamos aquí con los estudios musicales. Al contrario, era realmente divertido y gratificante. Podías sentir claramente cómo la música entraba poco a poco en ti y pasaba a formar parte de tu organismo. Literalmente. Yo estaba entusiasmado y firmemente decidido a convertirme en un músico «serio».

Pero en 1988 las tensas relaciones entre Rumanía y Hungría, cuyos conflictos incluían la soberanía sobre la tierra natal de Iuliu, se volvieron insostenibles, y el maestro decidió volver a casa junto a su mujer y su hijo antes de que la cosa estallara del todo. Seguimos por la prensa los acontecimientos que precipitaron la caída de Ceaucescu, y el tiempo fue pasando mientras esperábamos alguna noticia de él que nunca llegó.

O si lo hizo, no llegué a enterarme. Porque aquello coincidió con todos los problemas que tuvimos antes de entrar a grabar *Un tío cabal*, y me tuve que desvincular de aquel pequeño universo durante una buena temporada. Cuando por fin terminamos la grabación, me acerqué un día a ver cómo iban las cosas y me llevé un disgusto tremendo al descubrir que la academia ya no seguía allí. El bar de al lado donde solíamos tomar los carajillos también había cerrado. Ese

mismo bar era frecuentado por los maestros de la orquesta de RTVE cuando ensayaban en el Teatro Monumental de la plaza de Antón Martín. Sus hazañas alcohólicas me tenían estupefacto. Se retaban entre ellos a ver quién bebía más sin meter luego la gamba. Y ojo, que un fallo en una orquesta de estas equivale al despido. Entré en un bar cualquiera y me tomé un par de copas a la salud de Iuliu e Ignacio. Fue algo así como mi despedida de la música culta, a la que solo he vuelto a acercarme como aficionado. Porque, si bien al principio necesitaba una buena cantidad de alcohol corriendo por mis venas para meterme en faena (si no, escuchar música clásica me producía mayormente somnolencia), lo cierto es que acabé por cogerle el gusto, y ya nadie podrá arrebatarme nunca el placer de dejarme impregnar de Bach, Schubert, Debussy, Mahler o Stravinski. Aunque siga sin entender un carajo de lo que sale por los altavoces.

~

Mi barrio, con la Casa de Campo a un lado y los pinares que rodeaban la Pradera de San Isidro al otro, se parecía bastante a un pueblo, y en cuanto me trasladé al centro eché de menos el silencio y los árboles. Siempre quise largarme al rural, pero era necesario un temperamento más sociable que el que yo tenía entonces para que te fuera bien por allí. Un tipo que se pasa el día apuntando cosas en una libreta o encerrado en casa tocando «la guitarrita» enseguida levanta suspicacias. Normal. Creo que me hubiera ido mejor si simplemente me hubiera preocupado de definir mi perfil con más nitidez. De hecho, allí es lo único que importa. Por estrambótico que sea. No es una cuestión de prejuicios. La gente del campo no suele tenerlos, y a nadie le importa si eres transexual o vas de ciberpunk por la vida. Puedes ir vestido de tirolés todo el año si quieres, pero tienes que ser claro. Lo que no se acepta es la ambigüedad. Una comunidad reducida no puede permitírsela, es demasiado frágil. Has de ser transparente respecto a tus intenciones y a tu identidad, porque es muy probable que en cualquier momento haya que arrimar el hombro. Parece bastante más sensato que esa tolerancia de la que tanto se alardea en las ciudades y que en el fondo no es

otra cosa que pánico al vecino. Una vez leí en el periódico que a un tipo le dio un infarto en los soportales de Moncloa y nadie le hizo ni puto caso hasta que no le quedó más remedio que palmarla allí mismo. Eran las tres de la tarde.

En cualquier caso, no me habría podido permitir vivir mucho tiempo tan lejos del local de ensayo, porque Los Enemigos ensayábamos dos o tres veces por semana. Y también es verdad que, en todas las aproximaciones al rural que llevé a cabo durante mis años mozos, pude constatar que antes de acabar de instalarme ya echaba de menos las juergas nocturnas por Malasaña.

Ah, las noches de Madrid, hervidero del underground patrio, siempre dispuesto a mimetizarse con el último grito que llegue del extranjero. Eso sí que era una paletada de cojones. Los principales importadores de tendencias en la capital ya no eran, como reza el tópico sobre la Movida, las ovejas negras de las familias bien que podían permitirse viajar a Londres. Las buenas nuevas pasaron a ser predicadas por recién llegados que, dando por hecho que en un entorno urbano todo el mundo está a la última, se habían informado a conciencia para no parecer demasiado garrulos al aterrizar en él. Los que se venían al Foro con los deberes hechos, vaya. El tiro les solía salir por la culata, porque el madrileño medio no suele sentirse atraído por la sofisticación ni los vaivenes de la moda. A nosotros lo que nos gusta es desayunar porras, cruzar semáforos en rojo y charlar con desconocidos. La cosa tenía gracia porque, cuanto más a la última lucía un palmito, más evidente resultaba que era de pueblo.

Nada nuevo en realidad, porque, según lo veo, la cosa ha funcionado así desde el principio de los tiempos. El grito primordial del rock and roll proviene mayormente de la caída a los abismos del campesinado, convertido, a medida que medraba la burguesía, en la escoria de Europa y de África. De la ira de blancos y negros que, engañados, raptados o deportados, se vieron obligados a cruzar el Atlántico en condiciones deplorables —y esto ha venido siendo así hasta bien entrado el siglo XX— para terminar vendidos como esclavos o condenados a vivir asfixiados por las deudas y el albur del mercado libre.

El ritmo que marcó nuestras vidas se hizo adulto (¿se adulteró?) al asentarse en las grandes ciudades después de la Segunda Guerra Mundial, pero la llama que lo alumbró llevaba siglos chisporroteando en el epicentro de la frustración incrustada en millones de almas olvidadas en diminutas aldeas. En la energía comprimida dentro de la maleta de un chaval que un día se juró a sí mismo marcharse para no volver jamás al pueblo.

A LA HERA*

Pasamos por delante del Marcelino, del Agapo, del Flamingo, y me pregunto qué ha pasado con los buenos tiempos. Cuánto echo de menos los chistes malos, el sexo y los riffs de Wilko Johnson. ¿Dónde estarán las guitarras que he vendido? ¿Qué será de Artemio? ¿Por qué tuvo que torcerse tanto todo? Creía que me llevaban a la comisaría de la calle de la Luna, pero no hacemos más que dar vueltas por el barrio. Nunca había estado dentro de un coche de la Policía. No sé por qué me acuerdo de mi hermano Dogo y de nuestras escaramuzas por las Tres Mil de Sevilla. Ya sé por qué: *Ansia*, el primer disco de Dogo y los Mercenarios. Pero además de la ansiedad ya se me viene encima lo otro. Me invaden escalofríos y sudo como un cerdo. Un moco líquido se empeña en mudarse de mis napias a la pernera del pantalón. Primeros retortijones y un fuerte calambre en las pantorrillas. Ya tenía síntomas antes de pillar, y no me ha dado tiempo ni a catarlo, así que parece claro que me voy a tragar a Maguila el Gorila enterito y a pelo en comisaría. Y de repente, humo. Lo que faltaba. Ese olor. No me puedo creer que este par de hijos de puta se estén fumando mi mandanga. Protesto airadamente varias veces y consigo que me caigan dos hostias antes de que me dejen en la misma esquina en la que unos tres cuartos de hora antes me habían «detenido». Calle de la Palma con Santa Lucía. Necesito cagar. Necesito pasta. Necesito llorar. Esto debe de ser el blues.

~

Han colocado un panel verde con ruedas entre mi cama y la del tipo sin nariz ni labio superior, mi primer compañero de habitación, de cuyo nombre no he podido enterarme porque parece que el herpes es consciente de la precariedad de sus defensas y le ha robado también la palabra. Los tubos y la máscara de oxígeno me impiden mover el cuello, así que solo puedo mirarlo de reojo y, no sin espanto, distinguir su despoblada dentadura, sus pálidas encías y sus fosas nasales al descubierto. El rezumar de vete a saber qué humores en su tráquea desnuda me ha ido marcando el compás en estas primeras e interminables horas de hospital. Siempre he odiado tocar con claqueta y, aunque sé lo que significa que por fin haya parado, agradezco el silencio. Vaya si lo hago.

La cama de mi derecha, ahora vacía, luce impoluta y dispuesta para acoger a su siguiente inquilino cuando vuelvo a mirar. Podrían tener la delicadeza de llevarse el panel, pero enseguida comprendo que su uso no es ocasional. Al contrario, seguirá ahí plegado, verde y plata sobre el blanco de la pared, hasta que me den el alta o —pito pito gorgorito— lo vuelvan a interponer entre mi cama y la del desgraciado que venga a ocupar la otra. Una enfermera translúcida y esmerilada empapa un trozo de gasa en agua y sonríe mientras me humedece la boca con él. Gracias, gracias, gracias. Tráeme un cigarrillo la próxima vez.

Durante un mono especialmente chungo, un vómito bilioso había deshidratado casi por completo mi organismo, y, a falta de fluidos con los que trabajar, mi riñón izquierdo decidió posponer su cometido hasta nueva orden, propiciando que el flujo sanguíneo se infestara de orina sin filtrar. Desconozco el porqué, pero no me permitieron ingerir líquidos mientras intentaban rehidratarme a base de suero intravenoso. Debe de ser espantoso morir de sed. Me administraron casi cincuenta bolsas de glucosalino hasta que por fin salió un chorrito de orina renegrida por la sonda que tenía instalada allí donde te dije. El riñón entendió que seguía en nómina y decidió volver al tajo. *Happy end*.

Pero el karma va y existe. El mono es lo de menos (una semana haciendo de niña de *El exorcista* y listo), llevo ya unos cuantos pasados. Lo peor viene después. El néctar de las amapolas blancas

no solo lo pagas en salud, dinero y amor. Si osas romper el contrato, también tendrás que devolverle uno a uno todos los servicios prestados, y con intereses. Llevan su tiempo, estas transacciones. Las nítidas ensoñaciones que campaban a sus anchas por los prados de tu imaginación son sustituidas por una estúpida pantalla en blanco que tardará meses en volver a ser capaz de reflejar alguna imagen. El dulce abrazo de Morfeo te abandona y te deja sumido en una ansiedad que amenaza con convertirse en crónica y un insomnio pertinaz que te va a estar torturando durante al menos medio año. La euforia proporcionada por la convicción de poseer un secreto esotérico es reemplazada por la certeza de no ser más que un cretino que ha tirado por la borda cinco años de su vida. De leerte cuatro o cinco libros a la semana pasas de golpe y porrazo a tirarte una noche entera intentando descifrar media página de Dickens. Tu habilidad como músico se esfuma y te asaltan serias dudas acerca de su regreso. De dios inmortal y omnipotente a la vulnerabilidad personificada en apenas treinta días.

Y la amnesia. Me he pateado a conciencia los cerros de Úbeda durante estos dos últimos capítulos, pero el cantazo a laguna mental sigue impregnándolos por los cuatro costados. Aunque no es menos cierto que nos ha dado pie a hablar sobre un montón de cosas. No ha estado mal, pero la verdad es que no recuerdo casi nada de la grabación de estos dos discos. Porque la amnesia también actúa a tiempo real: cuando escuché las mezclas de «A la hera», flipé como un pepino con el solo de saxo, así que pregunté. Por lo visto no solo lo quise así, sino que incluso di alguna que otra indicación a Mr. Manolo Morales (el mismo maestro de «Nadie me quiere») mientras grabábamos el tema con Fino y Chema en Sonoland. No recordaba haber vuelto a ver al amigo Morales desde los días de *La vida mata*.

Cómo no iba echar de menos los viejos tiempos, con toda aquella mierda encima. Quería que volvieran. Disfrutar de los conciertos. Echar de la furgoneta a ese chimpancé sudado que se me sentaba siempre encima en el viaje de vuelta. Comer. Follar. Hablar con la gente. Solo eso.

Supongo que el ripianblús de «A la hera» venía a responder de manera inconsciente a esa urgencia. No desentonaría nada en el

Ferpectamente. Tiene un swing de la hostia, y la letra me recordaba que no hacía tanto tiempo me las apañaba con muy poco para sacarle jugo a la vida. Sin embargo, era muy consciente de que si quería reencontrarme con el rock and roll iba a tener que hacerlo mirando hacia adelante, no hacia atrás. Y para eso no me iba a quedar más remedio que (re)aprender antes a no tener que mirarme los zapatos para mantener el equilibrio.

VII
HERMANA AMNESIA/ POR LA SOMBRA
(1995)

HERMANA AMNESIA*

Jugamos al frontón, al baloncesto, vamos a nadar, a remar o, si no hay presupuesto, simplemente a pasear por el parque y jugar al tute. En el Centro de Ayuda al Drogodependiente de la Comunidad de Madrid soportamos miles de charlas y aprendemos los rudimentos de algunos oficios. Visionamos cincuenta millones de veces *Días de vino y rosas*. Es una buena película, pero la odio desde el primer día, y sigo odiando cada uno de sus fotogramas. Otra vez no, por favor.

Se trataba básicamente de mantenerte ocupado. Enseguida te das cuenta de que debes aprender a mirarte a ti mismo desde una cierta distancia. Y lo que ves no mola nada: eres un pardillo y has caído en la trampa. Odiarás este traspiés toda tu vida. Nada que objetar, por cierto, a los trapicheros y narcotraficantes. He sido un imbécil, eso es todo.

La topografía era estrictamente respetada. Controles constantes delimitaban las líneas rojas. La orina limpia de drogas estaba muy cotizada por los alrededores del centro. Se trataba de llenarte la boca con un buchito y echarla al frasco mientras te dabas la vuelta para hacer como que meabas. Estamos fabricados a base de contradicciones. A mí nunca me hizo falta el truco, entre otras cosas porque enseguida descubrí que el análisis no detectaba el alcohol. Con unos pocos tragos conseguía tener los nervios aceptablemente templados. A veces bebía colonia —o cualquier cosa que llevara alcohol— rebajada con agua o lo que fuera.

Entrábamos al centro muy temprano por la mañana y nos tirábamos allí hasta la hora de comer. Después, el que tuviera familia

se iba a su casa y el que no, a un piso de acogida. Del reloj al calendario y del calendario al reloj. Gota a gota. Bienvenido a la fase lenta.

~

Me costó volver a tocar la guitarra. Me faltaba agilidad y confianza. La acariciaba durante horas sin saber qué hacer con ella. Era frustrante de cojones. Solo escribí una canción en todo aquel tiempo, que fue con la que me presenté en el local cuando por fin volvimos a ensayar. «Hermana amnesia» es una canción desesperada que podía dar bastante de sí en manos de Los Enemigos y que iba no tanto de mis lagunas mentales como de la cada vez más acuciante necesidad de que me dejaran en paz. Que se olvidaran de mí un rato. Porque el verdadero peaje es tu intimidad. Esa puerta eternamente abierta. No es a mi amnesia, es a la vuestra a la que imploro.

Pero estamos de acuerdo en que esto es mejor que ir a la guerra, ¿no? Y están los tumores, las leucemias, malformaciones de todo tipo. No tengo nada de eso. Mi sistema inmunológico carbura. Y el hígado no está jodido del todo. Es un puto milagro, pero sigue funcionando. No sería justo quejarse, ¿no? Parálisis, cegueras, esquizofrenias. Tampoco tengo ninguna de esas movidas.

Y, sobre todo, tengo mis canciones. Me gusta escribirlas, grabarlas y sacarlas de paseo por ahí. Y encima vivo de ello. Hay gente por aquí que no tiene siquiera un trabajo que odiar. Horizonte cero. ¿Qué van a hacer cuando salgan? De hecho, la mayoría vienen para solucionar asuntos pendientes en los juzgados y no tiene ningún problema en volver a engancharse al salir de aquí. Hay un neonazi adicto a la heroína. Le recetaron opiáceos para tratarse de no sé qué mierdas y ya no supo salir. Se la chuta en las ingles o entre los dedos porque si lo pillan, sus colegas lo matan. Me contó que en más de una ocasión había salido a apalear yonquis por ahí. Él mismo se consideraba un mierda sin derecho a vivir. Decía que no tenía arrestos para suicidarse, pero que hasta que los tuviera pensaba seguir contribuyendo a limpiar España de parásitos. Su perorata era

escalofriante. Medía casi dos metros. Se le hinchaba la yugular y se liaba a hostias con la silla para acto seguido romper a llorar desconsoladamente. Supongo que acabaría internado en un sanatorio o colgado de una viga. No sé, joder. Se nos va la olla con drogas, se nos va la olla sin drogas… Tengo miedo de volverme loco.

POR LA SOMBRA*

Fino y Chema me esperaban inquietos y expectantes. Todo estaba preparado, solo tuve que enchufar mi guitarra y plantarme frente al micro. Nunca olvidaré la acogida que me dispensaron mis compañeros en el local de ensayo. Natural, sin estridencias, como si nos hubiéramos visto ayer mismo. Exactamente como la había soñado tantas veces. Si me llegan a llenar el local de farolillos de colores o a sacar una tarta hubiera salido echando hostias de allí. Pero eso ya lo saben. Nos conocemos a la perfección. El recibimiento fue impecable. Nunca lo olvidaré. Mil gracias, hermanos.

~

En un par de semanas le habíamos cogido el tranquillo a la cosa y decidimos irnos al campo a grabar un disco. Teníamos algunas versiones que habíamos machacado en el local, el «Hermana amnesia» y una canción de Fino que aún no tenía letra cuando llegamos al caserío que habíamos alquilado a las afueras de Oiartzun (Guipúzcoa), cuyo salón principal utilizamos para ensayar antes de meternos en los estudios IZ y rematar la faena. No era mucho, pero pensamos que un diez pulgadas sería suficiente para celebrar el reencuentro y dejar constancia de que habíamos vuelto. Pero sobre todo, necesitábamos saciarnos. Porque teníamos muchas ganas de todo.

Terminé la letra para la canción de Fino la noche antes de grabarla. «Por la sombra» es cruel y tan real como el vértigo que sentía entonces. Una nueva era se abría delante de mis narices, y eso iba a acarrear cambios drásticos, aunque mis radares detectaran

el peligro. Sabía que podía acabar volviéndome a quemar de una manera u otra, porque la ansiedad me superaba y no me veía capaz de afrontarla con prudencia. Necesitaba acción. Que no me veía yendo por la sombra, vaya. Quedó estupendísima y aún hoy sigue siendo habitual en nuestro repertorio.

De entre las versiones, sorprendían dos por encima de las otras, que eran más obvias. Se me ocurrió intentarlo con el «Waterloo» de ABBA porque, que yo recuerde, es una de las pocas canciones que me marcaron antes de cumplir los diez años. Otras serían «A Hard Day's Night» de los Beatles o «Un beso y una flor» de Nino Bravo, que me volvía loco. Sobre todo aquello de «es ligero equipaje para tan largo viaje», que berreaba a pleno pulmón a la que se descuidaban en casa…

Solíamos reunirnos por la noche alrededor del televisor, como todas las familias españolas, para ver el *Un, dos, tres… responda otra vez*, el futbol o, qué sé yo, *El equipo A*, que me encantaba. El festival de Eurovisión era un clásico anual por derecho propio. Aquella guitarra plateada (de colores aún no quería saber nada nuestra tele) en forma de estrella que lucía el «sin barbas» de ABBA se me quedó grabada a fuego en la sesera. Si alguien tiene una que levante la mano, que se la compro.

Me jodió cumplir diez años más de lo que me jodería después cumplir cuarenta. Recuerdo irme a la cama pensando que ya no volvería a tener edades de una sola cifra. Nunca me ha atraído la idea de hacerme adulto, y toda la vida me la he pasado pensando que menos mal que existen el sexo y los Kinks.

«This Angry Silence» la propuso Fino, que ya por aquel entonces citaba a grupos que ni a Chema ni a mí nos sonaban de nada. Esta era de Television Personalities y, tras una primera escucha, no nos hizo mucha gracia, aunque poco a poco nos fuimos dando cuenta de que estaba escrita con criterio. Además, me enamoré de la letra en cuanto la leí. Me atraía aquella sordidez tan de barrio que retrata Dan Treacey, y realmente me veía cantándola. Empleándonos a fondo en el local conseguimos meterle músculo y llevarla a nuestro terreno. Cuando una canción es buena, me gusta decir que tiene «buena percha», porque la puedes vestir como te dé la gana. La

producción y los arreglos no importan tanto. Es buena y no hay más que hablar.

Esmeraldas, caquis, oliváceos, cetrinos, turquesas… Desde aquí arriba, sentado en la venerable mesa de piedra que preside el jardín del caserío, se domina un universo majestuoso que contemplo con la misma avidez con la que devoramos la interminable lista de manjares con que nos agasajan nuestros amigos vascos el día de nuestra vuelta a Madrid. Risas, camaradería. Una vida real. Por fin.

VIII
GAS
(1996)

ALEGRÍA*

Volvemos al tajo eufóricos, pletóricos, bárbaros, lisérgicos… Yo no sé, nos tiramos todo el día haciendo el tonto. Cualquiera que nos vea pensará que nos ha dado un siroco. Lo que no podrá decir nadie es que no estamos en forma. Ensayamos casi a diario, a destajo y por el puro placer de hacerlo. Las ideas se me agolpan en el cerebro, que ha decidido volver a la carga, incansable y sin cuartel.

No paro de tocar en casa y siempre me planto en el local con riffs y melodías nuevas, que desarrollamos a todo trapo entre los tres. Salgo todas las noches, en parte porque sí, porque necesito hacerlo, y en parte porque el piso se me ha quedado grande ahora que Marisa ya no vive aquí. Supongo que cuando se acaba una etapa uno no puede hacer gran cosa al respecto.

Necesito libertad para arañarle al tiempo los años que me ha robado la heroína. Lo llamo dolor de casa, pero es puro instinto animal. Necesito acción, velocidad y todo el sexo del mundo. No es cuestión de pararse a filosofar. Solo estoy en casa por las tardes para esbozar canciones. Y por las mañanas quizás duermo un ratito.

~

Hicimos algunos bolos por ahí en formación de trío para presentar el diez pulgadas y nos dimos cuenta de que nos faltaba Manolo. Coincidimos con él en un minifestival (él andaba con Def con Dos, creo) y aproveché para tirarle los tejos poco más o menos en los mismos términos que lo hiciera siete años antes, después de grabar *La vida mata*. Parece que le convencí para que se pasara por el local un ratillo. Seguramente Chema y Fino hicieron lo propio también por

su lado, no lo sé. El caso es que vino, le gustó lo que vio y se quedó ahí en una esquina, casi sin atreverse a intervenir. Porque íbamos a un ritmo infernal. Que si cambiamos esta parte, que si añadimos un puente, que si esta la empieza Chema, que si esto, que si lo otro… Nos entendemos a la perfección, y las ideas que traigo se transforman en canciones a un ritmo frenético y a borbotones. Vamos como una moto (no como tres motos, esto es más bien una de triple cilindrada, si es que eso existe), y supongo que, ante aquel aluvión, Manolítez decide mantenerse al margen para contemplar el espectáculo y digerirlo todo. Solo cuando damos provisionalmente por terminado un tema sube el volumen de su Les Paul y entra al trapo. Esto suena cada vez mejor.

Tenía aquel riff desde hacía tiempo, aunque no sabía muy bien qué hacer con él hasta que, sin venir a cuento, lo solté y Chema diseñó un patrón de batería acojonante para él. Cuando empezamos a tocar todos juntos, me decidí a cantar encima acerca de mi nula vocación de padre. Puede que sintiera algo parecido al deseo de reproducirme poco después de cumplir la veintena, pero la carretera primero y las drogas después me lo quitaron de encima de un plumazo, y por lo visto para siempre. Las nefastas expectativas de futuro en cuanto a la habitabilidad del planeta terminaron de despejar la incógnita. Nada de críos. Mi relación con ellos es muy desconcertante, supongo que como la de cualquiera que no haya experimentado la paternidad. Además, todo ese rollo de los espermatozoides que salen de los cojones de tu padre para disputar la final de los cien metros mariposa por el chichi de tu madre… Me da la risa floja con solo pensarlo. Es de locos, joder. Si fui yo quien ganó aquella carrera no quiero ni imaginarme al resto de participantes. Debió de ser digno de los Monty Python. Que no quiero saber nada, coño. Cuando las criaturas vociferantes llaman a mi puerta en Halloween, les doy caramelos Fisherman’s Friend de los fuertes para que no vuelvan. No quiero críos por aquí. Según van entrando en la adolescencia pasan de ser insoportables a directamente cretinos. Aunque yo no tengo mucho problema con eso, porque también puedo ser bastante capullo. Me suelo llevar bien con los *teenagers*, tenemos un cristo parecido en la cabeza.

Todos son actores contratados para ponerme a prueba. Estoy a un paso de descubrir el secreto mundial de todo. Nada importa porque el fin del mundo tendrá lugar pasado mañana. Nadie me entiende. No paro de lanzar señales, pero nadie las capta… No es fácil vivir en una montaña rusa. No hay nada más frágil en este planeta que un mozalbete enamorado. En mi opinión, cualquier músico de rock que se precie haría bien en no permitirse superar la adolescencia hasta bien entrada la cincuentena. Si es que llega tan lejos, claro está.

DENTRO*

No hay manera de sacarnos el desván del caserío de la cabeza. Piedra, madera, espacio… Aquello suena de puta madre, y la idea de centrar la grabación de nuestro inminente próximo disco en él revolotea cual mosca cojonera por el local de ensayo. Llamamos a Carlos Martos para proponerle la marcianada y, para nuestra sorpresa y alborozo, se apunta. Después de medir minuciosamente las habitaciones del caserío, concluimos que el proyecto es viable. La idea es ensayar en el desván y luego grabar las canciones según las vayamos terminando. A la brava, sin maquetas ni nada. El principal escollo es que hay que introducir la mesa de mezclas a través de un pequeño balcón con una excavadora o una pluma o como se llame ese cacharro tan grande. Un movidón de la hostia. A los dueños del caserío no parece importarles demasiado. Es más, parecen disfrutar del espectáculo. Pero algo hemos debido de medir mal, porque nada más llegar nos cargamos el balcón con la mesa. Y los dueños, descojonaos de la risa. Esto es como el pueblo de Astérix. La cosa promete.

Me tengo que contentar con ver los destrozos por vídeo —nuestro amigo Álex Calvo-Sotelo se apunta cámara en ristre para rodar todo lo rodable— porque me quedo unos días más en Madrid para terminar de vaciar el piso. Las cosas que no tiro ni regalo las dejo repartidas entre casas de amigos. Los maullidos de Wayne mientras lo dejo con su otra dueña me parten el corazón. Adiós, mi pequeño y dulce Virgilio.

~

Somos conscientes de que se trata de un disco crucial, algo así como nuestra vuelta al mundo de los vivos. Sin embargo, evitamos comentarlo. Algo nos dice que es mejor así. Las ganas de pasarlo bien han devorado cualquier atisbo de responsabilidad. No dejar en ningún momento de lado la diversión resulta ser la fórmula perfecta para trabajar a destajo. Simplemente tiene que ser divertido, por muy precaria o delicada que sea nuestra situación. Así es el rock and roll, tienes que olvidarte de todo. Las canciones molan, ¿no? Pues ya está. A pasarlo bien, hostia.

El cambio de aires me viene de maravilla. Estos bosques me han devuelto el gusto de caminar por el simple placer de hacerlo. No le encontraba sentido a dar un paseo desde que salí del centro de rehabilitación. Eso de caminar sin rumbo me hacía sentirme bastante estúpido. Incluso llegué a cogerle respeto, porque reparé en que los pies me llevaban solos a los puntos habituales de avituallamiento. Peligro. Stop. Quietorl.

Sin embargo, aquí en el monte el asunto es muy otro. Bajo el impredecible cielo del norte, los aromas y los colores del campo me van sorprendiendo con sus transformaciones mientras mi visión se hace a los caminos, en los que se exhiben riachuelos y bestezuelas. Rocco, el perro de Manolo, se apunta casi siempre a la excursión, y llegamos a conocer bastante bien aquellos parajes, mi cuadrúpedo amigo y yo.

«Dentro» era un medio tiempo tirando a balada que tenía Chema por ahí, y en cuanto lo soltó, aún en el local de Madrid, Fino y yo pisamos el acelerador al mismo tiempo. Funcionaba de cojones. No tardé en adjudicarle este trabalenguas de velada pero potente carga sexual a cuento de la fobia al compromiso que todos hemos sentido alguna vez. Ha llegado al caserío ya cocinada, lista para ser grabada y con muchas papeletas para convertirse en el primer single de nuestro nuevo disco, aún sin bautizar.

ESTA MAÑANA HE VUELTO AL BARRIO*

El recién instalado portero automático de mi casa sonaba exactamente igual que el claxon de un motocarro. A mi madre le llevó tiempo acostumbrarse. Entre que se recuperaba del susto y recogía del suelo sus cosas, tardaba bastante en ir a cogerlo. Así que solía hacerlo yo.

—Tío, tu padre es militar, ¿no? Tiene el fusco en casa, ¿no? Tío… ¿Por qué no te lo bajas, tío?

—Tiene dos. Una Lüger y un treinta y ocho. ¿Cuál cojo?

—Tío, yo que sé. El que más acojone, ¿no, tío?

Julito era mi vecino e íbamos al mismo instituto. Era incapaz de estarse quieto, y en el barrio habían empezado a llamarle el Culebro. Pero para mí seguía siendo Julito, aunque fuera un curso mayor que yo.

Mi padre, que trabajaba como cartografista para el Ejército y sobrellevaba con discreción un grado de alférez del que más que renegar se avergonzaba, había cometido una Nochebuena la imprudencia de mostrarme dónde guardaba sus armas reglamentarias. «Por si un día pasa algo», me dijo con achispada melancolía. Me sobrestimó o me subestimó, según se mire. Palpando detrás del tercer cajón di con el treinta y ocho, comprobé el cargador y salí zumbando.

El Julito llevaba un zurrón que le colgaba hasta las rodillas y estaba hablando con Carmelo el Biela, uno del barrio que se había quedado cojo de polio y al que Julito respetaba por encima de todo.

Cruzó la calle cagando leches nada más verme. Al Julito le habían atropellado ya tres veces.

—Tío… ¿Lo tienes, tío?

—Claro. ¿Qué llevas ahí?

—Tío, te lo cuento por el camino, tío. ¿Está cargao, tío?

Casi todo lo que decía el Julito empezaba y terminaba con la palabra «tío». Paramos en el monumento a fumarnos un canuto. El monumento era un rectángulo de conglomerado bastante grande con una leyenda que decía no sé qué del generalísimo, con el escudo de España grabado en una esquina y todo ese rollo del yugo y las flechas en la otra. Nos gustaba porque detrás de él los vecinos no podían vernos y porque tenía escalones para sentarse. A veces había hostias por aquella mierda de sitio.

—Tío… le he echado el ojo encima a una farmacia que es que pone nuestro nombre en la puerta, tío.

Julito abrió el zurrón y procedió a ordenar su contenido sobre el poyete del monumento. Expuso con primor tres servilletas de cuadros sucias, tres gafas de sol con monturas de plástico fosforito y una cuerda bastante larga y gastada. Se puso unas gafas verdes y se cubrió la cara con una servilleta.

—Eh, tío, dame el fusco, tío… ¡Ya verás que sí!

—Pareces un teleñeco enmonao, colega. ¡Quítate eso, coño, que nos van a ver!

—Tío, yo no sé tú, pero yo estoy hasta los huevos de hacer el pringao vendiendo sangre, tío. Un día vamos a quedarnos secos, tío. Si queremos hacer algo tenemos que echarle cojones, ¿no, tío? Hay que jugársela y punto, tío.

La única fuente de ingresos de que disponíamos era nuestra sangre. En el ambulatorio podías venderla a mil pesetas el litro, y, aunque te daban un bocadillo de chopped, salía uno de allí como borracho. De vez en cuando nos cortaban el rollo unas maris con batas blancas que nos pedían el carné, pero por norma general nadie preguntaba nada. Luego con el sida y eso se nos jodió el rollo, pero entonces podías ir hasta que te salieran ojeras. Si tenías ojeras ya sí que no te cogían.

Había tres disfraces de teleñeco porque Julito había quedado al lado de la farmacia con el Pichinglis, que era uno del instituto muy canijo que llevaba los pantalones pesqueros y estaba todo el rato peinándose con un cepillo enorme y tarareando canciones ininteligibles. El Pichinglis estaba obsesionado con Elvis Presley, y de ahí no lo sacaba nadie. Casi nunca abría la boca para hablar y le bullían por la sesera unas inercias que le aturdían y que, por lo visto, le venían de familia. Era majo y eso, pero a mí no me gustaba la idea de llevarlo a esta movida porque daba mucho el cante con esas pintas. Como no le salía de los cojones deshacerse el tupé, decidimos por dos votos contra uno que se quedara fuera por si hacía falta dar el agua.

El Julito se lo había currado, porque la farmacia era practicable incluso para nuestro muy arcaico aparato logístico. Justo enfrente había un paso de peatones que cruzaba la avenida de Portugal e iba a parar a la Casa de Campo. Una vez allí, gloria.

—¿Y la cuerda para qué es?

—Tío, no tenéis ni puta idea, tío. Dame el fusco. Cuando salgamos de ahí tenemos que ganar tiempo, tío. Porque, tío, no vas a decir «buenas tardes, que ustedes lo pasen bien» y pirarte, tío. Tienes que ganar tiempo para ir a tu bola y no dar el cante. Se lo oí decir el otro día al Biela. Tío, hay que escuchar a los que saben, tío. ¿Sabes cómo te digo?

—Si lo dice el Biela… El Biela chana… ¿Pero, entonces, la cuerda?

—¡Tío, para atarlas, tío!, ¡para atarlas, hostia! Tío, dentro hay dos churris. Si en el mostrador solo hay una es que la otra está dentro, tío. La sacamos, las atamos, lo cogemos todo y nos piramos. Cagando leches, pero tranquis. Tío, tú dale la vuelta al cartelito de la puerta y déjame a mí, tío. ¿Me quieres dar el fusco de una puta vez?

—El fusco es mío y lo llevo yo.

—Vale, tío. No dejes de apuntarlas. A tomar por culo, tío. No sé… Viva la república… ¿no, tío?… ¡Segundos fuera!

Las chicas estaban haciendo crucigramas o algo así cuando irrumpimos en la farmacia. Tenía que sujetarme la servilleta en la cara con una mano y, como tenía el fusco en la otra, estaba preguntándome cómo cojones darle la vuelta al cartelito sin soltar

ninguna de las dos cosas cuando el Julito soltó un berrido que hasta yo me asusté. Las dos chavalas decidieron dejar de reírse al unísono cuando tiré la servilleta al suelo y apunté al mostrador con el fusco. A tomar por culo todo.

—¡Las pelas de la caja, los bustaids, las dexedrinas, los maxibamatos, las centraminas, los mililís, el Buprex, los Valium, el sosegón y las perduretas!… ¡Y las gominolas! ¡Cagando hostias, que se enfada mi compadre, tío!

—¡Y el Tilitrate —me apresuré a añadir, abriendo una novedosa perspectiva sobre mi condición de apuntador. El fusco empezó a temblarme entre las manos.

—Eso es, tío… ¡Y el Tilitrate! ¡Pero ya!

La cuerda no había dios que la cortara con los dientes, así que atamos a las chavalas espalda con espalda y les pusimos las servilletas enrolladas en la boca. Total, ya nos habían visto el careto. Para dar un último golpe de efecto, me cargué la vitrina a patadas mientras improvisaba una blasfemia. Al Julito le entró la risa floja. Metimos todo en el zurrón y un suspiro más tarde estábamos los tres en la Casa de Campo, contemplando nuestro flamante botín.

Había un montón de pirulas y dieciséis mil pesetas, que, aunque no eran gran cosa, tenían una pinta estupenda sobre aquel pedrusco iluminado por el penúltimo sol del día.

El Pichinglis terminó de peinarse y, sin decir ni mu, sacó el fusco del zurrón y se lanzó a por un abuelo que pasaba por allí. Lejos de amedrentarse, el buen señor aprovechó la ocasión para cantarle las cuarenta a la desagradecida juventud de la época, representada mayormente en la figura del Pichis, quien no salía de su estupefacción mientras esquivaba los golpes de garrota con los que el viejo subrayaba sus argumentos. Nuestro aspirante a Elvis desistió y dejó allí al abuelo sermoneando a una encina.

—¿Estás colgao o qué? Que el marrón de la pipa me lo como yo, chaval… ¡Trae para acá, hostia!

El Pichinglis se rio, luego lloró un rato, volvió a reír y, finalmente, se me quedó mirando desafiante con su sonrisa torcida.

—Tío… se te está fermentando el cerebro con la brillantina esa, tío. De verdad te lo digo. Tío… Vámonos de aquí pero ya.

El Julito nos llevó a casa del Mamalú a tomar unas birras, a ver si allí se nos aclaraban las ideas. El Mamalú era el único negro del instituto (por no decir del barrio) y vivía muy cerca de allí con su hermana mayor, de cuya exuberante salud me acordaba yo una media de dos o tres veces al día. Aparte de ver a su hermana en camisón, lo que más me gustaba de ir a casa del Mamalú eran las fotos de familia que tenían en la pared. La mejor era una de un jovenzuelo en taparrabos posando con una lanza en la mano y un escudo en la otra delante de la fábrica de chocolates Elgorriaga. Me contó que era su abuelo materno de chinorri. Su familia era guineana, muy respetada en su pueblo, y habían mandado aquí a los hijos pequeños para que estudiaran y eso. El Mamalú llevaba seis años en el instituto y todavía estaba en tercero.

Otra cosa buena que tenía era que no se drogaba, aunque le gustaba bastante pimplar. Ni siquiera fumaba, con que prácticamente no tenía gastos. Sin embargo, le encantaba ver cómo nos poníamos del revés. Se descojonaba de la risa y siempre nos decía:

—Es mejor mi borrachera de hombres. ¿No lo veis?

Así se nos fue la tarde, entre pirulas de colores, cervezas y whisky del bueno que sacó nuestro amigo. Hasta el Pichinglis salió de su habitual oscuridad y parecía relajado. Hicimos un montón de planes para aquellas dieciséis mil pesetas, y ya nos veíamos repartiendo el pescao por el barrio cuando a la hermana del Mamalú le dio un siroco y nos echó a la calle a todos, hermano incluido.

Fiel a su costumbre, el Pichi se abrió prescindiendo del más mínimo protocolo, tarareando con la boca torcida y haciendo eses. El Mamalú se despatarró en un banco y se quedó frito. Hacía ya rato que la noche había caído sobre el barrio y no se veía un alma por la calle. Julito se incorporó de un salto y me dio un abrazo tan grande que nos caímos los dos al suelo.

—Tío… hemos estao de puta madre, tío. Lo hemos hecho, ¿eh, tío? Ahora nos vamos pal quelo y guardamos los marrones. Pal quelo del tirón, tío, ¿me oyes, tío? Mañana te cuento en el insti.

También fiel a su costumbre, cruzó la calle sin mirar y se perdió entre toneladas de ladrillo y cristal. Me sentía bien con el fusco en

los huevos y deseé con vehemencia que alguien intentase darme el palo. Se iba a enterar. Empujado por las anfetas, fantaseaba con la escena cuando sentí en la cara el impacto de una hostia. Era el Biela, que salía de la nada para quitarme el fusco y acribillarme a tiros con él. O eso fue lo primero que pensé.

—¿Lo ves, mierda seca? Ni me has visto venir.

—Joder, Carmelo, vaya hostia me acabas de dar, me cago en Dios.

—¡A Dios tú lo que le tienes que dar son las gracias! ¡Y a la Virgen! Porque no he hablado con tu viejo todavía, que es lo que voy a hacer si no me escuchas, ¿estamos?

Carmelo el Biela habría tenido una estatura normal de no ser por la polio. Sin embargo, de su torso de levantador de pesas colgaban con displicencia un par de piernas escuchimizadas y chuchurridas. Aquel gladiador campeaba contra el mundo sobre dos muletas plateadas y unas minúsculas botas que, más que apoyarse en el suelo, eran zarandeadas sobre él. El Biela tenía veintipocos años y ya había estado en prisión dos veces.

Julito siempre decía que si Carmelo el Biela era el único del barrio al que se le respetaba el nombre de pila en el mote por algo tenía que ser.

—¿Duele? Pues me alegro, porque quiero que te acuerdes de esta media hostia toda tu vida. Zumbaos, que estáis todos zumbaos, joder. Tendrías que verte la cara, chaval. Os metéis la primera mierda que encontráis en la basura. Pero no voy a hablarte de eso ahora. De hecho, esta va a ser la última vez que hablemos tú y yo. Más te vale así. Te vengo observando desde hace tiempo y hasta hoy pensaba que eras listo. ¿Es que te has vuelto chalao de repente o qué coño te pasa? Sé que vas bien en el instituto y sin embargo los demás no se meten contigo. Pero no vas a poder jugar a dos bandas mucho tiempo sin mojarte. Nadie puede. Te estás acercando demasiado al río, enano… ¡La pipa de tu padre!… No te jode, el chaval. Si es que te daba otra hostia…

—Pero el Julito dice que…

—¡El Julito no sabe una mierda! ¡Es un ignorante, coño! Y aprenderá lo que tenga que aprender y lo hará a hostia limpia, seguro. Pero tú no tienes por qué hacerlo, so julái. Tú sales de esta

mierda con la punta del nabo. ¿No ves la suerte que tienes, atontao? Te estás buscando una causa, y como la encuentres ya sí que no sales de esta mierda. Escúchame bien. Cuando terminéis el trapi, el Julito te da tu parte, te lo gastas con alguna churri que te guste y no hay más que hablar. Se acabó. Solo te queda medio año de instituto. ¿Es que no lo ves? Terminas y te vas de aquí. No seas capullo y hazme caso, enano. Como ves, estoy siendo legal. Ahora te toca a ti.

—Pero es que yo no quiero irme del barrio, Carmelo, yo…

—A ti te gusta el barrio porque aún no le perteneces.

Aquella frase me taladró el cerebro, y todavía hoy, cuando vuelvo por allí, puedo sentirla incrustada en él. Siempre me sucede que no veo el barrio de ahora, veo el barrio de cuando tenía dieciséis años. No he vuelto a saber nada de Carmelo el Biela. Me dio unas palmadas en el careto y después pude escuchar el chirriar de sus muletas un buen rato mientras intentaba ordenar mi cabeza en el portal de casa. Por descontado, nunca llegué a ver mi parte.

El Julito cayó preso, y cuando salió decidió celebrarlo por vía intravenosa. Lo encontraron congelado en uno de los columpios que pusieron cuando tiraron el monumento. Aún puedo verlo cruzando la calle, contando calderilla entre bocinazos y chirriar de frenos.

Al que sí suelo encontrarme es al Pichinglis. Tal y como pronosticó el Julito, la brillantina y las anfetas terminaron por hacerle fosfatina el cerebro y deambula como un alma en pena por el barrio desde hace la tira de años. Ayuda a las maris con el carrito de la compra en las escaleras del mercado y a veces me pide para un café. A mí se me ponen los pelos de punta porque, desde que se murió el Julito, el Pichinglis habla como si fuera él.

—Tío… ¿Me das para un café, tío?

A veces intento darle un empujoncillo para ver si así ata algún cabo, porque yo creo que me conoce, aunque no acierta a recordar de qué. No suele darse por aludido, ni mucho menos dar las gracias. Pero esta mañana he probado a llamarlo por su nombre de pila y he notado un brillo distinto en su mirada. Juraría que ha reconocido algo al verme.

—Toma, Paulino. Y vete por la sombra, que sin el tupé va a darte una insolación o algo…

—Tío… ¿Me oyes, tío?

—Claro, hombre. No voy a oírte…

—Tío… ¿Cómo se dice, tío?… ¿Qué está pasando?

Insistí con su nombre de pila, a ver si pasaba algo.

—Paulino, tío, soy yo… ¿Te acuerdas de mí? ¿Y del Julito? ¡Paulino, coño, el instituto!

Parecía a punto de reaccionar, pero el timbre de su voz era el del Julito. Y hablaba como él. Tenía la misma mirada. Coño, que era el Julito dentro del Pichinglis. Estaba considerando si darle un abrazo o una hostia, que para el caso tanto iba a darnos, cuando aquel remoto brillo desapareció de su mirada. El Pichinglis se dio la vuelta y echó a caminar en dirección contraria. De repente paró en seco, se dio la vuelta y en un plisplás me estaba agarrando por la solapa. Me miró directamente a los ojos por segunda vez en su vida. El brillo había vuelto, podía verlo claramente. Y entonces, como si le fuera la vida en ello, me soltó:

—Tío… ¿Me lo tomo con leche, tío?

ESTÁS (CUANDO TE VAS)*

Ni título provisional ni nada, estamos grabando «nuestro nuevo primer disco». Es una descripción bastante exacta. Nos sentimos bendecidos por las mismas fuerzas que impregnaban las sesiones de *La vida mata*, si bien en esta ocasión con los bosques, el cielo, la luna y las estrellas en lugar del polígono industrial y las autopistas.

No tenemos drogas a mano, aunque disponemos de todo el alcohol que queramos y las comidas son poco menos que sacramentales. Yo aprovecho más la primera contingencia y me encargo personalmente de que no falte nunca cerveza tostada y un estupendo whisky canadiense que está de oferta en el hipermercado. El vino es cosa de Jon, cocinero profesional que se ocupa de los fogones y ayuda a administrar la logística del caserío a su hermano Alberto, que es un hombre de negocios nato y una persona cordial donde las haya. Nos tratan como a reyes, y poco a poco vamos fraguando una sincera amistad que contribuye de manera determinante a mantener en su punto la euforia que traemos puesta, a modo de mono de trabajo, desde Madrid.

A veces tenemos que ahuecar el ala y nos acercamos a tomarla a Oiartzun, Hondarribia o Rentería porque han organizado una cena o algún evento ocasional en el caserío. Aparte de eso, también tienen parada habitual personajes peculiares, como el hombre-cama, que se pasea por allí con su pijama de seda a cualquier hora. A mí, que paso más de una noche en vela revisando las letras o simplemente deambulando, me pega unos sustos del carajo cada vez que me lo encuentro.

Con quien sí llego a hacer amiganza de la buena es con Carmelo. Se ha criado en orfanatos y lo tienen allí un poco de chico para todo. Le gustan los bares semivacíos como a mí, pasear por el monte y sacarle punta a todo con tal de echar unas risas. Conectamos enseguida, y con frecuencia me enseña rutas chulas para caminar y baretos de abuelos en los que poder echar un trago tranquilo. Pasamos muy buenos ratos y fraguamos una bonita amistad. También hago buenas migas con un pastor que se pasa de vez en cuando por allí para que las ovejas sieguen el prado y de paso merienden, con un tío que cría ocas y con otro que fuma rohipnoles en papel de plata y que no sé qué carajos hace por allí.

En el bar del pueblo enseguida estrechamos lazos con los camareros y la parroquia en general. Allí mismo, en la barra, hace su enésima aparición en mi vida Ojo Rural, que es el superhéroe que se nos aparece a los de ciudad cada vez que pasamos más de una semana en el campo. Ojo Rural lo ve todo, lo sabe todo sobre ti, y su cometido es proteger la naturaleza de la estulticia de los urbanitas, que somos sus archienemigos. Suele adoptar forma de hortelano, pastor o tabernero y subraya sus argumentos con sutiles golpes de garrota y estratégicos ajustes de boina. De esta guisa me hace saber que la próxima vez que me dé por examinar un apero de trabajo, vuelva a dejarlo exactamente donde lo haya encontrado y no unos metros más allá, ya que, por rústicas que le parezcan a mis entendederas, todas las herramientas sirven para algo y, como las lindes entre las fincas no están visiblemente señalizadas a los ojos de un forastero, no es cuestión de andar provocando pleitos por un azadón de madera que, efectivamente, me había llamado la atención durante mi paseo matinal con Rocco. Y nosotros que pensábamos que no nos veía nadie…

~

Y en cuestiones de mujeres, ¿cómo te trata la vida? Pues ni rastro de ellas, Clodomiro. Ya decía yo que el caserío tiene algo de barco mercante. Alguna esperada visita que otra cae, pero se me hace tan breve que enseguida sufro una especie de efecto rebote.

La señales eran evidentes desde que llegamos y, si bien al principio decido no seguir el juego, ahora veo claramente que ha llegado el momento. La enésima encarnación de Venus procede de ultramar y trabaja en el caserío poniendo orden y todo eso. Embrujado otra vez, si es que no tengo remedio. Tanto tráfico de gente por allí dificulta una barbaridad la ascensión a los cielos, y durante un tiempo aquello se convierte en una tortura. Esos días quedan reflejados en «Estás (cuando te vas)», una canción de amor con todas las letras. Quién se lo iba a decir a nuestro flamante y decididamente cañero nuevo primer disco.

REAL*

La informatización fiscal acabó de un plumazo con nuestro estilo de vida, y Hacienda se cargó aproximadamente la mitad del rock and roll que corría por nuestras venas. La otra mitad sigue mereciendo la pena, pero sentí en mis carnes la llegada de la era digital como una lluvia tóxica. Nunca compartí el entusiasmo generalizado por los ordenadores, y mi enconado rechazo a hacerme con un teléfono móvil me hizo sentirme viejo por primera vez en la vida. Siempre he desconfiado del exceso de asepsia, y ahora se está materializando ante mis ojos como una amenaza muy seria. Nos la estábamos jugando, y era hora de plegarse ante la evidencia. Aquello de ser jóvenes, felices e indocumentados que decía García Márquez tocaba a su fin.

Sin embargo, a la hora del vermú olvidaba estas disquisiciones y volvía a enfrascarme en la espiral hedonista en la que andaba metido. Fino, Chema y la gente de Attraction se encargaron de todo lo referente a la creación y puesta en marcha de nuestra sociedad limitada, de manera parecida a como se había gestionado hacía menos de un año Alkilo Discos, nuestra discográfica. En la oficina iban bien las cosas y nos llevábamos de maravilla. Paco López y Cristina Candil se sumaban de vez en cuando al desenfreno del caserío mientras se ultimaban los detalles de nuestra inminente incorporación al sistema.

~

Siempre he tenido la sensación de que soy, como poco, dos. Claro que el otro debe sentir lo mismo respecto a mí, y nunca va a estar

claro quién es el original y quién la copia. Porque no somos exactamente iguales. A veces tengo ganas de salir y el otro prefiere quedarse en casa con mi parienta. ¿O ahora es *su* parienta? ¿Debería decir *nuestra* parienta?… A propósito, cuando vuelvas y los pilles in fraganti, ¿qué piensas hacer? Porque si aunque saludes con educación te ignoran, es posible que ya ni siquiera existas. Liarse a hostias no parece una mala manera de comprobarlo, pero… ¿se me partirá también a mí el cráneo cuando le estampe el cenicero en la cara? ¿Cuántas horas llevo dándole vueltas a esto? ¿Me estaré volviendo majara? Mejor me siento con ellos en el sofá a ver qué echan por la tele, igual me fundo con mi doble y tenemos la noche en paz. Claro que también puede ocurrir que aparezca la doble de mi parienta y… ¿Crees que cabremos los cuatro en el sofá?

Ah, la imaginación. Juega con nosotros a su antojo. Llega un momento en que consigue que tu salud mental zozobre, y entonces puedes sentir cómo se va todo a pique. Es sabido que la capacidad de flotación de las canciones es directamente proporcional a la cantidad de emoción que son capaces de desplazar. Qué sería de nosotros sin las canciones. Es una suerte que haya aprendido a reconocerlas hasta en el más oscuro de los abismos, porque solo así saldré airoso del naufragio.

NO ME CAIGO BIEN (ME CAIGO MAL)*

Decido dejar de conducir porque, aunque mi forma física es casi buena, no suelo estar en condiciones de ponerme al volante. Del pueblo al caserío hay unos seis o siete kilómetros, y siempre puedo hacérmelos andando si a nadie le pilla de paso llevarme. A un nivel de estricta supervivencia, creo que es una decisión comparable a la que tomé en su día cuando me negué a compartir chutas. El caso es que ni me apetece morir en un estúpido accidente de tráfico ni estoy dispuesto a disminuir mi ingesta diaria de alcohol.

Una noche de luna llena me sobreestimo lo suficiente como para perder de vista la carretera atajando campo a través. A la tercera o cuarta hostia que me como se me ocurre este juego de palabras a cuento del precario sentido del equilibrio propio del que lleva una gotica de más y de la baja autoestima que a menudo acarrea la insensatez. Me pierdo varias veces, y hasta me caigo de bruces en un riachuelo que me pilla con el paso cambiado. Estoy acostumbrado a estas cosas; gran parte de mi adolescencia consistió en despegar las narices del suelo, pero llego al caserío hecho unos zorros, empapado y muerto de frío. Las estentóreas carcajadas de Ojo Rural resuenan por todo el valle mientras me doy una ducha caliente y preparo café. Me pongo a esbozar la letra en el desván, con la guitarra sin enchufar. Relleno la taza del café con el whisky canadiense unas cuantas veces, hasta que amanece y una nueva canción casi terminada me da los buenos días…

~

Tenía que pasar algún día. La furgoneta está en la puerta, y maldita la gracia que me hace volver. No se me ha perdido nada en Madrid. Ni tengo casa en la que quedarme ni ganas de ponerme a buscarla. La venus de ébano asomada a la ventana tira de mí hacia dentro con la fuerza de mil sindicatos de estibadores. Alberto y Jon me ofrecen entre risas quedarme unos días más, y eso es lo que hago. Las cosas van realmente bien por allí, y tras una breve parada en Madrid para terminar las mezclas, me vuelvo al norte. Esta vez me establezco en el pueblo y llego a considerar seriamente la posibilidad de materializar mi sueño de vivir en el campo en algún prado de aquellos, por mucho que Ojo Rural levante la ceja.

Paso un par de meses de fábula hasta que se termina el año, alguien me acerca a San Sebastián y, muy a mi pesar, me subo a un tren que se dirige a Madrid.

~

Iba a ser un viejo surtidor de gasolina fotografiado por Luis Baylón, pero me encuentro con que el trabajo está ya casi terminado y no tiene nada que ver con mi idea. Supongo que, al haberme encargado tradicionalmente de definir el concepto de la portada, di por hecho que se me consultaría al respecto. El teléfono se inventó para cosas así, ¿no? Pero el tiempo fue pasando sin que, abstraído en mi paraíso verde como estaba, me acordase si quiera del asunto. Me es dado contemplar el resultado por primera vez cuando llego a Madrid. Se trata de una pintura firmada por Abraham Lacalle, un amigo de Fino con el que tenemos una excelente relación forjada en mil juergas nocturnas. Sin embargo, ni me gusta el concepto ni la ejecución del mismo. Y mucho menos el secretismo con el que se ha gestionado la portada de *Gas*. No es menos cierto que me he desentendido de todo pirándomelas al País Vasco, así que decido callarme.

Manuel Benítez es aceptado como miembro de pleno derecho en Los Enemigos, y por eso ya sale en las fotos y tal. Del otrora inminente hit internacional de Freedom no queda ya ni humo. Yo soy

más partidario de dejar las cosas como están, pero la insistencia de Fino y Chema me obliga a ceder. Cosas de la democracia.

Tenemos una reunión para establecer los porcentajes de derechos de autor que corresponden a cada uno por las canciones que firmamos juntos, más un fijo en concepto de arreglos en el que, por cierto, si me despisto ni siquiera entro. La minuciosidad con la que están calculados me habla claramente de alguna reunión previa, pero decido que lo mejor para la salud de la banda es guardarme mis conjeturas para otra ocasión o tragármelas para siempre.

La vuelta a la ciudad está siendo más traumática de lo que esperaba. Algo se ha torcido en mi ausencia. Me siento cuestionado e incómodo en la banda. A los pocos días de llegar ya he decidido callarme tantas veces que me resulta difícil encontrar algo de lo que hablar con mis compañeros, cuya manera de reivindicar una mayor participación resulta confusa y me hace sentir culpable sin saber muy bien por qué. Problemas de comunicación. Pero sobre todo de apreciación. Tú ves una democracia asamblearia donde yo no veo más que dos cifras en conflicto: un uno y un tres. Escribo, canto, toco la guitarra y en el escenario me pongo en medio. Qué quieres que te diga. Me dirás que arrimo el ascua a mi sardina y probablemente tengas razón, pero el caso es que no paro de preguntarme cómo es que nadie más puede escuchar el crujido en la armadura que nos ha mantenido unidos todos estos años. Porque truena con una nitidez asombrosa.

IX
NADA
(1999)

ME SOBRA CARNAVAL*

Las críticas fueron estupendas, y el objetivo de volver a la palestra se dio por cumplido. Para subrayarlo todo se decidió llevar a cabo una gira que incluía desde garitos de 200 personas a fiestas de pueblo, pasando por festivales más o menos apañaos. Yo no sé la de fechas que había. Hasta se hicieron apuestas a cuento de si seríamos capaces de aguantar la gira Gas sin morir en el intento (circunstancia que inspiraría unos quince años más tarde la canción «Hagan juego» de mi cuarto disco en solitario, *Lecciones de vértigo*).

No disfruto de la gira. No me entiendo bien con el personal que hemos contratado, odio la puta furgoneta esta con literas de madera colgantes que ha alquilado la oficina y el cariz que están tomando las cosas me produce urticaria. Las pruebas de sonido consisten en una hora para la batería y diez minutos para el resto. No entiendo una mierda. Una hora de prueba de batería, para quien no lo haya sufrido, es un suplicio inenarrable, aunque sea Chema quien se encargue de golpear los parches. Intento razonar con nuestro técnico, pero no hay manera. Soy el jodido hombre invisible —se me hace menos caso que a un disco de Mick Jagger en solitario—; un borracho que tenemos que poner en el centro para que cante y haga monadas; un estorbo, excepto durante la hora y media que dura el concierto, claro. Apenas puedo creerlo. Me desquicio por momentos, así que suelo perderme por ahí a echar un trago en paz cuando llegamos donde sea. Y después del bolo, más de lo mismo. Estamos entrando en un nefasto bucle del que no sé si seremos capaces de salir.

Porque efectivamente hemos llegado a un punto en el que hay dos partes: un servidor y los que tienen que aguantarme. Los sufridos profesionales de la hostia y el alcohólico impredecible. El que escribe y canta todas las canciones y los que las interpretan, bien parapetados tras él, aportando profesionalidad al asunto… Cuestión de perspectiva, supongo. Pero en cualquier caso la lectura del uno y el tres es evidente para cualquiera que arrime el hocico por aquí. A veces tenemos hotel o algo parecido y otras hay que salir pitando para otro pueblo en la furgoneta esta del demonio. Entonces me agencio una botella de lo que sea para bebérmela por el camino. Me siento exactamente igual que una mierda de perro.

Unos meses antes, Fino produjo el debut de Artemio en solitario. Alguien decide que nos telonee con su guitarra acústica y su armónica para promocionarlo un poco. Menos mal que ha conseguido una excedencia en el trabajo y se viene con nosotros.

~

Vuelvo a abrazar las dinámicas de la monogamia. Estoy encantado con mi nueva chica, pero cuando salgo por ahí a actuar bebo mucho y me olvido de mi morena. La gira Gas se echa al monte todas las semanas, así que las cosas no tardan en torcerse. Los celestiales regresos a Madrid se convierten en un infierno de broncas y sórdidas borracheras. Un desastre. Por suerte, mantengo mis cosas y un colchón en el minúsculo estudio que comparto con mi padre desde que volví del País Vasco. Mi refugio pierde su condición de ocasional y acabo por despertar en él casi todos los días.

En el irrespirable verano de Madrid, el estudio pasa directamente de minúsculo a microscópico. Además, el viejo aparece algunas mañanas para trabajar en sus cosas y tengo que ahuecar el ala. Me paso el día en el 2D, el bar dinamitero que aún sigue dando guerra en la esquina de la plaza del Dos de Mayo con la calle Velarde. Somos siempre los mismos allí dentro, un Cheers castizo en pleno corazón de Malasaña. A menudo alguien cocina algo y se lo baja al bar, o Helia (máxima autoridad allí dentro), que, bendita sea, siempre calcula de más cuando prepara las tapas, nos pone un plato

grande con el último vino de la mañana. Qué triste no poder darte un abrazo y echar unas risas cuando vuelvo por allí, mi generala. Cuánto te echamos de menos.

El Pele se levanta de su banqueta y se despide con un «¡hasta el whisky!». Dentro de dos o tres horas nos volveremos a encontrar en las mismas banquetas para tirarnos allí dentro toda la tarde y buena parte de la noche. Muchas veces cuando vuelvo de la carretera me voy directamente al 2D sin pasar por casa, con la mochila al hombro y deseando charlar con alguien…

Pero es febrero y el bar se nos ha llenado de energúmenos disfrazados de caballeros de la mesa redonda, poniéndolo todo perdido de babas y chillando como hienas en celo… Qué carnaval ni qué hostias, ¡fuera de nuestra barra, que nosotros nos tiramos aquí todo el año y no molestamos a nadie, cojones! Esa misma noche escribo «Me sobra carnaval», cuyo título me viene a la cabeza nada más salir del bar. Porque a los que vivimos y pensamos vivir para siempre encaramados a un carnaval de hoja perenne nos cabrean estas cosas. Son impredecibles los lugares que elige la chispa de las canciones para prenderse y lucir. Porque esta noche arde sobre esta panda de cretinos como si del Espíritu Santo y los apóstoles se tratase. Y comprendo allí mismo que pide guitarrazos. A grito pelao.

TODO A CIEN*

Un retrato del Pele, con su inseparable palillo en la boca y la mirada un tanto aviesa, preside la vitrina de la barra principal de La Vía Láctea. Ahí lo puso David Krahe poco tiempo después de que nuestro amigo nos dejase, y ahí sigue. Se hacía querer, el viejo gruñón. Personaje imperial donde los haya, «el Sheriff» se había criado en Malasaña y, hasta que Eva Hernández se lo llevó a Vigo para que viera el mar, se jactaba de no haber salido del barrio más que dos veces: una para ir al Rastro y otra para hacer el servicio militar… ¡en Jaca! (subrayaba esto último arqueando las cejas y cambiándose de lado el palillo). Claro que exageraba, pero yo siempre destacaré en mi currículum personal el orgullo de haber conseguido sacarlo de allí una tercera vez para que comprobara *in situ* lo mucho que había cambiado el célebre mercadillo de los domingos en diez años. Recuerdo unas sentidas reverencias bajo la estatua de Cascorro, y después no hay más que fogonazos sueltos.

—Querías tumbar al abuelo, ¿eh?… ¡Gilipollas!

La de mañanas que aparezco por el 2D sin acordarme de la noche anterior y pidiendo disculpas por si acaso. Que es que estaba muy chuzo, etcétera. La respuesta es invariablemente que nos reímos mucho, que me deje de hostias y que si quiero una cañita bien tirada.

—Venga.

Además del Pele, una jueza, un violonchelista, un caricaturista, un prestigioso flamencólogo, un librero, dos veterinarios, un lutier, un abogado laboralista, otro penal, un ingeniero de sonido, un guitarrista, una bailaora, un actor, cinco o seis actrices, varios

hosteleros de la zona, una empleada del hogar, su mejor amiga, un expolicía nacional, un dealer o dos… La mayoría de ellos veteranos antifranquistas y todos sin excepción amantes de la juerga y el exceso.

Filósofos de bar. Gente solitaria que al traspasar el umbral de la puerta se transforma en una estrofa más de esta oda al desapego. Helia es la máxima autoridad allí, pero hace valer sus galones con la coherencia debida al espíritu decididamente ácrata que anima su taberna. Una mañana, ante una patidifusa parroquia, entra en el bar la mismísima Esperanza Aguirre, que vive por allí y le ha debido de dar por mezclarse con la chusma. Se pide una cañita.

—Está reservado el derecho de admisión, señora. Haga el favor de salir del local. Yo solo soy una mandada, la jefa es esta —y señala a la Golfa, su perra.

Con un par. De un color canela muy conseguido, nuestra cuadrúpeda amiga es más lista que el hambre y adicta sin remedio a la cerveza de barril. A la que te descuidas, se ha bebido tu caña. Más de una mona tengo dormida con ella, lomo con lomo, en el almacén de la parte de atrás.

Me aficiono al ron jamaicano, que por una temporada sustituye al whisky. Hedonismo absoluto. Moscas de bar. Niveles de alcohol en sangre estratosféricos. Me salen novias por todas partes. Actividad sexual frenética. Zumbidos de abejas locas. Sudores. La vida es bella, aunque vuelvan los temblores matutinos. No importa, me desayuno un sol y sombra y listo. La *n* con la *o*: sí. O ya puestos, *más*. Me bebo la vida a cucharás.

~

Hablando de excesos, me he acordado de los mexicanos. «Bienvenidos al país donde cualquier cosa puede pasar en cualquier momento… y pasa». Con estas hermosas y prometedoras palabras nos recibió Luisito, nuestro primer anfitrión en el DF.

Fue con la gira Gas calentita, o puede que aún por realizar, cuando nos fuimos para allá, pero el disco que teníamos que promocionar era *Tras el último no va nadie*, recién publicado en

tierras aztecas por el sello Culebra. Nada que no se solucionara trabajando un poco en casa y otro poco en el local. Esto nos devolvió las ilusiones que, al menos yo, consideraba perdidas. Contemplado con perspectiva, creo que sin aquel viaje a México no hubiera existido *Nada*. Ni en cursiva ni sin ella. Nada. Seguramente hubiera tirado la toalla antes. Pero la serpiente emplumada decidió concedernos una primera prórroga.

Algunas recetas de la felicidad incluyen dosis variables de mala memoria entre sus ingredientes. Ahí van algunos pedacitos de la mía, rescatados in extremis antes de perecer ahogados en la inmensa laguna sobre la que un día se erigió Tenochtitlan.

1. *Un gesto prometedor:* Durante nuestro primer paseo matutino por la capital, mi colega Santi Camuñas, que ha venido en calidad de *road manager*, entra en una peluquería y regresa a la cantina en la que le espero luciendo una cresta a lo Travis Bickle que le queda la hostia de bien y que interpreto (correctamente) como el pistoletazo de salida de un prolongado fiestorro.

2. *Un tipo simpático:* Enseguida localizo un bar en el que sentirme un poco parroquiano y, acodado en su barra mientras platico con el camarero, se me acerca un señor muy coloradote:

—Su mamá es un hombre.

El tío se me queda mirando mientras me pregunto «qué puñetas le respondo yo a este» y activo mi cerebro mientras observo la fauna que pulula por el local, que roza la inconsciencia, cuando no el delirio. Intento mantener la calma, no sea que se me atasquen las entendederas. Gano algo de tiempo sosteniéndole la mirada. No es fácil, tiene cara de malo el cabrón. Una pequeñísima luz se apiada de mis neuronas:

—Y la suya es mi papá.

Una jugada riesgosa que, por suerte, funciona. Sus carcajadas resuenan en la bóveda de mi cráneo mientras el tipo pide otra ronda —no se me raje ahorita, compadre— y así hasta que afuera ha salido el sol y se ha puesto un millón de veces y comento que de esta va a resultar que ya soy parroquiano del bar y les explico lo que quiere

decir parroquiano y nos abrazamos todos los borrachos de América, uno por uno, y ahorita sí, compadre. Ahorita no me va a quedar más remedio que pasarme a la zona oscura hasta que la cruda me despierte a hostia limpia donde sea.

3. *Un regalo inoportuno:* Haríamos seis o siete conciertos por muy variopintas salas de mediano aforo en el DF y uno así como más tocho en una facultad de Derecho o algo de eso. Uno tiene que hacer cosas aburridas, pero observándolas con detenimiento pueden ser tan divertidas como un chiste. Recoger el equipo, por ejemplo, es un proceso cuyo desarrollo puede predecirse paso a paso según un canon establecido. Se me acerca un chaval —siempre se acerca alguien mientras procedes a enrollar un cable— a decirme que le ha sorprendido gratamente nuestra actuación. Saca un bolígrafo y allí mismo me hace un retrato que me encanta. Me comenta que estudia para pintor y, bueno, salen a la palestra mi padre, mi abuelo y alguna anécdota. En un momento dado reparo en el cartel de la SGAE que cuelga detrás nuestro y decido regalárselo porque tiene una textura muy chula y se me ocurre que podría aprovechar el reverso, que está en blanco. Siempre me ha gustado regalar cosas, pero parece que esta vez la he pifiado, porque necesitamos ese cartel para fotografiarlo en cada bolo y dar fe de quién patrocina los saraos. Menos mal que el chaval sigue por allí y lleva el cartel bajo el brazo. Tras unas breves explicaciones, lo recuperamos y Santi me da un par de collejas. Mis compis se mosquean un poco conmigo. Normal.

4. *El ojo de fuego y cristal:* En Tijuana nos alojamos en un chaletito muy cuco desde el que a unos cincuenta pasos, según te dirijas al oeste o al norte, puedes darte un chapuzón en el Pacífico o distinguir San Diego entre los barrotes de la famosa verja. Nuestro anfitrión es Álex, propietario de la casa y batería de Tijuana No!, con los que compartiremos cartel a menudo. Paseando por la ciudad, más que pensar puedo respirar que la vida es pequeña, muy linda y, sobre todo, muy puta. Inhalo sus colores. Esa misma noche participamos en un festival punk al aire libre cuyo escenario,

presidido por la bandera mexicana, compartimos con unos cuantos grupos locales. Los punks de Tijuana son realmente salvajes, pero también respetuosos. Nadie escupe, nadie tira nada, nadie nos enseña el culo. Muy al contrario, todos enloquecen en un pogo espiral que se me antoja deudor de algún ritual sagrado. Visto desde el escenario, parece un huracán fotografiado desde un satélite espacial. Solo que el ojo escupe fuego. Una gran hoguera que el personal alimenta con sus camisetas a modo de ofrenda y que se extingue para siempre ahora que la lluvia aprieta de verdad. Hemos aguantado de manera estoica y un tanto kamikaze el chaparrón (sobre todo un servidor, pegado a la red eléctrica por la boca, además de por las manos), pero esto se ha puesto serio y tenemos que parar. Quisiéramos seguir, como los Rolling Stones en el Calderón, pero no llevamos inalámbricos y nuestro equipo no es nada, pero que nada, seguro. Lástima.

Ayudamos al personal a trasladar todos los cacharros a un salón cubierto que hay al lado y en poco más de una hora ya están actuando Calavera, una estupenda banda de psychobilly de Los Ángeles. El cristal de metanfetamina campa a sus anchas por los aledaños del pabellón y, ya puestos (nunca mejor dicho), nos decidimos a participar en el ritual del huracán, que aun sin la hoguera resulta bastante más divertido que el pogo de aquí.

Desde la casa de Luis Güereña, el cantante de nuestra banda hermana, puede distinguirse la noche tijuanense, salpicada de luces de colores y sirenas de policía. No duerme la ciudad y salimos a su encuentro. Conecto de manera especial con Luisito, y saldremos de aquella noche convertidos en carnales. Mantendremos el contacto durante unos meses. Con el tiempo cesan las llamadas. Tiempo después me entero de que ha muerto, pero no quiero saber cómo. Te tengo bien presente, mi güey.

Me despierto dentro de un coche rojo. La luz del sol se las tiene con una nube negrísima allá al fondo, donde distingo una playa y me acerco a ver. Bingo. Allí están mis compadres. Desayunamos caldo y tacos en un kiosquito que está petao de pescadores sorprendidos por la tormenta. Pugnamos con ellos por un sitio donde resguardarnos del diluvio. Resulta evidente que no cabemos todos, y

aquello se convierte en un festival de risas y empujones al que acaba apuntándose hasta el viento, que sopla del norte y huele como quien dice a culo de gringo húmedo.

5. *Un cumpleaños feliz:* El 25 de febrero cruzamos la frontera en dirección a Los Ángeles. La empleada de aduanas me desea *happy birthday* y yo me deshago en algo que intenta ser un piropo pero se queda en un hipido procedente de las antípodas de la sobriedad. Me vuelvo a la furgoneta, no sea que les dé por registrarme, y salimos pitando de allí.

He traído golosinas para celebrar mi cumple y con tanto trajín se me había olvidado. Comparto unas pirulas de morfina sintética con Álex, que se ha apuntado a la excursión, y nos empiezan a subir cuando estamos a punto de entrar en L.A. Conduce el Teca (el otro cantante de Tijuana No!), que se ha quedado con la copla por el retrovisor. Le hago saber con un gesto que llevo tomate de sobra y golpea su corazón con el puño mientras ilumina toda la furgo con un destello de su muy azteca sonrisa.

En el piso que ocupamos hay varios mexicanos, algunas gringas y un argentino. Un saco enorme de marihuana preside la habitación. En una esquina hay un tipo como un armario que no dice nada. Otro tío muy majo, que parece ser el dueño de la casa, me ofrece un porro enorme, y aprovecho para preguntar si no tienen algo de priva e informarle de paso de que hoy es mi cumpleaños, más que nada por romper el hielo después de rechazar el canuto. Fino y Chema tampoco fuman, pero Manolo se lanza de cabeza. Se tirará todo el resto del viaje en órbita y con los faros puestos. El argentino resulta que trabaja con nosotros, y no, no lleva farla.

Se me felicita efusivamente y bajamos a por whisky y cerveza. Entablo una conversación sorprendentemente fluida —para la mierda de nivel de inglés que manejo— con una de las gringuitas, que viene de algún estado del interior y creo que me ha tomado por una estrella del rock o algo así porque, sin venir a cuento, me asegura que ella no es ninguna *groupie* y que en su pueblo son todas muy decentes. *Shit*. Conozco este discurso, lo he oído antes. Significa problemas. Resuelvo que mañana tendré suficiente con gestionar

bien la resaca y no cagarla en el concierto, me zampo las morfis que me quedan y me retiro a mis aposentos.

El bolo en Sunset Boulevard sale bastante bien. Actuamos para unas cuarenta personas y, ante la estupefacción de sus amigos, me hago colega del mexicano enorme y mudo de ayer, que hoy sí que habla. Poco, pero habla. Me acerca en un cochazo negro así como encapuchado hasta un *grocery* de esos para comprar algún *scotch* decente. Nos lo vamos pimplando a medias. Odia el bourbon tanto como yo. Chócala, güey.

6. *Otro cumpleaños feliz:* Al Gordolobo nos lo presentó Santi, y aunque cumplía años el mismo día que yo, decidió posponer su celebración hasta el fin de semana, con la condición de que actuáramos en su fiesta. Ya de vuelta en el DF, nos duchamos y salimos para allá escopetaos. Ya tú sabes, la *n* con la *o*, etcétera. Una señora fiesta, sí señor. El matarratas suministrado gratuitamente en las barras me provoca una laguna mental, que va desde que agarro una Les Paul hasta una segunda fiesta en casa de un escritor al que ubicaré como es debido —o sea, leyéndolo— cuando llegue a casa. Guillermo Fadanelli es un excelente contador de historias. Tengo el placer de compartir algunos tragos con él y me presenta a un montón de gente. La fiesta tiene un punto muy surrealista porque han venido muchos de los amigos que hemos hecho por aquellos lares y es como un resumen del viaje. Muchos de los periodistas que nos han entrevistado andan por aquí: las amistades de Santi, los músicos que hemos conocido e incluso algún que otro fan que hemos hecho. Algo me dice que no vamos a volver, que este es nuestro cielo mexicano y que si estamos aquí es porque, en lo que respecta a Los Enemigos, la vida en México no ha sido más que un dulce suspirito. Reparo en que mañana sale nuestro vuelo y regreso en taxi al hotel, no sin antes procurarme buena compañía para hacerlo todavía más dulce, el suspirito.

Alguien nos interrumpe en la habitación metiendo prisa, y el despertador que le tiro a la cabeza rebota contra la pared y suena y suena y resuena. No me extrañaría nada que estos acúfenos que me taladran el cerebro casi veinticinco años después no sean sino

aquella alarma recordándome una y otra vez el dolor que me tortura al no haber vuelto a actuar en el país donde cualquier cosa puede pasar en cualquier momento. Y pasa.

NÁ DE NÁ*

Nunca nos entendimos, y nunca —eso me quedó claro unos cientos de kilómetros después de conocernos— conseguiríamos hacerlo. Se trata de algo consustancial e inherente a nuestras naturalezas. Nuestro problema de comunicación es tan monstruoso como el hecho de que estemos destinados a soportarnos el uno al otro en el seno de la misma banda. La primera medida que toma Benítez al estrenar su condición de miembro oficial de la banda es pertrecharse para los directos el uniforme de cuero negro y tachuelas cuya carga metalera, como ya le había hecho notar hacía seis o siete años, desentonaba estrepitosamente con el espíritu de Los Enemigos. De esa guisa me mira en el camerino, henchido de dignidad, Manuel Benítez. Esto es como volver al patio del colegio.

Llega un momento en el que una banda de rock empieza a parecerse por dentro a un parvulario. Estamos ante una estructura demasiado encerrada en sí misma como para poder madurar al sol del mundo exterior. Endogamia en estado puro y una oscuridad que solo es capaz de iluminarse cuando se encienden los focos del escenario. Una entidad abisal que se ha acostumbrado a nadar en el absurdo. Peterpanismo crónico, terquedad… Llámalo como quieras. El calor que tiene que estar soportando este hombre bajo los focos con esa cantidad de cuero encima es algo sobre lo que prefiero no especular.

~

Es extraño que estemos los dos solos sentados en el local, porque solemos llegar los últimos. Visiblemente nervioso, como si llevara

una eternidad esperando el momento, Manolo susurra que quiere enseñarme algo. Una canción que, está seguro, será un bombazo universal. Yo «solo» tengo que ponerle letra y el mundo se rendirá a nuestros pies. Porque no es una canción cualquiera, claro. Qué dado a la épica es este muchacho. Esta conseguirá que se nos haga justicia y se nos reconozca por fin como la gran banda que somos, etcétera, etcétera, etcétera. Poco menos que el segundo advenimiento, la canción.

Nos sentamos con sendas guitarras. Tiene buena pinta, aunque muy enemiga no suena. Deduzco que está canturreando, así que le acerco un micro. Nananaaa… y para en seco. Que le da vergüenza. Mi nuevo archienemigo, el Doctor Kindergarten, promete ser bastante más duro de pelar que Ojo Rural.

Fino y Chema se van acoplando según llegan; poco a poco le vamos cogiendo el tranquillo a la base, y Manolo nos muestra la melodía a la guitarra con un mínimo de intención pedagógica. Fino se inventa un tumbao increíble para la ocasión, y Chema se luce como el gran percusionista que es acoplando unas congas y una caja china a la batería. El caso es que, aunque yo no acabo de verla contextualizada en nuestro repertorio mientras le vamos dando forma, durante el trayecto de vuelta a casa no soy capaz de sacármela de la cabeza. Con el tumbao y las percusiones está quedando muy chula, y desde luego es pegadiza de cojones.

Para darle forma a la letra escarbo en los entresijos de la bronca estándar que suelo sostener con mi reina manchega por los bares. Funciona. El enfoque resulta ser una mina. Me centro en el momento en que el tomate es inminente y el fragor de la batalla se abalanza sobre nosotros. Vaya par de cabezas huecas. Que sepas que solamente me quedo con lo bueno y con lo muy bueno. Y que cuando pasamos con la furgo cerca de Daimiel te guiño un ojo, morena.

AN-TONIO*

No me gusta que me llamen «maestro». A no ser que lo haga Johnny Burning (¡lo hizo!), porque entonces me derrito. Pero por lo general me incomoda bastante. Ahora lo llaman «síndrome del impostor», y sé que muchos colegas de profesión lo sufren a diario. Incluso los que yo realmente considero maestros. Creo que cada músico es un mundo, no se puede generalizar. Muchos virtuosos se quedan igual de alucinados viéndome tocar a mí que yo observándolos a ellos. Raimundo me pregunta mucho. «De dónde has sacado eso, compadre». «Pues yo qué sé, tío. Ni puta idea, me sale así». Dice que soy el guitarrista más pistolero que ha conocido nunca. Yo me meo de la risa con este hombre. Alguna vez me han comentado que encuentro soluciones propias a los problemas que plantea la guitarra, que no son pocos. Porque es un instrumento que esconde millones de secretos. Por eso admite múltiples lecturas y afinaciones. La relación que mantiene un guitarrista con su instrumento es tortuosa. Un piano, por ejemplo, es como un ábaco. Todo está claro en él. Pero la guitarra recuerda más a un jeroglífico. Luego caigo en todas las canciones que he escrito, en los dos repertorios que mantengo vivos, en que sigo defendiéndolos sobre los escenarios, y entonces… Bueno, entonces se me pasa el bajón. Porque se cuentan con los dedos de una mano los que pueden decir lo mismo en este país.

An-tonio me llama «colega» desde la noche en que tuvo a bien hipnotizarnos desde un escenario. Es normal que salgamos a echar un vistazo si los teloneros nos llaman la atención, pero nunca nos quedamos mucho rato porque tenemos que templar guitarras, voces

y musculillos varios. Pero esta noche el muy cabrón nos ha abducido a los cuatro. Eso de detener el tiempo se tiene o no se tiene.

Como un lince herido que, consciente de la inminente extinción de su especie, lame sus heridas presa de un irresistible trance y ruge, An-tonio vive la música desde una pureza difícil de concebir. Nuestro hechicero regurgita una canción tras otra, desahuciado y feliz… «¡Muchas gracias, sois muy amables, os dejo con Los Enemigos!». Hostia, las guitarras. Después de esto vamos a tener que volver a afinarlas todas. Las de ayer y las de hoy.

Se viene a Madrid un tiempecillo y solemos salir a tomarla por ahí. No es raro que acabemos tocando juntos donde sea, así que termino colaborando en su primer disco. Un honor figurar en esos créditos. Es una lástima que la producción no acierte a retratar a nuestro fiera. Pero eso ahora no importa demasiado, porque se ha ido. Ha sido maravilloso apurar su amistad. Compartir su coraje, su talento, su oficio. Un regalo ser su colega. Qué pena tan honda perderlo. Ay, An-tonio, coño…

~

Es sabido que los fanzines y las disqueras independientes se inventaron en el Rastro madrileño. De hecho, el término «*do it yourself*» lo acuñó una fría mañana de febrero Joe Strummer mientras observaba al señor Amadeo remover un perol de caracoles en su local de la Ribera de Curtidores. Por otra parte, a Malcolm McLaren le vino la inspiración mientras contemplaba el puesto de bragas con bujeros que tenían a pachas Pedro Almodóvar y Fabio McNamara junto a la estatua de Cascorro. Este momento está considerado por los expertos como el auténtico germen de la modernidad tal y como la conocemos hoy.

El mismísimo Steve Jobs se tiró domingos enteros sacando fotos y estudiando la manera de comunicarse de la gente de la Movida. Un código hasta entonces indescifrable para el resto de los mortales, por muy de Madrid que fueras. Se dice que el balbuceante zumbido que emitía a última hora de la mañana la terraza de La Bobia le inspiró para llevar el sistema binario una dimensión más allá. Redujo

a unos y ceros los monosílabos inconexos que regurgitaban a esas horas los clientes más colocaos y encontró el patrón que subyacía bajo aquella aparente aleatoriedad. Media hora más tarde, mientras revisaba sus notas en las escaleras del Mercado de la Cebada, concibió lo que hoy conocemos como «red profunda». A Mr. Andy Warhol, que estaba en la acera opuesta haciendo cola con Bibi Andersen para ver a Norma Duval en el teatro de La Latina, se le escapó un cuesco de dimensiones mastodónticas en el momento exacto en que Jobs resolvió la ecuación que cambiaría el orden mundial para siempre. «*Fuckin´ caracolo*», parece ser que exclamó. Es lo que se conoce como «segundo Big Bang», y a estas alturas nadie duda ya de que no hubiera sido posible sin la Movida madrileña, cuna de nuestra civilización y espejo en el que se mirará el orbe durante las generaciones venideras. Amén.

—Hase farta musho dinero pa poné un bar con tapah.

No podía haber sido de otro modo. Rafa Fustes recordó esta frase de An-tonio mientras andábamos de cañas por el Rastro con su inseparable Montsina. A An-tonio se le metió en la cabeza montar un bar en Algeciras y no paraba de darle vueltas a la idea. Hacía poco que nos habíamos enterado de su muerte gracias al precioso obituario que le dedicó Diego A. Manrique en su columna de *El País.*

Y ahora estamos de cañas por el Rastro y Rafa recuerda la frase y yo salgo disparado hacia mi casa porque tengo el enfoque. Me lo ha servido en bandeja mi querido Fustes. Es lo más importante, el enfoque. Antoñito lo sabía bien. Quiero que sea como si la canción estuviera dictada por sus cenizas mientras se alejan hacia la luz del estrecho y se funden con él. Una canción salada, azul, mecida por el viento. Una canción de almadraba para mi colega An-tonio. Qué abrazo te daba, carapapa.

NO SE LO CUENTES*

Aquello de «shoshito der mundo qué más quieres tú» de «An-tonio» me recordó un episodio lisérgico de hacía la tela de años. La mar salada como vagina del planeta y todo eso. Aconteció que, en alguna playa del sur, se me ocurrió que podía meterme dentro del mar y hacerle un hijo. Caprichos de la química moderna.

Dejé de hacer pie, pero no me desanimé. Borrico que es uno. Seguí dale que te pego hasta que acabé la faena. Tragué bastante agua, pero lo conseguí. Lo peor de todo fue volver, porque había perdido de vista las luces de la playa y no sabía para dónde tirar. Pero bueno, aquí estoy, ¿no? Así que, si buceando por la provincia de Málaga te topas con una especie de madrileño con escamas, aletas y membranas entre los dedos, ya lo estás dejando en paz, que es mi niño. Y ojo con su madre, que se puede poner de muy mala hostia. Luego me dio por ponerme épico en plan «cuando yo no esté… y esto y lo otro» (también es verdad que el hígado me mandaba señales de inminente capitulación), pero esta anécdota juvenil me sirvió para arrancar, que es siempre lo que más cuesta. Esa imagen es muy potente. No me distraigas, a ver a dónde nos lleva.

Las curvas y las cuestas del camino estaban trazadas en esta ocasión por una melodía de Fino y un contexto muy guitarrero, un poco en plan Pixies. Me ponía cachondo la canción, y le estuve dando muchas vueltas hasta que di con el resultado final. Me puse al micro para enseñarle a Fino el fraseo, y al final se quedó así, con mi voz. Actualmente la canta Fino, mientras Chema, David y yo hacemos voces de apoyo en los estribillos. Al final del tema

construimos unas armonías muy chulas con los cuatro en pleno éxtasis gregoriano. Creo que es como mejor queda. Finoski ha trabajado su voz, y se nota. Con el tiempo he ido matizando la guitarra rítmica de esta canción y la disfruto como un enano. Me encanta tocarla mientras recorro el escenario azuzando al personal. Ojalá hubiéramos podido grabarla de esta manera entonces.

~

De nuevo en el País Vasco, en contacto directo con la naturaleza, pero esta vez sin improvisaciones ni vida silvestre. Esta grabación está enfocada de manera muy distinta a la de *Gas*. Nos hemos currado varias maquetas y hemos llegado a los estudios IZ con muchos cachivaches y las ideas muy claras acerca de cómo usarlos. Nos traemos a Gonzalo Lasheras, gran ingeniero, de cuya profesionalidad y buen gusto se beneficia el enorme sonido que sale de los surcos de *Nada*. Porque, por si no lo has notado, este disco suena de la leche. Afrontamos las canciones con precisión milimétrica en la hostia de pistas independientes repletas de detalles que, una vez mezcladas por Carlos Martos en Madrid, hacen de nuestro noveno larga duración un viaje muy particular y excitante para la imaginación. Escúchalo con auriculares y compruébalo tú mismo.

Nos sometemos gustosamente a una disciplina bastante estricta, y el nuevo caserío (en realidad un hotel rural/restaurante) está equipado para ejercerla: madrugar, desayunar y al estudio. Parada para comer y vuelta al estudio hasta la hora de la cena. Una copita o dos y cada uno a su habitación. Desde mi ventana, orientada hacia el norte, se domina todo el valle, y en los días claros puede distinguirse un pedacito de mar detrás de las montañas. Antes de dormir, le lanzo un besito a la luna.

RAZAS DE CAÍN*

Stanisław Lem sostiene que existe una asimetría entre el mal y el bien: el primero necesita del segundo para armar sus argumentaciones. Su discurso consistirá básicamente en desprestigiarlo y humillarlo. Sin embargo, el del bien se sostendría *per se*, sin necesidad de recurrir al mal. Otra ilustre sesera, la de Bertrand Russell, desmenuza el drama humano. La duda, que no es sino una potencia del bien, tiene la carrera perdida de antemano, porque quien no es capaz de reflexionar pasa directamente a la acción y, en consecuencia, llega antes. Parece que la columna vertebral de la historia de los hombres no es otra que la envidia. Este fenómeno está más relacionado de lo que parece con todo el cristo que se monta periódicamente a cuento de la apropiación cultural. Busquen «Abel y Caín» de Baudelaire y calculen si les place la magnitud de mi condena, porque no pienso cumplirla. Retorcer un clásico hasta dejarlo casi irreconocible, esa impertinencia, me parece un síntoma de salud en sí misma. Toda esa mojigatez me pone enfermo… Mostrar tus respetos en los créditos es más que suficiente.

Últimamente es imposible superar el récord de tópicos recurrentes: «Los tomates ya no saben a tomate»; «lo barato sale caro»; «yo es que soy un poco bruja»; «tenemos los políticos que nos merecemos»; «el humor tiene sus límites»; «todo esto antes era campo»… ¿Las canciones son literatura? ¿Son poetas los letristas?

Yo sostengo que no. Si yo fuera poeta nunca se me habría ocurrido «versionar» a Baudelaire. No hubiera tenido necesidad de hacerlo. Pero lo que escribo son canciones, y Fino me ha vuelto a

pasar una melodía chulísima. Sin letra, pero con una métrica muy concreta que debo respetar al milímetro. Las melodías así tarareadas son como una carretera estrecha en un acantilado: si te sales, te la pegas. Debo de tener aquello de las razas de Caín incrustado en alguna parte desde que leí *Las flores del mal*, porque me viene a la cabeza enseguida al escuchar el fraseo que me propone Finoski. No tarda en llenarse la cuartilla de imágenes postapocalípticas de estas que me ponen tan cachondo. Del poema original queda bastante poco, pero procuro conservar el espíritu deicida, político y fatal que lo anima. Yo creo que si no lo cito en los créditos no se entera ni Dios.

Si yo fuera poeta, me saldría de la carretera cuando me diera la gana y me daría unas hostias estupendas. Pero no puedo, porque sucede que la melodía siempre lleva razón. Ni siquiera sé si escribiría algo sin ella, así que procuro satisfacerla. Supongo que también me tiraría la hostia de horas en debates literarios, mesas redondas, ferias del libro y cosas así. Y lo haría encantado, que se sepa. Lo sé porque alguna vez han tenido la ocurrencia de invitarme y me lo he pasado bomba conversando con buenos tertulianos acerca de lo que sea.

~

Como casi todas las noches, me acerco al Flamingo a tomar una copa con el Fustes. Con el tiempo se ha convertido en mi mejor amigo, y tenemos unas charlas estupendas antes de que se pete el bar. Rafa es un gran conversador; siempre tiene una sonrisa a mano y sabe escuchar. Nos contamos nuestras mierdas a primera hora, eso nos sienta bien. Luego van entrando parroquianos y la cosa se dispersa.

Hoy ha deslizado por la barra un misterioso sobre hacia mí.

—De parte de Manolo —me dice.

—Qué Manolo, Rafa, qué coño es esto.

—Tu Manolo, tío, el Benítez. Qué Manolo va a ser.

—Pero si lo veo un par de veces por semana, no entiendo nada.

—Yo qué sé, tú solo hazte el favor de no abrirlo ahora… ¿Qué te pongo?

—Lo de siempre. Gracias, majo.

Como era de esperar, el sobre me está jodiendo la noche. Me quema en el bolsillo y decido irme a casa a abrirlo. Entre la minúscula caligrafía y la pésima redacción resulta incomodísima de leer, pero enseguida alumbra perlas como «que el dinero no sea una barrera entre nosotros» o «no me gusta hablar de dinero, prefiero llamarlo glamur» (¿WTF?). En resumidas cuentas, que compartamos entre los cuatro la pasta de autores que gano yo escribiendo las canciones, ahora que somos «una piña». Mira tú por dónde, yo que siempre había creído que era un melón…

Asegura estar hablando en nombre del buen rollo entre nosotros cuatro. Releo una y otra vez las tres cuartillas y media repletas de letras microscópicas y maldigo en silencio cada una de ellas según voy comprendiendo. El dinero nunca es solo dinero. Lo que siempre es solo rapiña es la rapiña. Y al fondo, como siempre, el orgullo. Un orgullo herido es como un toro desbocado. Y está claro que este viene a por mí. Estoy más solo que la una. Cada trago de whisky me pone de peor humor, y la luz del sol solo me trae más monstruos. A tomar por culo. Insisto con la botella. Pastillas gollete abajo y… cataplof.

ANIMAL*

La primera edición que cayó en mis manos del legendario *Miedo y asco en Las Vegas* de Hunter S. Thompson marcó mi adolescencia casi tanto como las obras completas de Charles Bukowski. Adolescencia y drogas, qué explosivo cóctel. No fuimos pocos los que seguimos devotamente las evoluciones de un pato del Retiro al que alguien le puso un cuarto de tripi en un cacho de pan. Algunos creímos alcanzar una misteriosa conexión sensorial con él solo porque nos habíamos puesto con el mismo ácido. Un LSD muy bueno, por cierto. Se corrió la voz y el palmípedo oráculo dictó el comportamiento diario de una legión de colgaos durante semanas enteras. Miedo y asco en el Parque del Buen Retiro. Cocimientos de mandrágora, decenas de ampollas de nitrato de amilo encontradas en una clínica abandonada y un sello con el que decorar como merece la ocasión unos cincuenta tacos de recetas y dejarlos listos para obtener dexedrinas, Bustaid, centraminas… Me encantaba el Tilitrate. Unas goticas en un terrón de azúcar y hala, a volar. Para las taquicardias, Valium a mansalva. Un día me desperté sin poder articular palabra y empapado en litros de sudor. Me asusté y me pasé a los porros una temporada. Correría el año 1980 o el 81, y reconozco que desde entonces he dado la turra con lo poco que recuerdo de estas batallitas en alguna tertulia de bar que otra.

Pero más o menos a partir del desastre financiero de 2008 procuro no alardear de estas mierdas, porque cualquier madre amantísima las supera con holgura a diario desde entonces. La insensatez se ha generalizado en modo kamikaze, y así es como andamos purgando nuestros pecados a través de este siglo XXI los pocos boomers que

quedamos con vida. Familias numerosas organizan bodas y primeras comuniones en las que se dedican a eructar como ráfagas de Kalashnikov, hacerse selfies con líderes nazis y tatuarse el cuerpo cual arponeros samoanos. Todo el mundo se mete de todo al compás de insufribles reggaetones. La saliva de cualquier niño es capaz de fulminar en el acto a cinco dragones de Komodo en edad de merecer, y es así como enormes jaurías de perros callejeros desaparecen de los vertederos sin dejar el menor rastro. Las niñas van por ahí rebañando las cuencas oculares de la gente con sus kilométricas uñas. Lo avisé, siempre lo he mantenido: la verdadera perversión está en la música ligera y el folklore nacional. En comparación, los rockeros somos monjas.

Bueno, tampoco está tan mal. Una monja puede acojonar bastante si se lo propone. En estas andaba meditabundo cuando me acordé de una frase que le soltó Chema a un plasta que no lo dejaba en paz: «No busques en los demás lo que puedes encontrar en una farmacia». Me encantó aquello y lo apunté por ahí. Estaba seguro de que acabaría saliendo por alguna parte.

Puede que *Mutations* de Beck sea el disco más escuchado en la historia de las furgonetas enemigas. Antes o después tenía que notarse en algo, y esto de combinar guitarras acústicas con moogs y mellotrones se materializó en «Animal». Se volvió a encargar de manejarlos Ángel Valdivia, cuya aportación había funcionado de puta madre en una de las maquetas que habíamos grabado (la de Almería), y decidimos seguir por ahí. Ese airecillo a lo Van Der Graaf Generator, que es una de mis bandas favoritas de todos los tiempos, le sienta de maravilla (pero nunca intentes emular a Peter Hammill, que te harás daño. Mejor hazlo a tu manera). «Animal» se convertiría en el último tema en estudio que grabamos antes de disolver la banda, y, en mi opinión, no podíamos haber planeado mejor broche final. A día de hoy, sigue estando en la lista de mis enemigos favoritos.

~

De vuelta a Madrid, grabamos algunas pistas que quedaban pendientes en nuestros queridos estudios Kirios. Es genial regresar por allí, pero cuando llega el turno de «Claro que arde», tenemos problemas. Ni Manolo ni yo somos capaces de dar con un solo que merezca la pena. Y esta canción lo está pidiendo a voces. Pero el agotamiento nos supera, estamos bloqueados. Es muy extraño porque, hasta ahora, si no nos sacan del atolladero sus seis cuerdas, lo hacen las mías. Nunca nos hemos entendido, pero por lo visto nos complementamos de cojones. Siempre ha sido así. Las horas de estudio se agotan. Hemos intentado agarrar al toro por los cuernos, pero vaya si se revuelve el condenado. La frustración es evidente en nuestros caretos. Y el hueco sigue ahí.

Me encuentro con Suso Saiz en la cafetería y, entre whisky y whisky, le comento nuestro problema. Nos conocemos desde los tiempos de GASA, y soy consciente de su desbordante imaginación musical. No le pediría ayuda a cualquiera, y menos para esta canción tan especial. Se viene conmigo al estudio, la escucha con atención un par de veces y se mete en la sala. Escoge de entre unas cuantas guitarras la Les Paul Standard de Manolo, la conecta a mi Fender Vibrolux y, antes de que me dé tiempo a aplaudir la decisión, se lía a patadas con ella para extraerle una legión de acoples desbocados con todos los potenciómetros disponibles al máximo. La cara de Manolo es un poema. Pero los acoples van cobrando sentido ante nuestros ojos y no tardan en encontrar un sitio dentro del juego armónico hasta que se integran en él. Mr. Saiz orienta la guitarra aquí y allá como si fuera un teremín y aquello se acaba convirtiendo, con la aportación de Charly a los controles, en uno de los momentos más grandiosos del disco. Pura magia. Señoras y señores: Suso Saiz y Carlos Martos. Gracias, par de dos.

¿Y el título qué? Me encuentro en el corazón de la Alcarria, despidiéndome de una antigua casa señorial que alegró mi infancia y la de mis primos y cuyo acceso me estará vedado en el futuro. Estoy sentado en los bordillos de mampostería que aún engalanan la vieja piscina recordando la muda ingravidez de las infinitas inmersiones a las que con tanto placer me entregué siendo un chaval… Allí, hurgando con una rama en aquel charco macilento que ahora cubre

el fondo, hubiera vendido mi alma por un chapuzón con una urgencia como la que pueda despertar un cigarrillo o un trago de ginebra seca. Nadar. Sumido en aquella melancolía reparé en que el imperativo cohabitaba sin remedio con su propia imposibilidad. Nada. Como todos esos libros que tienen que morir solo porque crees que debes seguir escribiendo este. Esos cadáveres que solamente vas a ver tú.

Y nadie más que tú. Al menos en esta reunión. De nada servirá irnos todos a una piscina similar para una sesión de fotos. Nadie ata cabos. No convence la idea de una piscina vacía en franca decadencia para la portada. Quizás si fuera nueva y de juguete… ¿Cómo que de juguete? ¿Por qué? No sé, es que me lo pide. Socorro.

Mira que es fácil manipular una idea ajena. A lo mejor tener una propia de vez en cuando resulta más constructivo. Sería cuestión de probarlo. Hablando de ideas, vuelve a salir el tema de compartir los derechos de autor. No deja de ser cierto que estuvimos a punto de cambiar aquella estrofa de sitio solo porque algún instinto lo pidió. Y aquella otra. O el estribillo de la de más allá. Pero yo ya no puedo más. Me ahogo. Aquí no queda ya ni aire. Nada.

X
EPIPRÓLOGO (2002-2012)

1

No sabrás qué hacer después de la prueba de sonido. El agua y la sal te harán sin duda mejor compañía que los bares. Guárdate de las tabernas en la hora del nervio. Durante las horas que preceden al concierto pasearás, harás estiramientos o estamparás tu pelota de tenis contra la pared de la sala. Repasarás las letras. Hoy estás de suerte, porque la brisa marina suaviza las cuerdas vocales y templa la memoria. Recuerdos. Mira que es caprichosa la memoria.

~

Es un baloncito rojo que se aleja mar adentro ante la desesperación de una criatura cubierta por una túnica negra y un sombrero celeste con unicornios fucsias. Es la ausencia de pigmentación de su piel, su melenilla blanca y el síndrome de Down que perfila sus rasgos. Le acercas el balón y son sus minúsculas manos albinas. Es la dulzura en su voz.

—*Thank you, sir.*

~

Es un laberinto, la memoria. Mirar por el ventanuco de atrás para informar de que, efectivamente, si la furgo tira mejor ahora es porque el remolque donde llevamos el equipo ha desaparecido sin dejar rastro. No sabrás qué pensar cuando, después de tomar el primer cambio de sentido, nos lo encontremos aparcado en el arcén de enfrente, entero y con cara de no haber roto un plato en su vida.

~

Tener que volver desde Rueda hasta Ourense porque nos hemos dejado el maletín con la pasta en un bar de carretera. Que el local aún esté abierto cuando llegamos, pasada la medianoche. Que el jefe nos esté esperando con el maletín en la mano.

—¿Y qué llevan ustedes aquí?

—Pues medio millón de pesetas, caballero.

—Carallo, si lo sé caso a la hija…

~

Qué tontería más grande, y, sin embargo, con cuánta nitidez recuerdo un agujerito en las cortinas negras, un rayo de luz perfectamente cilíndrico atravesándolo y una película en blanco y negro que se proyecta espontáneamente en el techo y cuyo argumento no es otro que la calle de abajo. ¡La habitación que comparto con Finoski es una cámara oscura! Nos tiramos un buen rato contemplando este clásico instantáneo del costumbrismo patrio. Solo nos faltan las palomitas.

~

—¡¡¿Es que no atiende nadie aquí, cojones?!!

No grites tanto, coño. Siempre ha habido hoteles raros. Por mucho que insistas no va a responder nadie en recepción. Nos han dejado cuatro llaves numeradas sobre el mostrador, a modo de bienvenida. La puerta de mi habitación muestra evidentes signos de haber sido golpeada por un puño reiteradas veces, y en la de Chema hay huellas de crucifijos por todas partes, uno de ellos invertido. Al salir para el concierto reparamos en un perro blanco sin orejas, manco y con el rabo amputado que no parece percibir nuestra presencia.

Volvemos del bolo, que ha sido en una nave industrial en medio de la nada, y en el hotel siguen sin dar señales de vida. Ahora que ya es de noche se distinguen las telarañas de los rincones, iluminados por luces verdes y rojas. Me prometo a mí mismo no volver a fumar marihuana. Nadie consigue pegar ojo. Nos levantamos muy temprano y nos largamos de allí cagando leches.

Después de perdernos unas cuantas veces por aquellas carreteras del demonio estamos de vuelta, sin proponérnoslo, en la puerta del hotel maldito. Anoche alguien nos alertó de misteriosas alteraciones magnéticas detectadas por la zona, y empezamos a relacionarlo con esta súbita incapacidad para orientarnos. El pobre perro-manatí sigue allí clavado, y reparamos en que tampoco tiene ojos. Arrancamos y lo intentamos una y otra vez hasta que por fin encontramos la autopista. Un sepulcral silencio inunda el interior de la furgoneta hasta que llegamos a las inmediaciones de Madrid.

~

Las autoridades alucinan más que nosotros. Una de las muchas veces que nos para la Guardia Civil me pongo a charlar con un agente, y no recuerdo de qué hablamos, pero sí que acabamos despidiéndonos con un sentido abrazo. Acto seguido va y nos para un helicóptero. Se acerca tanto que casi nos echa de la carretera, y nos ordenan, megáfono en mano, detenernos en el arcén. Supongo que después de hacer instrucción siempre apetece salir por ahí a jugar a los marines. Se alejan volando sin dar más explicaciones y nos dejan allí plantados sin saber qué hacer, los hijos de la gran puta. Decidimos que se trata de una broma de mal gusto y nos largamos pitando, que llegamos tarde a la prueba.

~

Mientras el técnico se centra en tus compañeros, te echas un cigarrito. Es una de esas cosas que ni se piensan. Cuando se acaba, pues tiras la colilla por ahí, yo qué sé. Lo que no te esperas acto seguido es un festival pirotécnico del copón. Vaya flipe. Por lo visto, me acabo de cargar los fuegos artificiales con los que la banda de rock supuestamente duro con la que compartimos cartel se engalana en directo. No llegamos a las hostias de milagro, porque los cretinos estos insisten en que se trata de un boicot premeditado para joderles el show y exigen una compensación sin especificar. ¿Un

duelo a trabucazos? ¿Diez mil millones de pesetas? Iros a tomar por culo. Haber traído petardos de repuesto.

2

Grabamos la banda sonora de *Se buscan fulmontis*, un film que ha dirigido nuestro colega Álex Calvo-Sotelo. El título no augura nada bueno y el encargo llega en un momento pésimo, pero Álex es nuestro amigo y no hay más que hablar. De no ser por la participación de Raimundo Amador, que maneja la situación con maestría de patriarca, estoy convencido de que hubiéramos terminado a hostia limpia. Así no se puede vivir, puñeta.

3

Poco más o menos al final de la gira de presentación de la película comunico a mis compañeros mi firme propósito de abandonar la banda. Se muestran conformes con la decisión y están de acuerdo en que lo mejor es disolvernos en el éter. Ninguna discrepancia cambiaría las cosas, pero tanto Fino como Chema parecen entenderlo con sinceridad, lo cual no deja de ser un buen síntoma. Benítez intenta hacer valer su veteranía y nos recomienda, con maneras de gurú, pensárnoslo más detenidamente en casa.

La desbandada, nunca mejor dicho, es general. Chema se centra en estudiar interpretación, Fino se va a vivir a Nueva York y Manolo se dedica a recaudar pasta para un «megaproyecto ecologista» que le bulle por la sesera. Me instalo en Galicia. Allí me sigo dedicando a escribir canciones y decido mantenerme sobrio una temporada, a ver qué pasa. También caigo en la cuenta de que sería oportuno grabar

un disco en directo y emprender una gira para despedirnos de nuestra gente. Eso seguramente nos proporcione un margen de tiempo para maniobrar y un colchón económico sobre el que hacerlo con relativa calma. Además, no me parece elegante esfumarnos así, sin más. La verdad está en la carretera. Bendita sea su infinita línea blanca. A Paco López le parece buena idea y la maquinaria se pone en marcha. Después de más de medio año sin vernos, Los Enemigos nos volvemos a encontrar en el local de ensayo.

Por allí irán pasando, en calidad de artistas invitados, Rosendo Mercado, Jorge Martínez, Julián Hernández, Los Planetas, Ajo, Patacho Recio… y Pablo Novoa, que nos acompañará en toda la gira como músico de apoyo, encargándose de teclados, guitarras y percu. Me acostumbro a mi recién estrenada sobriedad, pero me siento más lejos que nunca del planeta Tierra. Mira tú por dónde. Los acontecimientos, los objetos y las personas han adquirido una brumosa calidad que identifico rápidamente con la ausencia de alcohol en mis venas. Mi sordera también va en aumento, y los acúfenos me obsequian con algunos días insoportables. Tengo que ir al otorrino o al loquero, no sé. Eso es. Así es como me siento cada vez que pido agua con gas en la barra de un bar. Un otorrino con pico de pato y cola de castor.

El directo se titulará *Obras escocidas* y se extraerá de unos pocos conciertos en los que invertimos un pastón. Aunque las expectativas son buenas, lo primero que hacemos al llegar donde sea es acudir a la radio local. Hay que hacer promo a saco, porque esto va de vender todo el pescao o perder pasta, sin término medio. Así, entre un par de halagos a la gastronomía local y lo singular de sus edificios más emblemáticos, colamos dos o tres canciones y toda la información básica acerca del concierto de la noche.

Un mundo, las entrevistas. Hay preguntas que son respuestas. El entrevistador menciona un episodio de tu existencia, y lo que viene después es un silencio que se supone debes interpretar como tu línea de salida. Suele ser algo así:

—Actuaron ustedes en el festival X compartiendo cartel con la legendaria banda norteamericana Y en el año Z…

Y se calla, el tío. Ante una pregunta/respuesta de estas lo más resolutivo es sin duda una respuesta/pregunta.

—¿Ah, sí?

El efecto es divertido. En cierta ocasión la pregunta me pone los pelos de punta. Bueno, técnicamente tampoco es que sea una pregunta.

—Véndase.

Me bloqueo. ¿Qué le digo yo a este cretino? ¿Que tengo un pollón de la hostia? El mundo, tal y como lo conocemos, se está desintegrando. El pistoletazo de salida hacia la cara B de mi existencia truena en mis maltrechos tímpanos. «Véndase». Hay que joderse. Pude comprenderlo un poco mejor cuando aparecieron las redes sociales esas. Pero tampoco te vayas a creer, sigo sin entender una mierda. Qué es eso de «véndase». Vende tú a tu prima, no te jode.

La cosa termina en La Riviera madrileña. Son tres noches apoteósicas en las que no me siento capaz de participar ni de la euforia ni de la tristeza que parecen alternarse en los ánimos del personal. Los míos tienen más que ver con el alivio y la esperanza. Pero en los días previos a los conciertos mi incomodidad no ha hecho más que aumentar. Manolo ha organizado un homenaje a Fino. Le pregunto a cuento de qué sale con esas ahora.

—Porque es la hostia.

Ha estado recaudando pasta entre los conocidos para comprarle un amplificador y ha organizado una fiesta para inmortalizar su entrega. Yo sé que este hombre no da puntada sin hilo y, aunque capto el mensaje subliminal, no entiendo del todo a qué cojones viene todo esto ahora. Ni que decir tiene que ni asisto al evento ni pongo un céntimo para lo que considero una falta de respeto superlativa hacia Chema y hacia mí. También me niego en redondo a alquilar una limusina para nuestra llegada a la sala (¿una limusina? ¿Es que nadie en Los Enemigos entiende de qué van Los Enemigos?).

Una vez terminado el último de los tres bolos, el camerino se llena de gente. No pruebo el champán. Me encierro en el lavabo a relajar los músculos del cuello y, después de un «se acabó el dinero fácil»

pronunciado con familiar acento canario que escucho a través de la pared, decido que es mejor no seguir mucho rato por aquí y me voy a casa a ver una peli.

4

Me siento como un convicto liberado y puesto de patitas en la calle tras una vida entera en prisión. Presiento que echaré de menos la relajación espiritual que se respiraba entre rejas, pero me muero de ganas de interactuar extramuros, con gente nueva.

Ah, la dinámica. Asumo que a partir de ahora va a ser muy otra y me mentalizo para saborear sus dificultades. Alzo de buena gana los brazos para recibirlas, pero son un enigma para mí. No sé nada del mundo exterior, no lo entiendo, no me siento capaz de encontrar mi sombra, no sé ni cómo saludar a mis nuevos compañeros. Los viejos patrones del rock me agarrotan. Hay noches en las que salgo de las sesiones de *Las golondrinas etcétera* pateando contenedores y con ganas de darle una paliza al primero que se me cruce por delante. El amor es mentira. La amistad no existe.

Tengo que centrarme en las canciones. Lo demás no importa. Solo ellas parecen sinceras y carentes de expectativas. Me he vuelto huraño y suspicaz, así que para olvidarme de todo me sumerjo a pulmón en ellas. Flipo tanto ahí abajo que pierdo la noción del tiempo, y Nacho Mastretta, el productor de mi primer disco en solitario, a menudo se ve obligado a tirar del cable para recordarme que pertenezco a la superficie. Regreso a ella con una banda de ensueño —Pablo Novoa, Luca Frasca, Ricardo Moreno y Pablo Navarro—, cuya experiencia y virtuosismo me intimida hasta el agarrotamiento.

«Sin perdón dormid» es sacrilegio en estado puro. Soy el puto Dios creador y sollozo amargamente al contemplar la mierda de obra que me ha salido. Pero antes de este delirio blasfemo han desfilado

por los surcos del disco «Ole papa» (canto de bienvenida a una recién estrenada libertad), «Mi prima y sus pinceles» (síndrome de abstinencia voluntariamente interrumpido, léase espantá o recaída si se prefiere), «Tragón» (la genética del vicio), «Con las manos vacías» (un número ignoto de Chavela Vargas que decidí recuperar para la ocasión), «Serrín» (historia de mendigos inspirada en *Misericordia* de Galdós) y así hasta un total de trece canciones en las que me regodeo al paladear gloriosos, benditos y adorables silencios. Dios, cómo los necesitaba. La foto de la portada es un guiño a mí mismo que nunca he comentado con nadie hasta ahora. Nos conocemos desde siempre, la burra y yo. Tengo que tirar de ella, es terca de cojones, y no tardo en cansarme, soltar la brida y darme un garbeo para ver qué se cuece por ahí. Describo círculos, por eso no avanzo. Y antes o después me la encuentro allí plantada, esperándome. Es capaz de quedarse clavada al suelo seis meses. Tres años. Un lustro… No importa. Llegará el día en que no sea capaz de pasar de largo. Así que aprovecho la ocasión y vuelvo a tirar fuerte de la brida.

Aún a merced de los caprichos de mi muy obtusa acémila, el resultado final es más que satisfactorio. La prensa especializada se hace eco de ello, y mi primer disco en solitario genera bastante trabajo, con lo cual la incertidumbre se despeja un tantito mientras voy haciendo acopio de experiencia, que falta me hace. Cuando llega el momento de enfrentarme al segundo disco, he dejado más o menos atrás las comeduras de tarro y he aprendido a valorarme. Porque no hay mucha gente escribiendo canciones. Sospecho que la culpa es toda del futuro. Está bien no perderlo de vista, claro. Pero deberíamos tener en cuenta que no es muy predecible que digamos. No. De eso nada. Escribir es un acto de presencia absoluta. No hay sitio para el futuro mientras estás escribiendo. A la mierda con él.

Su primo el presente decide darnos una buena hostia el 11 de marzo de 2004. Desde la cercana estación de Atocha sube un extraño olor que inunda toda la casa. La luz es también muy rara y el aire se ha vuelto pesado. Huele regular, pon la radio a ver. De entrada, la estupefacción y la rabia son brutales. Esa misma mañana, unos cuantos nos acercamos a la Puerta del Sol. En uno de

los corrillos me encuentro con Kike Sierra. El cambio de impresiones, transistores en mano, va tomando forma. No ha podido ser ETA, por mucho que las fuentes del Gobierno peperoni aseguren que sí. La rabia es ya incontenible. Volvemos a casa convencidos de que esto se aclara en la calle, a hostia limpia si hace falta, hoy mismo.

Poco a poco la lista de víctimas va siendo definitiva, y a los pocos días algunos periódicos hasta traen fotografías. Reconozco a Javi el mod, el chico que cantaba en Los Enemigos cuando eran una banda de versiones y me reclutaron para telonear a los Barracudas. Javi salió del grupo después de aquello, pero me siguió prestando su Rickenbacker hasta que me hice con una guitarra decente. Era un buen tipo. Iba con sus dos hijos en el vagón que reventó a la altura del Pozo del Tío Raimundo. Murieron los tres.

5

Le he cogido el gusto al formato acústico y decido seguir indagando por ahí. Quiero incluir un violonchelo en la banda. A lo que no me acostumbro es a la sobriedad, y no tardo en volver a abandonarla en algún bar de carretera. Qué le vamos a hacer. Entre sobrio y borracho sigo prefiriendo lo segundo. A pesar de las transaminasas, que se vuelven a disparar hacia un cirrótico infinito. La burra, ya sabes.

Después de un lamentable episodio en A Coruña, donde resido desde hace un año con Cristina, me vuelvo a Madrid, y en el viaje, nocturno y precipitado, me cruzo con Kike Turmix, que se me viene encima a toda hostia desde el carril contrario. Su bólido negro, lleno de cicatrices y sin ruedas, deja un rastro de fuego en la autopista. No hay duda de que se dirige al otro barrio. Intento saludar, pero pasa de largo sin mirarme.

Aparco mi viejo Volvo colorao en la Corredera Baja y me planto en el Garaje Sónico, mítico bar sito en la plaza del Dos de Mayo, donde

procedemos a despedirnos del gordo. Me reciben una foto suya, una pequeña urna (según Manolo UVI es imposible que las cenizas del Turmix entren ahí) y un chupito para brindar con él y por él con un montón de amigos. No sé por qué, decido que esta noche beberé ron. Mucho ron. Al llegar a casa —tampoco sé por qué— me zampo una caja entera de Trankimazin y media botella de coñac del de cocinar. Si no me despierto me la suda. No me importaría pasarme lo que queda de noche quemando asfalto con un bólido como el del Turmix. La mañana siguiente parece ser que no es la mañana siguiente, sino la otra. Cuarenta y ocho horas en coma y resulta que sigo en este mundo. Ni siquiera tengo resaca. Me digo que bueno, que vale, y me bajo a tomar el vermú como si no hubiera pasado nada. Porque eso es exactamente lo que ha pasado: nada.

Me asocio con Pablo Novoa y pateamos cientos de garitos en formato de dúo antes de entrar en el estudio para grabar *Garabatos*. Esos miles de kilómetros nos proporcionan una complicidad estratosférica, tanto en el escenario como fuera de él. «Pensando no se llega a ná» (modesta aproximación a Randy Newman, a cuento de un discurso de José María Aznar), «Baile de los peces» (pizpireto número de cabaret fluvial), «Farol» (o cómo camelarse a un camarero para que no te eche del penúltimo bar), «Luna nueva» (oscuras sombras de madurez) o «En tu estampa» (nostalgia herida con un ligero aire al Elton John de los setenta), solo por citar algunas de las más habituales en los directos a día de hoy, van pasando por la mesa de mezclas con soltura y elegancia. Ventajas de tener las ideas medianamente claras. La banda sigue siendo de campanillas, aunque Pablo Navarro es sustituido a última hora por Mac Hernández. Marina Sorín se encarga de las partes de violonchelo bajo la supervisión de Novoa, que se ha currado unos arreglos preciosos para la ocasión.

La criatura lo tiene difícil. Virgin ha cerrado Chewaka, con lo que a partir de ahora seré un número. Un número negativo, concretamente. Tengo los días contados y doy por hecho que la promoción va a ser muy justita. Por suerte, Javier Liñán sigue en nómina y al final no puedo quejarme. No tardo en percatarme de que el estilo deliberadamente naíf de la portada está lejos de ayudar

(Javier me había prevenido al respecto) y el título resulta que se presta a malentendidos. Parte de la prensa califica el disco de «minimal», cuando en realidad se trata de una grabación cuidada al milímetro en todos los sentidos. La producción de Pablo Novoa es elegante y minuciosa hasta decir basta. Su aportación a la guitarra, estratosférica. En las sesiones de grabación (en riguroso directo, incluida la voz) consigue sacar lo mejor de nosotros. Estuve a punto de titularlo *Las cosas fingen*, como la canción de las mil mudanzas que se incluye en el álbum (una de mis favoritas, por cierto). Puede que si lo hubiera hecho se lo hubieran tomado más en serio. Pero decidí seguir el consejo de alguien a quien respeto muchísimo y terminé bautizando a la criatura con este título —ahora lo veo— desafortunado y proclive a equívocos. Así que a partir de ahora, respetos los justos. Pobre *Garabatos*.

6

En mitad de una monumental gira por garitos de Galicia conozco a Miguel Barros, excelente guionista y anfitrión nato con el que mantendré a lo largo de los años una profunda y sincera amistad. La mayoría de mis canciones han pasado por su preciosa casiña antes de ver la luz o la han visto directamente allí. Paso más tiempo ahí que en Madrid, y estoy a punto de instalarme definitivamente cuando recibo la llamada de Andreu Buenafuente. Siempre que saco material nuevo recibo su llamada. Eternamente agradecido, compadre. Ya es la segunda vez que voy a su programa, y juraría que Núria Torreblanca, la única e imponente mujer del equipo de guionistas, me hace ojitos. No son de este mundo, esos dos luceros.

Pero crisis, crisis, crisis y más crisis. Nadie habla de otra cosa. Javier Liñán, también damnificado por los recortes en Virgin, inaugura la disquera independiente El Volcán Música con mi tercer larga duración, *Loco encontrao*. Llevo trabajando con Javier desde

los tiempos de RCA y somos ya como de la familia. Él siempre ha estado ahí, y su mediación ha sido decisiva más de una vez. Y más de dos. También gracias a él conozco a un montón de personajes del gremio, algunos de ellos realmente grandes, como Peret, Enrique Morente o Kiko Veneno. Por cierto que cuando me presenta a este último, mi sordera me juega una curiosa jugarreta. El maestro estaba trabajando sobre unos versos de Rafael Alberti y se le ocurrió preguntarme por mi opinión acerca del trovador gaditano, y yo entendí «qué te parece *er Betih*», el equipo de fútbol. No me esperaba yo algo así, por muy de Sevilla que fuera Kiko. Salí como pude. Que yo soy del Atleti, pero que mi abuelo, que por cierto había sido futbolista profesional antes de la Guerra Civil —interior izquierdo en el Egabrense F.C.—, era seguidor del Betis y que, en consecuencia, se trata de un club que siempre gozará de mis más sinceras simpatías, etcétera. Tras un silencio sepulcral, Liñán deshace el entuerto. Desde entonces siempre nos saludamos con un «¡viva Alberti manque pierda!» y un abrazote. El primer disco de Veneno cambió mi forma de entender la música para siempre, y *Échate un cantecito* vino a darle otra vuelta de tuerca años más tarde.

Parezco una fan sudada, cojones. En fin. La asociación con Pablo Novoa continúa viento en popa, y de la vieja banda solo quedan él y un Luca Frasca cada día más estratosférico a los teclados. Coke Santos, Javier Rojas y David Krahe completan el excelente elenco, que resulta ideal para dotar al repertorio de un empaque más rockero y visceral a la hora de grabar *Loco encontrao*.

«Baila el viento» (serena aceptación de la muerte, en las antípodas de *La vida mata*), «Vuelo de volar» (otra taza del mismo caldo), «Mar de fondo» (retrato alcohólico-portuario con perro, probablemente mi favorita del lote), «Pescao» (canción de amor imposible y submarino), «Fresa y limón» (pop amable para esa asesina de pasiones llamada rutina) «Siendo güeno» (adaptación al castellano de una de mis canciones favoritas de todos los tiempos: «Ain't Misbehavin'») o «Loco encontrao» (apasionadas rimas que dedico a Núria, mi prometida) son algunos de los órganos vitales de la nueva criatura, que ha sido gestada junto al fragor del Atlántico,

impregnada por el yodo de la brisa de la ría de Pontevedra y curtida en largas inmersiones dentro de sus heladas aguas.

Sin embargo, acabo instalándome en Cataluña, a escasos metros del Mediterráneo, donde me caso —perdidamente enamorado— con Núria el 17 de octubre de 2009. La noche anterior tengo un concierto en Valencia y por poco no llego a la ceremonia. La salud de mi padre flaquea por momentos y le es imposible acudir a la boda. He atravesado la península con frecuencia durante estos últimos meses para hacerle compañía y que conozca a Núria, primero en su casa de El Puerto y después en el hospital San Rafael de Cádiz, donde fallece tras largos padecimientos el 18 de febrero de 2010, en plenos carnavales gaditanos y bajo una impresionante tormenta eléctrica. Le gustó verme sereno y le encantó Núria. Le tiraba pellizcos y todo. Siete días después actúo en L'Auditori de Barcelona con la banda mientras cumplo cuarenta y cinco tacos. Un compromiso duro de roer. Así son las cosas. Durante aquellos interminables viajes en tren, en avión y en automóvil casi he terminado de escribir, sin apenas darme cuenta, las letras de las canciones que darán forma a *Lecciones de vértigo*. La inmensidad del invierno en la playa de Castelldefels es toda para mí.

Lo primero que me encuentro al abrir los cuadernos de Cádiz son unos apuntes, a modo de instantáneas, tomados en la cafetería del hospital durante los carnavales. El edificio se encuentra al lado del teatro Manuel de Falla, sede del concurso anual de chirigotas. No es raro que los concursantes se pasen por allí a echar un buchito. Te puedes tropezar con una abeja Maya tamaño XXL contando chistes al acercarte a la barra. El contraste con la habitación donde se consume mi padre es brutal.

Esto ya es enfermizo: enseguida veo una canción allí. Una sucesión de imágenes que no me cuesta demasiado relacionar entre sí, a pesar de su disparidad. Releyendo las notas, decido empapar la canción con el aguacero que cayó el último día de mi padre en este mundo para resaltar la espectral carga dramática. Y venga caer agua. Al final, la canción, el hospital, los carnavales y toda la ciudad acabamos sumergidos y flotando bajo el agua de la bahía. Hasta mi tío Fernando, cuya muerte ocultamos a mi padre hasta el final,

acaba prestándome un transmigratorio trueno para los primeros versos. La cadencia y los arreglos le hacen ojitos al Dylan de *Time Out of Mind*. Es «Pae», mi pae. El hecho de que en los créditos aparezcan las tres letras en mayúscula sigue siendo un misterio para mí. Poco antes de morir, papá nos regaló un reloj de mesa muy chulo, y no sé qué le pasa, pero no da la hora bien por mucho que le cambie las pilas. Me gusta pensar que marca la hora de él, del lugar al que se ha ido, al que se lo hayan llevado o lo que sea que le pasa a uno cuando la casca.

No hay intención terapéutica en la canción. Ni en ninguna otra, al menos en mi caso. Escribo porque tengo que hacerlo, sin más. Así es como ordeno un poco mi tiempo. A veces caigo en la cuenta, según voy haciendo, de que aligero carga. Eso es todo. Y ni siquiera sigo escribiendo por eso. Se trata de algo más visceral. Lo hago porque sí, porque tengo que hacerlo, y es cuestión de vida o muerte que quede de puta madre. Lo siento como una certeza. Puede que lo haga por amor, aunque ni siquiera sé hacia dónde va dirigido, ni falta que me hace. Creo que es mejor así.

La chispa que prende «Sol de invierno» salta en el viejo astillero de Bueu (Pontevedra). En aquel cementerio del mar, las antiguas embarcaciones se consumen por la acción el viento y la sal de la ría, pero sobre todo por la tristeza de no haber podido contar su verdadera historia, que poco tiene que ver con las fanfarronadas escuchadas mil y una veces en tabernas de medio mundo. No hay nada como preguntar con educación, y es evidente que este cascarón de doce metros mal contados de eslora está deseando hablar. Así es como accede a reinterpretar para mí la última arenga que un viejo capitán tuvo a bien pronunciar para su tripulación antes de abandonar para siempre toda una vida de sangre y rapiña.

En realidad se trata de una suerte de manual de instrucciones para mezclarse con la gente de bien en tierra firme sin dar demasiado el cante. Una historia de piratas viejos con la que los que vamos teniendo una edad y hemos madurado a base de hacer la croqueta por los bares no podemos dejar de identificarnos. A veces el sol de invierno concede un día más. Y, aun sabiendo que no todo el mundo tiene la suerte de seguir vivo y bien, es algo digno de

celebrarse. Suele ser mejor cumplir años que dejar de hacerlo, ¿no? Así que cantemos, bailemos, soñemos…

Los que nos vamos quedando por aquí tenemos que acostumbrarnos no solo a las despedidas, sino a las gilipolleces que tenemos que escuchar en ellas. Y cuando aquel señor entró en el vagón asegurando que «es triste pedir, pero más tristes son ustedes», conectó enseguida con el mal cuerpo que se me había quedado leyendo un montón de chorradas a cuento de la muerte de Antonio Vega. En este sopicaldo se coció «El lobo», que más que una canción protesta es una protesta hecha canción. Toda esa falsa conmiseración que inunda los obituarios me pone enfermo. Solo espero que a aquel señor del metro le vayan mejor las cosas. Ojalá sea así, caballero.

En mi calle vivía un tipo al que de vez en cuando le daba por tirar cosas por la ventana. No se cortaba un pelo: tiraba la tele, la nevera, un colchón… Cosas grandes, un espectáculo de primera. Luego venía la pasma, los bomberos y una ambulancia que se lo llevaba. Al cabo de unos meses le veías otra vez paseando por allí como si nada. Siempre me he preguntado qué le pasaría por la cabeza mientras tiraba el somier por la ventana, porque en su careto se dibujaba un brillo procedente de una estrella distinta y dejémoslo en no demasiado lejana. Siempre quise escribir una canción sobre los misterios del trastorno bipolar, pero hasta que no leí sobre la geometría fractal no supe cómo abordarlo. Es «Fractales». El cromatismo de agudo a grave que la conduce intenta acompañar a este señor en su inmersión en vete tú a saber qué abismos.

Y bueno, podría enrollarme también sobre «Euforia» (mi particular «Lonely at the Top», una canción pop muy especial), «Hagan juego» (o el circo desde dentro, a cuento de aquel episodio de las apuestas de la gira Gas), «Cachorrilla» (canción de amor preñada de rocanrolera ruralidad) o la versión del «Ser verde» de *Los Teleñecos* que siempre quise hacer. En realidad se trata de un clásico, «Being Green», que en su día interpretaron bestias pardas como Frank Sinatra, Ray Charles o Van Morrison. Cuesta creer que Joe Raposo no la escribiera exprofeso para la rana Gustavo. Me gusta pensar

que es una canción para todos los que nos sentimos fuera de lugar al menos tres veces al día. Verdes. Y a mucha honra.

7

Llevo tiempo preguntándome si podré seguir viviendo de la música, y un día la respuesta es que a lo mejor, pero que más me vale un plan b o algo que se le parezca. Mi querido amigo Tucho Reinoso me hace un hueco en su clínica veterinaria del barrio del Calvario de Vigo para que me vaya haciendo al oficio. Los compañeros que me han tocado en suerte no pueden ser más majos y se esmeran compartiendo conmigo sus dificultades. He decidido dedicarme a esto hasta que me jubilen. Estoy hasta los cojones de ejecutivillos que me llaman «maestro» y cobran mucho más que yo. Además, me gusta este trabajo. Se podría rodar una peli cojonuda con todos los personajes y situaciones pintorescas que se daban en la vieja clínica. Un entrañable abuelete que tomaba la misma medicación que su no menos entrado en años perro; iban juntos a todas partes y murieron casi el mismo día. Una señora que se dedicaba a recoger gatos y llevarlos a la clínica para salvarles la vida, pobrecitos, cuando en realidad muchos de ellos tenían propietario, vivían tan ricamente y simplemente se estaban dando un paseo por el barrio… No sé, siempre me he llevado bien con los animales. Núria me llama Blancanieves cada vez que hago un nuevo amigo de cuatro patas.

Lo que no me gusta tanto es estar encerrado ocho horas al día. No estoy acostumbrado. Puede que si la clínica tuviera ruedas y ventanas como la furgo… Pero no las tiene ni parece que se las vayan a poner, así que cuando se me plantea una reunión de Los Enemigos me digo que puede que sea buena idea aceptar, al menos hasta que las cosas mejoren ahí fuera. Si es que lo hacen.

8

A mi modo de ver, evolucionar como músico no consiste simplemente en explorar otros estilos. Lo que quiero decir es que no basta con cambiar de registro para hablar de evolución. Si no ofreces un discurso capaz de remover las entendederas del personal, te estás limitando a hacer un ejercicio. Ya puedes cambiar de traje las veces que quieras, que el asunto va a quedarse ahí. Del rock canónico al bolero canónico no veo yo mucha evolución, la verdad.

Tocar con otros músicos y jugar con los silencios. Grabar en riguroso directo, voz incluida. Utilizar sobre todo instrumentos acústicos… Estas inquietudes resultan de lo más evidente al escuchar mis dos primeros discos. Pero en el tercero (el muy a mi pesar ignorado *Loco encontrao*) se me empieza a ver el plumero, amigo. Quiero rockear, mamá. No me cabe la menor duda de que he nacido para esto. Es lo que mejor se me da y con lo que más disfruto. En mi casa se vuelve a escuchar rock and roll a todo trapo, y cada vez con más frecuencia necesito un buen abrazo de mi guitarra eléctrica con el amplificador a toda hostia.

Y sucede que el destino lo está poniendo a huevo así, de repente. Los Enemigos. El repertorio está calentito y huele que alimenta. Parece que nos echamos de menos, el rock and roll y un servidor. No se hable más. Encantado de volver a verte, viejo amigo.

XI
VIDA INTELIGENTE
(2014)

VIDA INTELIGENTE*

Mi red neuronal es reacia a registrar este aluvión de estímulos en el compartimento estanco de los acontecimientos reales. La multitud de raspas y porrones que vitorea a Los Enemigos en la calle del Laurel una gélida mañana de enero del año 2012 pasa a ser archivada en el muy concurrido departamento de delirios y alucinaciones. Al menos temporalmente, hasta que sea capaz de digerirlo. La primera actuación «posguerra» de Los Enemigos tiene lugar en el festival Actual de Logroño y es hoy un recuerdo mullido, sin aristas, casi etéreo. Pura carga emocional. Antes de salir al escenario abrazo uno por uno a mis compañeros, en un impulso que acabará convirtiéndose en ritual. ¿O ya lo hacíamos antes? Me parece que no. Lo último que pienso antes de salir es que sería chulo arreglar mis diferencias con Manolo.

Tenía claro que el concierto no saldría tan bien como los ensayos, pero no esperaba una diferencia tan grande. Debería haberme esmerado más al readaptar mi sonido al repertorio enemigo. Tanta tralla se me iba de las manos. Por suerte, pudimos contar con el maestro Michel Martín a los controles. Ya habíamos hecho bolos con él durante la gira Gas, y no se lo pensó dos veces cuando se lo propusimos esta vez. Un lujazo, una garantía y un amigo con el que tenemos la suerte de seguir contando hoy. Con la explosión de alegría que se respiraba entre el público era difícil concentrarse, pero hicimos lo que pudimos y al final salvamos los papeles. El sobresaliente se lo llevó, sin lugar a dudas, el respetable. Somos muy afortunados al tener este público tan especial. Nadie diría que han pasado diez años. Mil gracias por facilitarnos tanto las cosas,

amigos. Vaya si mereció la pena. Por primera vez me planteo alargar un poco la cosa. Necesito sacarme un par de espinas, aunque lo cierto es que me lo he pasado como un enano. Seré sinvergüenza…

El experimento se considera un éxito y van saliendo más bolos. Me he hecho con algunos pedales de efectos, he recuperado —de muy rocambolesca manera— el Marshall y le he cambiado las pastillas a la Stratocaster azul. La cosa va cogiendo empaque. Bendita carretera, allá vamos. Para el tercer concierto, que tiene lugar en la Isla de la Cartuja, ya sonamos como un cañón. Decido volver a eliminar cualquier rastro de la parte izquierda del escenario en mi monitor. Sin ánimo de ofender, los arreglos de Benítez me desconcentran. Siempre lo han hecho, y en Logroño pude comprobar que lo seguían haciendo. Prefiero no escucharlos o, si no es posible, hacerlo de lejos. Qué le vamos a hacer. Triste, ¿verdad? Sin embargo, la vieja compenetración con Fino y Chema sigue intacta, y los conciertos suponen para mí hora y media de felicidad absoluta. El repertorio enemigo ha ganado garra y, quién me lo iba a decir, quiero más.

Carlos Mariño, con cintura, respeto y profesionalidad, ha conseguido insuflarnos el oxígeno necesario. Es evidente que le hace una ilusión que te cagas. Es una palabra preciosa que no me importa repetir. Ilusión. Carlos siempre ha rozado el milagro con nosotros. A tozudo no le gana ni Dios. Desde que nos llevó por primera vez a actuar en su Arzúa natal hasta que consiguió que repitiéramos año tras año, a veces con doblete incluido. Ya fuera durmiendo en casas de amigos o en hoteles guais, el trato siempre fue exquisito. La comida, el vino, las risas, el respeto. Siempre de diez. Y ahora, convertido en un referente de la industria musical de este país, vuelve a hacerlo. Que conste en letras grandes. Eres un puto fenómeno, tío. Gracias, por la parte que me toca. Esto empieza a parecerse a una banda viva. Ahora sí. Estamos de vuelta.

~

Cuando compuse «Vida inteligente» supe que vendrían más canciones. Fue la que dibujó en el horizonte la posibilidad de grabar

más material con los chicos. Es lo que se supone que hacen las bandas vivas, ¿no?

Se trata, no podía ser de otra manera, de un rock en nuestra línea más clásica, muy exigente con los cambios de ritmo. Con Chema y Fino en la sección rítmica es fácil cogerle el punto; a partir de ahí la cosa funciona con la precisión de una llave inglesa. Eso es. Precisión y artesanía. Ya tenemos portada. Al discurso no le queda más remedio que ser un poco puñetero, porque se centra en el hecho de que el tren de vida que deberías llevar lo está disfrutando otro, a costa de tu esfuerzo… ¿Ficción? Y una mierda. Son prácticamente las mismas familias desde la Edad Media. La esclavitud y sus disfraces. El veneno está servido, y la figura del doble («Real», «Razas de Caín», «El lado sano de mi cabeza»…) vuelve a imponerse como excipiente ideal. Al vídeo que rodamos para promocionarnos en las redes esas se apuntan sin dudarlo Joaquín Reyes, que hace de angelito, Alberto San Juan, que encarna a un demonio muy malo, y Silvia Superstar, tremenda como siempre en su papel de tentación suprema. Dirige el cotarro Pablo Vega. Mil gracias, amigos. Es un honor que forméis parte de la gran familia enemiga. Alberto nos presta el Teatro del Barrio, y cuando le doy las gracias a Joaquín, me contesta que lo hace encantado, por los buenos ratos que ha pasado escuchando nuestras canciones. Qué barbaridad. Qué buena es a veces la gente.

Núria me regala un iPod. No me entran los auriculares en el agujerito de las orejas, así que voy por ahí con unos cascos enormes y me miran raro, pero se escucha de puta madre. No saben que dentro de poco también los llevarán ellos. La primera canción que meto, lo recuerdo perfectamente, es «Flip, Flop and Fly», en la versión de Big Joe Turner. «*I don't care if I die*…».

FIRME AQUÍ*

¿Desentonaría «Firme aquí» en *Lecciones de vértigo*? A menudo me preguntan por el criterio que me lleva a elegir el destino de una nueva canción. Como si dependiera de mí. Desde dentro se percibe con una continuidad que, por lo visto, no resulta tan evidente a según qué distancia. La realidad es que tiene que ver más con la logística que con otra cosa. Hombre, si doy con un riff potente y guitarrero me lo guardo para Los Enemigos, claro. Pero no es menos verdad que los tiempos medios son todos intercambiables. «Desde el jergón» podría convivir con «Ole papa»; «Rompes mi canción» hubiera encajado de la hostia en el *Sursum corda*, y así. No importa. Yo seguiré escribiendo canciones y, bueno, ya veremos dónde acaban. Si es que no es en la papelera, claro.

«Firme aquí», por ejemplo, estaba de natural destinada a mi quinto disco en solitario, pero la vida tiene estos giros, y lo mejor que podemos hacer es adaptarnos a ellos. Siempre me han encantado los tebeos de Spiderman, y al final me he convertido una especie de Peter Parker. Ya no existen las cabinas telefónicas… ¿Dónde puñetas voy a cambiarme, hostia? Tampoco sé muy bien cuál es el traje de superhéroe y cuál el de tío normal. Casi mejor ni me cambio. Para qué.

~

Ese llenarse la boca de razón y disfrazar tu frustración de indignación berreada… Esa seguridad sobreactuada que es ya una seña de identidad entre los habitantes de la península (mucho me temo que solo se libran los portugueses. Ojalá la península fuera un

solo país). Esa incapacidad para zanjar una simple discusión de bar con un mínimo de elegancia. Ese sentido del honor de axila sudada, perdigón de saliva y faria perdido de babas. Ese defender la familia tradicional con hijos y a la vez defender los combustibles fósiles. Esas ostentosas bodas, bautizos y comuniones. Esa «edad de merecer» de la pequeña. Esa cabra lanzada desde el campanario. Esa aberrante tortura de toros y perros de caza… A todo esto digamos que uno se medio acostumbra. Pero este ponerse de parte de la empresa para ciscarle los ahorros a un cliente de toda la vida…

Necesito escribir una canción sobre el timo de las preferentes, y esta luminosa melodía me sirve en bandeja el enfoque. La foto está disparada en el momento exacto de la venta del caramelo, con el yayo sentado en la mesa del director, ilusionado ante la perspectiva de ver recompensados los esfuerzos y sacrificios de toda una vida; el otro cabrón desplegando sus dotes de intérprete con tono amable, sin sobresaltos ni fisuras. Coros angelicales, guitarras cristalinas. Lo contrario de un panfleto. Eso es. Celofán de colores para envolver un buen cargamento de mierda. Uno de los más infames episodios que han tenido a bien embadurnar la historia reciente de este país. Y no tan reciente. Ya don Ramón María del Valle-Inclán lo dejó bien claro en *La corte de los milagros*: «Se puede robar un monte y no se puede robar un pan. ¡Esa es la España!».

MARE NOSTRUM*

Con todos los respetos habidos y por haber, don Ramón María, ese es el mundo entero ya. Globalización, lo llaman. Esa torre segura y saludable cuya prosperidad se cimienta sobre los huesos de innumerables pueblos que han sido sistemáticamente masacrados con el fin de saquear sus recursos. Sin miramientos. Con la crueldad más depravada. Esos pueblos salvajes e incultos que han tenido la osadía de nacer enfrente de una jauría de hijos de puta que no cejan en su empeño de pisparles la cartera.

Muchos de ellos tienen la osadía de cruzar el «Mare Nostrum» (porque no es «suyum», es «nostrum») para intentar morir de otra cosa que no sea de hambre. Muchos lo consiguen: se ahogan durante la travesía o no superan la hipotermia. Sus huesos siguen ahí, en el fondo. Los que logran llegar se buscan la vida como pueden mientras acostumbran sus pulmones a respirar en medio de tanta hipocresía. Y una nada desdeñable cantidad de oligofrénicos con la piel clara y un balón de fútbol por cerebro salen a la calle a exigir que se vuelvan a «sus» guerras y dejen de quitarnos «nuestros» trabajos. Porque aquí, como todo el mundo sabe, de recoger la fruta se ha encargado toda la vida la clase media. No te jode…

Rosáceos pasajeros de la felicidad hecha crucero por el Mediterráneo, orgullosos propietarios de yates que surcan su primoroso azul, expertos gourmets que pululan por lonjas y restaurantes en busca de sus más exquisitos manjares, europeos todos: alcemos nuestras copas en señal de agradecimiento al inmenso osario que, desde el fondo del Mare Nostrum, nos permite

disfrutar de los placeres que nos brinda, verano tras verano, esta mierda que tenemos los santos cojones de llamar vida.

SANTOS INOCENTES*

De nuevo en el sitio equivocado. No queda nadie dispuesto a guardar luto por ti, así que si la cosa se pone fea, te sacarán a hostias de tu agujero y la primera piedra caerá sobre ti. Vendrán más. Cada habitante de la aldea probará su puntería contigo. Que todo el mundo lo vea, que quede constancia. Mañana las alimañas habrán dado cuenta de lo poco que quede de ti y las cosas volverán a su cauce.

Una manera expeditiva de consolidar la paz o, llegado el caso, de restablecerla. Es de primero de chamán, coño. No hay nada como un enemigo común para mantener unida a la chusma. Real o imaginario, lo mismo da. Cohesiona como el hormigón armado. Es un gran nombre, Los Enemigos. Porque sin nosotros probablemente tendrías un problema gordo. ¡Apedreadnos, aplacad la ira de los dioses y disfrutad del espectáculo, hijos de puta!

~

¿Por dónde empezamos? Ya estamos enchufados, afinados y como quien dice en la parrilla de salida. Joder, son muchísimas canciones y todas buenas. Este repertorio no puede estar guardado en un cajón. Necesita aire. Nos miramos durante unos eternos segundos hasta que me decido por el riff de «John Wayne». Sale a la primera. No recuerdo qué canción vino después. Tanto da. Nos lo estamos pasando de miedo. Noto a Chema mucho más comedido, sin tanta floritura y tocando más al servicio de las canciones. Bravo. El bajo de Fino atruena como en sus mejores tiempos, no ha perdido veneno. Benítez ya ha elegido su esquina y desde allí nos demuestra que su

digitación sigue intacta… Naturalmente, nos falta algo de rodaje, pero estamos en forma y con muchas ganas, que es lo que importa. Ninguno de nosotros ha dejado de hacer música estos últimos diez años y se nota. Nunca habíamos sonado así.

Salgo del local levitando. Conecto el iPod. «The Killing Moon» de Echo & The Bunnymen. Oooh…

ESTRELLA FUGAZ*

Leo en alguna parte que el papel de envolver regalos es nocivo para el planeta y que, tal como está el patio, lo mejor sería considerarlo como algo prescindible, obsoleto e innecesario. Me entristezco y discrepo. Inmediatamente reculo y pienso que sí, que es verdad, que los bosques, etcétera. Me pongo nostálgico y vuelvo a pensar que no, que el papel para envolver regalos es algo hermoso que no podemos permitirnos perder. Que a dónde va uno con un regalo sin haberlo envuelto antes en estrellas o caballitos o figuras geométricas chulas. Pero los árboles… Así todo el día. Es desesperante.

A veces pasa. La ilusión pierde terreno y, de un plumazo, toda la belleza se va al carajo, se lleva nuestros envoltorios de colores y empezamos a parecer cualquier cosa menos un regalo. Cada vez peor. En bucle. Feo.

Pero también ocurre al revés. Una mañana el mundo aparece primorosamente envuelto y te preguntas qué será, será, será mientras lo desenvuelves. Todo es brillo y sorpresa. Necesitas hacer el cafre y, más que andar, vas bailando por la calle. Y deseas que llueva porque hoy te llamas Gene Kelly y quieres sentir el placer de patear charcos, de subirte a una farola, de darle vueltas a un paraguas. De empaparte. De que suene el teléfono y sea ella. Cómo es posible que todo cambie tanto en una noche. El mejor regalo: *la meva dona*.

~

Doy con un riff chulo mientras pruebo un pedal de trémolo y en un par de días la tengo casi lista. Estoy convencido de que será pan

comido, pero en el local va y se nos pone farruca. Llevo una temporada obsesionado con Chris Isaak y ese punto fantasmagórico tan suyo y al mismo tiempo tan en deuda con Roy Orbison. Me encantaría dar con algo así para mi estrella fugaz, pero todo lo que probamos me parece excesivo. Demasiadas notas, pulsación exagerada, confusión. Mi querida estrella reclama algo más sutil y delicado. Claridad. Tiene que ser romántico a más no poder, porque su destinataria es Núria. Tiene que levitar. Necesita espacio. Necesita cariño.

No resulta fácil dejar colgada en el perchero de la puerta del local la responsabilidad de grabar un nuevo disco de Los Enemigos quince años después del *Nada*. Pesa demasiado, y Fino, Chema y yo podemos sentirla sobre nuestras espaldas. Estamos de los nervios los tres. Benítez no sé, parece tan impasible como siempre. De hecho, apenas se oye su guitarra. Se supone que prefiere fijarse bien en todo para mirárselo en casa con calma. O eso es lo que dice. Nadie le da importancia porque estamos concentrados en las canciones. Bien que me arrepentiré luego. El caso es que estos debates no parecen ir con él. O no los entiende o yo qué cojones sé lo que pasa por esa cabeza, bajo esa gorra, en esa esquina.

Porque de su megaproyecto ecologista hace tiempo que no habla. No entraré aquí en conjeturas, pero el caso es que el asunto ya venía dando sus problemillas. Habíamos tenido algún que otro encontronazo al más puro estilo de los viejos tiempos y la cosa había empezado por ahí. No le sentó nada bien cuando le dejé claro que Los Enemigos no íbamos a implicarnos en ningún delirio mesiánico de los suyos. En lo que a mí respectaba, ni siquiera pensaba respaldarlos. Ya lo intentó, antes de que nos recompusiéramos en 2012, y por eso no está de más ponerlo ahora sobre el tapete. Esta vez no pienso cometer el error de callarme las cosas. Ya no me cuesta verbalizar con calma ni me asusta tanto la realidad…

No parece que haya problemas por el lado armónico, y dedicamos los ensayos a los patrones de batería, las líneas de bajo y mis solos, porque las rítmicas y la voz las traía bastante claras de casa. También cambiamos algún tono que otro y aprovecho para detectar cojeras en los versos. En pocas palabras, lo que se supone que hace

una banda de rock antes de entrar a grabar temas nuevos: intercambiar impresiones, exponer puntos de vista. Trabajarlos. Hacer un gesto de vez en cuando, joder. No íbamos nada bien, no señor.

Solo conozco a una persona con la experiencia y el temple suficientes para gestionar la tensión que se multiplica exponencialmente cada minuto que pasamos juntos Benítez y un servidor. Nuestro disco de regreso no puede estar producido por otra persona, y sé que eso también lo pueden sentir Chema y Fino. Llamamos a Carlos Martos, y mis hombros deciden regresar a su sitio en cuanto acepta el encargo. Porque sé dos cosas: que será un placer volver a trabajar con él y que el disco saldrá adelante. No tengo tan claro que mi sistema nervioso lo consiga. Dónde coño estará mi iPod.

CAFÉ CON SAL*

Café con sal. Un clásico remedio muy extendido en el rural mesetario contra la intoxicación etílica en adolescentes. La borrachera se te pasa —cómo no se te iba a pasar—, pero las agujetas en la zona abdominal pueden durar una semana después de vomitar hasta la leche que mamaste. Eso por no mencionar el riesgo de deshidratación que conlleva tanta pota seguida. Rescoldos de hechicería y escarmiento. Con lo sano que es dormir la mona, hostia. Pues no. Que le den café salado al chico. Bien caliente, que le despelleje el pescuezo una temporada para que se acuerde. La hora de tu enésima humillación pública ha sonado, y una señora vestida de negro hace acto de presencia con una humeante cazuela en una mano y un embudo en la otra. Nuestra vuelta a la palestra provoca suspicacias parecidas. Buena parte de la prensa musical considera oportuno presentarse a las entrevistas de esa misma guisa, cazuela y embudo incluidos. Ríete tú de la vieja del visillo. Por suerte, uno tiene ya el culo pelao. A veces no es fácil guardar las formas. La mayoría de las entrevistas obvian el contenido de nuestro disco para centrarse en las entrañas de nuestro regreso. Que por qué nos hemos vuelto a reunir. Que por qué sacamos un disco. Que si somos amigos. Joder, qué coñazo. Vale, ahí va. Adjunto remito:

«En 2012 decidimos volver a subirnos juntos a un escenario gracias a una oferta económica realmente suculenta. En 2013 seguimos haciéndolo porque, en vista de que no paraban de llamar, le acabamos cogiendo el tranquillo a la cosa, y en 2014 decidimos grabar material nuevo porque es lo que se supone que debe hacer una banda viva que vive en la carretera y tiene un público que

respetar. Somos buenos compañeros, nos gusta trabajar juntos. Llevamos tanto tiempo haciéndolo que nos comportamos como hermanos. Discutimos y, a menudo, discrepamos. La década pasada cada uno tiró por su lado y ahora compartimos menos cosas, pero esos lazos casi consanguíneos no se deshacen nunca. Y funciona, joder. Funciona. Conque haga el favor de soltar la cazuela y darle al play. Hablemos de música, caballerete».

Aunque tengo que decir que la mayor parte de la prensa acogió nuestra vuelta con respeto. Respondí sin rodeos que lo hacíamos por dinero la primera vez que me preguntaron por nuestra vuelta a los escenarios. La cuestión era insoslayable, así que me decanté por una solución drástica que zanjara el tema con rapidez para intentar hablar un poco de música en las entrevistas. Los Sex Pistols lo hicieron, y a mí, aparte de la gracia que me hizo, me pareció la mejor manera de abordar el tema. La cara de póker que pusieron Fino y Chema fue antológica, pero resultó ser una buena estrategia que nos ahorró distraernos de nuestro trabajo. Y un montón de saliva.

~

«Café con sal» es una canción endiablada. Para muchos, la menos enemiga del lote. Yo eso ni lo sé ni me importa un carajo. Lo que sí sé es que interpretarla es como entrar en un circuito de Fórmula 1. Cada curva es una trampa mortal, y si te sales es casi imposible engancharte de nuevo. Nos da muchos quebraderos de cabeza en el local, en el estudio, en el escenario… e incluso subida al palo de un gallinero nos los daría si se lo propusiera, la jodía… Curiosamente acabará abriendo el repertorio en la gira de presentación. Funciona como un tiro ahí.

El café y la sal son solo una excusa para escribir sobre las personas que se sienten espiritualmente superiores. Sé de qué hablo. En cuestión de dos años me diagnostican una depresión severa, dejo el alcohol y las pastillas, muere mi padre, dejo el tabaco, me caso, comienzo a practicar yoga y regreso a los escenarios con mi antigua banda. He estado a punto de morir por

varias sobredosis de consejos, generalmente cortados con soluciones mágicas, infalibles y milagrosas. Ríete tú de la heroína.

El iPod me está viniendo de maravilla con tanto tren y tanta furgoneta. Escucho mucha música clásica y jazz. Pero, no sé, no me acaban de llenar del todo. Necesito rock. El crescendo final de «Coney Island Baby», eso sí que es un buen polvo.

CEMENTERIO DE ELEFANTES*

Los viejos rockeros nos creemos héroes de guerra. No te jode. Todos hemos actuado en garitos infectos y la mayoría hemos superado casos de adicción más o menos graves y sobredosis, pero que yo sepa ninguno sabemos lo que es un fuego cruzado o contemplar la cabeza de un amigo volando por los aires. Muy pocos hemos tenido que dormir en la calle o en un calabozo. A veces nos sorprendemos a nosotros mismos sentando cátedra callejera, cuando la mayoría ni siquiera sabe repartir hostias como es debido. Ahora mismo nuestro mayor problema, sin ir más lejos, son unas disonancias que detectamos al escuchar la grabación y que resultan venir de las guitarras. Manolo y yo ya no somos capaces de entendernos ni con un sencillo riff. Veteranos de ná. ¿Los viejos tiempos? Ni existen ni volverán a existir. Ve haciéndote a la idea.

Afortunadamente, la mayoría de los que hemos venido a Barcelona a la fiesta anual del *Ruta 66* en la antigua fábrica de cervezas Damm tenemos esto más o menos claro y pasamos más tiempo perfilando proyectos que recordando hazañas pretéritas. Y conociendo gente. Eso que no falte nunca. Sin ir más lejos, aquí mismo un chaval la mar de majo me pregunta si me apetece pasarme un día por su local de ensayo: Very Pomelo estarían encantados de tocarse unos rocanroles conmigo. No sabes la alegría que me das, rebonico. Intercambiamos contactos y me regala un CD. Me enamoro de *Radio Clotxa* en cuanto le doy al play, y en unos días me encuentro en la Pomelocova tocando «Don't Ya Tell Henry» de las *Basement Tapes* con seis cabroncetes que aún no han cumplido los treinta y ya suenan como un tiro. A través de la

ventana del cercanías, el paisaje del Baix Llobregat me acompaña durante un verano, el de 2012, aderezado con sudor, risas, rock and roll y humo, mucho humo. Aunque sigo sin fumar, me lo trago gustosamente. Porque hemos preparado un repertorio de una coherencia asombrosa a base de canciones suyas y mías al cincuenta por ciento. Conecto especialmente con Xarím, que es quien escribe todo el material. Quedamos en que él cantará mi «Tragón» y yo su «Els monstres». Casi sin darnos cuenta sellamos una amistad eterna y preciosa al compartir desde dentro nuestros demonios. Unidos para siempre. Pero también me sentiré parte del Edgar (el de la fiesta del *Ruta*), del Pol, del Ricard… A veces sucede. Lo sé porque he tenido la suerte de comprobarlo con un montón de músicos enormes. Entre ellos, por cierto, algunos de mis ídolos de juventud.

Ahora somos siete pomelos y hacemos un equipo cojonudo, apretujados como buenamente podemos en el escenario. Disfruto como un enano tocando en directo con ellos, y de verdad que me doy por satisfecho si se han emocionado actuando conmigo la mitad de lo que yo con ellos. La humeante Pomelocova siempre ocupará un sitio especial en mi corazoncito. Nos vemos pronto, camaradas. Donde sea.

Volviendo a la tierra, el nuevo larga duración de Los Enemigos necesita una pequeña dosis de humor. En los dos primeros el recochineo es un ingrediente básico y evidente, pero a lo mejor no te habías fijado en que, desde que grabamos *La vida mata*, siempre he sentido la necesidad de añadir una pizquita al puchero. Para compensar, supongo. Cada vez lo pico más fino, eso es verdad. Pero procuro que no falte nunca, porque sé que le imprime carácter al guisote y facilita su digestión. «La torre de Babel», «No se hable más», «La venganza de H.P. Expósito», «A la hera», «No me caigo bien (me caigo mal)», «Todo a cien»…

Caigo en la cuenta de que nuestro regreso nos ha convertido de manera oficial en veteranos. No sé, es terapéutico reírse un poco de uno mismo. Panzas, presbicias, alopecias… Porque por aquí se asoman tantas arrugas como amaneceres inciertos. *Sex and drugs*

and rock and roll. Un imponente montón de risas y viejos amigos. Cenizas. Bendito Ian Dury.

~

Toca meter las voces, y va mi garganta y se casca. Un tumor del tamaño de una lenteja y presuntamente benigno ha tenido a bien instalarse en mis cuerdas vocales. Hay que operar y, en consecuencia, se aplaza la grabación. En cierto sentido me alegro, fíjate. La perspectiva de un par de meses en silencio se les antoja hasta apetecibles a mis muy tocados nervios. La arena me acaricia los pinreles, y puedo escuchar la música del mar todas las mañanas de esta primavera. Me permito algún chapuzón en el aún fresco Mediterráneo. Coño, qué fría está el agua. Núria llegará pronto hoy. No siento envidia de ningún millonario de estos de los chalets mientras pedaleo de vuelta a casa.

Rehabilitación. Parece que lo voy pillando. Compruebo que más vale tarde, etcétera. Cinco meses después, tras una imprevista infección e intensivas sesiones de logopedia, hay algo que no reconozco en mi voz. O, mejor dicho, que reconozco lejanamente. Creo que me estoy escuchando hace veinte años. Lo comento con colegas de profesión que han pasado por lo mismo y, sí, parece que el quirófano rejuvenece la voz. Supongo que te limpian las cuerdas vocales de nicotina y demás mierdas. No sé muy bien cómo manejar estos cambios, y al regresar a casa de grabar las voces en Madrid decido dar unas clases. No me interesa el canto, pero sí un entrenamiento vocal dirigido hacia lo que yo hago. Alguien me recomienda a Helen. Comprende y le gusta lo que hago. Vivió la explosión del 77 en Londres y flipa con los Stranglers, etcétera. Adora a Little Richard, y Dylan es un semidiós para ella. Está claro que sabe lo que quiero. Mi voz va cogiendo armónicos y color. Ahora puedo afrontar cinco o seis bolos seguidos dándolo todo sin temor a quedarme afónico. Y desafino bastante menos. Un ansiado extra de tranquilidad impregna mi ánimo en el escenario y fuera de él. Esta canción es para ti, querida Helen, que sé que te encanta: «I Can’t Let Go» de los Hollies. (He encontrado mi iPod).

CUATRO CUENTOS/NO ES IGUAL*

Hace la tira de años, hubo en Murcia un grupo llamado Los Tres Niños Más Tontos del Mundo. El nombre cobraba sentido nada más salir al escenario, porque eran cuatro (el inconmensurable Miguel Bañón entre ellos). El efecto era inmediato. Se conoce que tomé buena nota de aquello, porque un cuarto de siglo más tarde se me ocurre trasladar la dinámica de aquel vacile a una canción. De manera que lo único que tengo en mente cuando me pongo manos a la obra es entrelazar tres historias, titular el resultado «Cuatro cuentos» (o algo por el estilo) y que todo esto cobre sentido de alguna manera, en algún momento. Un capricho meramente formal o, si se prefiere, un reto. Mi «Castles Made of Sand» particular. Por cierto, qué poco se ha hablado de las letras de Jimi Hendrix. Échales un vistazo, hazte el favor.

Así es como el loco de la primera historia me lleva al héroe, y este, a su vez, al maestro. Será él quien se encargue de descartar esa cuarta parte «que ya es otro cuento». Casi sin darnos cuenta tenemos las tres edades. El joven, el adulto y el viejo. Ninguno de ellos tiene mucha idea acerca de por qué hace lo que hace, pero el caso es que lo hace. La cuarta edad o el otro cuento sería, obviamente, la parca.

Y quién podría emitir un veredicto. No sabemos una mierda. Desde luego, no parece que las cuatro historias sean iguales, pero tampoco podemos descartar que de algún modo sí lo sean. También solemos preferir estar vivos que muertos, pero no seré yo quien asegure que a ellos, los muertos, no les pase lo contrario. Ni siquiera tengo claro que haya escrito dos canciones. A lo mejor es solo una.

De hecho, en los créditos aparecen de manera independiente, pero no encontrarás en el vinilo un surco que las separe. La muerte debería ser así de poco dramática: una mera transición. Pero nosotros no somos canciones. No lo somos, no.

~

El historial de Santiago Bueno es digno de una novela; para mí ya era un héroe cuando aún no me afeitaba. Llegaban a casa cartas suyas desde Tailandia, desde Costa de Marfil, desde California. Desde el mismísimo infierno llegó alguna. Santiago llevaba el pelo largo. Su novia era guapísima, simpatiquísima, y tenía acento extranjero. Tenían un perro muy lanudo que se llamaba Rufo. Santiago Bueno Bravo hizo el servicio militar en el museo del Ejército, y mi padre, que trabajaba allí como restaurador, lo acogió como ayudante. Más que nada por el arte, pero también para que el chico dejara de meterse en líos con la comandancia o la jefatura o como coño se diga. Porque se pasaba la vida arrestado, el pobre.

Mantuvieron una preciosa amistad hasta el final. Cada uno tenía su estudio a una orilla del Manzanares, y quedaban para desayunar mientras se retrataban el uno al otro en sus respectivos cuadernos. Los clientes del bar se agolpaban alrededor de la mesa para asistir a aquel insólito espectáculo. Se querían como hermanos. Cuando mi padre enfermó, Santiago se vino a Cádiz conmigo y con mi banda para visitarlo. El concierto quedaba muy cerca del hospital, pero Santiago prefirió quedarse en la habitación para charlar con él una última vez.

Tengo la suerte de haber heredado su amistad. Durante uno de nuestros largos paseos le hablo de la llave inglesa. «Quiero que pese un huevo, tío». Lo anota en su libreta: «que pese un huevo». Santiago es uno de los seres más puros que conozco, capaz de plasmar su arte en un cartón, con un lápiz y un culillo de café. Está muy orgulloso de su tarjeta de invalidez, porque se la ha ganado a pulso. Transporte público y entrada gratis en todos los museos de Madrid, donde se tira horas observando y aprendiendo.

Un trabajo acojonante, querido amigo, porque la llave pesa exactamente un huevo. También nos trae otra llave, un chimpancé y un muñeco vudú. Fino y Chema flipan. Manolo, por su parte, arquea una ceja y pregunta si son de verdad dibujos mientras esboza una expresión que conozco bien y que puede que intente transmitir perspicacia. Dice que le parecen fotos retocadas. Después de semejante afirmación, me paso la tarde sin poder parpadear.

Vivimos varias vidas en una. Las vivimos todas al mismo tiempo o, dicho de otra manera, representamos distintos papeles según vamos cruzándonos con gente. Puedes ser un ángel para una persona y un demonio para otra, etcétera. A estas alturas me queda claro qué criatura representa mis peores pesadillas. Es mi percepción, son mis intuiciones, OK, pero, pardiez, también los hechos. No estoy loco. Ignoro qué papel represento para él —supongo que no se trata de nada agradable—. Y seguro que aporta positividad a otras personas. Pero para mí sus decisiones serán siempre quebraderos de cabeza y su mirada estará cubierta de una pátina turbia. Tiene cojones que el destino haya querido que comparta mis canciones con una persona a la que no entiendo y que nunca va a entenderme a mí. Son muchos años, no queda ni un resquicio para la duda. Nos causamos dolor mutuamente y por sistema. No puedo descartar, por respeto a la psicopatología, que se trate de una impresión subjetiva mía. Pero mira que lo dudo. La lista de desencuentros es tan larga como recurrente y sugiere una escalofriante alevosía.

Me temo que la gira de presentación de este disco se me va a hacer muy larga. Pero, para que la jugada salga redonda, necesitamos a la formación original, por muy irrespirable que se haya vuelto el aire. Reconozco esta mierda de ambiente, lo he vivido antes. Sé lo que significa. A este paso todo se volverá a ir al carajo. Necesito mi iPod. «Rain at the Drive-In» de NRBQ. Nostalgia. Creo que también necesito un trago. Y música hijaputa. «Snakedriver» de los Jesus and Mary Chain. Siento mucha rabia. Pero esta vez Los Enemigos no se van a disolver en resentimientos infantiloides. Cuento con el amor que profeso a las canciones y a la banda que comparto con Fino y con Chema. Para mí siempre hemos sido tres, porque este amor, «el cuarto enemigo» nunca ha sido capaz de

intuirlo siquiera. Me prometo armarme de paciencia, disciplina y sobriedad.

Mi tercera promesa no vale una mierda. Después de cinco estupendos años sereno lo mando todo al carajo en medio minuto. ¿No soy genial? Que sea lo que Satanás disponga, porque todo parece indicar que, si quiero terminar esta gira, va a tener que ser de su mano. Pues nada, viejo amigo, agárrate bien a lo que puedas.

XII
MAPA DE LOS CÁRPATOS (2015-2019)

I- FRONTERA

De niño metí el dedo índice de la mano derecha en un sacapuntas y me puse a darle vueltas. Quién quiere lápices pudiendo escribir con el dedo. Aún tengo la cicatriz. Este es el nivel.

La gira de *Vida inteligente* ha terminado. Me acuerdo regular. Marcho a Asturias para trabajar en las canciones que andaban rondándome por la sesera antes de grabarlo. Alquilo una casa cerca de la de mis queridos Rafa y Montse, que llevan ya tiempo viviendo ruralmente por allí. A las ocho de la mañana aparecen dos tipos que, armados con sendas radiales, se afanan en reformar el hórreo de al lado. Hay que joderse. Aun así, me encuentro. Paso una temporada maravillosa escribiendo, visitando a mis amigos y dando largos paseos por aquellos bosques fragantes y umbríos. Me hace muy feliz comprobar que la vieja amistad con Rafa continúa intacta, y nos tiramos horas y horas arreglando el mundo. Bebemos sidra y tenemos unas charlas estupendas. Estoy trasegando demasiado alcohol, pero me organizo bien y consigo que el trabajo cunda. Retomo la ilusión. Necesito más material del que creía, porque la parte que acabó en *Vida inteligente* es realmente grande. Bastante más de lo que pensaba. Pero lo obtengo, bendito sea el misterio. Visto lo visto, retomaré mi carrera en solitario. No puedo compaginarla con Los Enemigos. No funciona así la cosa, no doy abasto. Escribo nuevas canciones a las que dedico noches enteras y disfruto como un chaval durante el proceso. Tampoco veo el nuevo material en manos enemigas, qué quieres que te diga. Estas canciones necesitan otro enfoque. Me hago colega de un caballo que vive en el prao de arriba y le subo manzanas. Le pregunto si querría producir mi nuevo disco, pero me responde que está muy liado pastando y que no va a poder ser. A lo mejor en otra ocasión… Por las noches observo con mis prismáticos a una lechuza enorme que

se ha instalado en un hórreo abandonado. Un zorrillo que merodea por allí también me ofrece estupendos espectáculos nocturnos. Rezo para que en algún momento aparezca un oso. Pero sobre todo escribo. Guitarra, papel y bolígrafos de colores. Una acústica y una eléctrica. Lleno un contenedor con folios rasgados y un par de cuadernos con letras o esbozos de letras. Estaría feliz si no me temblara tanto el pulso por las mañanas.

II- LAZARETO

De vuelta en Castelldefels. Cada vez resulta más complicado, ya me lo habían advertido. Esta vez voy a necesitar un seguimiento médico en condiciones. La ciencia ha avanzado una barbaridad en el tema, y compruebo que el síndrome de abstinencia del alcohol es hasta llevadero con las medicinas adecuadas. Esta vez no tengo temblores ni sudores fríos ni pesadillas despierto. Dormido sí que las tengo. A diario. Pero también tengo a Núria. No sé cómo me aguanta, la verdad. Sigo apareciendo con regularidad por el centro de salud y me encuentro mejor. Lo que peor llevo esta vez son las puertas de los bares. Procuro evitarlas, pero a veces es imposible. Puedo oler una copa de coñac desde la calle. Ahora que no fumo, casi que te digo hasta la marca. Poco a poco retomo cuadernos y guitarras.

III- CASTILLO

Detecto material de primera en los cuadernos de Asturias, que no se cansan de regalarme gratos momentos a diario. Dedico todas mis horas a los retoques finales, y el día que veo la luz no, el siguiente, llamo a Raül Refree. Nos conocemos desde hace bastante tiempo;

parece que hacemos buenas migas y digamos que tenemos pendiente trabajar juntos. La de veces que lo habremos dicho. Escuchamos y planeamos sin más límite de tiempo que el que nos van dictando cuerpos y agendas. Estamos de acuerdo en que al menos la mitad de los temas están pidiendo a gritos una banda en directo. Recluto a la de Xarím Aresté al completo. Un verdadero lujo: Xarím (guitarra), Ricard Sohn (teclados), Miquel Suspedra (bajo) y Ermen Armengol (batería). Grabamos contra reloj en La Casamurada. Y en medio de todo este jaleo, una mudanza. Núria y yo nos trasladamos a Barcelona City. Grabo el resto de las canciones mano a mano con el amigo Refree en su estudio, a cuatro paradas de metro de mi nueva casa. Días intensos. Un día llego un poco pronto y me lo encuentro trabajando en una canción que me flipa. Se trata de «Por mi puerta no lo pasen» de una tal Rosalía. Qué preciosidad. Ole tus lunares, rebonica.

A menudo sueño que caigo preso. Esta vez es más vívido que nunca. El patio es de tierra, y el tipo que se me acerca y me lanza unas llaves, «Un guardia civil» con un máuser al hombro. Las llaves son las del portón, claro. No muy resuelto, me dispongo a abrirlo y salir cagando leches de allí. Me despierto y lo apunto todo en mi cuaderno. Raül se saca de la manga una línea de bajo chulísima con un sintetizador y construirá un confortable lecho para mis guitarras acústicas con otro que suena como un mellotron. A lo mejor lo es. El guardia civil, por su parte, me descerraja un cargador entero en el estómago. No me digan que esta historia no es digna de un estudio psicoanalítico… ¿Representará el guardia civil el temperamento autodestructivo? ¿Son las llaves un trasunto de la libertad? ¿Será el patio de la cárcel una especie de símbolo uterino?

No alucinemos, que me da la risa. Entre otras cosas, porque dentro de nada seré un viejo cascarrabias que no querrá mirar al sitio donde solía estar «El bosque». Lo habremos terminado de asesinar y no habrá vuelta atrás. No entendemos nada, deberíamos venerar a los árboles. Los veo menguar desde mi terraza, y mucho me temo que ya es cuestión de unos pocos años. A pesar de todo, la canción es luminosa y siento que rescata fuerzas olvidadas, historias narradas al calor de una hoguera y cielos estrellados. Pobre, pobre

bosque… Solo sobrevivirá si nosotros nos extinguimos. Mejor que lo cuente «Ángel». Angelín acaba de nacer, apenas tiene diez mil años y está muy cabreado. Hagámosle caso, vayámonos todos a tomar por culo. La autoextinción está en marcha, y «Que hable el sol» nos sitúa en tan feliz acontecimiento. Ve haciéndote a la idea. Guárdate del viento. Aléjate del mar.

Pulula el mal por los Cárpatos. Emanan sus efluvios desde el castillo y nos hacen un poco más hijos de puta cada minuto que pasa. «No se equivoca el mal». Nunca. Flipamos como pepinos grabando ese final, ese armonio, esa línea de bajo, ese compás cambiado. Ese aire kraut consigue entusiasmarme. Por otra parte, la lectura de *El día del Watusi* me empuja a escribir «Cómo reír», mi pequeño homenaje a Francisco Casavella, un tutorial sobre cómo reírle las gracias al jefe. Otra vez la oficina, mi pesadilla más recurrente.

Raül se pone el traje de montador de cine en «Saeta». Siguiendo sus órdenes al más puro estilo «confíad en mí que se nos acaba el tiempo» (glups), hemos ejecutado las partes por separado en La Casamurada. Contra reloj. No me fío mucho, la verdad. Pero el amigo Refree tiene clarísimo el rompecabezas. Decido arriesgarme. En el peor de los casos, siempre nos quedará el fondo de armario. Alucino al ver cómo van encajando las piezas unos días más tarde, ya en su estudio de Barcelona. Al milímetro, chaval. Raül comprende el lenguaje musical como pocos. Yo por mi parte me muero de ganas de fuzz, de escupirle en la cara a un cura y de tocar las nuevas canciones en directo. Nuevos colores, nuevos valores.

Aunque los viejos siguen ahí, dando por culito. Drogas duras. «Magia negra». Dejarse llevar una vez más. Solo una. Siempre una. Todo es «Prestao», con drogas o sin ellas. Apenas un suspiro… ¿Lo ves? Sonia del Amo acaba de abandonar este mundo y no puedo hacer otra cosa que escribirle una canción de despedida. Una canción cruda, muy cruda. Que suenen la madera, el aire, las cuerdas. Sin maquillar. Que tengas un viaje estupendo, corazón.

IV- PANTANO

Unidad del Dolor del Hospital Clínic de Barcelona. Parece que tres hernias discales la mar de inoportunas van a dejarme fuera de juego al menos un par de meses. Chutes, pastillas, infiltraciones. Las cervicales me están matando. El dolor es una mierda. Mis cuerdas vocales se verían comprometidas en una posible solución quirúrgica, así que paso. Afortunadamente, hay otras vías. Conozco bien las rutinas de la fisioterapia y no me cuesta demasiado retomarlas. Así, de paso, me vuelvo a poner en forma y vuelvo a dejar de fumar.

Ya en pleno mes de abril, recibo una llamada de Alex Rademakers informándome de una imponente nevada en el lado francés del Pirineo catalán. Última oportunidad de fotografiarme en la nieve, que era la idea. Vamos a necesitar mucha nieve porque la mierda del diablo es negra. Con nuestros abrigos y unos cuantos carretes, nos plantamos allí en mi Volkswagen Polo. Sin cadenas ni ná. Alex me asegura que volvemos con la portada en el maletero. A estas alturas, creo reconocer a un artista en cuanto lo veo. En cualquier caso, confío ciegamente en él porque admiro su obra y sé que sus métodos son tan artesanales como los míos. Esto último es fundamental para mí. Que se sepa.

Las fantásticas fotografías están muy a favor de que *Transilvania* se imponga a otros títulos que tengo pensados. Reparo en que tienen mucha razón, porque las nuevas canciones también discurren por paisajes agrestes y escarpados. Son salvajes, supersticiosas, puñeteras… y siniestras. No sé, me noto como siniestrote últimamente. Debo tener cuidado con eso, porque existe un camino muy claro que va de la opulencia a lo perverso, pero desde donde vengo solo voy a arrimarme al esperpento. En cualquier caso, los lugares por los que transitan las nuevas canciones recuerdan a las pelis de vampiros, a los descritos por Bram Stoker en *Drácula* y por Julio Verne en *El castillo de los Cárpatos*. Transilvania. Adjudicado.

Quiero que el disco recuerde sutilmente a un cadáver abierto. Gris por fuera y rojo por dentro. Eso es. No me gustan los vinilos de

colores, pero esta vez su uso está más que justificado. Todo va como la seda en el Departamento de Diseño Gráfico de Altafonte. Tenemos un disco buenísimo. Tengo. Tenemos. Yo qué sé ya.

V- PRECIPICIO

Mi querido Xarím también tiene un flamante disco que presentar con su banda, así que me ajusto el traje de Blues Brother y, después de algunas llamadas, conduzco hasta Madrid para reunir a la mía. Quedamos para tomar algo y ver qué pasa por nuestros magines. Son Nico Nieto (guitarra), Luca Frasca (teclados), Coke Santos (batería) y Mac Hernández (bajo). Se apuntan. Enormes músicos, viejos amigos. Soy un tipo con suerte, porque otra vieja conocida, la carretera, me espera con los brazos abiertos. Mi querido Gonzalo García Pini se encargará del volante e intentará poner un poco de orden en semejante tropa. Porque esto va a ir de *old school* en su acepción más dispersa.

No viene casi nadie a los primeros bolos. La amargura se adueña de mis noches de hotel. El dolor de las cervicales está bajo control, pero el cerebro tiene buena memoria y la medicación despierta sus más bajos instintos de adicto reincidente. Mal asunto. Ya lo solucionaré más adelante, porque si lo intento ahora me cargo la gira.

Una sala de conciertos vacía es una visión devastadora que conozco bien de los primeros tiempos. Decido tomármelo así, aunque ahora es mucho más duro porque las cartas están boca arriba y no hay vuelta atrás. En fin. Aquí estoy de nuevo, con mucho que aprender. Mariño habla ya de cancelar. Sería una verdadera lástima, porque en el escenario están pasando cosas muy interesantes. Insisto en seguir un fin de semana más. La banda accede a rebajar su caché en un gesto que nunca agradeceré lo bastante y, tras un par de bolos en el País Vasco, seguimos adelante

contra viento y marea. Parece que el boca a boca va surtiendo efecto, y, bueno, no es que llenemos grandes recintos, pero parece que la gira es viable. Y siguen saliendo bolos. Gloria.

El 12 de junio de 2018, durante un respirillo que me tomo en Galicia, recibo una llamada desde Asturias. Es Montsina. Que Rafa se está muriendo. Que no quiere que nadie lo vea así. Ni yo ni nadie. Que me encargue de llamar a los amigos.

Rafael Fustes y yo nos conocimos en los buenos tiempos. Se definía a sí mismo como un buen tabernero, pero era mucho más que eso. Su amor por la música era inconmensurable. Coincidimos en un montón de movidas malasañeras, y cuando montó el Flamingo, uno de los bares de rock and roll más emblemáticos del barrio, enseguida me hice parroquiano y acabamos fraguando una preciosa amistad. Desde que se trasladó con Montsina al campo no nos vemos tanto, pero sigue siendo mi mejor amigo. Ese al que le cuentas todas tus mierdas. Ese que te cuenta todas las suyas a ti.

Cojo el coche. En el desvío hacia la A-66 decido por los pelos tirar hacia Madrid. Introduzco en el reproductor *Deserter's Songs* de Mercury Rev y subo el volumen al máximo. Suena en bucle durante todo el viaje. Desde entonces asocio todas esas canciones maravillosas a aquel viaje demencial, y, sin embargo, bajo su influencia me permito entrever a mi amigo y sonrío. Esa misma noche lo pierdo sin ninguna posibilidad de despedirme de él, porque al entierro no me van a dejar ir. La burra, ya sabes. Nada de drogotas. Me paso la fiesta de despedida que organizamos sus miles de amigos en El Sol con un nudo en la garganta. Nada Surf, en un precioso gesto, se vienen desde Nueva York solo para actuar en ella. Dani Lorca y un servidor, entre otros pocos invitados, pasábamos las Nocheviejas en casa de Rafa y Montse, una tradición que seguimos hasta que se marcharon a vivir a Asturias. También se suben al escenario Los Coronas, Sex Museum, Commando 9mm, Def Con Dos y Vancouvers, que se reúnen para la ocasión y ofrecen un bolazo al respetable. Una bonita fiesta que no hace más que alimentar mi amargura.

La gira Transilvania es de lo más variopinta. Algunos conciertos son realmente estrambóticos. Nos proponen hacer uno a oscuras. No

sé muy bien qué se gana simulando la experiencia de un público invidente. Que me lo expliquen. Al final deciden enfocarlo a la comunidad sordomuda (los vericuetos de las subvenciones son insondables) y nos ponen a los lados unas go-gós la mar de majas que van desgranando las letras en lenguaje gestual mientras ejecutan gráciles e inspirados pasos de baile. No tenemos muy claro si el público puede escucharnos, así que nos afanamos como si así fuera y cosechamos sentidos aplausos al terminar.

En otra ocasión me piden que salga antes del concierto con la guitarra acústica a tocar un par de temas. Bueno. La sala es fina filipina (con muchas *ciricustancias*). El personal come y bebe sobre mesitas redondas con manteles blancos y jarroncitos con flores de plástico. No sé por qué me acuerdo de Mel Tormé. Prefiero no preguntar nada y salgo a la palestra solícito y sonriente. Faltaría más.

«*Ladies and gentlemen*: es un honor para mí telonearme a mí mismo porque siempre me he admirado mucho y soy una de mis más tempranas influencias, tanto en lo artístico como en lo personal. Prometo ser breve. Más tarde saldré acompañado de una magnífica orquesta e interpretaremos un repertorio de lo más variado y estupendo, también escrito por un servidor de ustedes. Muchas gracias».

Obtengo algunas risillas, algún que otro tímido aplauso, toco «El lobo» y «Desde el jergón» y me vuelvo al camerino. Cuando por fin salgo con la banda, las mesas han desaparecido y el público, que ahora es muy otro, está de pie y es evidente que conoce las canciones. Bueno bueno bueno… esto es un regreso al futuro en toda regla. Situaciones así, dignas de los primeros tiempos de Los Enemigos, van sucediéndose a lo largo de la girilla. Pero también llenamos la Joy Eslava dos veces y damos algunos conciertos memorables como los del auditorio Alfredo Kraus de Las Palmas, mi querido Clavicémbalo de Lugo, la 16 Toneladas de Valencia, el Planta Baja de Granada, el Garufa Club de A Coruña o las fiestas mayores de Bilbao. No damos pie con bola en Santander ni en Donosti, quizás las dos únicas espinas que se me quedan clavadas. En Barcelona tampoco estamos todo lo finos que me hubiera gustado, pero el

nivel general —está mal que yo lo diga— es realmente alto. Llegamos a alcanzar una compenetración maravillosa sobre los escenarios y lo pasamos en grande fuera de ellos. Qué más se puede pedir.

Pues que dure hasta donde tenga que durar, coño. Porque no lo hace. El desfile de sustitutos se convierte en una variable imposible de soslayar en nuestro devenir logístico y, aunque todos ellos son músicos rebosantes de talento, la inestabilidad acaba con nuestra legendaria compenetración, y a este paso no tardaré en convertirme en un artista irregular y poco fiable. Observo resignado cómo mi proyecto entra en zona catastrófica. No me puedo creer que nadie, a excepción de Gonzalo, sea capaz de calibrar la magnitud del desastre, y cuando no llegamos ni a tiros a un acuerdo económico para grabar el disco en directo que me proponen desde Altafonte, nos precipitamos sin remedio al vacío. La última gota, la que colma el vaso, siempre cae a última hora. Cómo iba a ser la última si no. Es una lástima, de eso no me cabe la menor duda. Aunque a estas alturas puede que más bien se trate de una bendición.

VI- BALNEARIO

El directo me lo propone Altafonte a cuento de un proyecto —ambicioso en lo artístico aunque austero en lo económico— que me apetece mucho hacer. De alguna manera, para mí es el colofón de una época. Un disco-libro y un DVD con ilustraciones de Santiago Bueno, textos de César Luquero y de un servidor, fotografías de Óscar Carriquí y Cristina Pontijas y un diseño gráfico de primera cuyos hilos moverá mi buen amigo Eduardo Jiwnani. Todo queda en familia porque Segundo Grandío se traerá su unidad móvil desde Galicia y pondrá su sabiduría al servicio de la música y las imágenes. Mi muy querido Jaime Zamora controlará el sonido del directo y…

… ¿Y la banda qué? Bueno, los sustitutos han demostrado su buen hacer en tantas ocasiones que estoy seguro de que unos pocos ensayos serán suficientes para que luzcamos engrasados y listos para la acción. Nico Nieto —único superviviente del naufragio— a la guitarra, Héctor Rojo al bajo, Santi Comet a los teclados y la incorporación a última hora de Robbie Lozano en lugar de Gabriel Marijuan —que al final no ha podido coger el barco (gracias por intentarlo todo, amigo)— a la batería. Todos ellos grandes profesionales y viejos compañeros de fatigas. Una solución tan drástica como limpia.

Hasta *guest stars* vamos a tener. Leonor Watling se presenta en el local con los deberes hechos y en seguida cogemos la onda. Se adapta a «Magia negra» con una naturalidad pasmosa y en el escenario lo borda como la gran profesional que es. Echándole además —eso se tiene o no se tiene— corazón. Gracias por ayudarme a que parezca tan fácil, hermosa. Jairo Zavala es un ciclón que podría medirse con el mismísimo José Alfredo Jiménez. Nos repartimos las estrofas de «Que hable el sol» y cantamos juntos el estribillo. Nuestras voces empastan mucho mejor de lo que pensaba. Otro currante nato. No se puede ser más solícito, salao y bravo. Al Niño de Elche decido dejarle solo con «Un guardia civil» (bueno, lo decide él al plantarse delante del micro y cantarla del tirón) y por una vez no soy yo quien se lleva el trabucazo. Lleva la canción realmente lejos y disfruto como un cabrón tocando para él. Johnny Burning se presenta en el local con Nico Álvarez y un fraseo absolutamente cheli para «Tragón». Me encanta. Ya había estado con Burning sobre un escenario interpretando «Esto es un atraco» y pudimos comprobar que nuestras voces funcionan de cojones juntas. Pero esto de que él interprete un tema mío no termino de asimilarlo. Soy muy afortunado, amigo. He compartido escenario con muchos de mis héroes: Jorge, Julián, Rosendo, Raimundo, Kiko… y ahora Johnny. Dos veces seguidas. Si me lo cuentan en el instituto me dura la risa floja una semana entera.

La guitarra de Amable Rodríguez también traslada a una nueva dimensión «Farol» y «Cómo reír». Absolutamente innegociable es para mí el interludio acústico con David Krahe, la otra mitad del dúo

con el que recorremos los caminos y soportamos los designios del Señor desde hace más de un lustro. Son dos conciertos en el Salón de Actos del Cuartel del Conde Duque que salen redondos. Tenemos mandanga de la buena donde elegir… ¡Mil gracias a todos, amigos!

Acometemos las mezclas en el estudio de Segundo Grandío, exbajista de Siniestro Total, cuya hospitalidad es justo lo que necesito después de tanta batalla y tanto esperpento. Con esta vieja escuela sí me identifico, hombre. Respeto, profesionalidad y calma. Ante todo, mucha calma. Una semana trabajando con el amigo Grandío y su equipo equivale a un mes de balneario para mí. De ese remanso de paz frente al Atlántico que es Gondomar saldré con un resumen casi perfecto de mi carrera en solitario bajo el brazo.

Han sido siete discos en poco más de doce años (contando *Vida inteligente* mantengo la media de siempre: uno cada par de años) y por lo menos cincuenta mil trillones de años luz recorridos con banda o sin ella. Mi sexto larga duración en solitario se titula escuetamente *Conde Duque en directo*, más que nada porque, dado el desgaste que arrastro, prefiero no comerme más la cabeza. Se trata de un bonito broche para esta larga década de aprendizaje constante y descubrimientos de todo tipo. Estoy medio sordo, medio tuerto, casi cojo, he perdido doce kilos en seis meses (la recaída en depresión en la que me sumo tras perder a Rafa resulta devastadora) y se me ha terminado de caer el pelo. No descarto que también esté chalao como asegura algún bocazas por ahí, pero puedo presumir de tener dos excelentes repertorios propios que ofrecer al respetable. Muy pocos pueden decir lo mismo. En cualquier caso, más que suficiente para seguir rockeando por estos caminos de Dios, que es lo más parecido a una vocación que he tenido nunca.

VII- REGRESO

Jorge Martínez también tiene dos repertorios cojonudos, pero cuando me llaman de *La hora musa* —honrosa excepción en el panorama de la televisión musical española, con la nunca suficientemente bien ponderada Maika Makovski como maestra de ceremonias— para colaborar con Ilegales, decidimos revisitar alguna canción ajena que nos flipe a los dos, y así quedamos en el plató de Sant Cugat para interpretar juntos «Mi calle» de Lone Star. Nos dejamos llevar por el subidón y la empalmamos del tirón con «Problema sexual» como si de unos Sam & Dave iberoastures se tratase. La familia nunca falla. He vuelto a casa.

Pocos días después recibo vía telemática una de las mayores alegrías de mi vida profesional. Se trata de *Hijos del Mediterráneo*, una recreación de la obra magna del maestro Joan Manuel Serrat. El proyecto es ambicioso y valiente. Me apunto sin dudarlo y, de la mano de Ricky Falkner, Fluren Ferrer y Amaro Ferreiro, procedo a grabar, en sintonía con el respeto infinito que ilumina la sala 1 de los estudios Blind Records de Barcelona (frente a la playa de Barcino, como quien dice), la voz solista de una de mis canciones preferidas de la historia mundial de todos los tiempos: «Vencidos», el quijotesco poema de León Felipe que, musicado por el mismo Serrat, cierra el disco. Los arreglos son espectacularmente fieles al original —para qué cambiarle una coma a semejante maravilla— y el sonido que me llega por los auriculares, gloria. Me vuelvo a casa flotando en una nube y, mientras contemplo una luna de oro renacer por la *serralada* de Marina, pienso que me encanta vivir aquí, entre esta gente, junto a esta familia. El extrarradio barcelonés se parece mucho a mi barrio de antes. Me gusta y se me hace a mí que me voy a quedar por esta zona más tiempo del que creía. Quién me lo iba a decir. Estoy por hacerme grafitero y llenar el Vallés Occidental de guitaporrones fluorescentes.

XIII
BESTIEZA
(2020)

REY PESCADOR*

LA HABANA VIEJA, 1994

Uno de los secretos mejor guardados de estas ya de por sí enigmáticas azoteas es la religión. Me asaltan serias dudas acerca de la solidez del angosto altillo en el que nos agolpamos unas diez personas. El silencio es impresionante. Desprovistos del bullicio y sus gesticulaciones, los rostros de los habaneros no tardan en cargarse de una sobrecogedora gravedad. Una chiquilla mordisquea una cabeza de gallo hasta dejarla pelada y ahoga un sollozo. Resuenan en mi cabeza las palabras con las que me ha despedido mi colega Camilo hará ya más de una hora. «Eres el único extranjero, Joselito. *Compóltate aelfavó*».

Procuro dirigir mi mirada al suelo. Mocasines de impoluto lino blanco, chanclas de goma, sandalias ajadas, tacones imposibles, zapatos de charol, raídas alpargatas y pies descalzos que, atormentados en lo más profundo de sus almas, se disponen a acatar las órdenes de sus respectivos babalaos. Porque están todos aquí; hoy es su día de reunión y serán todos invocados. Nada más pasar a la consulta me pongo a cuatro patas como me indicó Camilo y miro de reojo. Cuento siete maestros sentados en semicírculo y muchos bultos apoyados contra las paredes. La habitación está repleta de ellos. Porque hoy también se reúnen los orishas, y cada uno de ellos tiene su sitio reservado. Muñecas, figuras de porcelana, animales disecados y máscaras que aguardan a sus huéspedes en actitud respetuosa mientras observan algún misterioso orden que se adivina estricto y riguroso. Cualquiera diría que acaban de cobrar vida para honrar a la inminente visita.

El portavoz de los babalaos me comenta que el aprecio que mi amigo siente por mí es grande y sincero, porque si no fuera así no habría escogido este día tan especial. Asiento y dejo caer una sonrisa mientras comento que el cariño es mutuo. Siete severas miradas se me clavan en el alma a modo de respuesta. La voz que me recuerda que no debo levantar la vista y me conmina a guardar silencio procede de un grupo de observadores o becarios o seminaristas en los que no había reparado y que permanece, a modo de coro, detrás de sus maestros. Me pongo coloradote y obedezco. Apenas vuelvo a pegar la nariz al suelo cuando uno de los ministros me espurrea con una especie de orujo mientras me sacude con un plumero de hojas frescas. Las frases que, en una lengua que mi ignorancia asocia enseguida con África, va recitando son respondidas al unísono por el resto de los presentes. El crescendo no tiene ni punto de comparación; es evidente que llevan muchos más siglos de práctica que los cristianos, travesía transoceánica mediante. Intercalan algunas palabras en español, y entonces, desconozco el porqué, empiezo a acojonarme de verdad.

Me asignan un padrino y me mandan a una esquina con él. Nené, que me ha caído bien enseguida, me invita a sentarme en el suelo mientras me tiende dos cuartos de mitad de coco en cada mano. Me explica que, entre los tres (el orisha, él y yo), vamos a elaborar una receta única para mí, y me asegura que mi enfermedad tiene los días contados. Su sonrisa es luminosa. Recita largos párrafos en el idioma de antes y con la mirada me indica si debo dejar caer los cocos de la mano izquierda o los de la derecha. Después traza unos dibujos en el suelo con la posición de la tirada como referencia, toma algunas notas y vuelve a sonreír. Vuelta a empezar. Nos tiramos un rato con eso. Intento convencerme de que todo va a salir bien y me propongo no volver a bajar la guardia nunca, porque cuando llegue el momento quiero ser capaz de identificarlo. Más me vale, porque me temo que la heroína está empezando a matarme.

MADRID, 2018

Los pocos bolos de Los Enemigos que van saliendo son un calvario de agendas. Chema, Fino y yo vamos sacando adelante nuestras

movidas en solitario y nos las arreglamos para compaginarlas con Los Enemigos, pero Benítez no puede o no quiere o no sabe. Solía mandar un sustituto a los Porretas cuando coincidían bolos, pero ahora que ellos acaban de sacar disco y tienen más trabajo, pretende que seamos nosotros los que cambiemos las fechas, e incluso propone mandarnos el susti a nosotros. Una falta de respeto mayúscula hacia todos Los Enemigos, público incluido. Yo habría cortado por lo sano en aquel mismo instante. Ahí está la puerta, querubín. Siempre ha estado ahí.

Pero así es como están las cosas. Después de una temporada descubriendo, como quien dice, Transilvania, me he asomado al futuro de Los Enemigos y he sentido el mismo vértigo que me bloqueó la sesera durante la gira de presentación del *Nada*. O más, porque he tenido tiempo para reflexionar y gracias a eso puedo visualizar la hostia que nos vamos a meter. Será aún peor, porque se trata de un abismo muy similar al que pude contemplar desde aquel altillo de La Habana. Un puto agujero negro. Si caemos aquí ya sí que no salimos. Alerta roja. Atento al sismógrafo 24 horas al día.

La ventaja que ahora me asiste es que conozco bien la especialidad de la casa. El zurullo al buen rollito con reducción de colorines ha sido mi menú del día en demasiadas ocasiones. Por eso sé que esta vez le falta algo. El almíbar. En efecto: no trae megaproyectos ecologistas ni colectas benéficas ni píldoras doradas a fuego lento. Nada que disimule el olor a mierda, vaya. Ahora todo el mundo puede olerla. Se llama cagarla, y hasta aquí hemos llegado. Ya no cuela. Salve, rey pescador. Esta canción es para ti.

HEY JUDAS*

COLONIA JUAN TORNERO (MADRID), CIRCA 1975

Huyen en zigzag, es lo único que necesitas saber. Bueno, también conviene estar familiarizado con ellas para no dejarte intimidar por su aspecto. Porque si se ven acorraladas pueden erizar el pelo hasta aparentar el doble de su peso real, que es aproximadamente el de un corazón humano. Son asimismo capaces de pegar saltos de más de un metro y permanecer botando en bucle durante un buen rato mientras emiten un chillido agudo la hostia de desagradable. Suspendidas en el aire les cuelgan esas patitas flácidas, y a uno le da tiempo a preguntarse, antes de soltar la patada, cómo es que pueden correr tanto con esas cuatro mierdecillas chuchurridas. No lo olvides, huyen en zigzag. Solo tienes que correr en línea recta y tener paciencia, porque la rata y tú os vais a volver a encontrar varias veces antes de llegar a la esquina. Una vez allí, solo hay que esperar a que se hinche y empiece a saltar. Cuando esté cayendo, bum. No pesa ni la mitad de lo que parece y sale disparada por encima del muro. Una rata menos.

MADRID, 2018

Es difícil ponerse tan en evidencia con un solo movimiento. Un monumento a la estulticia y la deslealtad cuyos entresijos renuncio a detallar por pura vergüenza ajena. Un insulto a la inteligencia y al compañerismo. Un desprecio soberano por todo lo que hemos construido juntos durante más de quince años de ensayos, conciertos y grabaciones. A mí no me extrañó lo más mínimo. Pero sé que tanto a Fino como a Chema les dolió. Y mucho. Abogados. Burocracia. Arcadas. Esta misma tarde contemplamos esa familiar

parsimonia perderse lentamente de vista por la Gran Vía abajo mientras la luz del sol, aterciopelada y naranja, nos envuelve al ponerse desde el Templo de Debod. Fino y Chema se ven tristones, pero yo lo único que siento es no haberme traído una lechuga podrida para tirársela.

LA HABANA VIEJA, 1994

Nené está contento. Sonríe mientras su señora nos sirve unos buchitos de café humeante y delicioso. No confiaba demasiado en volver a verme por aquí, pero se alegra de que no haya faltado a la cita y se muestra sorprendido con mi puntualidad.

—Vengo del yerbero, Joselito.

Mezcla las plantas en un barreño con una botella de orujo de caña y deja la otra en la mesa. La mujer vuelve con tres vasos y una silla. Es enorme y hermosa. Carajo si está fuerte este ron. Su risa atruena e ilumina el patio entero. Es como la de Nené, muy parecida. No me atrevo a preguntarles si son hermanos. Hablamos de Cuba, de España, de religión, de música, de mi enfermedad… Parece que mi orisha se muestra optimista al respecto. No creo que mi sonrisa ilumine gran cosa con estos cuatro piños que me quedan, pero al menos es franca. En esas, aparece Camilo. Abrazos. La mujer deja de remover el barreño de las medicinas y vuelve con otro vaso para el recién llegado. Nené saca otra botella. Mientras llena los vasos les comento que se parecen mucho. Me aclaran el asunto. Si noto algún parecido debe ser cosa del amor. Nené me comenta que es bueno que sea capaz de ver el amor porque así sabré reconocerlo cuando venga a visitarme. De hecho, asegura que mi orisha está aquí ahora mismo y que lo que me está diciendo es que lo encuentre. El amor. Que será mi mejor medicina. Hacía siglos que no sentía tanta paz.

~

Dejaron de venir por aquí, profundamente desengañados y sumidos en el espanto, pero hasta hace bien poco se contaban por miles los extraterrestres que pasaban sus vacaciones en la Tierra. Uno de sus destinos preferidos era Argentina. Más que nada porque allí no

tenían que tomar demasiadas precauciones para pasar desapercibidos. En aquella tierra hermosa y tantas veces herida, una simple pregunta puede revivir las más ancestrales suspicacias. Sale más a cuenta no extrañarse nunca de nada, todo el mundo lo sabe. No obstante, algunos se confiaron demasiado. Lo de Jorge Luis Borges, por ejemplo, era algo que clamaba al cielo.

En su «Tres versiones de Judas», el ficticio y atormentado religioso Nils Runeberg revisita el acto fundacional del cristianismo —la traición de Judas— desde un punto de vista insólito para mí. Su sacrificio, sostiene, fue más allá del tormento en la cruz que sufrió el hijo de Dios. Judas eligió renunciar incluso al reino de los cielos.

Yo no sé nada, me limito a sacar la foto. Sería Judas en el Campo de Sangre, colgando del árbol, mecido por el viento. Su cerebro, aún con vida, se afana en dilatar cada segundo, y ahí es donde me interesa enfocar. Siempre hago lo mismo, busco el encuadre y disparo. Después pruebo a entrar, a ver qué encuentro. Podría describir todas las canciones que he escrito como si fueran fotografías. Eso es. Quedaría un *picture book* la mar de resultón. Fotografías. Siempre me han intrigado los fotógrafos. Echaremos mucho de menos a Xavier Mercadé a pie de escenario, cambiando de objetivo como quien carga un bazuca en primerísima línea de fuego, sacándonos guapos a todos. Hasta siempre, maestro de la luz.

SACRILEGIO SIDERAL*

Llamo al Krahe y se me mosquea. Qué cómo que si sé de alguien. Que yo… Que él…

—Pues no sabes la alegría que me das…

—No te equivoques, la alegría me la llevo yo. YO. ¿Me oyes?

Claro que te oigo, Cañamón. El otro día en Murcia nos gustaron esos motes y llevamos así unos días, haciendo el tonto con ellos. Gazpachito y Cañamón eran dos paisanos de Cieza a los que la ley de vagos y maleantes les hizo la vida imposible hasta arrebatársela. Actuamos con nuestro dúo acústico en el Club Atalaya de Cieza y nos fijamos en ellos mientras visitábamos la exposición de fichas de la policía franquista que habían organizado en tan querida sala. Alias Gazpachito, alias Cañamón. Me encantaría recordar sus nombres reales, pero los he olvidado. Lástima. Vayan por delante nuestros respetos. Otros nombres que también hemos barajado: Stanislavski y Hutch, Iosu Ternera y Pepito de Lomo o Boinica Doble. Demasiadas horas de carretera, supongo. No preocuparse, seguiremos siendo Josele Santiago & David Krahe hasta que el cuerpo aguante.

No creo que haya ningún guitarrista que conozca mejor el repertorio de Los Enemigos que David. Bueno, ni nadie en general. Ha venido a un montón de conciertos y ha escuchado con atención los discos. Ha analizado las canciones guitarra en mano. Además, llevamos la hostia de tiempo trabajando juntos con mi otro repertorio y conoce bien mis dinámicas, que, lo reconozco, son un tanto peculiares. En otras palabras, es el candidato perfecto.

En realidad, nos conocemos desde hace bastante más tiempo. A finales de los ochenta, Marisa Ruiz era mi chica y me presentó a su amiga Teresa. Se querían como hermanas, así que era de cajón que nos cogiéramos cariño. Yo se lo cogí nada más verla. Imposible no hacerlo, era adorable. Te echamos de menos, Tere. David Krahe, su hijo, era ya un adolescente y metía baza en la conversación con naturalidad y fundamento. Yo debía de tener veintidós o veintitrés años y lo que se dice hablar, pues no hablaba mucho. Desde entonces siempre hemos ido sabiéndonos. Tiene mucho sentido que seas un Enemigo, compadre.

Consideraciones personales aparte, nuestros gustos también son muy parecidos. Siempre hemos intercambiado discos y libros. Nuestras guitarras también están acostumbradas a compenetrarse. Esto será, también para el público, más interesante que escuchar a dos tipos que no quieren saber nada el uno del otro. El oído lo agradece, es evidente desde el primer día de ensayo. Hemos trabajado bastante la manera en que queremos que suenen nuestras guitarras juntas. No sé, al menos tenemos un concepto. El tándem Dave Edmunds y Billy Bremner sería un ejemplo perfecto de la dinámica que andamos buscando. Los guitarristas de cabecera de David serían gente tan dispar como James Burton, Jerry Reed o Robert Quine. Steve Crooper, Gypie Mayo o Link Wray, algunos de los míos. Pero nuestro punto de partida fundacional en esta nueva etapa de Los Enemigos sería un hipotético tándem formado por Pete Townshed y Chris Spedding. Toma ya. Malabares los justos. Tenemos que ir ligeros de equipaje para escalar el imponente muro que levantan Fino y Chema. Caramba, esto vuelve a ser divertido.

OCÉANO*

No enseño mis cartas hasta que se soluciona el lamentable episodio con Benítez. Quemaban lo suyo en el bolsillo, pero bueno. Si la cosa sale adelante, estupendo. Y si no, pues habrá llegado la hora de mi séptimo disco en solitario y punto. Supongo que a Fino le pasa algo parecido, porque de esta melodía no sabíamos nada hasta hoy. Enseguida me trae a la mente el Villaverde de los Kinks. Me engancha al instante. Considero *The Village Green Preservation Society* un órgano imprescindible para mi metabolismo. Mi vida estaría coja sin él. Ah, los Kinks. Los cuatro somos kinkmaníacos. Con los Little Pequeños solíamos defenestrar «Picture Book», que por cierto cantaba Fino. Yo aporreaba la batería y Chema el bajo. «Océano» me retrotrae a aquellos tiempos. Le vamos metiendo caña, a ver qué pasa. Le sienta de cojones. No sabemos si quedarnos con la kinki o con la punki. Carlos Hernández Nombela se pasa por el local y despeja cualquier atisbo de duda. La punki, dónde vas a parar. Zurra a saco. Di que sí, eso es un productor y lo demás, tonterías.

Fino me mandó la letra, que no nos convencía mucho a ninguno de los dos, y me puse a darle vueltas. Así es como solemos proceder. Respetar la métrica al milímetro es la única regla que me impongo. Si me la acabo llevando a otro lado y nos mola a los dos, pues así se queda. Ocurrirá lo mismo con «Mar de sendas» y «Vendaval». Hasta ahora ha funcionado así, pero intuyo que pronto dejará de hacer falta. Porque Fino está en plena forma, como da fe su primer trabajo en solitario, que acaba de publicar. Yo por mi parte no sé si he aparcado mi carrera en solitario o directamente la he

disuelto en salfumán. No soy capaz de jugar a dos bandas. Me encantaría, pero no doy abasto. No sé, supongo que para mantener vivo ese repertorio tenemos el dúo David y yo. Sigo centrado en Los Enemigos. En que nunca nos falte material del bueno. En respirar.

~

De pequeño, «el jardín del pulpo» me llamó poderosamente la atención. Realmente me impactó aquel vacile de Ringo. Me encantaba pasar las tardes allí con él. Es un mundo fascinante. 20.000 leguas de carrete listas para ser contadas. Tengo ya unas cuantas canciones subacuáticas: «An-tonio», «Pescao», «Baile de los peces», «Pae» … Pues nada, otra pa la cole. En «Océano» mantengo un diálogo con mi yo de hace veinte años, un tío realmente tóxico. Muchos marineros pasan de aprender a nadar para acortar su agonía si se tercia, y ahora resulta que tú no quieres salir del puto fondo. Afortunadamente, Los Enemigos hemos vuelto a salir a la superficie dos veces. Esa suerte no la tiene nadie. Segundas oportunidades. No volveremos a destrozarlo todo, o al menos no por falta de comunicación entre ridículos egos. Esta banda es nuestra vida y nuestra salud. Además, somos conscientes de que nuestra supervivencia tiene un valor específico dentro de una escena patria cada día más insulsa y descafeinada. Y se lo debemos a Lalo. Os lo debemos a todos vosotros. Nos lo debemos a nosotros.

MAR DE SENDAS*

The Rolling Stones en el muy añorado Vicente Calderón, los Ramones en Vista Alegre, los Kinks en el Rockódromo, Paul McCartney en el estadio del Rayo, Chuck Berry en la explanada de Montjuic, Lou Reed en el Velódromo de Anoeta, The Clash en el Pabellón del Madrid, The Cramps, Iggy Pop, The Stranglers o The Milkshakes en el Rock-Ola, Neil Young + Beck en el Polideportivo de A Coruña, Buzzcocks en El Sol, James Brown en La Riviera, Jerry Lee Lewis en el parque de atracciones, Arthur Lee en el Arena de la Gran Vía, Stray Cats en la gala mañanera de los 40 Principales, Albert Collins en el teatro Albéniz o el mismísimo Memphis Slim en el San Juan Evagelista. Y muchos más. Yo seré un carcamal, pero tú no vas a ver nunca conciertos así. Ni por asomo. Y estas cosas marcan, coño. Impresiona ver a estos cabrones currárselo y sudar la gota gorda ahí arriba. Te das cuenta de todo el trabajo que hay detrás del cachondeo. De que esto va de darlo todo o de dedicarse a otra cosa.

Casi siempre reescribo las canciones unas veinte veces. Las doy por terminadas y a lo mejor me voy a la cama tan contento, pero a la mañana siguiente el papelote vuelve a gruñir como un berraco. Qué le vamos a hacer, a la papelera. Lo intentaremos desde otro ángulo, porque creo que ya dije que suele ser cuestión de perspectiva. Seguro que nos pasa a todos los letristas. Pero es increíble el escepticismo que suscita nuestro trabajo. Como si fuera el único que frecuenta tanto la papelera. He conocido a más de un músico profesional que suscribe esta manera de pensar. Ciencia infusa, genética… No sé, esa suerte que tenemos los que nacimos escribiendo letras de canciones. O, como me concedió desde sus

alturas un reputado instrumentista de sesión, «porque leéis». Agárrate a la barra que te caes.

Algunas veces solo les doy unos retoques y otras las vuelvo del revés, pero si no estuviera seguro de aportar algo dejaría las canciones de Finoski tal como vienen. Luego está la cuestión de quién las canta, que dejo en sus manos. Si por mí fuera me encargaría personalmente de la voz en todas, porque su intuición y buen gusto para las melodías son ya estratosféricos. Siempre es un placer cantar las melodías de Fino.

La primera referencia que me vino a la cabeza en esta ocasión fue el *Candy Apple Grey* de Hüsker Dü. Un disco que fue como una epifanía para nosotros, sin duda uno de los discos de referencia de Los Enemigos. Su sombra planea sobre buena parte de nuestra discografía. Puede resultar extraño mencionar a una banda underground de Minnesota inmediatamente después de hablar de los Stones o de los Kinks. Puede parecer que los estoy situando al mismo nivel. Bueno, pues me alegro, porque es exactamente lo que pretendo. El corazón no entiende de jerarquías. Además, hasta hace poco los fanáticos de los Hüsker éramos más bien escasos. Solía llevar su tiempo dar con según que grupos. Horas de inmersión en tiendas de discos, conversaciones hasta las tantas con otros freaks y por supuesto la inestimable ayuda del personal de las tiendas de discos, las revistas especializadas, los fanzines y algunos programas de radio y televisión. Toda esa arqueología, cuando llega a buen puerto, se transforma en amor eterno. Ha sido un largo camino, pero «Sorry Somehow» ahora forma parte de mí. Tanto como «Jumpin' Jack Flash» o «Sunny Afternoon». Una canción pop son tres minutos de gloria en las alturas listos para acudir al rescate cuando haga falta. Tus descubrimientos son tuyos y de nadie más. Para siempre.

LA COSTUMBRE*

Los buenos cómicos no parecen gente optimista. Su punto de partida me parece más bien el contrario. Pesimismo químicamente puro. De ahí a la parodia hay un paso. El humor no tendría sentido de otra manera. Por el contrario, la risa del optimista rezuma un dejo enfermizo e impostado. El humor del optimista solo es bueno para los niños. Detrás de un adulto optimista se oculta una total ausencia de fe en un mundo mejor. Un espíritu conservador y estrecho de miras. El discurso pesimista deja al menos el camino despejado para el cambio.

Y, bueno, también están los teleñecos. Un sketch de los Muppets tiene efectos euforizantes duraderos. También ellos tienen sus jerarquías, un poco como los grupos. No hay discusión con Kermit, Coco, Gonzo, Tricky o Animal, que son todos maravillosos. Pero hay una gama de secundarios que no se pueden ignorar, y ahí ya cada uno es cada uno. Mi favorito es Juan Olvido. Este sí que me representa, hombre.

Ah, el fascinante mundo de los secundarios. Así, de carne y hueso y a bote pronto, el primero que me viene a la cabeza es Ernest Borgnine. *De aquí a la eternidad, Los vikingos, Doce del patíbulo, El emperador del norte, Grupo salvaje*… Qué barbaridad. Lo que podía transmitir este hombre con solo entornar la mirada o sonreír. Un puto astro rey. Su papel protagonista en *Marty* de Delbert Mann es memorable. La ternura personificada. Uno se pregunta por qué tiene que ser así. Protagonistas, secundarios, de reparto, fracasados. Los actores de esta película que llamamos «vida real», ídem de lo mismo. Ley de leyes.

Sí. El orden natural parece doblegarse ante el concepto de jerarquía. El fuerte se zampa al débil. Esto es lo que quiere conservar el conservador y lo que aspira a cambiar el progresista. No hay que darle muchas vueltas al asunto. Con el poder hemos topado. A veces sus renovaciones parecen poco más que lavados de cara. Y si en el fondo todo sigue igual, entonces para qué votar, ¿no? Pues, coño, yo seguiría yendo a votar aunque solo fuera porque tuviéramos todos la cara igual de limpia. Entre pisar una bosta de vaca fresca o una mierda seca de perro voy a preferir siempre lo segundo. Con lo que ha costado llegar hasta aquí. Desengañado no equivale a zopenco. Yo tampoco me identifico nunca con el partido al que voto. Para nada. No se trata de eso. Pero la idea de que no merece la pena hacerlo me parece un insulto a nuestros mayores. Y a nuestros menores. Qué demonios, hacia el género humano. Negarse a votar, ese afectado drama personal, no me parece sino un síntoma inequívoco de egocentrismo, a todas luces impropio de según qué edades.

~

Escribí «La costumbre» sumido en una desesperanza mayúscula e impregnado de un hedonismo radical. Desolado y medicado. Estaba muy lejos de mi ánimo escribir una canción con trasfondo político, devastado como estaba por la pérdida de mi mejor amigo y sin poder sacármelo de la cabeza mientras daba largas caminatas bajo el orvallo. Un pico depresivo es difícil de describir. Como si el viento soplara dentro de ti y no afuera. En su lugar, una masa compacta de tristeza te ahoga, te paraliza y te aplasta contra el suelo. Da miedo. Ni hablar de salir de la cama. Si cierras los ojos lo único que te viene a la mente son maneras expeditivas de quitarte de en medio. Tus días se vuelven incompatibles con tocar la guitarra y cantar. La pregunta-martillo: ¿me voy a quedar así para siempre?

No es extraño, pues, que acabara escribiendo acerca del poder. Las fuerzas que lo sostienen, su efecto de desgaste, el hechizo que ejerce sobre la gente, las mil caras que es capaz de adoptar antes de derrumbarse y resurgir de sus cenizas. La espeluznante

imposibilidad del cambio. La costumbre. El poder del poder. La gran llaga.

MENOS QUE UN PERRO*

No veo cómo puede relacionarse el síndrome de Diógenes con el espíritu de Diógenes de Sinope, alias el Perro. O se refiere a otro Diógenes o lo han bautizado como el culo, al síndrome. Porque nada más lejos de su discurso que fomentar la acumulación. Su tocayo, el historiador Diógenes Laercio, refiere que tanto él como sus seguidores, conocidos como «la secta del perro», se mantenían con lo estrictamente necesario y practicaban una frugalidad extrema como vía de endurecimiento físico y espiritual. De ahí que a Diógenes se le suela representar desnudo y cubierto por un tonel. Antidogmáticos, antirretóricos y antiescolásticos, adoptaron la brevedad como máxima y recogieron su sabiduría en píldoras, compendios de saber que hoy llamaríamos aforismos (que eran más de singles, vaya). Negaban la propiedad y la familia, predicaban la igualdad de los sexos y se comportaban como provocadores callejeros. No les importaba morir jóvenes, y no era raro encontrar sus cadáveres sobre las redes de los pescadores de El Pireo, que era uno de los sitios de mierda que escogían para echarse a descansar. Son los cínicos, la escuela filosófica más radical de la antigüedad. No sé, a mí siempre me impresionaron estos punks primigenios, y desde que tuve noticia de ellos me propuse escribir una canción al respecto.

Me vino a la cabeza mientras trabajaba en ella una larga conversación nocturna que mantuve con Poch hace más años que la carracuca. Apoyados en la barra del Agapo, hablamos largo y tendido sobre la muerte. Nos reímos un montón. Él podía ya oler su inminencia, y le hacía gracia pensar en lo que se iba a encontrar la

parca cuando llegase la hora. «Poca cosa va a ser», decía. «Que se joda». Y ayudándose de su pic-martillo fluorescente pedía más copas. Yo acababa de abandonar mis estudios de Filosofía y recuerdo que pensé que a Ignacio Gasca/Poch Pinza le hubieran admitido sin pensárselo en la secta del perro. Era un tipo duro, acostumbrado a dormir en cualquier sitio y curtido en los espantos del mal que le consumía, la enfermedad de Huntington. Además, había estudiado Medicina y era consciente de lo poco que le faltaba para encontrarse con el horror. El baile de San Vito, que resulta que existe. Sabía perfectamente lo que le esperaba y decidió rebelarse contra aquella mierda de destino. Los demás no éramos más que hedonistas de pacotilla a su lado.

Estoy siendo puntilloso adrede. Ya ves. Alguien leyó mal esta canción y la jodió. Y lo soltó por la radio. Estas cosas pasan, ya nos lo advirtió el escritor argentino de *Amanece que no es poco*. De verdad que pasan. Y entonces hay que aclararlo o dejarla así, a la pobre. Que no es una canción tabernaria. Aunque salga un tonel, coño. Habla de la determinación de los cínicos y habla de la entereza de Poch.

Por cierto, que hay un peliculón aquí, ¿no?… No sé, yo puedo ver claramente a Eduard Fernández en el papel de Diógenes. Que alguien se anime, coño.

~

De haber sabido que la autobiografía de Charles Mingus se titula igual, seguramente lo hubiera cambiado. Pero ahora me estaría arrepintiendo de haberlo hecho porque me gusta compartir algo con él, aunque solo sea un título. He rozado el éxtasis escuchando sus discos. Esas grabaciones son espectaculares, a veces parece que estás ahí tocando con ellos. Mingus es de los pocos artistas que consiguen que me ponga a bailar. Bailes estrambóticos y divertidos. Antiestéticos. Bailes agotadores, prehistóricos, africanos. Bailes liberadores y asimétricos. Sudorosos. ¡Ah, um! Hala, a tomar por culo la lámpara.

Tengo una colección bastante maja de discos de jazz. Todo empezó con Barney Kessel. Me molaban las pintas que se gastaba el tipo en la portada y me lo compré. Ese tipo de intuición tan freak solo la tienes en una tienda de discos. Si has llegado hasta aquí sabes de lo que estoy hablando. Bingo. Volar sin motor, tirarte desde el trampolín más alto. O correr campo a través, doblando las rodillas hasta rozar el suelo con el culo como nos enseñó el Don Juan de Castaneda. Algo así es el jazz que me gusta. Seguí investigando y, a día de hoy, me cuesta concebir una semana sin mi tantito de Oscar Peterson o Sun Ra.

En muchos de estos discos te encuentras diferentes tomas de una misma canción, y ahí queda claro, por si no lo estaba ya, que lo que prevalece es la melodía. La armonía y los arreglos pueden ser geniales, claro que sí. Pero si tienes una buena melodía puedes jugar a cambiarlos e incluso a prescindir de ellos. Por lo demás, no creo que ande muy lejos del rock and roll, el jazz. Escucha la cara B de *Fun House*, escucha *Sheik Yerbouti*, escucha *Still Life*, escucha *Larks' Tongues in Aspic*, escucha *Trout Mask Replica*. No hace falta llamarlo jazz-rock. De hecho, si lo llaman así es mejor andarse con ojo.

Creo que hemos tenido a Mingus de sintonía para abrir los conciertos alguna vez. No es fácil escoger una sintonía. Según lo veo, un puntín marciano es fundamental. Y otro ignoto también. El rock a secas se supone que lo vamos a poner nosotros, así que no está de más descartarlo por redundante. Tampoco me gusta el rollo orquestal circense en plan «acérquense familias que empieza la función». Ni ocurrencias tipo tic-tac o el grito de Tarzán con la mona Chita de fondo. No sé aún qué sintonía pondremos cuando presentemos *Bestieza*. Ojalá sea pronto, porque diviso un bajón postparto de aúpa en lontananza. Esta vez vamos a echar de menos el estudio, porque la grabación está yendo como la seda. Madre mía, qué ganas de escenario tenemos los cuatro.

LA OFENSA*

A ver cómo cuento lo de después de actuar… Los músicos, en muchas culturas primitivas, abandonan mientras están actuando su condición humana para pasar a otro plano espiritual, más cercano al de los dioses. Es necesario hacerlo para tender el puente. No estoy diciendo que aquí y ahora sigamos en ese plan, pero no es menos cierto que uno de los momentos más delicados de la noche es el que abre sus fauces después del último acorde. No es fácil regresar; de hecho, hay quien con el tiempo llega a convencerse de que está siempre en el escenario y de esa guisa anda por la vida, mariposeando a la menor ocasión.

El cerebro juega malas pasadas después de un bolo. Cada uno tiene sus neuras. Yo a veces creo que me van a matar. Así como te lo cuento. Cualquier desconocido es un potencial asesino. Y aparece el ansia. Intento respirar lentamente. La salida está hacia dentro, pero no es fácil encontrarla en un camerino atestado de gente. En ese momento daría cualquier cosa por un lingotazo o algo. Pero he descubierto un truco del almendruco. Me dedico a observar desde un punto de vista digamos que lisérgico la revolución de adrenalina que recorre mi organismo después de actuar. Funciona. Es interesante y hasta divertido. No necesito más. La realidad puede ser flipante de cojones.

Si estuviéramos tan evolucionados como creemos, hace tiempo que nos habríamos cargado a todos los machos alfa. Y a las hembras Thatcher, o como se llamen. De su recurrente letargo y posterior resurgir parte «La ofensa». Estoy hablando de política. De la vuelta de la ultraderecha. De las mismas familias de siempre. Del

odio. *La noche del Uro* de Dalton Trumbo, *La cinta blanca* de Michael Haneke… Basta con salir a la calle en cualquier lugar. Dios, patria, raza. En las últimas dos décadas se han instalado en nuestras vidas con una naturalidad pasmosa.

Esa es la realidad, y yo tengo un folio en blanco aquí, qué quieres que te diga. En algunas de mis canciones intento reflejar su espíritu. El de la realidad, no el del folio. No me parece pretencioso. En mi opinión, la pretenciosidad es otra cosa. No me gustan la épica ni las palabras excelsas. Yo siempre voy a decir «pelo», porque a mí lo que me parece pretencioso es decir «cabello». No es el qué, puñeta. Es el cómo.

~

La más terrorífica de las distopías se queda en un juego de niños comparada con el futuro que la ciencia nos augura como especie. Cuando salió *Transilvania* no pocos se apresuraron a tildarme de cenizo. No digo yo que no, pero echen un vistazo ahí afuera antes de seguir con lo suyo. Las predicciones para dentro de quince años son espeluznantes. No hace falta tener un doctorado. Comparen el bosque de hoy con el de hace diez años. El verano. El mercado laboral. Los precios. La vivienda. Las relaciones internacionales. Vivimos más años, pero a qué precio. Esto se va al carajo pero ya. Pregúntate qué sentirías si estuvieras a punto de cumplir catorce o quince primaveras, a ver qué te contestas.

Clicks, likes, fakes… Publicidad retribuida, negacionismo, conspiranoia… ¡Hostia puta, terraplanismo! ¿Qué está pasando aquí? Sospecho que el resurgir de los nacionalismos tiene bastante que ver con toda esta cerrazón mental. Qué quieres que te diga, a mí estas ansias me parecen una paletada. Nuestro pueblo es mejor que el vuestro y no estamos dispuestos a olvidar la que nos metisteis en el Precámbrico. Es increíble lo sencillo que resulta hacer política con el resentimiento. El personal está dispuesto a abrazar cualquier basura con tal de que se entienda a la primera y le permita disimular su frustración bajo un manto de indignación genuina. Con su listado de agravios bajo el brazo —en su mayoría ficticios— y clamando

venganza sin saber precisar contra qué. Venganza a secas, supongo. Yo qué sé. La indignación es la otra cara del victimismo de la misma manera que la ira lo es de la melancolía. En «La ofensa» he intentado echar un vistazo dentro de ese pertinaz enroque. Y se me han puesto los huevos de corbata.

VENDAVAL*

Carlito Brigante —el personaje de *Carlito's Way* de Brian de Palma, interpretado nada menos que por Al Pacino— sostenía que uno nunca se reforma, que sencillamente pierde fuerzas. Puede que tuviera razón, pero, a mi modo de ver, solo en parte. No puedo decir que discrepo, porque yo no soy un delincuente, lo mío nunca pasó de calavera. Eso sí, profesional. Podía pasarme tres días seguidos de juerga sin pasar por casa. En eso también nos parecíamos mi gato Wayne y yo. Ahora ni se me pasa por la cabeza hacerlo. Seguro que he perdido fuerzas por el camino, pero no creo que sea por eso por lo que vuelvo a casa. Si lo hago todas las noches es porque sé que dentro estás tú. O vas a estar. O has estado.

Así son las cosas. Aparece alguien de la nada y esa aparición es suficiente. No necesitas más. Tu corazón comprende que tienes una familia. Con niños, sin niños, heterosexual, homosexual… Del tipo que sea. Una familia. Llevo más de quince años así… ¿Será que ya he puesto el huevo?

Ah, sí. La predestinación. Qué quieres que te diga, no es lo mismo crecer en La Moraleja que en el barrio del Lucero. Sano que enfermo. Entre criminales que entre artistas. Crees que has tomado una decisión, cuando en realidad has sido zarandeado por la vida, te has despertado no sabes dónde y te has dicho: ya está, he llegado. Resoplas un poco para recuperarte del revolcón y se lía otro vendaval de tres pares de cojones que te vuelve a arrastrar hacia lo desconocido. Y sin embargo es verdad que tomas decisiones. Cuando echas la vista atrás todo parece escrito por un profesional de la leche. Acaba uno preguntándose de qué irá el próximo capítulo

mientras hace caca o se ducha o espera a que salga su número en la pantalla para que le atiendan de una puta vez. Se dice por ahí que los algoritmos son el nuevo destino. Se oyen muchas estupideces últimamente por ahí. Puede que llevemos demasiado tiempo sobre este planeta, bajo este sol. El viejo sol.

Power pop, lo llaman algunos. Punk melódico. Yo qué sé. Para mí se trata simplemente de rock and roll. Canciones rotundas, sencillas y libres. Lo contrario de la impostura. Sin florituras. Una buena melodía y a tirar millas. En eso es un experto Fino. Tengo que insistir en que es un placer encargarme de las letras en la gestación de sus canciones y cantarlas. Me lo paso teta, también con la guitarra. Ese tono un pelín más sucio que limpio. Solo lo justo para dejar que se oigan las «campanitas», que es como llamamos David y yo a los armónicos que salen por nuestros amplis. Eso es. Ahí. Joder, cómo me gusta tocar este tipo de rítmicas. Bailar con la muñeca suelta y la púa bien agarrada. Me pasaría la vida haciendo solo eso.

~

Sí, claro, las canciones. Pero estoy convencido de que la fuerza que desprende *Bestieza* reside en el hecho de que los reproches subliminales y los resentimientos que pudiera haber entre nosotros se han esfumado casi sin que nos demos cuenta. El vendaval que supuso la entrada de David en la banda los barrió de un plumazo, y espero que para siempre. No sé, cuando David dice una cosa nunca está diciendo dos. Siempre va de cara y no se anda con rodeos. La actitud se contagia, y la suya ha traído consigo la medicina que necesitábamos. Dejando a un lado lo que le debo personalmente, lo cierto es que Los Enemigos no nos sentíamos tan unidos desde los tiempos de *La vida mata.* Y se nota. Vaya si se nota.

Se nota en los ensayos, en la furgoneta, en el estudio de grabación. Pero sobre todo se nota en el escenario. No detecto nubarrones, puedo sentir una espiral de aire fresco corriendo libremente entre nosotros. Se nos pasan volando los conciertos, y si no tocamos más tiempo no es por falta de ganas. Es más bien el pesao de Mariño, nuestro mánager, que no se cansa de insistir en

que hay que dejar al público contento pero con ganas de más. Como siempre, tiene razón. También, como a Lalo, le debemos mucho a Carlos. Fue uno de nuestros primeros fans y hoy puede estar orgulloso de ser el verdadero artífice de nuestra vuelta a la vida. Los Enemigos ya les podemos estar agradecidos a ambos. Sin ellos no estaríamos aquí y no existiría *Bestieza*. Dos amigos, dos resurrecciones. Lindo, ¿verdad?

SIETE MIL CANCIONES*

Me había obsesionado con una canción de una maqueta de 1998 que acabamos descartando. No tenía letra ni nada, pero si seguía rondándome veinte años después por algo sería. Una noche de estas de orvallo y chimenea me di cuenta de que lo que le faltaba era una introducción para el estribillo. Pasar directamente a él desde la estrofa era de una torpeza mayúscula. Me extrañó tanto no haberme dado cuenta antes… Efectivamente, en cuanto di con una buena, aquello echó a volar. Tenía una fierecilla entre manos. No fue una letra especialmente complicada de escribir. Pensé en mi historia con Núria. En cómo aquello me salvó el pellejo y en la naturalidad con que lo hizo. Comenzó como un western y acabó en un delirio quijotesco rebosante de romanticismo.

Hubo un tiempo en que me presentaba a mí mismo en el escenario con las palabras de Fernando Galindo: «Y aquí, en el medio como siempre, un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo». Siempre me encantó esa escena. A veces vuelvo a ver *Atraco a las tres* y me sigue dejando clavado en el asiento. Aquella época del cine español es gloriosa. Estaba haciendo una lista de películas, directores y actores, pero voy a dejarlo estar porque es que no me caben. La frase entera tampoco entraba, así que le metí la tijera y me llevé por delante lo del amigo. Seguía funcionando. Si es que es genial, coño. Cada vez que llegamos al estribillo me viene a la cabeza José Luis López Vázquez abriendo la trampilla del mostrador para Katia Durán mientras repasa su imponente figura procurando no babear. No recuerdo qué había escrito para esa parte,

pero lo cambié sin dudarlo en cuanto me vino lo de Galindo a la cabeza. Me encantó poderle hacer ese guiño a nuestro cine.

Y cuanto más pisabas el acelerador, más contenta se ponía «Siete mil canciones». El concepto *Bestieza* iba tomando forma. Porque a «Hey Judas» le pasaba lo mismo, y a «La ofensa» también, y a «Océano»… De hecho, solo hay tres tiempos medios en el disco: «La costumbre», «Sacrilegio sideral» y «Rey pescador». Las demás son pura caña. Mientras trabajaba en ellas tuvo lugar el esperpéntico episodio que culminó con la llamada a David. Y la nave soltó lastre y volvió a jugar con el viento. Recuerdo el día del primer ensayo con el amigo Krahe como uno de los más felices de mi vida.

~

Yo no sé la de veces que han dado por muerto al rock and roll. Pues con las ganas os vais a quedar. Aquí seguimos, cabrones. Os vais a tener que inventar algo muy pero que muy bueno para sustituirlo. Lo mismo sucede con la novela o la radio. En cuanto nos descuidamos nos echan una palada de tierra encima.

Ahora es el amor. Hace poco leí en alguna parte que dura cuatro años. Pasado ese tiempo conviene cambiarlo por otro. Como si fuera un coche que se ahoga en las cuestas. Hay que joderse. «Buenas, que ya lo cuenta todo dos veces. Y ronca. Lo cogen como parte del pago del nuevo, ¿verdad? ¿Pueden venir los niños a visitarlo? ¿Me enseña el catálogo de novedades, si es tan amable?». En serio, hay gente que se divorcia porque el tío ronca o ella ha engordado. Ha echado raíces la idea de que la primera fase, la del enamoramiento, es la única que cuenta. Y está muy bien, no digo yo que no. A pesar de la cara de tontolachorra que se te queda. Pero hay más después de eso. Yo no cambio por nada la rutina de trabajar, salir a que me dé un poco el aire con Elmo, nuestro maravilloso perrete, y volver después a casa con la mujer que quiero. O esos abrazos después de un par de semanas de ensayos y carretera. Abandonarnos al sueño juntos es una las sensaciones más intensas y placenteras que conozco. Conocernos tanto. Bueno, pues aquí tienen una canción de amor con todas las letras.

Por si cabía alguna duda al respecto, en el vídeo que hicimos con Óscar Carriquí el prota es un caballero andante buscando el amor contra viento y marea. El tío que va dentro de la armadura es Chema, y está que se sale. No han caído en saco roto todos estos años estudiando arte dramático. Vaya recital de lenguaje corporal se marca el colega. Es digno de verse. Nos lo pasamos de miedo rodando el clip. Especialmente nos gustó el rollo de los trajes. Ya se había hablado del tema en 2015, pero Benítez se había negado en redondo a ponerse un traje aduciendo alguna de sus paridas. En fin. Al final he encargado unas camisas fucsia en una sastrería del barrio de Gràcia, y así es como saldremos a escena, hechos unos pinceles y a juego con la portada de *Bestieza*: traje y corbata negros, camisa rosa. Va a ser un puntazo salir uniformados. Queremos transmitir esa unión tan bonita que sentimos.

El disco ha alcanzado el número uno en ventas (así como se oye) y ya hay programada una gira de presentación de tócate los cojones. Semos estrellas del ruacanrol. Hala, a comer perdices. Que ustedes lo pasen bien.

Ups. Parece que se está armando la de Dios a causa de un virus letal que amenaza con extenderse por todo el planeta. Nadie se lo puede creer. Eso dice todo el mundo. Pues yo sí me lo creo. Si no hace ni una semana me he tenido que creer un número uno de Los Enemigos, ¿no me voy a creer esto? Pues claro que me lo creo. De hecho, ahora me cuadra todo. Nunca seremos estrellas, ni falta que nos va a hacer. La gira se suspende por la pandemia y *Bestieza* va a tener que esperarse para salir a devorar carretera. El último proyecto en el que he participado, *Hijos del Mediterráneo*, también se va al carajo. Qué pena, porque creo que contiene la mejor interpretación vocal de mi carrera. Ya se habla de confinamiento masivo, y el 13 de marzo de 2020 me subo en el tren hacia Madrid, no sea que mi madre se vea sola y sin nadie que le pueda hacer la compra y todo eso. Unos asientos más adelante del mío hay dos tipos muy serios. Los dos llevan mascarillas blancas. No se las quitan ni por un segundo. Empiezo a acojonarme de verdad.

Las teorías de la conspiración también corrieron como la pólvora cuando derribaron las Torres Gemelas… Pues qué quieres que te

diga, yo estoy más por la chapuza. Una chapuza que se ha salido de madre en Wuhan como lo podía haber hecho en —es un suponer— Peñíscola.

Dudas, dudas, siempre dudas. Al final decido vacunarme. Deberían haberle añadido una pequeña dosis de LSD a las inyecciones para compensar las suspicacias (algunas razonables, la mayoría disparatadas) generadas por la falta de consenso, y estoy convencido de que el empujoncito anímico nos habría venido de perlas a todos. Me encanta imaginar los espacios habilitados para el suministro del mejunje llenos de risas, conversaciones delirantes e improvisados cantes y bailes. Eso habría estado bien…

Pero volver a la realidad tras tener que coprotagonizar simultáneamente con todos tus vecinos *El amanecer de los muertos vivientes, El último hombre en la Tierra, Dr. Mabuse, Freaks* y *La escopeta nacional* a diario durante dos meses es imposible. Ni nueva normalidad ni hostias. Estamos como putas cabras. Nos reímos de todo porque estamos hasta los cojones. Los sabios nos engañan. Bueno, vale ya. Porque, como solía decir don Fernando Fernán Gómez, duramos.

Los Enemigos nos hemos convertido con los años en un cargamento de neuras y achaques, pero nunca habíamos estado tan por la labor. Chema, Fino, David y Josele. Una banda de *rock*, de *and*, y de *roll*. Las tres cosas. Nos costó un poco retomar las dinámicas tras el gran parón, pero el concierto de La Riviera, el primero con aforo completo y la gente de pie, nos pilla con una velocidad de crucero brutal y un repertorio trabajado e incontestable. Una noche de las que no se olvidan. Dos horas de felicidad absoluta que terminan convergiendo en un recíproco e interminable aplauso y unos bailoteos la mar de salaos al son de Frankie Valli. Dos mil sonrisas de oreja a oreja. Y sigue saliendo trabajo. Que salga todo el que quiera, siempre estamos dispuestos a salir a la carretera. Deseándolo. Además, tras un bloqueo mental de casi tres años, he vuelto a escribir canciones. Por fin, porque ya me estaba volviendo majara.

Obsolescencia: que te den. Lo prodigioso de toda esta segunda etapa es que cuando nos despertamos el público seguía ahí. Como el

dinosaurio de Monterroso. Año tras año, celebrando el Desencuentro Enemigo, donde los fans se reúnen, comen, beben y bailan en un gesto precioso que nunca agradeceremos lo suficiente. Un millón de gracias a todos y cada uno de vosotros.

No descarto grabar algún día un séptimo disco en solitario, pero sucede que quiero respirar todo este aire fresco con calma. Nunca habíamos sonado como ahora. Qué linda palabra, «ahora». Me ha gustado escribir este libro casi tanto como componer canciones. Entre otras cosas, porque la mejor parte también consiste en contemplar y sorprenderse aquí y ahora. Esta mañana, en el monte, he visto un faisán…

Bueno, técnicamente he visto dos, creo que ya hablé de la diplopía. Le estoy dando vueltas a esto de los «dos faisanes en uno», y creo que vislumbro un concepto chulo para que la nueva colección de canciones revolotee a su alrededor (del concepto, no de los faisanes). Que cualquier cosa sea susceptible de ser clonada delante de tus narices y sea imposible distinguir la original de sus copias es la realidad que nos ha tocado vivir. Desenfocada y multiplicada de manera que en vez de una nos puedan vender unas cuantas. Pronto desaparecerá y no quedará nadie a quien le importe. Es una táctica cojonuda, esta de cargarse a la clientela.

La nuestra está muy clara. Son las canciones nuevas y las de siempre. Sois tú y tus colegas. Las guitarras. Los amplis. Los tambores. Los platos relucientes. El local. El estudio. El escenario. Los micros. La furgoneta… Han sido tres años muy largos con la sesera absolutamente ocupada por la ansiedad. Sin sitio para nada más. Pero las canciones han vuelto a visitarnos, y estos últimos meses las hemos ido acogiendo en casa. Mimándolas. De momento, todo va como la seda. Ya veremos dónde y en qué condiciones las grabamos. Todo apunta a un otoño intenso en Madrid. Me encanta el otoño en Madrid. *Bestieza* ha dejado el listón realmente alto; somos conscientes de su autosuficiencia y de que será recordado como una de las mejores colecciones de canciones que hemos publicado nunca. Algo muy parecido a lo que nos ocurrió con *La vida mata*. Vamos a virar un poco el rumbo a ver qué pasa, que aún tenemos cintura para eso y para más. Ale-hop, mira qué requiebro. Se

vislumbran nuevos valores en el horizonte, tras las canciones. Esta ensalada de realidades que nos ha tocado vivir promete grandes momentos de rock and roll y patafísica. De buenas canciones. Siempre son ellas. Es la nave, que va.

XIV
CANCIONES CHULAS
(2026)

EN ALGUNA REALIDAD*

Ha faltado poco, pero al final la especie humana no se ha extinguido y, aunque nos está costando horrores olvidar la supergira que teníamos programada antes del confinamiento, podemos presentar *Bestieza* más o menos en condiciones. No podemos quejarnos, porque la bendita carretera no nos ha olvidado y sigue ofreciéndonos sustento. Seguimos todos vivos, que no es poco. Pero a mí se me ha muerto algo por dentro, y su cadáver es una víscera extra que pesa una barbaridad. Aunque lleve una temporada sin escribir canciones nuevas, tengo la certeza de que no se trata del síndrome del folio en blanco. Esto es mil veces peor. Ni siquiera escucho música en casa. Solo cojo la guitarra para prepararme los bolos, y lo peor de todo es que se me han quitado las ganas de cantar. Nunca me había pasado de una manera así de rotunda. La única forma realmente efectiva que conozco de expulsar demonios consiste precisamente en cantar, así que ahora tienen tiempo de sobra para organizar orgías y multiplicarse. No sé cómo consigo salir airoso de los conciertos, con tanto aquelarre dentro. Un nudo bien apretado en la garganta es casi lo único que puedo sentir. Esto me está superando. Billie Holiday, Scott Walker o Camarón de la Isla podían, pero yo no me veo capaz de cantar y llorar al mismo tiempo. Además es que no quiero, no me da la gana. Y tocar la guitarra tampoco es que me apetezca mucho. Pierdo el hilo y una ristra de ideas oscuras me atraviesa la cabeza a diario. Las tendencias suicidas son motivo de ingreso. La vida puede convertirse en un instante muy largo.

Una pesadilla recurrente que tenemos casi todos los que vivimos de la música consiste en estar en un escenario enorme con unos extraños que pretenden que interpretes junto a ellos un repertorio que no te suena de nada. El público abarrota el recinto y sonríe expectante. El cóctel de pánico y humillación que recorre tu espina dorsal te paraliza por completo y, de golpe y porrazo, no tienes ni idea de quién eres ni de dónde estás. He podido sufrir ese mal sueño en carne viva e inmerso en este plano que llamamos realidad. Cruda realidad que mi cerebro decide abandonar en el preciso instante de salir al escenario para instalarse vete a saber dónde. En alguna otra realidad, supongo. Pánico escénico, lo llaman, y es un contenedor repleto de basura lo que se te viene encima mientras intentas que tu cuerpo reaccione de alguna manera. La que sea. Los flashes sueltos que conservo de aquella noche los tengo encerrados bajo llave en el mismo compartimento estanco que el frío de la muerte en el último beso que le di a mi padre, la fuerza del mar impidiéndome volver a la orilla una noche lisérgica en la Costa del Sol o la sonrisa que, bajo los efectos de un síndrome de abstinencia del copón, me dedicó un Josele de color gris que estaba sentado tranquilamente en mi cama mientras me miraba fijamente a los ojos.

Menos mal que al día siguiente tuvimos otro bolo que, aunque no fue bueno, pude sacar adelante con mucha fatiga y la más que estimable ayuda de mis compañeros del alma Fino, Chema y David. Pero estoy muy tocado y vamos a tener que parar. Han sido muchos los excesos con los que he torturado a mi organismo durante más de cuarenta años y demasiados los episodios de desorden mental que acarrea. A la madera recién cortada no hay quien le prenda fuego, pero a la leña vieja le basta un chispazo para ponerse a arder como el infierno.

¡BUM![*]

La especialista que se ocupa de mis mierdas me habla de «hipersensibilidad depresiva» y «labilidad emocional». Mis nervios están al borde del colapso. Soy un mercadillo de chaladuras y, derrotado otra vez, me someto a terapia. Rutina, ejercicio y, ante todo, mucha calma. Madrugo, saco a pasear a Elmo y me pongo a trabajar. Hago ejercicio y cuido mi alimentación. Después de comer me echo media hora y sigo trabajando hasta que Núria vuelve y salimos a dar un paseo los tres. Un último ratillo frente al ordenador y a cenar. Lectura o peli y a la cama. Vendería todas las drogas de mi vida, pero como no quedan ni las migas venderé la mitad de mis guitarras. O más. Será una buena hostia para mi ego, pero ellas volverán a la vida. Haciendo música por ahí dejarán de estar tristes, les cambiarán las cuerdas a menudo y no se les acumulará tanto polvo bajo el puente. Sin embargo, me duele verlas salir volando de casa. La formación es digna de un escuadrón de la RAF, y, cuando deja de escupir paracaidistas, vuelvo a mis papeles con mi inmortal Telecaster. Escribir nuevas canciones se convierte en una cuestión de vida o muerte. Creo que nunca me he obsesionado tanto con nada. No sé si soy consciente de estar enredándome en una espiral desquiciada y un tanto mórbida. Pero, aunque me noto sumamente torpe, cuando las veo crecer de a poquito, me gusta lo que veo. Me gusta mucho. Sé que el instinto es lo último que se pierde, así que me tiro al barro. Si me vuelvo majara, que me encierren.

Observo a diario el fin del mundo dentro de un folio en blanco. No sé por dónde empezar. Si no soy capaz de cantarlo, intentaré dibujarlo. Seguro que sale un tebeo chulo. Mi amigo Tintín se apunta

y propone que llamemos también a Tarzán. Sea, porque voy a necesitar gente así. Si consigo sacar a Don Futuro del bar, seguro que también acepta. Puedo llevármelo al Big, que me han dicho que sigue abierto. O al Bang, donde todas las tardes Don Presente y Don Pasado juegan a los dados hasta que se funden con la barra. Un flipe de este calibre tiene que albergar una canción por alguna parte. Hechuras no le faltan.

EL PRÓXIMO VALS*

Amor es la palabra. Ni ardorosas proclamas ni elevados ideales ni leches en vinagre. Amor incondicional. Es lo único que podría salvarnos del final que, ávido e impaciente, nos espera a la vuelta de la esquina. Porque al son de este vals, cada vuelta que das sobre ti mismo te acerca un poco más al abismo. Llevas ya muchos molinetes dados, ya no puedes parar y el agujero negro te succiona. El poder de la avaricia se ha hecho con los hilos del poder, y ya corretea por el mundo una multitud que, vanagloriándose de su propia ignorancia, amenaza seriamente con cargarse a todo el que se pase de listo. Este siglo se está empezando a parecer demasiado al pasado. Y al antepasado. Siempre igual, qué lerdos somos, hostia. Deberíamos aprender de la historia, pero es más fácil ignorarla. Y lo que busca Don Dinero es que te mires al espejo y veas a un marqués en potencia. Te gusta, te lo crees y le sigues el rollo. Pues déjame decirte que a sus ojos tú y yo no somos más que dos cagadas en el suelo. Cuando tú me barras a mí, vendrá otra mierda a barrerte a ti. Así es como se baila el vals de los imbéciles. Hasta que queden cuatro, aplaudan sonrientes y nuestro poderoso caballero saque la Luger. Soñar no conduce a nada y, como en todos los siglos, habrá que despertar. No nos podemos permitir tener miedo ni perder la esperanza. Somos muchos los que proclamamos con la boca muy ancha que no estamos dispuestos a permitir que el vals de la muerte vuelva a celebrarse. Palabras, palabras, palabras. Pero el mal está ahí y no hacemos más que mirar hacia otro lado. No estamos preparados para enfrentarnos a él y no hacemos nada por estarlo. Aunque ya se puedan oír los primeros compases.

ISLA*

Alrededor de mi querida Clara Bilbao revolotea un séquito de hadas cuyo cometido es sacarla indemne de la sucesión de saltos mortales que ella entiende por existencia. Su fuerza hace honor a su apellido, pero Clarita es al mismo tiempo delicadeza en estado puro. Siempre me ha regalado luz, vértigo y sorpresas. Esta vez se trata de un pequeño papel en su inminente primer largometraje como directora que se titulará *Tratamos demasiado bien a las mujeres*, basado en la novela homónima de Raymond Queneau cuyo guion adaptado firma mi gran amigo Miguel Barros (un poquillo de enchufe sí que hay, para qué vamos a engañarnos). Me encanta mi personaje: del caótico y diezmado grupo de maquis republicanos del que forma parte es el único que, además de un fusil, empuña una guitarra. Imposible no acordarse de la máquina de matar fascistas de Woody Guthrie. Están buscando la frontera francesa y, haciendo honor a la más lamentable de las tradiciones izquierdistas, discrepan constantemente. Dada mi falta de experiencia como actor, considero una ventaja que a los diez minutos me maten. El Chispas, pues así se llama mi personaje, cae víctima del fuego amigo, pero antes de eso le da tiempo a amenizar un alto en el camino con una de sus afamadas coplas. Clara no lo sabe, pero me pilla en plena crisis creativa, y solo tengo unos pocos bosquejos que he metido en la mochila antes de marchar al interior de Galicia, que es donde se rueda la peli, aunque se suponga que estamos en los Pirineos. La nieve artificial, el vestuario y los decorados confieren un carácter onírico y fantasmal a estos días. Nunca había estado en un rodaje y alucino con cada segundo que paso dentro de él. Es un trabajo tan

duro como precioso, este del cine. La destartalada guitarra española que me proporcionan tampoco está para muchas hostias, y reparo en que, lejos de ser un problema, su precariedad nos viene que ni al pelo a mi copla y a mí. Al final congeniamos y hasta se deja afinar un poco.

El instructor que me enseña a desplomarme muerto me felicita efusivamente, sorprendido de que lo clave a la primera. Por qué será que no me extraña. También aprendo a marchar en formación por el monte y a poner una no muy convincente cara de asesino. Pero lo que realmente me sorprende es el buen ambiente que planea sobre el rodaje. La camaradería que se respira entre todos los integrantes del equipo es sobrecogedora. Óscar Ladoire y yo ya éramos amigos desde hacía tiempo, pero enseguida conecto con el resto de los actores. Antonio de la Torre canturrea estrofas de algunas de mis canciones cuando nos presentan y a los dos nos da la risa floja. Voy conectando igual de bien con todo el equipo, y también me parto la caja con Carmen Machi cuando descubrimos que no solo hemos crecido en el mismo barrio, sino que hemos sido vecinos unas cuantas veces más. Solo me amarga la experiencia no haber coincidido con Luis Tosar, porque fuimos buenos amigos durante mi ya lejana etapa en Compostela y me hubiera encantado darle un abrazo bien fuerte. Ole papa.

Mi sigiloso deambular por este rodaje de ensueño me devuelve mi capacidad de observación y me aleja poco a poco de ese centro del universo en el que te sitúa un episodio depresivo. Estar aquí con vosotros ha sido un retiro espiritual para mí. Porque me recuerda que si le he abierto la puerta a la tempestad no me va a quedar otra que abrir las ventanas para que salga. Pero sobre todo me restriega por las narices que las buenas personas existen y que ser una de ellas es lo único a lo que tengo que aspirar. Desde esta isla, camaradas, os mando mil gracias a todos.

LUZ DE DOS LUNAS*

Vuelvo a casa y no tardo en descubrir que si me siento más ligero es porque el cadáver no identificado que acarreaba dentro no da señales de vida y todo apunta a que se ha esfumado. Supongo que para compensar, una bacteria ha decidido instalarse en mi vejiga. No es lo que esperaba como bienvenida, pero al menos creo que por fin he sacado a la muerte de mis entrañas. Sin embargo, esta nueva inquilina está pero que muy viva, y los dolores me obligan a interrumpir un ensayo para acercarme a Urgencias por tercera vez en dos meses. Deciden ingresarme para ver si por vía intravenosa los antibióticos son más efectivos y hacerme de paso algunas pruebas, no sea que la infección esté ocultando algo más feo. «Persistencia bacteriana», lo llaman, y resulta que es la segunda causa de muerte por enfermedad en occidente. En un par de meses hemos perdido a unos cuantos amigos músicos, y, durante la primera noche de hospital, una extraña lógica de orden cósmico-paranoico me convence de que seré el siguiente en caer. Después de que tanto Iñaki Fernández (Glutamato Ye-Yé) como Piti Sanz (Los Contentos) —de los que tanto aprendí, con los que tanto me reí, a los que tanto quise…— nos hayan dejado casi a la vez, la idea se asienta en mis aturdidas entendederas. Dejémoslo en que me resigno. Por otra parte, llevo más de un año siendo víctima de un fraude que, unido al parón de conciertos al que nos hemos visto abocados por culpa de otro de mis achaques, me tiene sin apenas ingresos y me obliga a vender las pocas guitarras de postín que aún me quedan. No hace tanto, me hubiera bastado con pedir un adelanto en Autores… No es extraño que mi magín termine de atar

cabos y urda lo que vendría a ser una estafa en plena agonía. Mi última noche en la tierra se ve iluminada por una luna extra y, pobre de mí, su falsa luz me embelesa con una nueva copla para agarrarme del alma y comérsela cruda mientras me la tararea al oído.

PUTO BLUES*

Si al final te la van a pispar, no parece mala idea negociar con tu alma cuando aún es joven y, pletórica y exultante, cotiza al alza. La vas a perder igual, pero cuando todo acabe lo habrás pasado en grande durante mucho más tiempo. Echando la vista atrás, a veces tengo la sensación de haber firmado un contrato mefistofélico de estos. No recordarlo no tendría nada de extraordinario para mí. Además, cuando andaba con la heroína, mi día a día y mi aspecto tenían mucho que ver con las costumbres de estos noctámbulos bebedores de sangre. No soportaba el sol, dormía vestido y estaba más pálido que el Gollum. Aunque un servidor fuera más de whisky y prefiriese las guitarras a los ataúdes, las similitudes eran más que evidentes, y cuando me altero reaparecen en forma de mala hostia. Ya he cumplido sesenta tacos y me siento envejecer más claramente que nunca. Lo único que me mantiene en un estado parecido a la juventud son las ganas que tengo de grabar este disco. Aunque las circunstancias no ayudan.

Médicos, abogados, patinetes, turistas, reguetón… Madrid es un niñato con los gayumbos por fuera, y el rock and roll poco más que una vitrina del Museo Nacional de Antropología. Los vampiros viejos chupan sangre de rata en las cloacas, y la ilusión que guardo en mi mochila se intenta escapar cual murciélago histérico y chuchurrido. Mi mal humor contagia a mis compañeros y nos alejamos empujados por viejos fantasmas. Reaparece el monstruo. Las melodías son ignoradas por las armonías, y Carlos ejerce de mediador en las constantes discrepancias que mi voz mantiene con las líneas de bajo y los arreglos de guitarra. Para que la música popular funcione tiene

que parecer fácil y caminar con garbo. Ni somos virtuosos ni falta que nos hace parecerlo. Decido centrarme en que la economía sea evidente en la interpretación de mis partes de rítmica y pegarme como si fuera una lapa a las melodías. Nunca me cansaré de repetir que ni las canciones son aceitunas ni los silencios huecos que rellenar con pasta de anchoa. Forman parte de la música y hay que respetarlos tanto como a las notas. La frustración me supera durante mis caminatas de vuelta a casa de mi madre, quien por suerte parece entender que mi sistema nervioso está colapsando y me deja trabajar sin más interrupciones que las que provocan médicos, abogados y disonancias en mi cerebro. Porque la ley no se cansa de sacarme de quicio con sus absurdos vericuetos y los antibióticos se la traen al pairo a la bacteria, que ya es capaz de transformar mis micciones en auténticos suplicios. Se me hace imposible disfrutar de una largamente esperada sesión de estudio y, en más de una ocasión, considero seriamente tirarlo todo al río mientras cruzo el Manzanares. El camino que nos señalaba *Bestieza* no es tan de color rosa como parecía.

PÁJARO CIEGO*

Norte, sur, este y oeste son palabras huecas para él. El pájaro ciego simplemente vuela hacia delante. No sabe a dónde va ni por qué, pero de alguna manera comprende que tiene que hacerlo. Y lo hace. Del batir de sus alas se desprenden plumas y briznas de hierba fresca que dan fe de su incansable avanzar. El cielo y la tierra son una sola dimensión que él recorre sin cesar. A lo mejor nos está mostrando el camino. Quién sabe. Levantémonos y sigámoslo, porque no nos queda otra. Qué coño voy a tirar yo al río, con el trabajo que ha costado llegar hasta aquí. El pájaro ciego es negro porque siempre está de luto, y los verdes que matizan su silueta no son sino restos del prado en el que se derrumba una y otra vez de puro agotamiento. Nadie sabe cómo, pero siempre se las apaña para levantarse y reemprender el vuelo. El pájaro ciego simboliza la mera pulsión por vivir, y nosotros pensamos seguir su rastro hasta que las fuerzas terminen de abandonarnos. Eso es. Y a la bacteria, que no remite, que la zurzan.

CANCIONES CHULAS*

Solía encontrarme por la escalera a una vecina que llevaba en brazos un cachorrito de golden retriever y siempre me dejaba acariciarlo. A veces lo subían a casa y podía tirarme horas jugando con él en la terraza mientras Núria y los vecinos charlaban. Nos hicimos muy amigos, y cuando Marley tenía tres años y lo cruzaron con una perrita preciosa, me ofrecieron uno de los cachorros. La respuesta me sale del alma. Claro que lo quiero. Enseguida comprendo que viene desde el mismísimo cielo. Nunca olvidaré la primera vez que lo vi. Se salió del corrillo en el que estaba jugando con sus hermanos, me miró y vino directo hasta mis pies. Cogí en brazos a aquella preciosidad y directamente me dio un lametón. Se lo acerqué a Núria y le dio otro. Bendito sea el misterio. Elmo es lo mejor que podría pasarnos. Apenas necesito medicación desde que está con nosotros. Su sonrisa ilumina la oscuridad que me aprisiona, y con su luz me señala la salida todas las mañanas. La alegría va llenando nuestra casa, y mi espíritu puede respirarla día tras día. Los demonios huyen espantados, la mirada de Núria vuelve a brillar y parece que en Madrid estoy retomando unas complicidades con mi querida madre que, por extraño que pueda parecer, creí perdidas para siempre hace quince años, tras la muerte de papá. Mientras trabajo en esta fantástica melodía de Fino, respiro profundamente y siento una inmensa gratitud, porque las canciones chulas están de vuelta.

MISS DINAMARCA*

Un día mi mujer tuvo la suerte de coincidir en la radio donde trabaja con Chiquito de la Calzada, y de aquel encuentro conserva como oro en paño el autógrafo que el genial malagueño le dedicó. «Para Núria, Miss Dinamarca, con todo mi cariño», escribió. Qué grande, nuestro fistro pecador. A mí aquello se me quedó grabado y, mira por dónde, años después funcionó de maravilla para esta canción que, no me cabe la menor duda, está entre las cinco mejores que he escrito nunca. Allá donde esté, maestro, quiero que sepa que, además de por toda la alegría que me ha regalado su personalísimo humor, tengo un motivo más para estarle eternamente agradecido. Uno muy especial. Porque su septentrional ocurrencia me ha llevado de la mano hasta una canción. La idea es contrastar los rigores del frío y la soledad que acechan allá en el Ártico con el acogedor refugio que supone un amor verdadero en la vida. En cualquier vida. Verter el inmenso poder de ese calorcito divino en una canción. Nada más que eso. Y nada menos, porque un amor es un tesoro muy difícil de encontrar y, sobre todo, de cuidar. Es una criatura preciosa y extremadamente delicada que necesita estar siempre presente y ser mimada con todos los sentidos. No sé, es algo así como sentir que aprecias realmente cada segundo que pasa contigo, lo que necesita. Ser partícipe de tu gratitud. Y estar vivo, de repente, vuelve a ser delicioso.

MIL CONDENAS*

En este libro está condensada toda la vida y la obra de Los Enemigos, y de repente caigo en la cuenta de que las canciones que he escrito condensan a su vez mi paso por este planeta. Suele ocurrir que la obra y la vida de un autor están íntimamente ligadas. Si quieres hablar de una vas a tener que hablar de la otra. También reparo en que lo que a mí me gusta es estar en una banda de rock and roll. Es lo que siempre quise, ya lo dije al principio. El papel de artista en solitario libre de andar rodeándose de músicos profesionales no es para mí. No valgo para eso. No digo que entre un artista y sus músicos no haya camaradería, pero yo necesito un plus de calor. Saber que todos amamos a esta banda y que estaremos juntos para enderezar las cosas cuando les dé por torcerse. Porque músicos que toquen de la hostia puedes encontrarlos bajo cada piedra que patees por el camino. Y todos sabemos contar chistes, pero para mí no es suficiente. No me encuentro a gusto ahí afuera. Soñar juntos y compartir esos lazos casi consanguíneos que proporcionan tantas horas de ensayo, tantos conciertos y tantas juergas vividas juntos… Eso no lo vas a encontrar nada más que formando parte de una banda. Yo aquí dentro me siento mucho más libre que fuera.

RUMBO AL SOL*

La criatura ha salido realmente guapa, pero vamos a tener que guardárnosla para septiembre porque llegamos un poco tarde al mercado y este 2025 ya está todo el pescao vendido. Además estamos en negociaciones con una discográfica y, bueno, igual cuando se publique el libro tendrás que esperar un poco para escuchar estas canciones que, estoy seguro, te van a flipar. Por eso creo que merece la pena este pequeño apéndice.

Ha sido complicado afrontar esta grabación con tantos problemas de salud colapsando mi sistema nervioso, pero al final hemos conseguido insuflarle vida a una de las mejores colecciones de canciones que recuerdo haber tenido nunca entre manos. Fino y yo hemos trabajado juntos en cuatro de ellas, y las otras siete han salido de mi libreta azul. Chema y David han entendido sus roles y los han cumplido con solvencia y dedicación robándole tiempo al tiempo que no tienen. Más o menos como hemos venido haciendo desde que, entre ráfagas de kamikazes cruzadas y acorazados ardiendo, dio comienzo para nosotros *La cuenta atrás* a principios de los noventa. Cuatro décadas de rock and roll. Se dice pronto.

¿Milagro? Puede parecerlo, pero creo que detrás de esta singularidad podemos encontrar algo bastante más sólido a lo que agarrarnos. Para empezar, sufrimos la pérdida de Lalo en un momento clave, y desde entonces su recuerdo funciona como un conjuro que, agazapado entre los puntos suspensivos de «La carta que no…», resucita cuando nos distanciamos demasiado y nos arrea una colleja a cada uno para recordarnos que el sueño que un día conseguimos materializar entre los cuatro no puede desmoronarse

por batallitas de egos ni chorradas por el estilo. Me han llamado loco tantas veces que ya me la refanfinfla, pero creo que incluso la década que pasamos separados forma parte de este mismo karma. Porque hemos tenido la oportunidad de participar en otros proyectos, tocar con músicos geniales y conocer otras formas de aproximarnos a la música, aunque parece que no nos han convencido demasiado. Y es que no es lo mismo, joder. Ni de lejos. El rock es otra cosa. Cuando nos juntamos explota algo único. Una fuerza que simplemente está ahí girando a toda leche y que te invita a saltar para agarrarte al carrusel y disfrutar de la vida a toda velocidad. Qué coño va a haber muerto, el rock. Se mueren las personas, los artistas, los cantantes… Con los dos últimos que se nos han ido —Jorge Ilegal y Robe Iniesta— hemos perdido, además, gran parte de la poca lucidez que le quedaba a este país. Pero siguen saliendo chavales por ahí que le han sabido pillar el punto a la ruleta del vértigo y andan rockeando con fuerza y estilo por los caminos.

Que Carolina Durante son unos fenómenos es algo que ya ni los más puristas discuten. O Lagartija Nick, que siguen repartiendo cera porque sí, porque les da la gana. Otra banda que me encanta son Camellos, con los que tuve el placer de colaborar en la fantástica «Cambios de humor». Y Alcalá Norte, que aunque no son muy de guitarrazos, van sobrados de actitud roquera. Se trata de una energía fuera de lo común que abduce a quien la capta. Si no de qué va a celebrarse cada año el Desencuentro Enemigo. Que nuestros fans se hayan seguido juntando todos los años para celebrar nuestras canciones es algo de un nivel tan estratosférico que sencillamente no tenemos derecho a estropearlo. Así de claro. Y ojo que los Desencuentros se produjeron incluso los años que estábamos «oficialmente» separados. Así que cuando la casa se tambalea, es nuestra obligación enderezarla. Nuestra herramienta básica se llama respeto. Hablarlo todo y no callarnos nunca nada. Funciona. Ahora que lo pienso, puede que algo de milagro sí que tenga la cosa.

CANCIONES

I

FUAGRÁS

Oh, qué órgano tan saludable
y tan brillante.
Este hígado debiera estar
expuesto en un estante.

Mi abuelo lo cuidaba
no poco y sí bastante,
mas no sirvió de nada
este esmero tan chocante.

Y es que el tren se lo llevó
a mi abuelo por delante.
Pobrecico, se quedó
mucho más feo que antes.
El tren se lo llevó.

Mi abuela, que es muy ahorrativa,
y mucho más ahora que antes,
le aplicó una lavativa.
Aprovechó el muerto por partes.

Y es que el tren se lo llevó…

Preparando estas viandas,
en vez de echarse un amante,
así pasó mi pobre abuela
sus pocos años restantes.

Y pudimos comprobar
primos, tíos y demás
lo rico que llega a estar
si es de buena calidad

Qué rico, qué bien que sabe.
Abuela: cómo nos gusta tu fuagrás.

(J. Santiago)

FLORINDA

Pobre Florinda, qué gorda que está.
Y qué arrugada.
Y su marido no la toca jamás,
está abandonada.

Pobre Florinda qué gorda que está.

Se pone rulos, se da crema y jabón
para estar guapa.
Florinda cumple con su obligación
de ama de casa.

Pobre Florinda, qué gorda que está.

Por la mañana se dedica a fregar
las escaleras.
Cuánto prodigio, qué luminosidad,
qué bien las friega.

Pobre Florinda, qué gorda que está.

(J. Santiago)

TENGO UNA CASA

Tengo una casa, tengo,
en el campo.
Y otra casa, tengo,
en la ciudad.

Beibi que es de noche,
sácate la faja.
Vamos a ver coches
o si no a ver vacas.

(R. Arbolea/J. Santiago)

COMPLEJO

Me entró un complejo
con solo mirarte.
Me entró un complejo
por tu educación.

Una chica-chica guapa,
chica guapa bastante notable.
Y yo un muchachote
sin posición.

No me puedo permitir
seguir viviendo así contigo.
Es que aún soy un chavalín

sin medios para vivir.
Yo no tengo porvenir.

Me entró un complejo
con solo mirarte.
Me entró un complejo
por tu educación.

Una chica-chica guapa,
chica guapa bastante notable.
Y yo un muchachote
sin posición.

(A. Pérez Fillol/J. Santiago)

LA PAELLA

En mi pueblo celebraron
ayer noche un gran banquete,
pero a mí no me invitaron.
Me dijeron «anda y vete».

Habían quedado a las diez,
yo estaba desde las siete.
Fueron todos al burdel,
yo usé la olla de retrete.

Pero una puta me vio,
una llamada Gabriela.
Y ella a todas les contó
que me oriné en la paella.

No lo pude resistir,
tenía ganas de hacer pis.
No me quisieron invitar,

solo tuve que orinar.

A la hora del reparto
el alcalde vio que ellas,
mientras él se ponía harto,
rechazaban la paella.

El alcalde se levantó
y cogió del cuello a Gabriela.
Claro, ella se acojonó
y soltó lo de la paella.

Y ahora estoy aquí colgando
de la rama un arbolico.
Menos mal que me entretengo
viéndome tan tieso el pito.

No lo pude resistir…

(J. Santiago)

JUAN VALDÉS

Si no fuera por Juan Valdés
nos quedaríamos con las ganas
de tomar café.
De tomar café.

Somos cuatro generasione.
Generasione de Juan Valdés
cogiendo café.
Cogiendo café.

Currando como un enano
de uno en uno cojo el grano.

Este sí, este no.
Este sí, este no.

Abuelo le enseñó a pae,
pae me enseñó
a mí,

y yo le enseño a mis hijos
porque Dios lo quiere así.
Dios lo quiere así.

Solo, cortao,
con leche, carajillo,
Nescafé.

(A. Pérez Fillol)

VELARDESTRIT BUGUI

[Instrumental]

(J. Santiago)

II

SOY UN SER HUMANO

Me enamoré de mí mismo,
pero luego me engañé.
Poniéndome los cuernos
con una mala mujer.

Me aproveché de mí mismo,
a mí mismo me utilicé.
Solo busqué algo físico
y para colmo no fui fiel.

Se acabó el respeto en mi relación,
se tornó en rutina lo que antaño fue amor.
Ahora soy un ser humano
y necesito comprensión.

He de hablarme seriamente,
esto mío terminó.
Quedaré como un amigo,
no me guardaré rencor.

Se acabó el respeto en mi relación,
se tornó en rutina lo que antaño fue amor.
Ahora soy un ser humano
y necesito comprensión.

(A. Pérez Fillol/J. Santiago)

QUÉ BIEN ME LO PASO

Me sé hacer de todo.
Sí, señor.
De todo, todito.
Sí, señor.

¡Señor! Qué bien me lo paso
yo solito.

Deshago la cama
sin tu amor.
Me quito el pijama

sin tu amor.

¡Señor! Qué bien me lo paso
con mi almohada.

Pegado a este termo,
qué calor.
Agarro y me duermo,
qué calor.

¡Señor! Qué bien me lo paso
con mi muermo.

(J. Santiago)

YO, EL REY

Pero oiga, es que no lo ve, ¿no?
Pero hombre, es que no sabe usted, ¿no?
No sabe que no puede ser un inútil.
O acaso es que no se lo cree,
¿o qué?

Ya no es tiempo de escoger,
lo debería usted saber.
Soy el rey.

Pero oiga, es que no lo ve, ¿no?
Pero hombre, es que no sabe usted, ¿no?
No sabe que no puede ser feo.
O acaso es que no se lo cree,
¿o qué?

Ya no es tiempo de escoger,
lo debería usted saber.

Soy el rey.

Pero hombre, es que no lo ves, ¿no?
Pero hombre, es que no lo ves, ¿no?
No puedes intentar beber por un ojo.
O acaso es que no te lo crees,
¿o qué?

Ya no es tiempo de escoger,
lo debería usted saber.
Soy el rey.

(J. Santiago)

JOHN WAYNE

¿Eres tú John Wayne?
¿Eres tú John Wayne o lo soy yo?
¿Bebes tú bourbon?
¿Bebes tú bourbon o lo bebo yo?

¿Mascas tabaco?
¿Mascas tabaco tú o lo masco yo?
¿Cabalgas solo?
¿Qué es lo que montas tú?

¿Eres tú John Wayne?
¿O el virginiano?
¿Eres tú el virginiano o lo soy yo?
¿Matas granjeros?
¿Matas granjeros tú o los mato yo?

¿Tienes problemas?
¿Tienes problemas tú o los tengo yo?
¿Eres tú John Wayne?

¿Eres tú John Wayne o lo soy yo?

¿Eres tú John Wayne?

(J. Santiago)

NO AMANECE EN BOUZAS (DELIRIO VIGUÉS)

Se volviera la radio,
se volviera fiera.
Grande como un estadio
y luego me engullera.

Se volviera tu gato,
se volviera fiera.
Me dijera «te mato»
y luego me engullera.

Se volviera tu padre,
se volviera fiera.
Me montara aquelarre
y luego me engullera.

No amanece en Bouzas.
No amanece nunca.
Ni pa Dios.

Se volviera tu culo,
se volviera fiera.
Se volviera peludo
y luego me engullera.

No amanece en Bouzas.
No amanece nunca.
Ni pa Dios.

(J. Santiago)

UN TÍO CABAL

Siendo un chaval
bebía vino.
Tenía ese afán
a la hora de comer.

Siendo un chaval
buscaba chicas.
Tenía ese afán
al anochecer.

Hoy soy más cabal,
ya soy un hombre.
Me da por beber
al anochecer.

Hoy soy más cabal,
soy todo un hombre.
Busco mujer
a la hora de comer.

(J. Santiago)

BOQUERÓN

Eh, tú, boquerón,
sabías por donde nadar.
Eh, tú, boquerón,
nadie te iba a ti a pescar.

Eh, tú, boquerón,
de entre todos el mejor.
Eh, tú, boquerón,
en ti no cabía el error.

Quién te lo iba a contar,
que ibas a acabar
frito y sin amor.

Eh, tú, boquerón,
mírate, estás rebozao.
Eh, tú, boquerón,
¿no ves que estás acabao?

Eh, tu, boquerón,
acostúmbrate a tu nuevo olor.
Eh, tú, boquerón,
pedacito de ración.

Quién te lo iba a contar,
que ibas a acabar frito
y sin amor.

(J. Santiago)

III

EL GRAN CALAMBRE FINAL

Vimos luz, oímos truenos,
se abrió el cielo azul
y nos volvimos todos buenos.

Vimos muertos caminar
y al llegar todos al huerto
se pusieron a bailar.

Siete ángeles y trompetas.
Siete sellos, fuego y sangre,
como predijo el profeta.

Y habló Él, blanco y oro.
Nos postramos a sus pies,
comenzó a sonar un coro.

Que arda la tierra y que arda el mar.
Que arda la tierra y que arda el mar.
El caído la supo conquistar.

Ya no hay hambre, ya no hay sed.
Ya sentimos el calambre,
ya no hay por qué padecer.

(A. Pérez Fillol/J. Santiago)

TRASPIÉS

Buenos días, chavalito,
ya es la hora,
levántate.

Aún tienes
tiempo,
arrepiéntete.

Malas noticias,
no habrá indulto.
Cálmate.

Aún puedes
hablar
con Él.

Te han dado la vez.

Han venido tu padre
y tu madre.
Te quieren ver.
Olvidaron ya el traspiés.
Veinte minutos y puede ser tarde ya
¿por qué no abrazar la fe?

Te han dado la vez.

Padre, esta inyección está pero que muy bien.
Hacía tiempo que no pillaba algo tan fetén.
Padre, ¿decía usted? ¿Decía usted?
¿Decía usted? …
Hacía tiempo que no pillaba algo tan fetén.

(J. Santiago)

DESDE EL JERGÓN

La sangre aún me hierve
cuando pienso en mi mala suerte.
Y cuando me levanto
en el jergón
os maldigo.

A este lado de la puerta
llegaban tus cartas ya abiertas.
Yo las necesito tanto,
en el jergón,

y no llegan.

Y sin ellas, dime,
dime qué me queda.

Sigo hablando con las nubes,
ellas me enseñan lo que tuve.
Y esto, que no me sube.
Desde el jergón
os maldigo.

Porque Dios se pasó conmigo.
Y no será que ahora te aburres.
Que te escurres
y no quieres esperar.
No quieres esperar.

(J. Santiago)

OUIJA

Dime si es verdad
que al fin descansas.
Dime si es verdad,
no oigo tu voz.

Cuéntame qué ves
tan lejos.
Al otro lado
del espejo.

¿Es verdad que no hay
calor ni frío?
¿Hablaste con él?
¿Le has visto ya?

¿Eres aún
amigo mío?
¿Viste ya a todos
los demás?

Cuéntame qué ves
tan lejos…

(J. Santiago)

SEPTIEMBRE

Por qué estoy frío,
si hoy hace calor.
Yo iba a ser un gran tío,
todo un ganador.

Será que no es lo mío,
esta competición.
Por qué os reís tanto
delante de Dios.

Lo he intentado
de corazón.
Me hubiera encantado,
lo sabes, Señor.
¿Es cierto que no tengo
ninguna vocación?

Ya es septiembre
y yo no voy a estar.
En septiembre.

Ya es septiembre
y no pienso vendimiar.

En septiembre.

Id a por el pan,
que yo no voy a ir.
Y a por la leche,
yo no voy a estar.

Antes de que me echen,
prefiero salir.
Aunque sea abriendo
la puerta de atrás.

Mientras los frailes
vayan a rezar,
mientras los bailes
sean sin mí igual,

besaré a la madre,
besaré a la madre,
besaré a la madre
que hoy me velará.

Voy a estrenar
corbata hoy.
Por fin haré algo de verdad.
Qué feliz soy.

(J. Santiago)

EL FRAILE Y YO

Enloqueció un fraile
y quiso que yo
bebiera más
y riese por él.

Y organizó
fiestas para que yo,
siempre en su honor,
perdiera la razón.

Él sabrá cómo,
él sabrá con qué
conjuros hace que yo
sea él.

Si río yo
es que también ríe él.
Si te amo yo
es que también te ama él.

Sale a bailar
por la noche
al cementerio,

piensa en mi cara
y la cambia de color.

Me hace brindar
por él
desde el cementerio.
Qué bien lo pasamos
el fraile y yo.

(J. Santiago)

MIEDO

Soy un buzo
dentro de mi
Johnnie Walker's Red.

El amante de tu amor,
tu dueño,
tu tornillo flojo.

Alguien me vio contigo
y se mató.
Curioso antojo.

Soy el pez de oro
que tragaste ayer,
antes de ahogarte.

Soy un martillo negro.
Allá voy,
clavito.

Solo me dan miedo
las monjas, el agua
y los niños.

¡Oh, Dios! Soy tan feliz
cuando me das tu dolor.
Ahora quiero también
tu amor.

Soy el hierro al rojo
que siempre deseó
tu piel.

Soy el señor bajito
que pega
a tus hijos.

Un mendigo que te escupe,
un pan blanco
manchado de sangre.

Soy tu primer amor,
no quiero recordar
lo mal que lo hiciste.

Soy un libro abierto.
¿Te cuento
tus días?

Tu apuesta perdida,
tu espanto,
tus dientes de leche.

¡Oh, Dios! Soy tan feliz
cuando me das tu dolor.
Ahora quiero también
tu amor.

Soy tu cena
¿Me desprecias?
¿No tienes hambre?

Soy tu sueño
preferido y no
pienso volver a verte

El epitafio
que buscabas.
Te estoy esperando.

¡Oh, Dios! Soy tan feliz
cuando me das tu dolor.
Ahora quiero también
tu amor.

(J. Santiago)

IV

LA CUENTA ATRÁS

Hola, chaval.
Prepárate para dejar de jugar.
Un, dos, tres, ¡ya!
Ahora la carrera es de verdad.

Habrá que limpiar
los colores que hay en tu cristal.
¿Lo ves claro, ya?
Bienvenido, hijo, a la realidad.

Llave en mano.
Entra, hijo, entra sin llamar.
Y no cedas jamás.
¡No cedas jamás!

El mundo rula, y al caer
se muerde la cola.
¿Por qué has tenido que crecer?
¡Maldita la hora!

Debes ganar
y pisar fuerte, hay que impresionar.
Vas a flipar,
tendrás que ser mejor que los demás.

¡Qué solo estás!
Mi queridísimo hijo, mi chaval.
La cuenta atrás.
Cuatro, tres, dos, uno, cero, ¡ya!

El mundo rula, y al caer
se muerde la cola.
¿Por qué has tenido que crecer?
¡Maldita la hora!

Bienvenido
al club de los que vamos a triunfar.
La vuelta ya nos la darás.
¡Tú vales, chaval!

El mundo rula, y al caer
se muerde la cola.
¿Por qué has tenido que crecer?
¡Maldita la hora!

(A. Pérez Fillol/J. Santiago)

LA OTRA ORILLA

A lo lejos se ve
la otra orilla, man.
No me haré viejo sin ver
la otra orilla.

Veo las fieras correr por allí.
Sé que me esperan a mí.
Cuando tú quieras,
parecen decir.

Allí todo brilla,
allí todo encaja bien.
En esta orilla
no hago pie.

¿Y si me arrepiento

una vez allí?
¿Si son todo cuentos?
¿Y si…?

No seas tan lento,
parecen decir.
Hoy sopla el viento
solo para ti.

Sí, todo brilla.
Todo encaja bien.
En la otra orilla
no hacía pie.

(J. Santiago)

HIENAS

Vomité todos mis años,
recordé mi última escena.
Zambulléndome en mis venas,
se me heló el agua del baño.

Fuera rondan ya las hienas,
a mí ya no me harán daño.
Hoy no voy a ser tacaño,
tendrán carne a manos llenas.

Se acabaron los engaños,
ya no quiero más escenas.
Esta que viene es la buena,
hoy tendré mi propio escaño.

Vomité todos mis años.

(J. Santiago)

PARACAÍDAS

Tengo amigos,
te pueden librar
de caer al mar.

Tengo amigos,
te pueden librar
de soñar al sol.

Sí, tengo amigos
que nadie me presentó.
Que sacan fuerzas
de donde ahora las estoy sacando yo.

Tengo problemas,
te pueden librar
de sentirte en paz.

Tengo problemas,
te pueden librar
de tocar la luz.

Tengo problemas
que nadie me planteó.
No te los presto,
si fueran para ti, no estaba aquí yo.

Caer al mar, soñar al sol.
Por favor.
Sentirte en paz, tocar la luz.
Todavía no.

(J. Santiago)

BRINDIS

Podría hacer daño
el agua y no el licor.
Podrían los años
no pasar factura al portador.
Podría ser,
pero no.

No tenemos cura
ni encontramos otra opción.
Así que entremos
al mesón.

Brindemos al son
de un extraño rocanrol.
Brindemos tú y yo,
simulemos otro amor.

El tiempo es veneno,
y solo con veneno
se puede al veneno vencer.
Así que yo relleno
mi copa otra vez
y me vuelvo a hacer querer.

Brindemos al son
de un extraño rocanrol.
Brindemos tú y yo,
simulemos otro amor.

(J. Santiago)

QUILLO (HE VUELTO A NACER)

Quillo, aquí estoy de nuevo.
Ya ves, recién salío del huevo.
Quillo, no dije adiós,
solo dije hasta luego.

He vuelto a nacer,
es de creer.

Quillo, vengo de tocar fondo.
Ya ves, hay que cavar muy hondo.
Ya era hora de parar los pies
y virar en redondo.

He vuelto a nacer,
es de creer.

(J. Santiago)

HASTA EL LUNES

Alas que el miedo te da,
bocas que hay que alimentar.
Chico, a tu querido papá
le ha tocado reventar.

Horas que hay que aprovechar,
mundo que nunca verás.
Chico, a tu querido papá
le ha tocado reventar.

En un mar de horas extras
es donde veranea papá.

Bajo un sol fluorescente,
papá vuelve a hacer
las cuentas cuadrar.

Piensa y toma nota, chaval.
Sabes, habrá que espabilar.
Algún camino escondido habrá
distinto al de papá.

En el mar de horas extras
yo no me pienso bañar.
Bajo el sol fluorescente
no me pienso achicharrar.
Mientras busco otro final,
papá vuelve a hacer
las cuentas cuadrar.

(J. Santiago)

V

¿POR QUÉ YO?

No fui yo, yo no,
alguien me la pegó.
¿Por qué yo?

No fui yo, yo no,
alguien me encerró
dentro de este cascarón.

Mire usted, ¿no cree
que estaría mejor

como aquel?

¿Por qué él y yo no?
¿Cómo se lo ganó?
¿Es que llegó antes que yo?

¿Dónde puedo reclamar?
A mí esto no me gusta.
¿Con quién tengo que ir a hablar?
Dímelo, no me asusta.

No fui yo, yo no,
alguien me engañó.
Si lo sé…

Si lo sé… Ah, si lo llego a saber
Iba a estar yo aquí.
¿De qué?

¿Dónde puedo…

Entiéndalo
Discúlpenos
Los hay que están peor.

(J. Santiago)

SIN HUESO

De la vigilia al sueño
hay varias sendas y…
No todas tienen dueño,
dispón de mí.

Encárgame otro exceso,

destila la verdad.
Entre coces y besos,
sin hueso mi ansiedad.

Mi castigo es tu premio,
El premio duele al final.
¡Estás jugando en serio!
¡Ataca sin piedad!

Encárgame otro exceso,
destila la verdad.
Entre coces y besos,
sin hueso mi ansiedad.

Quiero que lo hagas preso,
quiero verlo gritar.
Alíviame este peso,
ataca sin piedad.
Exprímele los sesos,
delicia y tempestad…

Entre coces y besos,
sin hueso mi ansiedad.

(J. Santiago)

EL RING

Te han llamao cobarde
y te has dicho: vale ya
de pelear en balde.
De no dar y siempre encajar.

Y no has visto el río
hasta que te lo has tragao.

Eres de los que cuando
hace frío acaban
por quemarse
con el fogón.

Si encajabas antes
agárrate, que aquí
te las dan sin guantes
y hasta en el DNI.

Y no has visto el río
hasta que te lo has tragao.
Eres de los que cuando
hace frío acaban
por quemarse
con el fogón.

Si este salto aguantas,
no te quedes en el ring.
Vete de la lona, salta,
y no vuelvas por aquí.

Y no has visto el río
hasta que te lo has tragao.
Eres de los que cuando
hace frío acaban
por quemarse
con el fogón.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

LA CARTA QUE NO...

Comprende, amor,

no me dejan regresar.
Compréndelo
mientras dejas de llorar.

Qué no daría yo
por volverte a abrazar.
Compréndelo,
no me dejan regresar.

Habrá que esperar,
habrá que esperar.
La fiesta, al final.
Al final.

Ahora soy viento y te acaricio
y deseo más.
Tan solo aliento
que se niega a despertar.

Busco y encuentro, cómo siento
que sea tarde ya.
Tan solo aliento
que se niega a despertar.

Habrá que esperar,
habrá que esperar.
La fiesta, al final.
Al final.

Mientras esperas, lee esta carta
que no es de amor, es de amar.
La misma tarta
que partiste, partirás.

Habrá que esperar,
habrá que esperar.
La fiesta, al final.

Al final.

(J. Santiago)

LAS TORNAS

Sí, señor,
el último
ríe mejor.

Ja, ja, ja.
Ahora soy
el mandamás.
Y tú, basura.

Se acabó
para mí
la humillación.
Aquí mando yo.

Así que cuatro ojos y empollón.
Pues, ya ves, a mí me funcionó
y, querido,
a ti no.

Qué alegrón,
qué alegría
veros.

Ja, ja, ja.
En mi
despacho
nuevo.

¿Queréis currar?

Aquí entra
quien yo quiero,
quien me apetece a mí.

Así que cuatro ojos y empollón.
Ahora os vais a tragar el balón.
El jodido balón.

Sí señor,
el último
ríe mejor.

(J. Santiago)

LA ESPERA

En cualquier momento,
en algún lugar.
Un día de estos, como sea.
Sí, de algún modo.
Bueno, vaya usted a saber.

Pero es grande y te espera.
Todo tuyo y te espera.
No te pierdas,
no se te puede escapar.
Es tuyo y de nadie más,
no le servirá a cualquiera.

Tarde o temprano,
más acá o más allá.
Hay para todos, sé que llega.
Viene en el libro
y si está escrito es que es verdad.

Y es grande y te espera.
Todo tuyo y te espera.
Si te pierdes, ven conmigo y los demás.
Los domingos nos darán
fe para aguantar la espera.

En cualquier momento,
en algún lugar.
Un día de estos, como sea.
Sí, de algún modo.
Bueno, vaya usted a saber.

Pero es grande y te espera.
Es grande y te espera.
Mientras llega, solo tienes que esperar.
Fe, paciencia y nada más.
¿Hay cerveza en la nevera?

(J. Santiago/F. Oyonarte)

SUEÑA (POR MÍ)

Suéñame
una vida desde allí.
Suéñame
el sueño que dejaste aquí.

¿Lo recuerdas? Yo sigo aquí,
apurando tu sueño hasta el fin.
Sueña por mí.

Suéñame
lo que hay desde allí hasta aquí.
Suéñame

lo que nunca te pedí.

Soñé que aún sueñas conmigo aquí.
sueña que el sueño no tiene fin.
Sueña por mí.

(J. Santiago)

VI

¡CÓMO ES!

Yo quisiera ser como usted es,
sería feliz dentro de su piel.
Estar como usted de bien hecho,
vender millones de elepés.

Hay fotos suyas en mi techo,
hay fotos suyas en mi pared.
Hay una en la que saca pecho
que si me firma enmarcaré.

Quiero ser como usted.
¡Cómo es!

Compré su colección de discos,
hasta los más raros que encontré.
Me da miedo que se hagan cisco,
así que aún no los escuché.

Pero los miro,
y mientras miro
sueño que

me subo a un escenario
como usted.
Y que, en vez de salario,
sueño que tengo caché.

Yo quisiera ser como usted.
¡Cómo es!
Entiéndalo
Discúlpenos
Los hay que están peor.

(J. Santiago)

AMIGOS DEL GNOMO

Dime qué se siente
siendo inquilino aquí.
Permanente.

Me atrevería a ir
una noche de abril.
Exclusivamente

y acompañao.
Solo así.

¿Sabéis qué se siente
siendo inquilino aquí?
¿Permanente?

Yo me atreví a venir
una noche de abril.
Ahora, por siempre,

estaré

encargao
de ti.

Sé bien qué se siente,
ya fui inquilino aquí.
De repente

tendrás que venir.
Está escrito
así.
Tendrás que ser fuerte,
mi recién llegao.
Recién llegao.

Amigos del gnomo,
os acordaréis de mí.
Repartí la suerte.

Nos veremos
de nuevo al fin
una noche de abril,

fuera del vientre.
En un nuevo caos,
al fin.

(J. Santiago)

ZUMO DE KIWI

Te vi actuando
para tu jefe
en su cumpleaños.

Te vi mezclando

tu último gran hit
para las pistas,
para las listas.

Y te vi alternar
en una gran fiesta,
en contra de algunas drogas.

Te vi anunciando
por la TV
zumo de kiwi.

Te vi tranquilo
de tener dónde
caerte muerto.
Caerte muerto.

¿Crees que quiero entrar
en tu gran fiesta?
¿Lo crees de verdad?

(J. Santiago)

ODIO A LOS Nº 1

Qué crees que tu mujer
quiere que seas tú.
Qué crees que tu mujer
quiere que seas tú.

Un *number one*.
Un *number one*.
Odio los *number one*.

Y tu chaval, qué crees

que espera de ti.
Y tu chaval, qué crees
que espera de ti.

Un *number one*.
Un *number one*.
Odio a los *number one*.

Odio a los *number one*,
se acuestan con mi mujer
mientras yo curro.

Odio a los *number one*,
le regalan a mi chaval,
lo que yo nunca le podré dar.
Y tu patrón, que crees
que espera de ti.

Y tu patrón, qué crees
que espera de ti.

Un *number one*.
Un *number one*
Odio a los *number one*.

(J. Santiago)

WONDERLAND RECORDS

Bienvenido, chico, a Wonderland.
Aquí hacemos los sueños realidad.
El tuyo nos podría interesar.

Considera la oferta,
firmarás.

Estás en manos expertas,
quién da más.

Te abriremos las puertas
por las que siempre quisiste entrar.
Puedes verlas, abiertas.
Firma y no te arrepentirás.

Bienvenido, chico, a Wonderland.
Aquí hacemos los sueños realidad.
El tuyo nos podría interesar.

Hazme caso, pequeño,
firmarás.
Es la hora del premio,
no habrá más.

Venderemos tu sueño.
Ya verás, les encantará.
Ahora son ellos los dueños,
no los puedes defraudar.

(J. Santiago)

POR QUÉ NO ME VUELVO AL PUEBLO

La paciencia es la que manda,
siguiendo el curso del sol.
En guardia desde la mañana,
al lado de Dios.

Es tan grande la armonía,
es saberse otro eslabón.
Si fuera recta la vía
nunca descarrilaría el vagón.

No descarrilaría el vagón.

Es tan grande esta alegría,
la que nace del tesón.
Es tan noble el día a día,
de sol a sol.

Si es grande vuestra alegría,
y no os diré yo que no,
tan grande o más fue la mía
el bendito día en que os dije adiós.

El día en que os dije adiós.

(J. Santiago)

A LA HERA

—Por favor, ¿el museo de arte contemporáneo?
—Señora, déjese de museos de arte contemporáneo y véngase conmigo a la hera.

(J. Santiago)

VII

HERMANA AMNESIA

Que nadie me vuelva a mirar,
hermana amnesia.
Que nadie me vuelva a tocar,

hermana amnesia.

No, yo no
sé si seré capaz
de firmar la paz.
No si no vuelves.

Sé que te debo un poco más,
hermana amnesia.
No me lo debes perdonar,
hermana amnesia.

No, tú no.
Tú no serás capaz
de dejarme así,
¿verdad?

¿No será tarde ya?
¿Dónde había
que firmar?
Dime que no es tarde.

(J. Santiago)

POR LA SOMBRA

No lo vuelvas a decir.
Mira, yo no pienso ir
por la sombra.

No es que sea intencionao,
pero yo aún no he terminao.
Y hasta sobra.
¡Me sobra!

¿Qué es lo que ha cambiao?
¿El que paga o el que cobra?
¿Soy yo el que ha cambiao?
¿El que traga o el que estorba?
¿Te estorba?

Y qué sería mejor,
para bien, para mal.
Y qué sería peor,
quién está de más.

Tú ya te has descartao
y yo no las tengo todas conmigo.
Yo ya he apostao
y tú mirándote el ombligo.

Y tú, por tu lao.
Yo, por mi parte, nunca olvido.
Y yo escarmentao.
Aquí tendrás siempre
un amigo.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

VIII

ALEGRÍA

Me cago en esta vida
que acabo de empezar.
Me cago en este día
y me cago en este par

de juláis que esperan
la felicidad
trayendo a este mundo
a uno que no pidió entrar.

Alegría, se acabó la paz.

No busquéis debajo
de mi brazo el pan.
No queda un pedazo,
me lo he zampado ya.

Os daré trabajo
antes de llegar.
Arrancaré de cuajo
todo vestigio de paz.

Traigo alegría, se acabó la paz,
y, además, me he zampado el pan.

Para acabar quisiera
que supierais todos
que esto es mayormente
para mí un marrón.

Me voy, que me esperan,
si lo quiere Dios,
un plato caliente
y una explicación.

Y si mientes, tío,
igual caen dos.

(J. Santiago)

DENTRO

Ya no lo siento,
ahora es como si llevara guantes.
Cuéntame un cuento,
enséñame lo que hay por delante.

Ya no es como antes,
parece que ya ha habido bastante.
Busco y no encuentro,
prefiero no buscar a encontrarte.

Si esto es verdad es que te miento.
Si te miento es que es así.
Y si es así, no me arrepiento.
Búscame dentro.

Ya sopla el viento,
no puedo quedarme tan campante.
Me gusta su aliento,
me voy con él a cualquier parte.

Oh, qué impresionante.
Arrancar ahora y no arrancar antes.
No hay mucho tiempo,
pero el que hay está todo por delante.

(J. Santiago/Ch. Pérez/F. Oyonarte)

ESTA MAÑANA HE VUELTO AL BARRIO

En dónde estáis, dónde paráis.
Estáis de coña o de qué vais.
¿Estáis ahí? ¡Venga, salid!

¿Es que no queda nadie por aquí?
¿O sí?

¿Dónde se puede ir por aquí?
¿Me voy conmigo o voy sin mí?
¿Me fui tan lejos? ¿Por qué volví?
¡No soy tan viejo!

Los tugurios llenos,
los sanatorios llenos,
los cementerios,
cotolengos llenos,
todos llenos y yo…
Yo no.

Así que estoy después del fin.
Cuánto me doy, cuántas me di.
Es un espejo, estáis ahí.
Soy un reflejo.

(J. Santiago/F. Oyonarte/Ch. Pérez)

ESTÁS (CUANDO TE VAS)

No lo pienses tanto.
Ni sé dónde
ni sé cuándo.
Ya me aguanto,
sin despertar me levanto.

Porque no puedo dormir.
Porque no sé qué decir.
¿Qué hay que decidir?
Estar solo o estar sin ti.

Mira que lo intento.
Sabes, lo llevo muy dentro.
Ni veo el momento
ni sé si es que me lo invento.

Porque no puedo dormir.
Porque no sé qué decir.
¿Qué hay que decidir?
Estar solo o estar sin ti.

Estás cuando te vas
y te vas cuando estás.
Estás cuando te vas.

Cuando no estás,
si estás,
te vas.

(J. Santiago)

REAL

He debido llegar ya.
He debido de llegar.
Sí, porque al abrir la puerta
allí estaba yo, viendo
la tele con mi mujer.
Conmigo y con mi mujer.

Ni siquiera me han mirao.
Ni si quiera me han mirao.
Y eso que estreno bermudas hoy.
Por más que he gritao no me hacen caso,
y ya estoy por liarme a hostias

conmigo y con mi mujer.

No puedes pegar a tu mujer.
¿Cómo vas a pegar a tu mujer?
Y menos a ti mismo.
Estaría mal, así que me he sentado
a ver la tele conmigo.
Conmigo y con mi mujer.

(J. Santiago)

NO ME CAIGO BIEN (ME CAIGO MAL)

No me caigo bien,
me caigo mal.
Levántame.

No me siento bien,
me siento mal.
Enséñame.

No me encuentro bien,
me encuentro mal.
Búscame.

Tú que te caes tan bien,
y sabes por qué.
Tú que te encuentras bien,
búscame.

No te quiero bien,
te quiero mal.
Y aún no lo ves.

No me lo hice bien,
me lo hice mal.
Y aún no lo sé.

Tú que te caes tan bien,
y sabes por qué.
Tú que te encuentras bien,
levántame.

Tú que te encuentras bien,
y sabes por qué.
Tú que te caes tan bien,
levántame.

(J. Santiago)

IX

ME SOBRA CARNAVAL

Aunque los platos pagues,
ya no hay quien te devuelva
lo que un día no supiste
y ahora sabes.

De nuevo carnavales,
y tú ya ni te acuerdas
de que aquí se entra,
pero no se sale.

Amigos como treguas.
Olvida lo que sabes.
Ahora somos animales.

Amigas como yeguas,
amistades con fraude.
Remedios que siempre
llegan tarde.

Lo que crece mengua,
parece que es así.
Muérdete la lengua
y baila, infeliz.

Y, mira, desde aquí
se parecen a ti.
Dime, ¿desde allí
todos también
se parecen a mí?

Cuando todo acabe
no quiero una piedra.
Encima de mí
solo quiero tierra.

Y algunos frutales,
para que me abracen.
Que sus tiernas raíces
me comprendan.

Voy derecho al desguace
con mi nuevo disfraz.
Voy vestido de barbaridad.

Derechito al baile,
me sobra carnaval.
¡Estate quieto,
que bailas fatal!

(J. Santiago)

TODO A CIEN

Soy un todo a cien,
soy lo que me des.
Soy un turbodiésel,
porque sé
que lo que a ti te falta,
me sobra.

¿Cambiamos de piel?
Yo te doy mi sed.
No tengo otra cosa,
yo qué sé. Solo sé
que lo que a ti te falta,
me sobra.

No puedo parar.
No quiero frenar.

Que no sé decir
basta.

No sé decir no.
Sí sé decir más.
Me bebo la vida
a cucharás.

Porque sé
que lo que a ti
te falta,
me sobra.

Lo hambriento que estoy,
lo poco que soy,
tú me lo embargas
desde hoy.

Porque sé qué es lo que a ti te falta.
Sé qué es lo que a mí me sobra.
Porque sé lo que sé.
Y si te sobra,
me basta.

(J. Santiago)

NÁ DE NÁ

Sé que hoy no.
Sé que hoy no voy a tenerte.
Sé que no vas a tenerme a mí.

Hay que ver…
Esto lo sé ná más verte
entre la gente

y, de repente,
caigo en la cuenta.
Caigo en la cuenta
de que te divierte.

Creo que no
quiero volver a verte.
Sé que luego pensaré que sí.

Que si no
puedo dejar de quererte
cómo quieres que te cuente…

Que te cuente
que yo no soy así.
Que cómo voy a ser
lo que tú inventes.

No intentes cambiarme así.
No me inventes, no me cuentes.
Sigo siendo el que hay enfrente.

Enfrente de ti
hay un tío de lo más corriente.

Sé muy bien
que habías soñado otra cosa.
Yo también soñé con algo así.

Algo así como un camino de rosas
que salieron apestosas.
Y me fui. Me fui.

Y vengo a parar aquí,
a que me conviertas en otra cosa.
No, hermosa.
No, hermosa.

(J. Santiago/M. Benítez)

AN-TONIO

Me ha dicho el Antonio
que hoy no va a cantar,
se le habrán quitao las ganas.
Que no va a cantar más ná.

Si hoy no canta el Antonio
quién nos va a cantar.
Ay, Antonio, coño…
Quién nos va a cantar más ná.

Eso es lo que me ha dicho,
me lo ha dicho desde el mar.

Y me ha dicho el Antonio
que aún tiene sed,
y que aún le queda el capricho
de montar un bar.

Ay, Antonio, los bichos
que hay en el mar
no toman cañas ni con pincho.
Y tú quieres montar un bar

en el fondo del mar…
¿Cómo vas a montar un bar?

Y me ha dicho el Antonio
que allí también
hace falta mucho dinero
para montar un bar.

Y me ha dicho que usemos
la puerta de atrás.
Bien mirao yo lo prefiero.
Para variar, un bar.

Sopita de sal, ahora picas más.
Puta del sol.
Amante del viento, fosa común.
Vomítalo.

Estrecho, no hay derecho
ni hay reloj. Vomítalo.

Guardián de la espuma
salpimentá…
¿Es que no tienes bastante
con su dolor?

Chochito del mundo,
qué más quieres tú.
El día en que sus cenizas canten
no será por ti.

Por ti no.

(J. Santiago)

NO SE LO CUENTES

No me distraigas,
le estoy haciendo un hijo al mar.
No me lo traigas,
yo no quiero saber ná.

No me tientes más

con el bien.
Siempre tengo sed.
¿Por qué?

No me molestes,
ahora quiero engañar al sol.
No me lo cuentes…
¡Si no lo voy a contar yo!

No me tientes más
con el bien.
Siempre tengo sed.
¿Por qué?

Cuando yo no esté,
acuérdate
de estar donde yo no esté.
Y no se lo cuentes a él.

No me entretengas,
el viento ha pujado por mí.
Ajusto cuentas
y me largo de aquí.

Cuando yo no esté,
acuérdate
de estar donde yo no esté.
Y no se lo cuentes a él.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

RAZAS DE CAÍN

Oh, razas de Caín,
esto puede ser el fin.

Despertad,
levantad,
poneos en guardia.
Desde el fango, parias,
resucitad.

El sueño terminó.
Dormido estabas mejor
que despierto,
y que muerto.
Desalmados cuerpos,
últimos alientos,
resucitad.

¡Pobre chacal!

Razas de Caín: en guardia,
que la muerte no es consuelo.
Mientras comen,
mientras beben,
mientras duermen calientes,
nuestros blandos huesos
aguantarán.

¡Pobre chacal!

(J. Santiago/F. Oyonarte)

ANIMAL

He olvidado todo el ritual.
He agotado todo el material.
Y mira, me da igual.
Yo de mayor quiero ser animal.

He encontrado dejando de buscar.
Me he enterado al dejar de preguntar.
No me digas más,
tú de mayor también serás animal.

> Lo has probado y te ha sabido mal.
> Deja ya de buscar en los demás
> lo que hubieras podido encontrar
> en una farmacia, chaval.

Quieres algo, ¿por qué no pides más?
No me salgo, este es mi lugar
y pienso jugar más.
Yo de mayor quiero ser animal.

Muy animal.

(J. Santiago)

XI

VIDA INTELIGENTE

En el sitio equivocado.
Es mejor el otro lado.

Mama dijo «viene uno»,
pero el viejo encargó dos.

Sal de frente, yo saldré de culo.
Abre paso para dos.

No pretendas que me vean.

No lo harán, aunque te crean.

Es mejor que salgas antes,
ignorante, hacia la luz.

Adelante, hermano, sé importante.
Es mejor que salgas tú.

En tu vida inteligente
no sabrás nada de mí.
Actuarás civilizadamente
mientras yo vivo por ti.

Arderás, imperturbable.
Prematuramente tarde.

Miente, vida inteligente,
a la gente, para mí.

Mantente, vida, indiferente.
Simplemente, sigue así.

En tu vida inteligente
no sabrás nada de mí.
Actuarás civilizadamente,
mientras yo vivo por ti.

(J. Santiago)

FIRME AQUÍ

Es un serio compromiso,
abuelo, el que firmó.
Fuimos claros y precisos,
usted no preguntó.

Sin condición,
otorgó
el permiso.

Haga examen de conciencia,
tenga la bondad
de actuar con coherencia.
A perpetuidad,

con ánimo de
estricta
supervivencia.

Casualidad
premeditada.
Solo sé
que no sé nada.

Su destino ha sido el nuestro,
siempre nos fue fiel.
Le dejaremos lo puesto,
usted lo pase bien.

La causa
después,
primero el efecto.

Casualidad
premeditada.
Solo sé
que no sé nada.

(J. Santiago)

MARE NOSTRUM

Espumarajo y sal.
Abismo vertical, estruendo.
Remota inmensidad
tragándose nuestro ingenio.

Norte de mis sueños.

Enorme, vuestro Dios.
Gélido, atroz y eterno.
Los nuestros, ya sin voz,
se nos han quedado pequeños.

Norte de mis sueños.

Espléndido país,
próspero y civil gobierno.
Nadamos hacia ti,
metidos en nuestros barreños.

Norte de mis sueños.

(J. Santiago)

SANTOS INOCENTES

Habla demasiado
y te culparán.
Habla demasiado poco,
también te culparán.

Te condenarán.
Van a condenarte igual.
Serás inocente
cuando bajes el pulgar.

A favor de la corriente
y te culparán.
Revuélvete, pelea, siente,
también te culparán.

Te condenarán.
Van a condenarte igual.
Empieza el baile,
no eres nadie.
A quién le importa.

Vas a caer igual.
Estás colgando.

Da la cara, valiente,
y te culparán.
Escondido entre la gente
también te culparán.

Te condenarán.
Van a condenarte igual.
Serás inocente
cuando bajes el pulgar.

Empieza el baile.
No eres nadie.
A quién le importa.

Vas a caer igual.
Estás colgando.

Serás inocente
cuando bajes el pulgar.

(J. Santiago)

ESTRELLA FUGAZ

Se acabó.
Aún no estás
en mis sueños
y ya te vas.

Ahora no.
El día aún no ha empezado a rodar
y tengo que dejarte marchar.

Sin soñar.
Me temo que así es
como me voy a quedar.

Sin más.
Me ahoga la idea,
temblando.
No volver a despertar

y, soñando,
no volverte
a encontrar.

Se borró
con tu nombre
el nombre
de esta ciudad.

Y yo,
aunque pudiera soñarte,
no tengo
ni por dónde empezar

a buscarte.
Ya estabas perdida

al llegar.

En cualquier parte,
cualquiera puede ser
una estrella fugaz.

Soy capaz
de soñar
despierto
y no despertar.

Muy capaz
de despierto soñarte
y en sueños volverte a buscar.

Por todas partes
dos ojos pardos
vuelan.

Y juegan
al viejo juego
de la estrella fugaz.

(J. Santiago)

CAFÉ CON SAL

Me dan mucho café con sal.
No sé para qué me lo dan.
Estoy bien como estoy,
no me encuentro mal.

Soy más de estar regular.
No es muy espectacular.
¿No ven que no hay nada

que curar?

No importa,
estamos para ayudar.
Lo soportarás
y querrás más.

No hay nada que purificar.
No tengo demonios de más.
Los que hay están
donde tienen que estar.

No tengo nada que echar.
Quisiera oxidarme en paz.
No quiero tomar
más café con sal.

No importa,
estamos para ayudar.
Lo soportarás
y querrás más.

(J. Santiago)

CEMENTERIO DE ELEFANTES

He crecido en mil reformatorios,
salvaje y forajido habitual.
También curtido en sanatorios,
dado de alta y vuelto a ingresar.

He sido mil veces don Juan Tenorio,
he sido Elvis en esta ciudad.
Hoy soy el rey del bar del tanatorio,
su último bastión de dignidad.

Veteranos como antes,
no hay relevo ni hay ná.
Cementerio de elefantes,
ya no hay hombres de verdad.

La ceniza cubre mi azotea,
se extiende como si fuera gas.
Pero mi vieja chimenea
todas las mañanas pide más.

Veteranos como antes,
no hay relevo ni hay ná.
Cementerio de elefantes,
ya no hay hombres de verdad.

Estoy harto de canciones tristes.
No hay buenas peleas en el bar.
Pero sigo repartiendo alpiste,
al amanecer y más allá.

(J. Santiago)

CUATRO CUENTOS/ NO ES IGUAL

Puede el loco adivinar,
sin tenerse que asomar,
a qué juega el viento.
Le da igual,
se queda dentro.

Puede el héroe regresar,
pero sigue hasta el final,
sin aliento.
Por el gusto de olvidar,

por matar el tiempo.

Puede el maestro atrapar,
y guardar en un cristal,
cualquier momento.
Menos el final,
que ya es otro cuento.

¿Es mejor?
¿Es peor?
¿Es igual?
No.

No se ve.
No se va.
No es igual.
No.

¿Es mejor?
¿Es peor?
¿Es igual?
No.

No es igual.
No es igual.
No es igual.
No.

(J. Santiago)

XIII

REY PESCADOR

No quisiera molestar,
de ninguna manera.
Es mi armadura
pura discreción.

Desinteresada gestión
es mi vida entera.
No pido por mí,
lo hago por amor
a la humanidad.

Adorables son,
cuanto menos,
mis maneras.
Entrañable, místico, despistao…

El último romántico auténtico
que aún os queda.
Las sandalias del rey
pescador
siempre cuelan.

Me tutean
en el cielo.
Hoy sortean
caramelos.

Huésped natural, habitual
en lluvias de estrellas.
Cualquiera de ellas
suscribirá

la noble razón,
la verdad
en la luz tan bella
que une mi sublime corazón
y tu cartera.

Me tutean
en el cielo.
Hoy sortean
caramelos.

(J. Santiago)

HEY JUDAS

En mi última puesta de sol
bailo con el viento,
mi maestro y único anfitrión.

Sembré confusión,
envidia, desaliento,
miedo y rencor.

Asténica función
de alumno predilecto.
Medida insurrección.

Todo dispuesto.
Premonición,
dramático silencio.

Cuestión de tiempo,
la condenación.

En mi última puesta de sol
bailo con el viento,
mi maestro y único anfitrión.

El beso más atroz,
su incalculable precio,
el más sublime amor.

La sombra de un actor,
su sordo movimiento,
el más abyecto adiós.

Todo dispuesto.
Premonición,
dramático silencio…

Cuestión de tiempo,
la condenación.

En mi última puesta de sol
bailo con el viento,
mi maestro y único anfitrión.
Mátame, canción.
Llévate mi gesto.

(J. Santiago)

SACRILEGIO SIDERAL

Desperdiciar la vida entera
de una manera constante y tenaz.
Con dedicación, denuedo y oficio,
ser un desperdicio de recta moral.

Abandonar, sereno y tranquilo,
alargando el filo de la madrugá,
con la obstinación propia de un vicio,
cualquier beneficio o seguridad.

La capitulación expande mi mente,
sacrilegio sideral.
Nada me hace más fuerte que desertar.
El día clarea.

Atravesar veranos e inviernos,
atroces y eternos desiertos de sal.
Acariciar su más pura esencia
con insolencia salvaje y voraz.

Suntuosidad de plástico y lata.
La mosca, la rata, su locuacidad.
Complejidad del gran vertedero
que algún día espero poder
descifrar.

La capitulación expande mi mente,
sacrilegio sideral.
Nada me hace más fuerte que desertar.
El día clarea.

Perplejidad al ver que se alejan
las casas viejas de la ciudad.
Felicidad de hierba, de aire
y estrella de mar.

(J. Santiago)

OCÉANO

No podré contarte ya
que no hay magia en la verdad
en la que andas encerrado.

Que solo por curiosidad
quise un día respirar
ese oxígeno pesado.

Pregúntale al viento
cómo logré subir.

Tu océano de cristal
no es para mí.

No podré contarte ya
que a tu gran profundidad
no fui más que otro ahogado.

Que en mi superficialidad
las olas juegan. Vienen, van.
Perfumadas, a mi lado.

Pregúntale al viento
cómo logré subir.
Tu océano de cristal
no es para mí.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

MAR DE SENDAS

Sabes de qué hablas
cuando hablas de dolor.
Tú ya estás de vuelta.

Nadie te engaña,
y menos alguien como yo.
Se esperan más tormentas.

Sí, vendrán y nos empaparán.
Tranquila, lo contarás.
Pero tenlo muy claro:
vas a chapotear
en un mar de sendas.

Has levantado el pie

del acelerador,
pero sigues directa

al acantilado
y no sueltas el timón.
Se esperan más tormentas.

Tranquila, lo contarás.
Tragarás caramelos de sal.
Soy uno de ellos, dime cuál.
Sí, vendrán muchas tormentas más.
Tranquila, lo contarás.

Pero tenlo muy claro:
vas a chapotear
en un mar de sendas.
En el mar de tu senda.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

LA COSTUMBRE

La costumbre,
narcótica
prosperidad.

Vieja herrumbre
que se hunde
en el mar.

Mansedumbre,
aséptica
cordialidad

que se aburre.

Se descubre
y se va.

Da muestras de debilidad.
Vuestra autoridad
da muestras de debilidad.

El viento arrecia
y la cubre de sal.

Nueva lumbre
despierta
a nuestro eterno Adán.

Que su mugre
embadurne
la paz.

Nos confunde.
Nuevo rostro,
mismo plan.

Y la cumbre
nos vuelve
a hechizar.

Da muestras de debilidad.
vuestra autoridad
da muestras de debilidad.

El viento arrecia
y la cubre de sal.

(J. Santiago)

MENOS QUE UN PERRO

Soy inmune al dolor,
no me quejaré.
Vivo dentro de un tonel.

Menos que un perro
miserable soy,
que busca y destruye.

Una ruina
que se oxida
y nadie extrañará.

Y aunque no te detendrá.
Eso no te detendrá, no,
ni pretendo evitarlo,

no soy grato al paladar.
Amargo y correoso hasta el final.
Da igual a qué hora vengas
y por dónde aparezcas.

Reconoceré tu olor,
ya lo respiré.
Más veces de lo que tú crees.

Y el timbre de tu voz,
que recuerdo
hueco y atroz.

Nada vibra
ni respira
a tu alrededor.

Y aunque no te detendrá.

Eso no te detendrá, no,
ni pretendo evitarlo,

no soy grato al paladar.
Amargo y correoso hasta el final.
Da igual a qué hora vengas
y por dónde aparezcas.

A qué hora vengas
y por dónde aparezcas.

(J. Santiago)

LA OFENSA

Ebrias de dignidad,
las venas de mi honor revientan.
Hay cuentas por saldar,
agravios y ofensas.

Balas que no estaban muertas.
De las nuestras.

De algo hay que morir,
y no es que seas del todo inocente.
No pasarás de aquí,
hasta aquí llegó tu peste.

Ahora sí estoy caliente.
¿No lo sientes?

Gente, puta gente.
Gente que no va a sobrevivir.
Ojalá revienten.

Se acabó la paz.
Sudor y sangre, se acabó la fiesta.
Ni un minuto más,
llegó la gran respuesta.
Con rotundidad manifiesta,
bien enhiesta.

(Hoy finges no saber,
mañana fingirás
no recordar)

Gente, puta gente.
Gente que no va a sobrevivir.
Ojalá revienten.
Puta gente.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

VENDAVAL

Como un poema vuelvo a casa herido.
Zigzagueando encontraré la dirección.
El viejo dolor,
sin medicina y sin explicación.

Me transformé en un desconocido.
Robé una historia y la conté casi sin voz.
Un día se esfumó,
se hizo añicos y alguien aplaudió.
Así acabó.

Corriente espiral,
me arrastra junto a ti.
Nada más que hacia ti.

Ondulaciones se extienden sin parar.
Un soplo de aire guarda un vendaval.

No quiero saber nada de algoritmos,
nunca he creído en la predestinación.
Y tu aparición
me saca, como siempre, de mi error.

¿Cómo voy a seguir siendo el mismo?
Solo respondo: estoy aquí, quiero vivir.
Hemos pasado tiempo,
demasiado tiempo bajo el sol.
El viejo sol.

Corriente espiral,
me arrastra junto a ti.
Nada más que hacia ti.

Ondulaciones se extienden sin parar.
Un soplo de aire guarda un vendaval.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

SIETE MIL CANCIONES

El futuro fue,
desapareció.
Si es que alguna vez
estuvo aquí, conmigo.

Nunca lo escuché,
no sé cómo es su voz.
No pudimos, no quisimos
ser amigos.

El futuro fue,
nada me contó.
No pienso volver
al futuro, no.

Aturdido, malherido,
sin querer saber.
No hago más
que soñar contigo.

Mientras yo cabalgo en sueños
por tu reino.

Siete mil canciones,
un jardín,
tu sonrisa…

En sueños
te despeino.

Como un premio
sin dueño.
Un esclavo,
un admirador,
tu siervo.

Que no eres real,
un sueño nada más.
«Antinatural»,
dictaminan los expertos.

Que vuelva ya
a la realidad.
Sin más. No entienden
que sin ti estaría muerto.

Mientras yo cabalgo en sueños

por tu reino.

Siete mil canciones,
un jardín,
tu sonrisa…

En sueños
te despeino.

Como un premio
sin dueño.
Un esclavo,
un admirador,
tu siervo.

(J. Santiago)

XIV

EN ALGUNA REALIDAD

En un profundo socavón
he vuelto a despertar
roto, inválido y faltón.

No se puede ir a peor,
creo que debí aceptar
el premio de consolación.

Quizás sea un buen día
en alguna realidad.
Un día más.

¿Te lo quitan? ¿Te lo dan?
Es un día nuevo
que se va.
¿Cómo lo llevas por ahí?

Me preguntaron por ti
y no quise contestar.

Pobre, qué pálido y qué gris,
van diciendo por ahí.
Sonríe, tú no sabes ná.

Quizás sea un buen día
en alguna realidad.
Un día más.

¿Te lo quitan? ¿Te lo dan?
Es un día nuevo
que se va.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

¡BUM!

Don Futuro en la puerta.
Que si puede pasar,
celebrar su vuelta
y merendar.

¡Cuánto tiempo, vecino
de la mía vecindad!
¡Pase usted,
faltaría más!

Don Futuro asegura

ser un ser espectral.
Emisario del más allá
en misión especial.

Y, como antaño, lo lían.
En el bar os bebéis
toda la compañía
que decís que le hacéis.

Fue un chaval solitario,
disperso de manual,
que en el otro barrio,
más allá,

sin rival ni adversario,
no ha hecho más que triunfar.
En el telediario,
ya lo verás,

Don Futuro asegura
ser solo un mandao.
Empleao. Explotao. Pringao.
El chico de los recaos.

Don Presente murmura.
Don Pasado no está.
Don Futuro estornuda,
mala señal.

Don Presente es Tintín.
Don Pasado, Tarzán.
Don Futuro es un disfraz
de barbaridad.

Ya se van,
se iban ya.
¿Dónde irán?

Unicornios
y demonios.
¡Aaaaaaaaag!

Regresemos al Big.
Nos vemos en el Bang.
Nos piramos, Tintín.
Que le den a Tarzán.

Bum, bum.
Bum, bum. Bang, bang.
Bum, bum.
Bum, bum. Bang, bang.

(J. Santiago)

EL PRÓXIMO VALS

Con un silencio estridente
canta la muerte el zarpazo final.
Medio compás es suficiente.
La sinfonía de siempre,
el descalabro inminente.

Disparos en el umbral.
Larguémonos, mi teniente.

La colosal cruz de hierro
adiestra a sus perros una vez más.
Encontrarán mil formas que adoptar,
las han encontrado siempre.
La Luger sigue caliente.

El ángel puede esperar.
El tiempo y una serpiente.

Hay que endiablarlos calientes.
A espada cambiada tendrán que bailar.
Que si lo harán… ¡Sobre los puentes!
Espasmódicamente.
¡Que sus pulmones revienten!

No dejarán de bailar,
se hundirán continentes.
No dejarán de bailar,
se hundirán continentes.

(J. Santiago)

ISLA

De un brutal fuego cruzado
surgió un nuevo mineral.
Malherido y agotado,
se tumbó en medio del mar.

Y agoniza perfumado
con manzanas y azafrán.
Un aroma envenenado
que enloquece al temporal.

He resuelto entrar
en esas nubes,
beberme su aire.

Soy un mineral
cristalizado
en días de perros
y de sal.

Sigo en el acantilado,

escudriñando el mar.
Tan erguido como el faro,
enseguida me verás.

Esta isla es tan incierta
que recibe al temporal
abriéndole la puerta
y dejándolo pasar.

He resuelto entrar
en esas nubes,
beberme su aire.

Soy un mineral
cristalizado
en días de perros
y de sal.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

LUZ DE DOS LUNAS

Viejo loco ensangrentado.
Ajeno, por fin,
a exigencias.

Sin aliento, desahuciado.
Solamente al final
acaricia así la luz.
Libidinosa.

Azafranes, violetas,
rubor de la luz
soltándose la mirada.

Juegas con ella
a juegos que tú
ya ni soñabas.

Luz codiciada,
estruendo de luz.
Tenue, estridente, amada.

Baila con ella,
príncipe azul.
Rey de las ganas.

En la oscura frontera
negocia la luz
su brillo por tu ceguera.

Hipnotizado en la hoguera.
Eres tú, bailando
a la vera

de la luz
hechicera.

Ni bailó nuevos colores
ni serán para ti.
El adiós es azul y gris,
como vanos amores.

Y regresan los dolores,
pobre de ti.
No blasfemes así aquí,
que se asustan las flores.

En la oscura frontera
negocia la luz
su brillo por tu ceguera.

Hipnotizado en la hoguera.
Eres tú, bailando
a su vera.

No la olvidarías
si aún fueras tú.
Si hubieras guardao
media parte

del aire que tú
le entregaste al albur
de aquella tarde.

Falsa luz,
el diablo te guarde.

Luz, papel de plata.
Luz, ojos de rata.
Luz, vil garrapata.

(J. Santiago)

PUTO BLUES

Al desagüe recurrirás
como una rata más.
Siempre tarde, penoso disfraz.
Ni un alma, aquí no hay ná.

Como atestiguan ya mil burbujas
de alquitrán en tu lánguido aliento
sin luz, no te queda ni un puto blues
en el ataúd.

Duerme en un cartón,

tu corazón.
Y tu rock and roll
es un baile de salón.

Ni a tu firma en rojo esplendor,
ni al poder oscuro que otorgó.
No le importas ya ni al sol.
¡Sal de esta canción!

Duerme en un cartón,
tu corazón.
Y tu rock and roll
es un baile de salón.

Al desagüe recurrirás
como una rata más.
Siempre tarde, penoso disfraz.
Ni un alma, aquí no hay ná.

Seiscientas sesenta y seis
veces muerte
me debes aún.

Son tres veces seis,
mucha gente
para medio blues.

Tururú,
siempre
en el mismo club.

(J. Santiago)

PÁJARO CIEGO

Tenías un nombre,
ahora da igual.
Hoy solo importa bailar.

Luz que se esconde.
Bendito zigzag,
sortea las trampas.

Elige el silencio,
endurece tu piel.
Camúflate, piérdete.
No estés.

Cae la noche
y las ruinas no son
ya ni memoria.

Corre, vigila,
entierra tu olor
funámbulo, conspirador.

Bisnieto del bosque,
vuelve a trepar.
Y allá en lo alto…

… amarra tu pelo
a la estrella polar.
Reniega del suelo.
No estás.

Cae la noche
y las ruinas no son
ya ni memoria.

Tan insignificantes
que ni te despiertan.

Pájaro ciego,
hierba del cielo.
Pájaro ciego,
pluma en el suelo.

Pájaro ciego,
hierba del cielo,
pluma en el suelo.

Cae la noche
y las ruinas no son
ya ni memoria.

(J. Santiago)

CANCIONES CHULAS

Una prisión, cada certeza.
La incuestionable realidad
superpuebla la tristeza de metal
en mi cráneo de alta seguridad.

El aspersor en mi cabeza,
joven ciclón, hazlo callar.
Olvida el blindaje de la puerta,
puedes entrar por mi butrón occipital.

La cerradura, su coro de llaves.
Canciones chulas pa que sueñes
que hoy sales.

Son todo tuyas, eso lo sabes.
La cerradura se la suda
al joven ciclón.

Por lo que fue patio vacío
gatea ya un frío atroz.
Hijo único y único cautivo de mi prisión.
Mitad penal, mitad ciclón.

La cerradura, su coro de llaves.
Canciones chulas pa que sueñes
que hoy sales.

Son todo tuyas, eso lo sabes.
La cerradura se la suda
al joven ciclón.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

MISS DINAMARCA

Vuelvo hasta el norte
a perderlo otra vez.
Necio empeño, ya lo sé.

Norte que bramas mi nombre
desde un glaciar.
Venga tu furia.

Recién nacido,
barrido hasta aquí.
Líbrame de mí.

Mil navajazos, la escarcha.
Tanto me da,
puedo con mil más.

Árboles locos,
cabezas y trampas

arrastra el vendaval.

Rendido en el lomo
de un oso polar,
cómo no voy a quererte
con lo calentita que estás.

Viejo embustero,
lo sabías ya:
todo es verdad.

Norte de los ríos negros:
tu hostilidad,
mi último arrabal.

Norte perdido,
lo has entendido.
No hay nada que recordar.

Silueta en la niebla,
solo importan ya
la suela de tus botas
y el sitio de tu puñal.

Te quiero, Miss Dinamarca.
Cómo no voy a quererte,
con lo calentita que estás.

(J. Santiago)

MIL CONDENAS

Al penal necesito llegar.
Regresar a mi dulce
y querido hogar.

Mil condenas he cumplido ya.
Y me plantan afuera
pa cumplir otra vez mil más.
Es una mierda, la libertad.
No hago más que soñar
con volver a entrar.

Yo me vuelvo al penal.

Mi paseíto por el patio,
mi duchita matinal,
mi gusanito en los garbanzos…

Yo me vuelvo al penal,
afuera no pinto ná.

Tío albergue, ¿qué hay de cenar?
Otra vez pena.
Y de postre, calamidad.

Hombre libre, te voy a matar.
Serás mi causa,
que me vuelvan pa dentro ya.

Yo me vuelvo al penal.

Mi paseíto por el patio,
mi duchita matinal,
mi gusanito en los garbanzos…

Yo me vuelvo al penal,
afuera no pinto ná.

(J. Santiago)

RUMBO AL SOL

Nunca es demasiado tarde
para poner rumbo al sol.
Nada es demasiado lejos
para querer entendernos tú y yo
y volver a encontrarnos los dos.

Nunca es demasiado tarde
para poner rumbo al sol.
Nunca tiene suficiente.
Eso siempre lo supimos tú y yo.
Siempre lo supimos los dos.

¿Quién da vueltas?
¿Son las luces? ¿Soy yo?

Bajo las estrellas
pierdo el rumbo y la dirección.
El rumbo y la dirección.

Nunca es demasiado tarde
para poner rumbo al sol.
Nada es demasiado lejos
para volver a encender un amor.
Prenderlo y encenderlo los dos.

¿Quién da vueltas?
¿Son las luces? ¿Soy yo?

Bajo las estrellas
pierdo el rumbo y la dirección.
El rumbo y la dirección.

Nunca es demasiado tarde
para poner rumbo al sol.

Nunca tiene suficiente,
eso siempre lo supimos tú y yo.
Siempre lo supimos los dos.

Nunca es demasiado tarde.

(J. Santiago/F. Oyonarte)

MIL GRACIAS A:

Fino Oyonarte, Chema Pérez, David Krahe, Michel Martín, Gonzalo Pini, Carlos Mariño, Ángeles Velasco, Chus Liquete, Artemio Pérez-Fillol, Roberto Arbolea, Ignacio del Olmo, Iuliu Sergei, Alberto Haro, Eugenio Haro, Paco López, Javier Barañano, Cristina Candil, Rafa Silbato, Kike Turmix, Ladis Montes, Rafael Fustes, Monti Vaca Austera, Hermanos Ruiz, Santi Camuñas, Jesús Ordovás, Kike Babas, Kike Turrón, Julio Ruiz, Ángel Carmona, Javier Liñán, Sagrario Luna, Núria Riba, Manolo Calderón, Hilda y Pepe, Nacho y Coral, Roberto Tierz, Santi Carrillo, Fernando Navarro, Andreu Buenafuente, Rafa Cervera, Nando Cruz, Carlos Zanón, Alfred Crespo, Jaime Gonzalo, Ignacio Julià, Johnny Comomollo, The Nativos, Glutamato Ye-Yé, Los Ronaldos, Los Marañones, Los DelTonos, Rosendo Mercado, Burning, Siniestro Total, Os Resentidos, Los Rebeldes, Sex Museum, Los Coronas, Vancouvers, Los Planetas, Lagartija Nick, Amaral, Miqui Otero, Ángel Altolaguirre, Manu Chao, Ángel Muñoz, Julián Hernández, Jorge Martínez, Santiago Campillo, Miguel Bañón, Juanma del Olmo, Piti Sanz, Manolo UVI, Dogo, Alboroto, Paco Trinidad, Eugenio Muñoz, Carlos Martos, Guille Martín, Raimundo Amador, Pachi García Alis, David Prince, Nacho Mastretta, Pablo Novoa, Raül Refree, Carlos Hernández, Marina Sorín, Luca Frasca, Ricardo Moreno, Gabriel Marijuán, Coke Santos, Robbie Lozano, Pablo Navarro, Mac Hernández, Héctor Rojo, Javi Rojas, Santi Comet, Jaime Zamora, Xarím Aresté, Miquel Suspedra, Ricard Sohn, Ermengol Mayol, Los Hermanos Cubero, Ilegales, Amaro Ferreiro, Quique González, Ricky Falkner, Manolo Kabezabolo, Camellos, Carolina Durante, Ricardo del Castillo, Paco Rubio, Luis Baylón, Mili Sánchez, Álex Rademakers, Óscar Carriquí, Miguel Barros, Santiago Bueno, Edi Jiwani, Álex Calvo-Sotelo, César Luquero, Marcos Collantes, Didac Aparicio y, muy especialmente, al Tanano y la maravillosa gente del Desencuentro Anual Enemigo.

NOTAS

1. En memoria de Marcelino Couñago.

DESDE EL JERGÓN

Josele Santiago (Madrid, 1965) es una de las voces más inconfundibles del rock español. Al frente de Los Enemigos, o más tarde como solista, ha compuesto y cantado con su voz aguardentosa impregnada de dolor y júbilo uno de los cancioneros más perdurables de la música popular en lengua española.

Desde el jergón son una suerte de memorias al hilo de sus principales canciones y cuentan, con un estilo directo, a veces crudo y otras lírico, la particular singladura de Los Enemigos y de su vocalista, y un buen número de anécdotas inolvidables de juventud y carretera, o en palabras del autor «una mirada subjetiva sobre el corazón de una banda que ha sido capaz de orear su testarudez durante cuatro décadas a lo largo y ancho de un país que no termina de deshacerse del adjetivo *precario*». Pero este libro es mucho más: es el testimonio singular de un momento clave de la cultura underground, cuando, a mediados de los ochenta, surge una escena de grupos, locales y fervientes adoradores del rock en el castizo barrio madrileño de Malasaña y aledaños por donde pululan rockers, mods, punks y otras especies descastadas embebidas de rock y otras sustancias que vivieron y murieron en una época libérrima y loca que ya no volverá.

JOSELE SANTIAGO

CONTRA

DESDE EL JERGÓN



JOSELE SANTIAGO

CONTRA